

A dramatic movie poster for 'Medioevo II: Deriva'. The central image is a wooden ship, possibly a pirate vessel, that has been overtaken by a massive, dense network of thick, gnarled tree roots. The ship is tilted and appears to be struggling in a dark, stormy sea with white-capped waves. Several figures are visible on the deck: one person is bent over near the bow, another stands further back, and a small animal is perched on a ledge. The ship's masts and rigging are partially obscured by the hanging vines and roots. The sky is filled with heavy, dark clouds, with a bright light source breaking through on the right side. The overall mood is one of mystery, danger, and the encroachment of nature.

MEDIOEVO II

DERIVA

LUIS RÉNÉ GONZÁLEZ LÓPEZ

MEDIOEVO 02 - DERIVA

Luis René González López

MEDIOEVO 02 - DERIVA

[MEDIOEVO](#)

[DERIVA](#)

[Libro II](#)

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[NAVEGACIÓN \[L\]\[N\]\[A\]](#)

[CAMPO \[L\]\[N\]\[K\]](#)

[TERRITORIO \[L\]\[X\]\[A\]](#)

[NORESTE \[L\]\[F\]\[X\]](#)

[GUÍA DE RAYUELA TAGS](#)

MEDIOEVO

DERIVA

Libro II

Luis René González López

Derechos de Autor

© 2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción creada íntegramente por un ser humano.

Primera edición: 2026

Dedicatoria

Para todos los autistas, neurodivergentes y zurdos que vivimos en un mundo neurotípico para diestros.

NOTA DEL AUTOR

Si llegaste hasta aquí después de despertar, gracias. No lo digo como fórmula. Lo digo porque sé que este camino no es fácil.

DERIVA es un libro que camina. Literalmente. Sus personajes caminan casi todo el tiempo a través de paisajes que no cooperan, con provisiones que no alcanzan, hacia un lugar que nadie puede confirmar que existe. Si en algún momento sentiste que el ritmo era lento o que las cosas no avanzaban lo suficiente, quiero que sepas que eso fue intencional. La travesía es así. Pesa. Y los personajes la cargan como pueden.

Me preocupaba Leonardo. En el primer libro era alguien a quien le pasaban cosas. Aquí quise que fuera alguien que hiciera cosas, aunque fueran las equivocadas. El Voynich le da un propósito y también le nubla el juicio. Es humano. Los que buscamos lo que perdimos a veces dejamos de ver lo que tenemos enfrente.

Hay personajes que me costaron. Ilis me quitó el sueño. El viejo me hizo reescribir escenas enteras porque no le salía la voz como yo quería. Amarok apareció una tarde y se escribió sola.

Si algo se te hizo pesado o confuso, no es culpa tuya. Esta historia tiene capas que se van revelando despacio. Lo que no se entiende ahora se va a entender después. O no. A veces las cosas se quedan sin resolver y eso también es parte de la historia.

Gracias por caminar con ellos. Nos vemos en el siguiente tramo.

Los que procesan el mundo de formas que nadie les enseñó, los que ven patrones donde otros ven ruido, los que escuchan texturas, los que piensan con las manos entienden algo de esto. El flujo no necesita permiso para existir. Nosotros tampoco.

Aquí les ofrezco la segunda parte del mosaico. Las piezas siguen sin encajar del todo.

Las partes que no entiendo son las partes que todavía importan.

Luis René González López 2026 # TEMPORADA 5: LA TRAVESÍA

NAVEGACIÓN [L][N][A]

El agua golpeaba el casco cada cuatro segundos.

Leonardo lo sentía en la madera. El golpe entraba por las plantas de los pies, subía por las tibias, se instalaba en las rodillas. Cuatro segundos. Golpe. Cuatro segundos. Golpe. Un ritmo que Doña Nube absorbía con las raíces del casco y transformaba en temblor las cubiertas temblaban con un intervalo distinto, dos punto tres segundos, desfasado del agua. Los dos ritmos no se sincronizaban.

Llevaban así desde el zarpe.

Columbo había vomitado tres veces el primer día. La cuarta vez ya no le quedaba nada y se quedó doblado sobre la barandilla de babor haciendo sonidos secos. Anya le trajo agua. Columbo la rechazó con la mano. Anya la dejó en la cubierta y volvió abajo con Maku. El vaso se deslizó cuando Doña Nube se inclinó a estribor, rebotó contra una raíz, rodó hasta los pies de Haryes. Haryes lo miró sin moverse. El vaso siguió rodando hasta detenerse contra el mástil.

Nadie lo recogió.

El mar No era agua. O No era solo agua. Tenía la consistencia del mercurio cuando las hojas-vela cortaban la superficie, espeso y reluctante, pero se rompía en gotas livianas que subían en lugar de caer. Las gotas ascendían un metro, dos, y se deshacían en una bruma húmeda que Leonardo sentía contra la piel no mojaba,

picaba. Electricidad estática. Los vellos de los brazos se le erizaban cada vez que una nube de gotas pasaba por estribor.

Faith estaba en la proa.

No se había movido en horas. Sus botas plantadas en la madera, las manos en la barandilla de raíces que Doña Nube había crecido durante la primera noche. Miraba el horizonte si es que había horizonte. El cielo del plano Astral no terminaba donde empezaba el mar. Se fundían en una línea difusa donde el código caía directamente al agua y se disolvía sin tocarla.

El código.

Líneas de texto descendiendo del cielo como lluvia lenta. Números. Símbolos. Caracteres que Leonardo no reconocía pero que le raspaban la nuca cuando pasaban cerca. Sonido convertido en presión física. Cada línea de código tenía un tono distinto graves los números largos, agudos los caracteres cortos y la combinación producía una cacofonía constante que le llenaba la cabeza de texturas. Lija. Terciopelo mojado. Metal frío.

Intentó mapear los patrones.

Su cerebro hacía eso automáticamente. Buscaba intervalos, repeticiones, secuencias que se repitieran. Lo mismo que hacía con cualquier sonido complejo: descomponerlo, encontrar la estructura, predecir el siguiente pulso.

No encontró nada.

El código del cielo astral no tenía patrón. O tenía uno demasiado largo para que su cerebro lo abarcara. Las líneas caían sin ritmo identificable, sin secuencia que se repitiera dentro de los límites de su memoria de trabajo. Era el ruido más denso que había experimentado no por volumen, sino por falta de estructura.

Y su cerebro no dejaba de intentarlo.

Eso era el problema. No podía apagarlo. Los intervalos del agua contra el casco cuatro segundos chocaban con el temblor de la cubierta dos punto tres y los dos chocaban con las líneas de código que no tenían intervalo. Tres sistemas superpuestos sin relación matemática. Su cabeza intentaba encontrar el mínimo común múltiplo de lo que no lo tenía.

Le dolía detrás de los ojos.

Después le dolió delante de los ojos. Después dejó de ser dolor y fue presión. Después la presión se rompió y todo llegó junto.

El agua era azul metálico. El código era rojo seco y naranja húmedo y verde que picaba en los dientes. Las grapas de Haryes eran un chirrido púrpura constante, bajo, que nadie más oía.

Todo junto.

Sin filtro.

Leonardo se agarró de la barandilla con las dos manos y apretó hasta que los nudillos se pusieron blancos. Cerró los ojos. No sirvió. Las texturas seguían llegando la madera caliente bajo los dedos era un sol pequeño, la brisa del mar astral era agujas, el crujido de las raíces del casco era tierra húmeda en la lengua.

Se deslizó hasta el suelo.

Sentado. Espalda contra la barandilla. Rodillas contra el pecho. Las manos sobre las orejas aunque No lucía como sonido lo que necesitaba bloquear. Era todo. Todo a la vez. La cubierta se sacudió debajo de él y el temblor entró por los huesos de la pelvis y subió por la columna y se instaló en la base del cráneo donde se mezcló con el código del cielo que seguía raspándole la nuca.

Nico lo miró desde la barandilla de estribor. No se acercó. Mordió el pan seco. Siguió mirando el código.

Columbo levantó la vista de la radio, vio a Leonardo en el suelo, abrió la boca para decir algo, y la cerró. Volvió a su radio.

Llevaba horas así. No desde el episodio desde antes. Desde que el Voynich empezó a pulsar de manera distinta en el Astral profundo. Patrones nuevos. Líneas que se curvaban hacia coordenadas que el libro no había mostrado en el Plano Medio. Leonardo los había copiado en su cabeza durante la noche. trazando con los dedos sobre las páginas, buscando la secuencia que conectara con lo que había sentido la noche que perdió a Luna. No la encontró. Seguía buscando.

Pasaron minutos. O lo que funcionara como minutos aquí.

La sobrecarga no bajó. Cambió. Dejó de ser ruido y se convirtió en algo que Leonardo no tenía nombre para describir. Los colores de los sonidos dejaron de moverse y se quedaron quietos. Fijos. El azul metálico del agua era *siempre* azul metálico del agua. El chirrido púrpura de las grapas de Haryes era *siempre* el chirrido púrpura de las grapas de Haryes. Cada cosa tenía un color y el color no cambiaba.

Podía distinguirlos.

Se levantó despacio. Las piernas le temblaban. Tenía un sabor metálico en la boca se había mordido el interior de la mejilla sin darse cuenta. Sangre. Hierro. Un rojo oscuro en la percepción que era suyo y solo suyo.

Pero veía.

No mejor. Diferente. Las tres formas oscuras en el horizonte ya no eran formas oscuras. Tenían color propio. Un verde enfermizo que

pulsaba en intervalos regulares tres punto siete segundos, más lento que el agua contra el casco. Y la frecuencia del pulso se aceleraba. Tres punto cinco. Tres punto tres.

Se acercaban.

Se agarró de la barandilla. La madera vibró bajo sus dedos, caliente por la savia de Doña Nube que circulaba constantemente. El barco estaba esforzándose. Leonardo no necesitaba que nadie se lo dijera. Lo sentía en la temperatura de la cubierta dos grados más alta que el primer día y en el olor, amargo ahora, rancio como si la nave de cuatrocientos años rezumara el sudor de generaciones de navegantes que no volvieron. La savia de Doña Nube olía a madera verde cuando el barco estaba bien. Ahora olía a madera verde con algo debajo. Algo ácido. El olor de un organismo que trabaja demasiado.

Anya salió de la cabina de raíces donde habían instalado a Maku.

Peor dijo.

No necesitó explicar. Leonardo la siguió abajo.

La cabina era un espacio que Doña Nube había crecido entre las raíces del mástil principal. Paredes de madera viva, curvadas, con nervaduras que pulsaban con la circulación de savia. El suelo era una red de raíces finas que se ajustaba al peso de quien caminara encima.

Maku estaba en el centro.

Acostada en una hamaca de raíces que Doña Nube le había tejido la primera noche. Las raíces se habían cerrado alrededor de su cuerpo con cuidado demasiado cuidado, la delicadeza de quien reconoce fragilidad.

Pesaba menos.

Leonardo lo vio en la manera en que la hamaca apenas se curvaba. Tres días antes, las raíces se doblaban bajo los treinta kilos de una niña de apariencia. Ahora la hamaca estaba casi recta. Los cables que salían de la nuca de Maku colgaban inertes. Sin luz. Sin los pulsos azules que habían mostrado durante el cruce. La fibra óptica de sus ojos estaba opaca. No apagada opaca. La diferencia entre una pantalla sin señal y una pantalla sin corriente.

¿Temperatura? - preguntó Leonardo.

Treinta y cuatro punto dos. Bajó medio grado desde la mañana. Anya tenía las manos en el vientre de Maku, midiendo respiración. Doce respiraciones por minuto. Eran quince ayer.

Se está apagando.

Se está apagando.

Cada hora menos temperatura, menos respiración, menos peso.

Anya le puso una manta encima. La manta que Anya había cortado de su propia chaqueta dos noches antes, cuando Maku empezó a temblar. La chaqueta de Anya ahora terminaba en las costillas. Ella no se quejó.

Necesitamos llegar - dijo Anya.

Lo sé.

No. No lo sabes. Anya lo miró. Necesitamos llegar *ahora*.

Leonardo subió a cubierta.

El cielo seguía cayendo en código. El mar seguía golpeando el casco cada cuatro segundos. Doña Nube seguía temblando con esfuerzo. Todo igual que una hora antes. Todo peor.

El viejo estaba en popa, con la pipa apagada entre los dientes. Sin humo.

Nico estaba sentado en la barandilla de estribor con las piernas colgando sobre el agua de mercurio. Dember sujeto al cinturón. No hablaba. No había hablado desde el zarpe. Miraba el código caer y de vez en cuando movía la cabeza siguiendo una línea específica hasta que se disolvía. Tenía un trozo de pan seco en la mano izquierda el pan que Anya había horneado con la harina que encontraron en la bodega de Doña Nube. Pan denso, sin sal, que se endurecía a las dos horas. Nico lo mordía cada veinte minutos. Masticaba lento. Tragaba sin agua.

Columbo estaba junto al mástil, revisando la radio de onda corta que había armado con piezas de Doña Nube y cables que Maku ya no necesitaba. La radio no funcionaba en el Astral las frecuencias se distorsionaban, los números salían con decimales que no existían en el espectro normal pero Columbo la revisaba de todas formas. Desarmaba. Limpiaba. Volvía a armar.

¿Funciona? - preguntó Faith desde la proa, sin girarse.

No.

¿Funcionó la tercera vez?

No.

¿La segunda?

No.

Faith lo miró por encima del hombro.

Columbo.

Sigue sin funcionar pero cada vez que la desarmo las piezas están en un orden distinto. Se limpió las manos en el pantalón. Alguien las mueve cuando no miro.

Faith evaluó la posibilidad de responder a eso. Decidió que no.

Columbo murmuraba frecuencias mientras ajustaba tornillos. Seis punto cuatro. Nueve punto ocho. Las frecuencias del Plano Medio que aquí no existían. De vez en cuando la radio emitía ruido estático con algo debajo. Un patrón. Columbo ladeó la cabeza.

Eso no es código dijo. Tiene ritmo.

Don Humo, desde popa, sin abrir los ojos:

Interferencia.

La interferencia no tiene compás de tres cuartos.

Todo tiene ritmo. Eso no lo convierte en música.

Columbo miró la radio. La radio crujió. Columbo la desarmó por quinta vez. Haryes dormía. O fingía dormir. Hecho un ovillo en un rincón de cubierta, las grapas del cuello brillaban cada vez que una línea de código pasaba cerca. Llevaba una semana con esas grapas. La piel alrededor estaba inflamada, roja. Nadie le había preguntado cómo se las había puesto ni por qué.

Don Humo.

El viejo no giró la cabeza.

Maku está peor. Anya dice que necesitamos llegar ahora.

Lo sé.

¿Cuánto falta?

Depende.

¿De qué?

Sacó la pipa de la boca. Señaló hacia el horizonte difuso donde mar y cielo se mezclaban.

Tres formas oscuras.

Leonardo las había visto hacía una hora pero las había clasificado como formaciones del paisaje. No lo eran. Se movían. Lento,

deliberado, en una formación triangular que cortaba el agua espesa sin levantar gotas.

Barcos.

Piratas del Vacío. Llevan dos días siguiéndonos. Mantienen distancia. Esperan.

¿Esperan qué?

Que nos cansemos. Que Doña Nube se canse. Que cometamos un error. Don Humo guardó la pipa en el bolsillo del chaleco. Voy a intentar hablar con ellos.

¿En qué?

Barbarinero. Don Humo se puso de pie. Sus rodillas crujieron. El sonido le llegó a Leonardo como una línea naranja, breve, cortante. Idioma de tránsito. Comercio. Negociación neutral. Funciona en casi todo el Astral.

Faith se hizo a un lado sin que nadie se lo pidiera.

Se plantó en el punto más avanzado del casco. Doña Nube crujió debajo de él, ajustándose a su peso. Las hojas-vela se agitaron aunque no había viento, la respuesta del barco a la tensión de su pasajero más viejo.

Abrió la boca.

Lo que salió. Nada de eso era español ni inglés ni nada que Leonardo hubiera escuchado antes. Era un idioma hecho de consonantes líquidas y vocales que cambiaban de tono a mitad de la sílaba. Cada palabra subía y bajaba en frecuencia, y Leonardo las sentía como presión en los tímpanos, no sonido, presión. El barbarinero ocupaba espacio físico en el aire.

Las tres formas respondieron.

No con palabras. Con movimiento. Los tres barcos giraron al mismo tiempo sincronizados, una maniobra que requería comunicación instantánea o práctica de años y cerraron formación. El verde enfermizo que Leonardo percibía desde el episodio se aceleró. Tres punto uno. Dos punto nueve. El pulso se acortaba. Interés. Hambre.

Se acercaron - dijo Faith.

Lo vi.

¿Por qué se acercaron? Les hablaste en idioma de tránsito. Deberían estar negociando, no cerrando.

No - dijo inmediatamente. La mandíbula se le apretó. Leonardo vio el músculo moverse bajo la barba de tres días.

Desde el barco más cercano llegó una voz.

No hablaba barbarinero. Hablaba algo más rápido, más cortante, lleno de sibilantes. Pero dentro de la frase Leonardo detectó una palabra que Don Humo había usado. Repetida. Deformada. Pronunciada con un tono que no necesitaba traducción.

La voz se estaba riendo de ellos.

¿Qué dijo? - preguntó Leonardo.

Tenía la mandíbula apretada.

Dijo que hace tres ciclos que nadie les habla en barbarinero formal. Don Humo se dio vuelta. Su cara estaba controlada pero los hombros habían bajado medio centímetro. Que el último que lo hizo llevaba carga de cristales por valor de dos ciudades.

¿Y?

Y que alguien que habla barbarinero antiguo en el Mar de las Sombras tiene que estar transportando un cargamento de valor.

Silencio.

Los marcaste - dijo Faith. No resultó pregunta.

Los marqué.

Columbo levantó la vista de la radio.

¿Nos marcaste de qué?

De valiosos. Faith no apartó los ojos de las tres formas. Habló el idioma antiguo. El idioma que solo usan los que llevan carga importante. Y ahora piensan que nosotros llevamos carga importante.

Llevamos a Maku - dijo Anya desde la escalera de la cabina. Había subido sin que nadie la oyera. Las manos húmedas. Paños para Maku.

No dijo nada. Se quedó mirando las tres formas que ahora avanzaban en formación cerrada, más rápido, el verde enfermizo pulsando cada dos punto cinco segundos.

Columbo desarmó la radio por cuarta vez. Un tornillo se le escapó de los dedos y rodó por la cubierta, cayó entre dos raíces, desapareció en las entrañas de Doña Nube. Columbo - dijo algo en voz baja que Leonardo no alcanzó a oír pero que sintió como un golpe seco, gutural.

¿Alternativas? - preguntó Faith.

Sacó la pipa. La miró. No la encendió.

Hay una ruta que los Piratas no patrullan. Pasa cerca del borde del Vacío.

¿Por qué no la patrullan?

Porque lo que hay ahí es peor que nosotros.

Faith procesó esto.

¿Cuánto peor?

Lo suficiente para que gente que vive de robar prefiera evitarlo.

Las tres formas oscuras se movieron. Cerraron distancia. Diez metros menos que hace un minuto. Doña Nube respondió: las raíces del casco se contrajeron y la cubierta tembló una vez, breve, el escalofrío de un animal que detecta depredadores.

Nico se bajó de la barandilla. No dijo nada. Se puso de pie junto a Faith. Faith no lo miró pero se movió medio paso a la izquierda, haciéndole espacio.

Anya subió de la cabina. Miró las tres formas. Miró a Don Humo. Entendió.

¿Cuánto tiempo tenemos?

Depende de cuánto les intereseamos.

Les interesamos mucho - dijo Faith. Se acercaron en cuanto dejaste de hablar.

Haryes abrió los ojos. No se movió del rincón. Las grapas de su cuello reflejaron el código del cielo.

Guardó la pipa.

Leonardo miró hacia la cabina donde Maku se enfriaba.

Miró las tres formas acercándose.

Miró a Don Humo.

El agua golpeó el casco. Cuatro segundos. Golpe.

Maku tenía treinta y cuatro punto dos grados y bajando. #
PIRATAS [L][F][A]

Faith los contó antes de que llegaran.

Seis en el barco de estribor. Cuatro en el de babor. El tercero se quedó atrás, por reserva o cobardía, daba igual. Diez cuerpos moviéndose hacia Doña Nube en lanchas cortas, sin mástil, impulsadas por un sistema que hacía vibrar el agua espesa. Las lanchas llevaban marcas de identidad raspadas con cuchillo.

Borradas a propósito. Gente que se había quitado el nombre antes de quitarle las cosas a otros.

Diez.

Ella tenía el cuchillo, el arma con cuatro balas, y las manos. Anya tenía las manos y nada más. Columbo tenía un destornillador y la radio desarmada. Nico tenía veintiún años. Haryes tenía grapas en el cuello y la mirada de alguien que no quiere estar despierto. Don Humo tenía la pipa en el bolsillo y trescientos años de articulaciones gastadas.

Leonardo tenía los ojos cerrados y las manos en la barandilla. Desde el episodio de hacía una hora no los había abierto del todo.

Diez - dijo Faith. Vienen de dos lados. El tercer barco no se mueve.

Armas.

Cilindros. Los mismos que describiste. Dispositivos de frecuencia. Pero los llevan al revés apuntando hacia ellos mismos, no hacia nosotros.

¿Algo más?

Cuchillos. Uno tiene algo largo, un metro, puede ser arpón o gancho. Faith no apartó los ojos de las lanchas. Dos minutos.

Any, abajo con Maku. No sales.

No me voy a esconder.

No te estoy pidiendo que te escondas. Te estoy pidiendo que la protejas. Si nos pasan, tú eres lo último.

Any, apretó la mandíbula. Bajó.

Columbo.

¿Mhm?

¿La radio tiene piezas metálicas sueltas?

Tiene tornillos. Un capacitor. Medio metro de cable de cobre.

Ponlos en el suelo junto al mástil. Todo lo que sea sólido y se pueda lanzar.

Columbo no preguntó. Vacío los bolsillos. Tornillos, tuercas, un trozo de circuito impreso con bordes afilados. Una colección patética de objetos que no eran armas pero que podían ser proyectiles.

Nico.

El chico se bajó de la barandilla. Dember colgaba del cinturón. Se quedó mirándolo con la boca cerrada.

Quédate detrás de Faith.

Puedo pelear.

No vas a pelear. Vas a estar detrás de Faith.

Nico no discutió. Se movió detrás de ella. La respiración de Nico le llegó a la nuca. Rápida. Irregular.

Respira más lento - dijo sin girarse.

No puedo.

Entonces respira como puedas y no te muevas hasta que yo me mueva.

Haryes no había recibido instrucciones. Seguía en el rincón. Faith lo descartó del cálculo. Un cuerpo que no pelea ni huye es un obstáculo. Los obstáculos se esquivan.

Las lanchas golpearon el casco de Doña Nube.

El barco tembló. No el temblor de las olas algo más violento, más brusco. El impacto de madera contra madera. Las raíces del casco se contrajeron y la cubierta se endureció bajo las botas de Faith. Doña Nube apretando. Preparándose.

El primer pirata subió por estribor.

Faith lo procesó en fracciones. Máscara de interferencia visual que hacía resbalar la mirada. Cuerpo debajo: hombros anchos, piernas cortas, centro de gravedad bajo. Cilindro en la mano derecha, cuchillo curvo en la izquierda. Se movía con la seguridad de alguien que ha abordado barcos antes.

No pensó.

Pensar era para después. Pensar era para gente que tenía tiempo.

Tres pasos. El cuchillo del pirata describió un arco hacia su cuello. Faith bajó el torso, sintió el filo pasar por encima del pelo, giró y clavó su propio cuchillo en el antebrazo que sostenía el cilindro. El pirata soltó el dispositivo. El cilindro rodó por la cubierta, emitiendo un zumbido que le apretó las sienes.

El pirata - gritó algo en el idioma de sibilantes. Faith no lo procesó como lenguaje. Lo procesó como dato: grito = dolor = ventana de tres segundos.

Le metió el hombro en el pecho. El pirata se dobló sobre la barandilla. Faith empujó. El pirata cayó al agua espesa. El mercurio se cerró sobre él despacio, viscoso, sin salpicadura.

Segundo pirata ya en cubierta.

Este era más rápido. Más joven. Sin cilindro solo dos cuchillos cortos. Se movía con las rodillas flexionadas y los brazos abiertos. Faith reconoció el estilo: peleador de espacio cerrado. Entrenado para barcos.

Le cortó el dorso de la mano izquierda antes de que pudiera bloquear.

La sangre salió caliente. Le mojó los nudillos. El dolor llegó dos segundos después, línea fina de fuego desde los nudillos hasta la

muñeca. Apretó la mano herida. Los dedos respondían. Nada cortado que importara.

El peleador volvió a atacar. Faith usó el cuchillo para desviar, no para cortar. Desvió. Desvió. Buscando el momento en que el peso del otro estuviera en el pie adelantado.

Ahí.

Le pateó la rodilla desde el lateral. El crujido fue audible. El pirata cayó hacia la derecha. Faith le puso la bota en la muñeca que sostenía el cuchillo y presionó hasta que los dedos se abrieron.

Babor.

Cuatro subiendo por babor.

El viejo estaba ahí. No peleaba, estorbaba. Se ponía en medio, se quitaba, hacía que los piratas tropezaran con él. Un viejo torpe que casualmente siempre estaba donde no debía. Uno de los piratas lo empujó. Se cayó contra otro pirata y los dos fueron al suelo. El viejo se levantó primero. El pirata tardó más porque le había puesto la rodilla en el estómago durante la caída.

Columbo lanzaba tornillos.

No con fuerza, con precisión. Un tornillo de acero en la cara duele. No incapacita, pero cierra los ojos un segundo. Un segundo en una pelea de cuchillos es suficiente para que Faith cruce cubierta y ponga el cuchillo donde necesita estar.

Tres piratas en cubierta. Dos más subiendo.

Demasiados.

Faith lo calculó en medio segundo. Los que quedaban iban a llegar al mástil. Iban a bajar. Iban a llegar a Maku.

Usó una bala.

El disparo en el Astral sonó amortiguado. Corto. La bala encontró el hombro del pirata que estaba más cerca de la escalera. El pirata se agarró el hombro y giró. No cayó. La máscara de interferencia se fracturó por el impacto y Faith vio debajo: piel gris con vetas de interferencia, los bordes del rostro difusos, ojos sin párpados que se habían fundido con la piel. Cicatrices que formaban patrones geométricos. Los mismos patrones que los cilindros de frecuencia grababan en el metal. Este hombre había sido expuesto demasiado tiempo. O demasiadas veces.

Tres balas.

El pirata herido retrocedió. Los otros dos avanzaron. Don Humo les bloqueó el paso tropezando otra vez. Esta vez el pirata le dio un golpe con el cilindro en las costillas. El viejo se dobló. Faith oyó el aire salir de sus pulmones. Un sonido húmedo, viejo, de cuerpo que no aguanta lo que aguantaba antes.

Nico se movió.

Faith no le contestó que se moviera. El chico se movió solo. Agarró la pieza de circuito impreso del suelo, bordes afilados, ocho centímetros de placa electrónica y se la clavó en la mano al pirata que había golpeado al viejo. El pirata soltó el cilindro. Nico lo recogió del suelo, no sabía cómo funcionaba, lo levantó y le dio en la cara al pirata más cercano.

No fue elegante. Fue fuerza bruta de un chico de veintiuno que tenía miedo y rabia y ningún entrenamiento.

Funcionó.

El pirata se tambaleó hacia atrás. Nico levantó el cilindro para golpear otra vez.

El zumbido salió desde abajo.

No de la cabina. De más abajo. De las raíces de Doña Nube. Del centro del barco. Un tono que hizo vibrar la cubierta entera y que subió por los pies hasta las rodillas, las caderas, el pecho.

Los piratas se detuvieron.

Todos a la vez. Los que peleaban, los que subían, los que retrocedían. Se detuvieron y miraron hacia la escalera de la cabina.

Maku subió.

No. Lo que subió. No era Maku.

Era más grande. Un metro veinte donde antes había uno. El pelo se había endurecido en placas oscuras, pelaje de obsidiana que absorbía la luz del código del cielo. Los cables de la nuca estaban encendidos, no azul, rojo. Rojo que pulsaba con el ritmo del zumbido. Los ojos de fibra óptica emitían haces que barrían la cubierta de lado a lado, marcando cada pirata con un punto de luz.

Los brazos se habían alargado. Los dedos habían crecido. Las uñas eran negras y curvadas.

Anya estaba detrás, en la escalera. No había podido detenerla. Faith le vio la cara: la expresión de quién lucha por retener lo que se escapa existe.

La cosa abrió la boca.

El sonido que salió. No era voz. Era cancelación. El tono exacto que anulaba los cilindros de frecuencia. Los dispositivos que quedaban encendidos se apagaron. Los piratas que los sostenían los soltaron.

El pirata líder -el de los ojos sin párpados - retrocedió tres pasos.

Dijo una sola palabra. Faith no entendió el idioma pero reconoció el tono. No era miedo a Maku. Era reconocimiento. La misma frecuencia que les había borrado los párpados y la identidad acababa

de salir de una niña. Estaban viendo su propia enfermedad en versión pura.

Los piratas se fueron.

Saltaron por la barandilla. Nadaron hasta las lanchas. Se subieron unos encima de otros. Las lanchas se alejaron. Los tres barcos viraron. La formación se rompió. Cada uno huyó en dirección distinta.

La cosa que No era Maku se quedó de pie en la cubierta durante diez segundos.

Después se encogió.

Las placas oscuras se ablandaron. Los brazos se acortaron. Los ojos dejaron de emitir. Los cables pasaron de rojo a azul a opaco. La estatura bajó. Un metro veinte. Un metro diez. Un metro.

Maku cayó.

Anya la atrapó. Las manos cerrándose alrededor del cuerpo que ahora pesaba menos que antes de la transformación. Los ojos de Maku estaban abiertos. La fibra óptica parpadeó. Una vez. Dos.

Parpadeo. Los ojos cerrados.

Faith se sentó en la cubierta.

La mano izquierda le sangraba. El corte iba del nudillo del índice al nudillo del meñique, superficial pero largo. Doña Nube había absorbido la sangre que había caído en la madera. La cubierta estaba limpia donde debería haber manchas rojas.

El viejo estaba sentado contra el mástil con la mano en las costillas. Respiraba corto. Rápido.

¿Cuántas? le preguntó Faith.

Una. Quizá dos. No es la primera vez.

¿Puedes moverte?

No necesito moverme. Estoy en un barco.

Nico tenía sangre en la mano derecha. No suya del pirata al que le había clavado la placa de circuito. Se miraba los dedos. La adrenalina bajando. El temblor subiendo. Dember colgaba del cinturón, manchado de lo que No era sangre sino agua de mercurio. Nico no se limpiaba.

Columbo se arrodilló junto al viejo y le palpó las costillas con las yemas. Don Humo siseó. Cuarta o quinta izquierda. Columbo arrancó la manga de su propia camisa con los dientes y empezó a improvisar un vendaje. Haryes no se había movido del rincón.

Faith hizo inventario.

Una bala gastada. Tres restantes. Un cuchillo con sangre ajena. Corte en la mano izquierda. Don Humo con costilla rota. Nico con temblor en las manos. Columbo con una manga menos. Maku inconsciente, más liviana, algo dentro de ella que salía cuando había peligro y la dejaba peor. Anya con la cara de quien ha visto a una niña convertirse en otra cosa y no sabe dónde guardar eso.

Leonardo estaba de pie junto a la barandilla. Los ojos abiertos. No había peleado. No se había movido durante todo el combate. Las manos en la madera, los nudillos blancos.

¿Estás herido? - preguntó Faith.

Vi todo. Los colores. Cada uno tenía un color distinto. Tú eras gris. Maku fue roja. Los piratas... -Se detuvo. Buscó la palabra. Los piratas eran verdes. Pero un verde roto. Fragmentado. Les faltaban pedazos de color. Huecos donde debería haber frecuencia y no había nada. Alguien les quitó parte de lo que eran.

Faith no tenía respuesta para eso. Pero pensó en los ojos sin párpados. En la piel con patrones de interferencia. En los cilindros

apuntados hacia sus propios cuerpos. Gente que usaba las armas para mantenerse junta, no para atacar.

Se vendó la mano con la tela que Columbo le pasó. El nudo le quedó flojo. Lo apretó con los dientes.

El horizonte cambió.

No gradualmente. De golpe. La línea difusa donde mar y cielo se mezclaban se partió. A un lado, el cielo de código que llevaban días navegando. Al otro, algo distinto. Más oscuro. Sin código. Sin lluvia de símbolos. Ausencia que no era falta de luz sino falta de información.

Doña Nube viró hacia la oscuridad sin que nadie la dirigiera.

Faith lo miró. Tenía los ojos cerrados y la mano en las costillas. Asintió sin abrirlos.

El Astral profundo se abrió delante de ellos y nadie contestó nada porque no había nada que decir. # TRANSFORMACIÓN [L][X]

La cocina tenía los azulejos equivocados.

Leonardo lo supo antes de verlo completo. Azulejos blancos con borde azul donde debían ser amarillos lisos. La mesa era la misma mesa de pino que habían comprado en el mercado de Coyoacán, con la marca de quemadura del sartén que Luna dejó sin mantel una vez y de la que nunca dejó de disculparse aunque Leonardo nunca le reclamó nada. La marca estaba ahí. La mesa era real. Los azulejos no.

Las niñas estaban sentadas. Las dos. Comiendo cereal de un tazón cada una. Los pies colgaban de la silla porque todavía no llegaban al suelo. Tres años. Tres años las dos. El pelo oscuro de Luna en las dos cabezas. Las manos pequeñas levantaban la cuchara con la concentración absoluta de quien todavía no ha automatizado el gesto.

Luna estaba de espaldas. Lavando algo en el fregadero. El agua corría. El sonido del agua le llegó a Leonardo con un color que no existía ni azul ni metálico ni nada que pudiera nombrar. Un color nuevo. El color de lo que no debería estar oyendo.

Quiso entrar.

Los pies no se movieron. Estaba en el marco de la puerta. Podía ver la cocina entera, la mesa, las niñas, Luna de espaldas, la ventana con cortinas que no eran las suyas, que daban a un jardín que no era su jardín, con árboles que tenían hojas de un verde demasiado verde. Podía ver todo. No podía entrar.

Abrió la boca.

Quería decir una cosa. Una sola. Algo que llevaba dentro como un clavo que no termina de salir y que no termina de hundirse. Quería decir: ¿por qué no me avisaron? Eso me hubiera dado mucha tranquilidad.

Una de las niñas dejó caer la cuchara.

El sonido fue metálico. Demasiado metálico. Demasiado fuerte. No el sonido de una cuchara contra el piso de una cocina, sino el sonido de metal raspando metal dentro de un cuerpo.

El sonido empezó a las tres de la mañana.

Leonardo abrió los ojos. La cubierta bajo la espalda. El sabor de metal en la lengua del sueño o de la mordida en la mejilla, no supo. Las niñas. La cocina. Los azulejos equivocados. Se fue en tres segundos. En cinco ya no podía recordar el color de las cortinas.

Lo supo porque había contado las veces que el código del cielo cambiaba de intensidad. Cada cambio marcaba lo que Don Humo llamaba un ciclo. Doce ciclos por día astral. El tercer ciclo empezó y con él, el sonido.

Venía de abajo. De la cabina donde Maku dormía. De la hamaca de raíces que Doña Nube le había tejido.

Aquello no era voz. No lucía como respiración. Era metal raspando metal dentro de un cuerpo de niña. Un chirrido que le entró a Leonardo por los dientes y le bajó por la mandíbula hasta la clavícula. Rojo oscuro. El color del sonido era rojo oscuro, el mismo rojo de los cables de Maku cuando se transformó durante el ataque pirata. Pero más denso. Más saturado. El rojo del combate había sido una línea fina. Esto era una mancha que se expandía.

¿Oyes eso? - preguntó a Faith, que hacía guardia en cubierta.

No oigo nada.

Lo que Leonardo oía era frecuencia, no sonido audible. Algo reestructurándose huesos y metal y fibra óptica reordenándose dentro de un cuerpo que ya no podía contenerlos en la forma anterior. Faith no tenía el cableado para percibirlo. Leonardo sí.

Bajó.

La cabina estaba caliente. Demasiado caliente. Doña Nube había subido la temperatura de la savia. Las paredes de madera viva pulsaban con un ritmo más rápido que de costumbre. El zumbido amarillo del barco, que normalmente era un fondo constante, se había acelerado hasta convertirse en algo parecido a urgencia. El barco sabía. Estaba respondiendo a algo que Leonardo todavía no podía ver.

Maku estaba en la hamaca. Temblaba.

No el temblor del frío. Un temblor profundo, estructural, que venía de dentro de los huesos. Todo el cuerpo temblaba con una frecuencia que Leonardo sentía en los dientes, cuarenta hercios,

quizá cincuenta. La frecuencia que hace que las cosas se rompan. Leonardo la conocía. Nunca dentro de un cuerpo.

Los cables de la nuca estaban encendidos. Alternaban entre rojo y un azul enfermizo que no había visto antes. El patrón no era regular, se aceleraba, se detenía, se aceleraba. Un sistema intentando arrancar y fallando. Las fibras ópticas dentro de los cables brillaban con datos que recorrían la longitud del cable y volvían, iban y volvían, cada vez más rápido. El ciclo de prueba antes de la descarga.

Anya estaba junto a ella. Las manos en los hombros de Maku, intentando estabilizarla. La cara de Anya estaba mojada de sudor. La cabina estaba a cuarenta grados y subiendo. El pelo se le pegaba a la frente. Los brazos temblaban con el esfuerzo de sujetar un cuerpo que temblaba a cincuenta hercios.

Empezó hace una hora - respondió Anya. No para.

¿Temperatura?

Treinta y dos. Baja. Sigue bajando.

El cuerpo perdía calor mientras la cabina lo ganaba. Doña Nube estaba intentando compensar. El barco bombeaba calor a la cabina y el cuerpo de Maku lo absorbía y lo convertía en algo más.

Leonardo se arrodilló. Puso la mano en el pecho de Maku. El temblor le subió por el brazo. La piel de la niña estaba fría y áspera. La textura había cambiado. Rugosa. Debajo de la rugosidad, algo duro que no era hueso. Placas formándose bajo la piel.

Maku abrió los ojos.

La fibra óptica brilló. Amarillo. No el azul habitual, no el rojo de combate. Amarillo. Un color que Leonardo no le había visto. Los haces de luz barrieron la cabina, pared, techo, su cara, la cara de

Anya y se detuvieron mirando hacia arriba. Hacia donde no había nada.

La boca de Maku se abrió.

No salió voz. Salió dato. Una cadena de sílabas sin significado en ningún idioma que Leonardo conociera, pronunciadas con la precisión de una máquina leyendo un archivo. Sin inflexión. Sin emoción. Solo información vaciándose. Los datos sonaban púrpura pálido, casi transparente.

La piel empezó a cambiar.

En placas. Un área del antebrazo izquierdo se oscureció, se endureció, pasó de piel a sustancia que absorbía la luz de la savia de las paredes. Obsidiana viva. Después el otro antebrazo. Los hombros. El cuello. Cada placa que se formaba producía un chasquido seco. El sonido de piel partiéndose y algo nuevo emergiendo debajo. Los chasquidos eran grises. Metálicos. Se acumulaban.

Leonardo retrocedió.

El chirrido de metal sobre metal se intensificó hasta que le llenó la cabeza entera. Cerró los ojos. No sirvió. Lo sentía en la mandíbula, en la columna, en los huesos de las manos. El rojo oscuro se hizo más oscuro. Casi negro. La saturación le hacía presión detrás de los ojos.

Anya no retrocedió.

Se quedó con las manos en los hombros de Maku mientras las placas oscuras se extendían bajo sus dedos. El cambio de textura piel a obsidiana, caliente a frío, suave a cortante y no soltó. Un borde de placa le cortó el pulgar derecho. Anya ni miró. La sangre se mezcló con el sudor en el dorso de la mano y goteó sobre la hamaca de raíces.

Maku dijo: Estoy aquí.

Los ojos amarillos la encontraron. Por un instante hubo reconocimiento. Una fracción de segundo donde la niña de 7.692 años miró a la mujer que la había cargado durante días.

Después los ojos se volvieron completamente amarillos sin iris, sin pupila, sin nada que fuera humano y el cuerpo en la hamaca dejó de ser el cuerpo de una niña.

Los cables se expulsaron.

Cuatro cables de fibra óptica que habían estado conectados a la base del cráneo de Maku desde que Leonardo la conocía desde el cristal de las catacumbas, desde antes del cristal, desde hacía 7.692 años se desprendieron de la nuca con un sonido húmedo. No un tirón. Una expulsión. El cuerpo los rechazó. Los cables cayeron sobre la hamaca. Cuatro líneas de fibra óptica que dejaron de brillar en el instante en que perdieron contacto con el cuerpo. Oscuros. Inertes. Cuatro agujeros en la nuca que se cerraron en segundos. La obsidiana creciendo sobre los huecos, sellándolos.

Leonardo miró los cables muertos en la hamaca. Lo único que quedaba de la conexión original. Del sistema que la había mantenido 7.692 años. Desechados.

La hamaca se rompió.

Las raíces de Doña Nube cedieron bajo un peso que se había duplicado en segundos. Lo que cayó al suelo tenía pelaje que crecía sobre las placas de obsidiana. Pelo negro que absorbía la luz, que no reflejaba nada, que hacía que la criatura fuera un agujero en la luminosidad de la cabina. Los brazos eran más largos. Las piernas se habían reformado articulaciones nuevas que no existían en la anatomía humana, un segundo juego de rodillas que le daba una postura baja, animal. Los dedos terminaban en garras negras que

arañaron la madera del suelo, dejando marcas profundas. Cuatro surcos paralelos. La madera de Doña Nube sangró savia en los surcos y empezó a repararse inmediatamente. La criatura pesaba el doble que Maku. Leonardo lo calculó por la profundidad de las marcas en la madera.

La cola era nueva.

No había tenido cola antes. Larga, cubierta de las mismas placas de obsidiana bajo el pelaje, terminando en un extremo grueso que golpeó el suelo de la cabina una vez. El impacto vibró en las plantas de los pies.

La criatura se levantó sobre las cuatro extremidades.

Un metro treinta al lomo. Los ojos amarillos escanearon la cabina con la regularidad de un mecanismo. Las raíces de las paredes se contrajeron. Doña Nube retrocediendo ante lo reconocible. La vibración amarilla del barco cambió de frecuencia. Más bajo. Más respetuoso.

Pasos arriba. En cubierta. Columbo, Nico, Haryes despertados por el temblor del barco, por el cambio de frecuencia, por el instinto de que algo irreversible había pasado debajo de sus pies. Leonardo oyó los pasos de tres personas sobre la madera de cubierta. Columbo con botas. Nico descalzo. Haryes arrastrando las suelas.

Anya seguía arrodillada en el suelo.

Sus manos estaban vacías. Donde antes había treinta kilos de niña que cargaba en los brazos, ahora había aire y el recuerdo del peso. Los dedos seguían curvados en la forma de un objeto ausente.

Miró las marcas de garras en la madera, la hamaca rota, los cables muertos, la criatura que la miraba con ojos que no tenían nada humano.

¿Maku? - dijo.

La criatura inclinó la cabeza. Un movimiento animal. Evaluación. Un sonido salió de su garganta. No era la cancelación del combate, ni el tono que había apagado los dispositivos de frecuencia de los piratas.

Algo más bajo. Un ronroneo grave, presión naranja en el esternón. Constante. Regular. El color era cálido. Era lo primero cálido que salía de la criatura.

Sentella caminó hacia Anya. Dos pasos. Las garras en la madera. El ronroneo sostenido. Bajó la cabeza y la puso contra el hombro de Anya. El pelaje de obsidiana contra la tela de la chaqueta cortada.

Anya no se movió.

Sus manos temblaron. Subieron. Tocaron el pelaje. Frío, liso, duro bajo las yemas. Nada que se pareciera a la piel de una niña. Sus dedos encontraron el lugar donde habían estado los cables, la obsidiana lisa, sellada, sin cicatriz. La nuca de lo que ya no era Maku y que todavía ponía la cabeza en su hombro.

El pulgar cortado sangraba sobre el pelaje negro. La sangre no se absorbía. Resbalaba.

Leonardo subió a cubierta.

El viejo estaba despierto. La pipa encendida. Sabía. Nico estaba de pie junto al mástil con el oso Dember apretado contra el pecho, no colgando del cinturón, apretado, la respuesta del cuerpo a lo que no tenía otra respuesta. Columbo miraba la escotilla por donde Leonardo había subido. Haryes estaba en su rincón. No se había movido de su rincón.

¿Completa? - preguntó el viejo.

Completa. Los cables se desprendieron.

Fumó. El humo subió recto en el aire inmóvil del Astral profundo.
Se llama Sentella.

¿Quién le puso ese nombre?

Ella. O lo que ella era antes. El nombre estaba en los archivos que tenía antes de ser Maku. Antes de ser Kira. Antes de los 7.692 años.

¿Cuánto queda de Maku?

No respondió. Fumó. Después, sin mirar a Leonardo:

La señal no desaparece. Cambia de canal.

La criatura subió a cubierta diez minutos después.

Caminaba pegada a la barandilla. Las garras se enganchaban en la madera con cada paso. La mirada barría el horizonte oscuro del Astral profundo, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, con la regularidad de un radar. Vigilando.

Nico se apartó cuando Sentella pasó junto al mástil. No por miedo. Por respeto al espacio de lo que no entendía. El oso seguía apretado contra el pecho.

Columbo evaluó. Tres segundos. No dijo nada. Subió a la popa y se sentó con la espalda contra la barandilla. Sacó la radio desarmada del bolsillo y empezó a girar una perilla que no hacía nada. Las manos buscaban qué hacer cuando no hay nada que hacer.

Anya subió última. Se sentó en la cubierta con la espalda contra el mástil. El pulgar envuelto en un trozo de tela arrancado del borde de la chaqueta. No miró a Sentella. No miró a nadie.

Faith estudió a la criatura durante un minuto entero sin hablar.

¿Es peligrosa? - preguntó.

Para nosotros no. Creo.

Creo no alcanza.

Es lo que tengo.

Sentella se detuvo en la proa. Se sentó sobre las patas traseras. La cola se enroscó alrededor de las raíces de la barandilla. Los ojos amarillos fijos en la negrura que se abría delante del barco.

Leonardo la miró desde la cubierta media. El ronroneo naranja seguía. Bajo. Constante.

El ronroneo cambió.

No de volumen. De frecuencia. Bajó de los cuarenta hercios audibles a una vibración que Leonardo dejó de oír con los oídos y empezó a sentir en el esternón. Dieciocho hercios. Quince. Doce. Frecuencias por debajo del umbral auditivo humano infrasonido que no producen sonido sino presión en los órganos internos. Leonardo las percibía porque su percepción no distinguía entre canales: lo que entraba por la piel llegaba al mismo lugar que lo que entraba por los oídos. El infrasonido del ronroneo le llegó como naranja oscuro, denso, y dentro del naranja había estructura.

Patrones. Modulaciones. El ronroneo. Nada de eso era ruido constante. Era señal modulada. Sentella estaba transmitiendo en una frecuencia que solo el cableado cruzado de Leonardo podía decodificar.

La frase se formó en su cabeza no como voz sino como imagen-tacto-color que su cerebro tradujo a palabras:

Todavía aquí. Diferente ahora. Pero todavía aquí.

Leonardo lo miró. Seguía fumando. Doce hercios no le llegaban. A nadie le llegaban. Era frecuencia de infraestructura la frecuencia a la que vibran los edificios, los puentes, las estructuras grandes. No la frecuencia a la que vibran los tímpanos.

Leonardo miró a los demás. Nadie reaccionó.

El ronroneo subió a cuarenta hercios de nuevo. Naranja normal. Señal cerrada.

Sentella vigilaba. # LA TABERNA FLOTANTE [N][H]

La Taberna apareció sin aviso.

Faith estaba calculando las reservas de agua para tres días si racionaban, dos si no, cuando la proa de Doña Nube giró quince grados a estribor. El barco había cambiado de rumbo solo. Las hojas-vela se ajustaron. Las raíces del casco resonaron con un tono distinto, expectativa en lugar de esfuerzo.

Faith puso la mano en la barandilla. La mano izquierda, la del corte. La tela del vendaje se había endurecido con la sangre seca y cada vez que cerraba el puño, la costra tiraba. Dolor fino, constante. Parte del cálculo en lugar de interrumpirlo.

La estructura emergió de la oscuridad del Astral profundo en piezas.

Primero las luces. Puntos amarillos que no eran fuego ni electricidad, algo intermedio, pulsando con ritmo orgánico. Faith contó la frecuencia: cincuenta y cinco hercios. Constante. Todas las luces al mismo pulso.

Después las plataformas. Madera y metal y material que Faith no reconocía, apilados en niveles conectados por puentes colgantes y escaleras que subían en espiral. La estructura no tenía forma definida, crecía hacia arriba y hacia los lados con lógica orgánica. Se había construido una pieza a la vez durante décadas. Siglos. Cada nivel era de un material distinto, de un color distinto, de una época distinta.

Después los barcos. Docenas amarrados a muelles que crecían del cuerpo principal, cada uno diferente del anterior, ninguno

construido con las mismas reglas. Faith los contó. Diecisiete visibles. Probablemente más del otro lado. Cascos de madera, de metal, de algo translúcido que dejaba ver la línea de flotación. Algunos tenían mástiles. Otros tenían hélices. Uno no tenía nada visible que explicara cómo se movía.

Doña Nube redujo velocidad. Las raíces de amarre ya estaban extendiéndose hacia el muelle más cercano.

La Taberna de los Jardineros - dijo Don Humo. Tenía la pipa encendida. Primera vez en dos días. Fumaba con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, la costilla no le dejaba expandir el pecho completo. Punto neutral. Nadie pelea aquí. Nadie roba aquí. Nadie miente aquí.

¿Y se respeta?

Se respeta porque el que no respeta desaparece. La Taberna tiene sus propias reglas y sus propios métodos.

Faith evaluó el perímetro. Tres niveles visibles. Cuatro puntos de acceso desde los muelles. Dos escaleras exteriores. Un puente colgante que conectaba con una plataforma independiente a treinta metros. No vio guardias. No vio armas. No vio dispositivos de frecuencia. Eso no significaba que no los hubiera.

Haryes se levantó del rincón.

Faith lo miró. Llevaba días sin moverse de esa esquina de cubierta. Comía lo que le pasaban. Dormía cuando podía. No hablaba. No peleó durante el ataque. No reaccionó durante la transformación de Maku. Un cuerpo que ocupaba espacio.

Ahora estaba de pie. La espalda recta. Las grapas del cuello brillando con las luces de la Taberna. Sus ojos se movían por las plataformas con la familiaridad de alguien que reconoce un lugar.

Has estado aquí - respondió Faith.

Dos veces.

Era lo más que había dicho en días.

Amarraron en el muelle tres. Las raíces de Doña Nube se engancharon al concreto poroso de la plataforma con la urgencia de un organismo que encuentra agua después de una sequía. El barco se asentó. Dejó de vibrar. El silencio fue tan repentino que la ausencia del ruido le presionó los tímpanos. Los días de resonancia constante habían recalibrado su línea base.

Sentella bajó primero.

Las garras en el concreto. La cabeza girando. El ronroneo bajo constante. La gente del muelle se apartó no con miedo, con respeto cauteloso. Conocían las criaturas. Habían visto cosas peores. Un hombre con la mitad de la cara cubierta de cicatrices metálicas miró a Sentella durante tres segundos y siguió caminando. Una mujer con cuatro brazos, dos biológicos, dos mecánicos detuvo su carga para dejar pasar a la criatura y después la levantó de nuevo sin comentario.

Bajó con esfuerzo. La costilla rota no había mejorado. El vendaje de Columbo se había aflojado y Don Humo lo sujetaba con la mano cada vez que el torso se inclinaba. Cada escalón del muelle le costaba medio segundo de vacilación. El cuerpo calculando si el paso iba a doler antes de darlo.

Haryes bajó y caminó directo hacia una de las plataformas del nivel dos. Sin mirar atrás. Sin preguntar.

¿A dónde va? - preguntó Faith.

Sabe a dónde va. Déjalo.

Leonardo bajó con las manos en los bolsillos. Los ojos entrecerrados. Las luces orgánicas de la Taberna pulsaban al ritmo

de las escamas y Faith vio que Leonardo giraba la cabeza con cada pulso. Lo sentía. Lo que fuera que le pasaba a su percepción desde el episodio en alta mar, las luces de la Taberna le hacían algo. Se detuvo en el muelle, respiró tres veces, y siguió caminando.

Anya bajó última. No miró a Sentella. Rodeó a la criatura por la derecha, la ruta larga, y caminó hacia las plataformas con las manos en los bolsillos de la chaqueta que ahora terminaba en las costillas. Las manos vacías. Las manos que durante días habían cargado treinta kilos de niña y que ahora no tenían peso.

La Taberna por dentro era caos funcional. Mesas hechas de restos de barcos. Lámparas de esa luz orgánica que pulsaba. Gente humanos, no-humanos, cosas intermedias sentada en grupos que no se mezclaban. El aire olía a comida frita, metal caliente, y algo dulce que Faith no identificó. El suelo era irregular: concreto en las zonas antiguas, madera en las extensiones, metal donde alguien había parchado un hueco. Faith mapeó las salidas. Tres. Más la que habían usado para entrar. Cuatro.

Los llevó a una mesa en el segundo nivel. La mesa era una plancha de metal sobre caballetes de madera. Los asientos eran tocones de una madera que no era terrestre, más suave, con una textura esponjosa que se adaptaba al peso. Faith se sentó. La mano herida pulsaba con el ritmo cardíaco.

Alguien trajo bebidas sin que nadie pidiera. Cuencos de metal con un líquido gris que olía a mineral caliente. Don Humo levantó el cuenco. Lo olió. Lo apoyó en la mesa.

¿Qué es? - preguntó Faith.

Es lo que piensan que es té.

¿Y qué es?

Savia destilada con ingredientes sin identificar.

Faith no tocó el cuenco. Don Humo lo levantó de nuevo. Lo olió otra vez. Tomó un sorbo con la formalidad de quien evalúa una cosecha. No reaccionó. Tomó otro.

¿Y? - dijo Anya.

En 1723 los holandeses vendían agua de cañería teñida con roble y la llamaban té de Java. Otro sorbo. Esto es mejor.

Anya miró su cuenco. Lo empujó hacia Columbo. Columbo lo olió, se encogió de hombros, y lo bebió de un trago.

Una mujer bajó del tercer nivel con una tablilla de corteza y un punzón. Llevaba tres collares de material distinto y una expresión que indicaba que los llevaba por regulación, no por gusto.

Registro de tránsito observó. Número de ocupantes.

Siete - dijo Faith. Y una criatura.

Las criaturas van en el formulario dos. La mujer - señaló a Sentella. ¿Carga, compañía o armamento?

Compañía.

¿Registra frecuencia?

Sí.

Entonces es armamento. Marcó algo en la tablilla. Formulario dos, sección cuatro. Las armas de frecuencia tienen recargo.

No es un arma - dijo Leonardo.

Si registra frecuencia y tiene masa corporal superior a veinte kilos, es armamento según la Tabla de Clasificación de la Taberna. La mujer no levantó la vista. ¿Periodo de estadía?

No lo sabemos.

Indefinido. Recargo del veinticinco por ciento. Marcó otra línea. ¿Sustancias combustibles a bordo?

Sacó la pipa de la boca. La mujer lo miró. Miró la pipa. Miró el humo.

Formulario tres comentó, y subió al tercer nivel.

No volvió con el formulario tres.

Columbo encontró lo que buscaba antes que nadie.

La señal. Una frecuencia que su radio desarmada no podía captar pero que el tablón de comunicaciones de la Taberna sí mostraba. El tablón ocupaba una pared entera del segundo nivel, tiras de material flexible con mensajes grabados en frecuencias distintas. Columbo las leía pasando los dedos por la superficie, como si pudiera decodificar el contenido por tacto. Se detuvo en una tira del extremo inferior. Tiny Almanac. Canal abierto. Conexión con el Plano Medio.

Se quedó mirando el tablón durante un minuto. Faith lo cronometró. Un minuto exacto con los dedos en la tira, la espalda quieta, la respiración regular. Después se dio vuelta.

¿Qué? - preguntó Faith.

Mensaje. De Locke. Columbo leyó en voz baja. “Te necesito. Llegaron reclutas. Uno hace preguntas que no debería.”

¿Cuándo?

Hace seis días.

Seis días. El mensaje había llegado mientras ellos peleaban con piratas. Mientras Maku se transformaba. Mientras navegaban el Astral profundo sin saber que alguien en el Plano Medio los necesitaba.

Columbo se dio vuelta y lo miró. Fumó. No dijo nada. No necesitaba decir nada. La decisión ya estaba en la cara de Columbo en la línea de la mandíbula, en la forma en que sus ojos dejaron de mirar al tablón y empezaron a mirar hacia la zona de los muelles.

Tengo que volver - dijo Columbo.

Lo sé.

No es que quiera irme.

Lo sé.

Es que alguien tiene que recibir las cartas.

Columbo empezó a empacar. No tenía mucho. La radio desarmada. Un destornillador. La camisa con una manga menos la manga que había usado para vendarle las costillas. Metió todo en un bolso que había encontrado en la bodega de Doña Nube. El bolso era demasiado grande para lo poco que llevaba. Las cosas se movían dentro. Faith oyó el destornillador golpear contra la radio cada vez que Columbo ajustaba la correa.

Se detuvo. Sacó la radio. La puso sobre la mesa. La miró como quien mira un rompecabezas que sus manos se rehusan a armar. La radio se quedó ahí, desarmada, con las piezas expuestas. Columbo no la tocó. No ajustó los tornillos. No giró el dial. Se sentó frente a ella durante un minuto con las manos en las rodillas. Después la metió de vuelta en el bolso sin armarla.

Faith no le comentó que se quedara. No fue su decisión. Columbo había navegado con ellos el tiempo que había podido y ahora alguien lo necesitaba donde él sabía ser útil. La División 47 funcionaba con las personas que la hacían funcionar. Quitarle a Columbo era quitarle una pieza que nadie más podía reemplazar.

Haryes volvió.

No estaba solo. Las dos mujeres que lo acompañaban eran idénticas y no eran mujeres. Humanoides. Altas, un metro ochenta, con piel de escamas que reflejaba las luces de la Taberna en tonos verdes y dorados. Las escamas pulsaban a cincuenta y cinco hercios,

constante, sincronizada entre las dos. El mismo ritmo que las luces. Las escamas cubrían los brazos, el cuello, las sienes. Donde no había escamas había piel de un gris verdoso que se movía con una flexibilidad que la piel humana no tenía cada gesto arrastraba micro-ondulaciones que bajaban del cuello a los hombros.

La de la izquierda caminaba al frente. La de la derecha caminaba un paso detrás.

Iris - dijo la de la izquierda, señalándose. Ilis señaló a la otra.

La voz de Iris era grave para un cuerpo de ese tamaño. Ocupaba espacio. Llenaba la mesa donde se sentaron sin que nadie la invitara. Al sentarse, las escamas del cuello se ajustaron un movimiento reflejo, serpentino, que hizo que Faith mirara las manos. Dedos largos. Uñas cortas pero gruesas. Las articulaciones se doblaban medio centímetro más de lo que deberían.

Ilis no habló. Se sentó un paso detrás de su gemela. Las escamas pulsando al mismo ritmo. Los ojos fijos en un punto medio que No era ninguna persona. Respiraba al ritmo de Iris. No como imitación. Como sincronización involuntaria. Dos organismos conectados por una señal que no necesitaba cercanía física.

Iris. Haryes - dijo el nombre con un tono que Faith registró inmediatamente. Alivio y tensión al mismo tiempo. La voz de alguien que ha encontrado lo que lo reconforta y lo daña por igual. Las grapas del cuello brillaron cuando Haryes giró la cabeza hacia ella.

Tardaste - replicó Iris. Le puso la mano en la nuca a Haryes. Los dedos con escamas sobre las grapas del cuello. Apretó. No fuerte lo suficiente para que Faith viera los nudillos tensarse, para que viera a Haryes quedarse quieto con la inmovilidad de quien ha aprendido

que moverse empeora las cosas. Te dije que llegaras en dos ciclos. Llevas siete.

No podía controlar el viaje.

Siempre dices eso.

Iris soltó. Haryes no se tocó el cuello. No se movió. No registró la interacción como algo fuera de lo normal. Faith registró todo.

El viejo miró a las gemelas. Algo cambió en su cara un endurecimiento alrededor de los ojos que Faith conocía. Reconocimiento de disgusto. No lo dijo.

Nico estaba sentado al otro lado de la mesa.

No comía. No hablaba. Miraba al grupo a todos, uno por uno, con la evaluación de alguien que hace inventario. Leonardo con los ojos entrecerrados contra las luces. Faith con el vendaje endurecido en la mano izquierda. Don Humo con el brazo pegado al cuerpo. Anya sentada sola en una esquina del segundo nivel, los codos en las rodillas, sin mirar a Sentella que estaba echada bajo la mesa con los ojos amarillos cerrados. Columbo con el bolso medio vacío. Haryes con Iris. Ilis detrás.

Todos enteros. Todos vivos. Todos llegados.

Nico se levantó.

No comentó nada. Bajó las escaleras del segundo nivel al primero. Cruzó la zona de mesas. Salió a los muelles. Faith lo vio desde la barandilla del segundo nivel la silueta del chico recortada contra las luces orgánicas de los muelles, caminando hacia donde Columbo estaba cargando la lancha de transporte que la Taberna proporcionaba para regresos al Plano Medio.

La lancha era pequeña. Motor que agitaba el agua. Sin mástil. Sin vela. Un casco de metal con dos bancos y espacio para equipaje que

no existía. Columbo metió el bolso debajo del banco. El destornillador golpeó la radio otra vez.

Nico se quedó mirando.

Faith bajó al muelle. La madera del muelle era diferente a la de la Taberna más blanda, húmeda, con un olor a sal que no existía en el Astral profundo pero que el muelle generaba de alguna forma. Quizá un recuerdo de material. Quizá el muelle extrañaba el mar.

Yo también - dijo Nico a Columbo.

¿También qué?

Vuelvo.

Columbo lo miró. Los ojos de Columbo hacían lo mismo que los de Faith evaluar, medir, buscar la información que explicara la decisión. Pero Columbo No lucía como Faith. Columbo buscaba motivos. Faith buscaba consecuencias.

¿Le avisaste a Don Humo?

No le tengo que avisar a Don Humo.

Deberías.

No.

Nico metió su bolso en la lancha. No tenía más que lo que llevaba encima. Dember en el cinturón la costura del hombro rota desde las catacumbas, el relleno asomando por la ruptura. Las botas gastadas. Las manos vacías.

¿Estás seguro? - preguntó Faith.

Ya llegaron todos. Están a salvo. Aquí no me necesitan. Nico no la miró. Miraba la lancha, el agua oscura, la dirección por donde se volvía al Plano Medio. En el Medio sí.

Faith no discutió. No fue su decisión. El chico tenía veintiún años y había llegado hasta aquí y ahora decidía volver y la decisión le

pertenecía. Faith no tenía jurisdicción sobre las decisiones de otros. Registraba. No intervenía.

El viejo estaba en la plataforma del segundo nivel.

Fumando. Apoyado en la barandilla con el brazo izquierdo pegado al cuerpo. Mirando hacia abajo. Hacia el muelle. Hacia Nico que subía a la lancha junto a Columbo.

La distancia era de unos quince metros en vertical. Suficiente para ver. Suficiente para que lo vieran. Suficiente para que cualquiera de los dos pudiera decir algo.

Nico no miró hacia arriba.

No bajó.

La pipa se consumía. La brasa anaranjada. El humo subiendo recto en el aire sin viento de la Taberna. Don Humo fumó con la lentitud de alguien que sabe que fumar es lo único que puede hacer. Que bajar las escaleras con la costilla rota llevaría demasiado tiempo. Que llegar al muelle significaría que tendría que decir algo. Que no tenía nada que decir que Nico quisiera oír. Que el chico se iba porque podía y porque debía y porque nadie nadie le iba a pedir que se quedara.

La lancha se soltó del muelle.

El motor vibró. El agua oscura del Astral profundo se abrió en una V estrecha detrás del casco. La lancha aceleró hacia la conexión de tránsito un punto luminoso en la oscuridad que la Taberna mantenía como puente con el Plano Medio.

Nico estaba sentado en el banco de proa. La espalda hacia la Taberna. No se dio vuelta.

Columbo estaba en el banco de popa. Miró hacia atrás una vez. Un segundo. Después miró al frente.

Fumó hasta que la lancha se convirtió en un punto, después en nada, y siguió fumando un poco más. La pipa se apagó. Don Humo la sacó de la boca. La miró. La ceniza estaba fría. La guardó en el bolsillo del chaleco.

Se quedó en la barandilla durante tres minutos más. Faith lo cronometró. Tres minutos mirando el agua oscura donde ya no había lancha. Tres minutos con las manos en la barandilla y la costilla rota y el brazo pegado al cuerpo. Después se dio vuelta. Se sentó. Le hizo una seña a alguien de la Taberna. Pidió algo. Volvió a sacar la pipa. La cargó con tabaco del que le dieron. La encendió.

Abajo, Iris le dijo algo a Haryes. Haryes empezó a hablar sobre el Sur rutas de agua, disputas, la situación de las Norias. Hablaba rápido, con la energía de alguien que quiere ser útil. Que necesita ser útil.

Hay agua en el Sur pero la disputa es sangrienta. Las Norias

Iris le puso la mano en el hombro. Los dedos con escamas. La presión.

Cállate.

Haryes se calló.

Ilis no estaba. Faith la buscó. La encontró en la plataforma independiente, a treinta metros, conectada por el puente colgante. Parada en el borde. Mirando el agua. Las escamas pulsando a cincuenta y cinco hercios. Sola.

Faith se sentó en el muelle.

La mano izquierda pulsaba. El vendaje necesitaba cambio. La sangre seca crujía cuando movía los dedos. Contó: tres balas, un cuchillo, una mano herida, un grupo reducido. Menos Columbo.

Menos Nico. Más Iris. Más Ilis. Más Sentella. El cálculo había cambiado. No mejor ni peor. Diferente.

El muelle donde habían estado Nico y Columbo ya estaba vacío. La cuerda de amarre colgaba en el agua. Las luces orgánicas pulsaban sobre la madera húmeda. Cincuenta y cinco hercios. Constante.

Arriba, Don Humo fumaba.

PLANO MEDIO

Columbo llegó a las seis de la mañana del tercer día.

Locke lo esperaba en la puerta del precinto con un café que ya estaba frío. Se lo dio sin hablar. Columbo lo tomó sin preguntar.

¿Cómo estuvo?

El Astral es horrible. Columbo se sentó en su escritorio. Estaba igual que como lo había dejado. Alguien había limpiado la taza pero no había tocado los papeles. ¿Los reclutas?

Ahí.

Sol estaba junto al escritorio de Penny.

Locke le había puesto un escritorio adicional, más pequeño, entre el de Penny y la pared. El escritorio de Penny seguía intacto. El café frío en la taza la mancha de leche seca formando un anillo. La tablet. Los papeles exactamente donde estaban el día que dejó de venir. La silla seguía tibia en el respaldo, como si alguien la hubiera tocado hace poco, aunque hacía dieciséis días que nadie se sentaba ahí.

Sol era joven. Veintitrés, acaso veinticuatro. Pelo recogido con un lápiz que le asomaba por el moño. Ojos que se movían rápido entre el expediente y la pared de casos.

Levantó la vista cuando Columbo entró.

¿Tú eres Columbo?

Sí.

¿Puedo hacerte una pregunta?

No.

¿Por qué el caso dieciséis dice NO CONCLUYENTE si tiene cuarenta y siete marcas?

Columbo se detuvo. Miró a Locke. Locke puso otro café en el escritorio de Penny. Por inercia. Se dio cuenta. Lo quitó. Lo dejó en la esquina de la mesa de Sol.

¿Qué caso dieciséis? - preguntó Columbo.

Penny Reyes. Cuarenta y siete cortes. Sótano Sector tres. El expediente dice NO CONCLUYENTE pero hay cuarenta y siete marcas documentadas con fotos. ¿Cómo cuarenta y siete marcas son no concluyentes?

Columbo se sentó.

¿Quién te dio acceso a ese expediente?

Estaba en la mesa. Sol - señaló el escritorio de Penny.

Silencio. Locke miraba a Sol. Columbo miraba a Locke.

La pregunta correcta - dijo Columbo en voz baja.

Carandini estaba al fondo del precinto. Alto. Erguido. Traje demasiado limpio para División 47. Leía un expediente pasando páginas cada quince segundos. Demasiado rápido para leer. Lo suficiente para encontrar.

Ese sabe demasiado para ser nuevo - contestó Locke en voz baja.

¿Cuánto lleva?

Tres días. Ya entiende la estructura. Los turnos. Los accesos. Quién tiene llave de qué.

¿Y la predicción de Sánchez?

“Uno hace las preguntas correctas y el otro no sirve para nada.” Locke tomó café. Se equivocó en las dos.

Nico pasó por División 47 esa tarde. No entró. Pasó la puerta, miró adentro, registró los escritorios. Columbo estaba sentado, trabajando. Faith estaba vacía. Leonardo estaba vacía. Penny tenía café frío y una chica nueva al lado haciendo preguntas. Carandini estaba al fondo leyendo.

Se quedó en la puerta tres segundos. Salió.

Nadie lo vio salir excepto Carandini, que levantó la vista del expediente un segundo y después volvió a bajarla. # IRIS Y LA DINÁMICA ROTA [L][F][X][H]

Partieron de la Taberna al amanecer del tercer ciclo.

El grupo era diferente ahora. Más pequeño por dos, más grande por tres. Nico y Columbo se habían ido. Iris, Ilis y Sentella se habían quedado. Leonardo los contó mientras Doña Nube se despegaba del muelle. Seis humanos. Una criatura. Él, Faith, Don Humo, Anya, Haryes, Iris, Ilis. Y Sentella en la proa, los ojos amarillos fijos en la dirección de navegación antes de que el barco eligiera una.

Doña Nube se despegó del muelle con dificultad. Las raíces de amarre se soltaron de la estructura de la Taberna una a una tres se retrajeron con normalidad, la cuarta tuvo que arrancarse. Había crecido dentro de la madera del muelle durante los tres días de anclaje, fusionándose con el material ajeno. Cuando se arrancó dejó un trozo de sí misma incrustado en el muelle y un agujero en el casco del tamaño de un puño que empezó a cerrarse inmediatamente. La savia amarilla goteó en el agua. Leonardo la vio caer gotas de amarillo perdiéndose en el negro del Astral profundo.

El barco salió al agua abierta con un temblor que Leonardo sintió en las plantas de los pies. Doña Nube no quería irse. Las hojas-vela se desplegaron con lentitud cada hoja tardando el doble de lo normal en extenderse. El viento del Astral las llenó y el barco avanzó, pero con la reluctancia de quien sabe que lo que viene es peor que lo que deja.

Iris no cabía en Doña Nube.

No literalmente había espacio. Pero su voz llenaba cada hueco de la cubierta. Hablaba constantemente. Le daba instrucciones a Haryes sobre dónde poner las cosas. Le corregía la postura “No te sientes así, te vas a joder la espalda, siéntate como te dije.” Le comentó que el nudo que había hecho en la cuerda de amarre estaba mal. Lo desató. Lo rehízo. El nudo era igual pero con sus manos.

Haryes la dejaba.

Cada instrucción que Iris daba le llegaba a Leonardo como rojo ácido. Irritación más que dolor. La voz de Haryes cuando respondía era gris ceniza.

Haryes, trae agua.

Sí.

No de esa. De la otra.

Sí.

¿Ves? No sirve para nada sin que le digas exactamente qué. Esto lo dijo mirando al viejo. Una sonrisa. Las escamas del cuello pulsando a cincuenta y cinco hercios.

No dijo. Fumó. La costilla le dolía. Se sentaba siempre inclinado tres grados a la derecha, siempre con el brazo izquierdo pegado al torso. Tres semanas y no mejoraba.

Iris se sentó junto a él. Sin pedir permiso. Las escamas bajaron de ritmo cuarenta y ocho hercios. Más lento. Más calmado. Otra persona.

El Sur tiene tres zonas de agua - dijo Iris. La voz distinta de la que usaba con Haryes. Sin borde. Informativa. Profesional. La del Oeste se secó hace dos ciclos. La central tiene Norias pero están disputadas. La del Este la controla un tipo que se llama Gunwise. Es el único que mantiene orden.

La miró.

¿Cómo sabes eso?

Estuve aquí hace un año. Haryes y yo vinimos por la ruta de los Jardineros. Iris sacó un trozo de tela de su bolso. Tenía marcas cosidas no mapa, más bien esquema táctil. Puntos de referencia bordados con hilo de colores diferentes. Las Norias centrales producían el doble. Si ahora producen la mitad, el cálculo es fácil.

Estudió el esquema. Leonardo vio sus ojos moverse entre los puntos bordados. Información real. Utilizable.

Bien. Buscamos a Gunwise.

Yo te llevo - dijo Iris. Y sonrió. La sonrisa que usaba con Haryes era distinta dientes, presión, demostración. Esta sonrisa era peor. Generosa. Servicial. La sonrisa de alguien que sabe que ser útil es la forma más eficiente de hacerse necesaria.

Haryes, sentado en la cubierta media con los dos bolsos, no levantó la vista.

Faith se acercó a Leonardo en la proa. Lejos de las gemelas.

¿Siempre hace eso? - preguntó en voz baja.

Faith lo miró. Haryes la miró. No había ironía en su cara. No había resignación. No había nada que indicara que entendía la

pregunta. Los ojos de Haryes eran los de alguien para quien la situación es normal. No normalizada normal. Las grapas del cuello brillaban con la luz del Astral.

Faith no insistió. Se fue a la popa.

Ilis caminaba por el borde de la cubierta. Sola. Siempre un paso detrás del grupo, nunca un paso delante. Las escamas pulsando al mismo ritmo que las de su hermana cincuenta y cinco hercios, sincronizadas a distancia. Leonardo lo había verificado: Iris en la proa, Ilis en la popa, quince metros de distancia, y las escamas de ambas pulsaban en fase exacta. El desfase máximo era de un milisegundo. No había comunicación visible entre ellas. El ritmo era el mismo.

Pero Ilis no hablaba. No corregía. No daba instrucciones. Caminaba por el borde de la cubierta con los ojos alternando entre el agua negra y el horizonte. Cuando Iris levantaba la voz, Ilis giraba la cabeza medio grado el mínimo detectable y la volvía a girar. Registro sin reacción.

Anya estaba sentada lo más lejos posible de Sentella.

No la miraba. No le hablaba. Cuando necesitaba pasar por la proa, rodeaba a la criatura por el lado más largo tres metros extra de caminata que Anya recorría mirando la cubierta. Sus manos hacían cosas que no tenían objetivo. Cerraba los puños. Los abría. Se metía las manos en los bolsillos de la chaqueta cortada. Las sacaba. Agarraba el borde de la chaqueta y lo soltaba. El pulgar derecho tenía la costra del corte que la placa de obsidiana le había hecho durante la transformación cicatrizando, pero Anya se la arrancaba sin darse cuenta y volvía a sangrar.

Leonardo la vio hacerlo tres veces en una hora. La tercera vez, la costra cayó en la cubierta. Anya la pisó al caminar sin mirar abajo.

En algún momento de la tarde, Ilis habló con alguien.

Leonardo lo vio desde el mástil. Ilis estaba en la popa, mirando el agua oscura. Se inclinó sobre la barandilla. Los labios se movieron. Treinta segundos. Frases completas Leonardo contó las pausas entre frases, cuatro pausas, cinco enunciados. No había nadie visible en el agua. No había nadie visible en ningún lugar.

Las escamas del cuello cambiaron de ritmo durante los treinta segundos subieron de cincuenta y cinco a setenta hercios. Primera desincronización con Iris que Leonardo registraba. Cuando Ilis terminó de hablar, las escamas volvieron a cincuenta y cinco. La sincronización se restableció.

Ilis se apartó de la barandilla.

En la madera donde sus manos habían estado, una mancha húmeda. No de agua del Astral la temperatura era diferente. Leonardo la tocó. Fría. Más fría que el agua de abajo, más fría que el aire. La humedad no se evaporaba. Se quedó en la madera durante veinte minutos, formando un rectángulo exacto del tamaño de dos palmas. Después desapareció sin dejar marca.

Iris, en la proa, no reaccionó.

Leonardo lo anotó mentalmente.

Se acercó a Leonardo al caer el tercer ciclo. Se sentó con cuidado rodilla derecha primero, mano derecha en la cubierta, peso transferido lentamente para no rotar el torso.

El Sur. Tres días más.

¿Qué hay en el Sur?

Agua. Refugiados. Problemas.

¿Vamos a buscar agua o a buscar problemas?

Las dos cosas vienen juntas. Acomodó la espalda contra la barandilla. Sacó la pipa. Encendió. El humo era fino, casi transparente las últimas hojas del fondo de la bolsa. El Voynich. ¿Algo nuevo?

Leonardo sacó el libro.

Las páginas habían cambiado desde que entraron al Astral profundo. Los símbolos que antes eran estáticos ahora se movían lento, apenas perceptible, pero se desplazaban por la página cuando Leonardo los miraba fijamente. Las líneas de ruta aparecían, se curvaban, se disolvían y reaparecían en otra posición. Leonardo intentó seguir una ruta con el dedo la ruta se desvió un milímetro a la derecha. Levantó el dedo. La ruta volvió. El Voynich respondía a la presencia de quien lo leía.

Cambia - replicó Leonardo. Cada vez que lo abro es diferente.

¿Diferente cómo?

Los símbolos se mueven. Las rutas se reescriben. Y pulsa. Leonardo puso la palma sobre la cubierta del libro. Bajo el cuero, una vibración constante. El intervalo entre pulsos era de 1.3 segundos. Como un latido.

Miró el libro sin tocarlo.

El Voynich no es un mapa. Es un espejo. Muestra lo que hay cuando lo miras.

¿Qué hay?

Lo que tú puedas ver.

Popa. Sentella levantó la cabeza.

Las orejas giraron hacia atrás. Las orejas eran nuevas dos triángulos de obsidiana que habían aparecido durante la noche

anterior. La transformación no había terminado en la cabina. Seguía. Lenta. Incremental. Cada día algo nuevo las orejas, una placa adicional en el lomo, las garras un milímetro más largas. Sentella se estaba construyendo.

Las orejas apuntaron hacia algo detrás del barco. Sentella gruñó. Bajo, constante. Aviso, no amenaza. Algo está ahí. No lo puedo ver. Pero lo huelo.

Leonardo miró hacia atrás. El Astral profundo estaba vacío. Oscuridad con luminosidad baja. Nada moviéndose.

Sentella siguió gruñendo durante un minuto. Sesenta segundos. Después dejó de gruñir. Las orejas volvieron hacia delante. Los ojos amarillos se cerraron.

Pero la cola no se relajó. Rígida. Baja.

Algo los seguía. # EL SUR [L][A]

El olor llegó antes que la imagen.

Leonardo lo descompuso por capas. Sudor humano concentrado cientos de cuerpos, puede que miles, apretados en un espacio sin ventilación natural. Debajo del sudor, heces. Debajo de las heces, orina vieja que se había secado y vuelto a mojar. Debajo de todo, carne descompuesta. No mucho. Una o dos fuentes. Pero suficiente para que el olor de fondo fuera el de un lugar donde la gente moría y no siempre se llevaban los cuerpos inmediatamente.

Cada capa tenía color. El sudor era amarillo pardo. Las heces eran marrón rojizo, espeso, que le llenaba la parte baja de la visión. La orina era transparente con bordes ácidos. La descomposición era negro verdoso. Todo junto formaba una neblina que le cubría la percepción como un velo sucio entre él y lo que estaba mirando.

El campamento del Sur ocupaba una extensión de terreno plano que se extendía hasta donde la vista alcanzaba en el Astral profundo. No era una ciudad. Acumulación, no pueblo. Gente que había llegado de otros lugares, que no podía seguir, que se había quedado.

Tiendas hechas de material que Leonardo no reconocía algo entre tela y metal, flexible pero opaco, que bloqueaba la luminosidad baja del Astral. Montadas sin orden. Los espacios entre tiendas no eran calles eran los huecos que quedaban cuando dos familias ponían sus tiendas cerca pero no juntas. Un metro entre las telas. A veces medio metro. A veces las telas se tocaban y la gente de una tienda oía la respiración de la otra.

Las fogatas ardían con combustible que no producía humo visible pero que dejaba un residuo aceitoso en el aire. Leonardo lo sentía en la mandíbula un regusto metálico que se instalaba en las encías y no se iba. El calor de las fogatas era naranja opaco. Se mezclaba con el amarillo pardo del sudor y creaba una paleta que le llenaba la cabeza de presión.

Doña Nube ancló en un muelle de concreto roto. Las raíces dudaron antes de engancharse se extendieron, tocaron la superficie, se retrajeron un centímetro, volvieron a extenderse. El barco olía el lugar y no le gustaba. Cuando finalmente se enganchó, las raíces se mantuvieron tensas, listas para soltar. Doña Nube no confiaba en este muelle.

Leonardo notó cómo las raíces se extendían más allá de lo necesario para el amarre. Buscaban el suelo debajo del concreto. Lo probaban. Una raíz gruesa encontró tierra y se hundió diez centímetros, quince, antes de detenerse. El barco estaba tanteando el terreno. Aprendiendo.

El líder local los encontró antes de que terminaran de bajar.

Máscara gastada el patrón de interferencia visual casi borrado por el uso, lo que significaba que llevaba años con la misma máscara. Detrás del patrón degradado, rasgos visibles: mandíbula cuadrada, cicatriz vertical desde la ceja hasta la comisura. Los ojos del líder eran del color equivocado uno más oscuro que el otro, probablemente reemplazo. El iris derecho no se dilataba igual que el izquierdo.

Cuatro hombres detrás. Armados con cosas que no fueron armas en ningún catálogo pero que cumplían la función: tubos, cadenas, un trozo de barandilla con el concreto todavía pegado en un extremo. Las manos que sostenían los objetos tenían callos de trabajo, no de combate. Gente que había aprendido a pelear porque la alternativa era peor.

Nadie pasa de largo - dijo el líder. Todo el mundo se queda o deja algo.

Vamos hacia el Este.

Todos dicen que van hacia el Este. Nadie tiene con qué llegar.

Sacó la pipa. La encendió con calma. El humo subió recto. La costilla le limitaba la inhalación el humo salía en cantidades menores que lo habitual, bocanadas cortas que se deshacían antes de formar las columnas densas que Leonardo asociaba con el viejo pensando. El olor era gris plateado, frío como mercurio tocado con la punta de la lengua.

¿Qué necesitan?

¿Qué tienen?

Información. Rutas. Un libro que muestra caminos.

Necesitamos agua. No información.

Tienen Norias.

Las Norias se están muriendo. El líder - señaló hacia el centro del campamento. Estructuras verticales, metálicas, que se elevaban diez metros sobre las tiendas. Mecanismos que giraban lento, irregular, con sonidos de engranaje que a Leonardo le llegaban como líneas amarillas oxidadas. El chirrido tenía una textura granulada que le raspaba la parte de atrás del cuello. Producen la mitad de lo que producían hace dos ciclos. Y somos el doble de gente.

Sentella apareció detrás de Leonardo.

Los cuatro hombres retrocedieron un paso. El que llevaba la barandilla la levantó medio metro. El líder no retrocedió pero su mano se fue al tubo de metal que llevaba al cinto. El iris artificial se dilató diferente al natural medio segundo de retraso.

Mía. No muerde si no muerden primero.

Sentella gruñó. Bajo. El gruñido que No era amenaza sino registro. Los ojos amarillos barrieron a los cuatro hombres, al líder, a los tubos y cadenas. Evaluación en tres segundos. Después volvieron al frente. Desinterés.

El líder evaluó. Soltó el tubo. No porque no tuviera miedo porque el miedo no le servía contra lo que ya lo había olvidado.

Negociación: Don Humo cambió datos sobre rutas al Este por dos contenedores de agua y acceso al campamento durante un día. El líder no estaba satisfecho. El viejo tampoco. Nadie consiguió lo que quería. Todos consiguieron algo. Así funcionaba todo aquí.

Leonardo caminó por el campamento.

Lo que vio se le grabó en capas. No podía evitarlo. El cerebro descomponía la información sensorial automáticamente cada sonido, cada olor, cada textura visual se separaba en componentes que se

archivaban con un color y una posición y una intensidad. El campamento era cientos de fuentes de información simultáneas. Sin patrón. Sin estructura. Ruido.

Las calles los huecos entre tiendas estaban llenos de gente que no iba a ningún sitio. Un hombre sentado contra una tienda con los pies descalzos. Los pies tenían llagas en los talones, abiertas, con el borde rosado de piel que ha intentado cerrarse y no ha podido. Moscas que no eran moscas insectos del Astral que cumplían la misma función sin ser la misma especie. El hombre las espantaba con la mano derecha. Cada treinta segundos. Espantaba. Las moscas volvían. Espantaba. Volvían. No miraba a nadie. No hablaba. Espantaba.

Una mujer lavaba ropa en un balde con agua que No fue suficiente para lavar. La ropa salía del balde igual de sucia que entraba pero la mujer la colgaba en un cable entre dos postes. Rutina. La rutina de lavar aunque el agua no limpia. El gesto de lavar como estructura en un lugar donde no había estructura.

Familias sentadas junto a contenedores vacíos esperando turno para las Norias. Los turnos duraban horas. A veces un día entero. La gente dormía en la fila. Los niños jugaban entre las piernas de los adultos que esperaban juegos sin juguetes, con piedras y palos y un trozo de tubo que dos niñas se lanzaban de una a la otra. El tubo sonaba diferente cada vez que lo atrapaban un golpe seco contra la palma, un chirrido contra los dedos. Leonardo percibía cada variación como un punto de luz irregular. Los niños no sabían que producían una secuencia aleatoria perfecta. Los adultos no los miraban.

Dos hombres peleando por una cantimplora.

Leonardo se detuvo.

Contenedor pequeño, medio litro probablemente. Uno agarraba la correa. El otro agarraba la tapa. Tiraban en direcciones opuestas. La cantimplora no se abría, no se rompía, no se soltaba. Seguían tirando. Sin gritar. Sin hablar. Solo la fuerza de dos cuerpos deshidratados que no tenían energía para pelear de verdad pero tampoco podían soltar.

Nadie los separó. La gente pasaba alrededor. Un hueco de dos metros. La pelea era un accidente geográfico se rodeaba, no se intervenía.

El sonido de los dedos sobre la cantimplora era raspado y breve. Púrpura oscuro. El esfuerzo contenido. Leonardo vio los tendones del cuello del hombre de la izquierda marcarse debajo de la piel. Vio las uñas del otro rotas, con tierra debajo, una con sangre seca en el borde.

Uno soltó.

No por debilidad. Por cálculo. El que soltó lo hizo con los dedos abiertos, de golpe, los tendones del antebrazo relajándose primero y los dedos siguiendo después. Se quedó mirándose los dedos abiertos. Después las palmas. Después las palmas vacías.

El que ganó bebió. No todo un trago, dos, tres. Pausas entre tragos. El cuerpo racionando automáticamente lo que la mente quería devorar. Después cerró la cantimplora con un giro rápido y la metió dentro de la chaqueta, contra el pecho, donde el cuerpo la protegía.

El que perdió seguía mirando sus manos.

Leonardo dio tres pasos. Se alejó. Volvió a detenerse. La presión en la cabeza era constante demasiada información, demasiados colores, demasiadas capas. El campamento era mil fuentes de ruido

visual que su cerebro intentaba separar y no podía. Cerró los ojos. Los colores seguían. El amarillo pardo del sudor. El naranja opaco de las fogatas. El verde enfermizo que flotaba sobre todo como una capa de grasa en la sopa.

Se sentó en el suelo entre dos tiendas. La tierra era suave, apisonada por miles de pies. Tibia. El calor venía de abajo algo en el terreno del Astral que generaba temperatura propia. La espalda contra la tela de una tienda. La tela se movió. Alguien dentro se apartó del contacto.

Un niño de no más de cinco años pasó corriendo. Descalzo. Los pies dejaban marcas en la tierra que se borraban en segundos el terreno recuperándose, cerrándose, como si las pisadas nunca hubieran existido.

Lo encontró una hora después.

Se sentó junto a Leonardo. La pipa en la boca. El brazo izquierdo pegado al cuerpo. No preguntó por qué Leonardo estaba sentado en el suelo entre tiendas con los ojos cerrados. Sabía.

Información del líder. El Este está cerrado. Los Lobos rechazan a todos los que vienen del Sur. Los Dragones matan a los que cruzan sin invitación.

¿Y?

El Vacío avanza desde el norte. Viene hacia aquí. El campamento tiene días, quizá menos.

¿Y la Bestia?

La ven en el horizonte. Quieta. Esperando. Nadie sabe qué espera.

¿Qué hacemos?

Fumó. Bocanada corta. Exhalación.

Seguimos al Este. No hay otra dirección.

Leonardo abrió los ojos. Desde donde estaba sentado veía la base de una Noria. El metal oxidado. Los engranajes que giraban con sonido de amarillo enfermo. Un tubo que salía de la base y se hundía en la tierra treinta centímetros de diámetro, justo lo suficiente para que un cuerpo pequeño entrara.

No lo registró conscientemente. No todavía. El dato quedó ahí, archivado en el mismo color que todos los demás, esperando a que el siguiente capítulo lo trajera de vuelta.

Faith llegó. Se sentó. La mano vendada en el regazo. Iris dice que conoce otra ruta al Este. Don Humo dice que es mentira. Haryes no dice nada. Faith se miró la mano. Ilis desapareció dos horas. Volvió sin explicar.

¿Sentella?

En el muelle, gruñendo. No le gusta el campamento.

A Sentella no le gustaba el campamento. A Doña Nube no le gustaba el muelle. A Leonardo no le gustaba nada de lo que estaba viendo. El olor, la presión, los colores, la gente que esperaba agua que no llegaba en un suelo que iba a desaparecer.

Anya estaba en la cubierta de Doña Nube. No había bajado. Cocinaba algo con los contenedores de agua que habían negociado. El olor del agua hirviendo llegó desde el barco, limpio y caliente, el primer olor que no estaba contaminado por el campamento. Leonardo lo percibió como una línea blanca cortando la neblina de colores sucios.

Se levantó. Las rodillas le crujieron. La tierra suave se había marcado donde había estado sentado, la marca de su cuerpo en el suelo apisonado, que duraría unos minutos antes de que el terreno se cerrara.

Miró el campamento. Miles de personas esperaban agua que no llegaba, en un suelo que iba a desaparecer, rodeados de territorios que no los querían.

No había respuesta para eso.

Se fue hacia Doña Nube. Hacia el olor blanco del agua hirviendo. Hacia lo limpio, simplemente. # GUNWISE [F][X][K]

Faith lo vio antes de oírlo.

Un punto en el horizonte del Sur que se movía diferente a todo lo demás. No caminaba. No flotaba. Se desplazaba con la irregularidad de algo vivo, aceleración, pausa, cambio de dirección, aceleración. Montado en algo grande. Faith evaluó la distancia: cuatro kilómetros. La velocidad: treinta kilómetros por hora en los tramos de aceleración, cero en las pausas. El intervalo entre pausas: cuarenta segundos. El patrón de un jinete que se detiene a verificar terreno antes de avanzar.

Don Humo.

El viejo levantó la vista. La pipa en la boca. El humo era fino, quedaba poco tabaco.

Ah. Ya llegó.

¿Quién?

Quetzalcóatl Gunwise. O lo que queda de él.

La forma se acercó lo suficiente para que Faith la detallara.

El animal era un Loboso. Real. Vivo. El único que Faith había visto que no fuera reconstrucción o réplica. Pelaje gris sucio, no el gris uniforme de los dibujos de los manuales del Plano Medio, sino un gris de capas, con zonas más oscuras en el lomo y más claras en el vientre, manchado de barro seco y residuos de terreno. Cuerpo de lobo pero del tamaño de un caballo pequeño, Faith estimó

cuatrocientos kilos por la profundidad de las huellas que dejaba. Las patas terminaban en garras que abrían surcos de tres centímetros en el terreno del Astral con cada paso.

Los ojos del Loboso evaluaron a Faith antes de que ella terminara de evaluar al jinete. Pupilas horizontales. Iris amarillo verdoso. Inteligentes, no inteligentes para un animal. Inteligentes. Los ojos la midieron, la descartaron como amenaza, y pasaron a evaluar a Sentella. En Sentella se detuvieron un segundo más. Después el Loboso bufó un sonido húmedo que le salió por la nariz y miró hacia otro lado.

El jinete era viejo. Más viejo que Don Humo, aunque con él la edad era imprecisa. Gunwise era viejo de manera explícita, la piel oscura curtida por tiempo y daño, con pliegues profundos en el cuello y las manos que no eran arrugas sino cicatrices de deshidratación repetida. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda, meñique y anular. Los muñones estaban cauterizados, limpios, viejos. La cauterización había sido hecha con algo caliente y recto, no con fuego. Un instrumento.

Llevaba armadura hecha de piezas que no combinaban. Hombro izquierdo: placa de metal oscuro con un grabado que Faith no reconocía, bordes limados para no cortar al jinete. Hombro derecho: cuero endurecido, tres capas cosidas con hilo metálico, manchado de sangre seca. Pecho: un material que absorbía la luz del Astral, ni metal ni tela, algo intermedio que no reflejaba nada. Cada pieza venía de un lugar diferente. Cada pieza había sido tomada de algo o de alguien.

En la cintura, un arma. Cilíndrica. Más larga que los dispositivos de frecuencia que usaban los piratas. Cañón con ranuras en espiral,

seis ranuras visibles desde donde Faith estaba. No se trataba de tecnología de frecuencia. Era algo más viejo y más directo. Faith no reconocía el mecanismo pero reconocía la función: agujero en el cañón, gatillo en la empuñadura, mira en la parte superior. Un arma que lanzaba algo sólido.

Detrás de Gunwise, una columna.

Doce androides.

No los androides funcionales que Faith conocía del sistema, las unidades limpias, uniformes, con placas idénticas y movimientos calibrados. Estos estaban dañados. Reparados. Vueltos a dañar. Vueltos a reparar. Cada uno fue una arqueología de batallas. El primero de la fila tenía el torso de un modelo que Faith reconocía, Serie 400, producción estándar, pero los brazos eran de dos modelos diferentes. El brazo derecho más largo que el izquierdo. La articulación del codo izquierdo chirriaba cada tres pasos. El segundo tenía una placa facial que no correspondía al chasis, demasiado grande, montada en ángulo, sujeta con remaches visibles.

Los doce eran así. Doce historias de daño y reparación. Doce máquinas que habían dejado de responder a quien las fabricó y ahora respondían a un viejo montado en un Loboso. Desertores.

Los androides se detuvieron en formación. Dos filas de seis. Sin orden audible. Sin señal visible. Se detuvieron porque Gunwise se detuvo. La cadena de mando era el movimiento del jinete. Si Gunwise avanzaba, avanzaban. Si se detenía, se detenían. No había protocolo. Había presencia.

Don Humo - dijo Gunwise. La voz era grave, erosionada, con un acento que Faith no ubicaba. Las vocales se alargaban. Las

consonantes se cortaban. El español de alguien que habla otros idiomas primero y español después. Te huelo desde hace dos ciclos.

Quetzalcóatl.

No me llames así. No me lo he ganado todavía. Gunwise desmontó. La pierna derecha sobre el lomo del Loboso, el peso transferido al pie izquierdo. El movimiento era fluido a pesar de la edad, el cuerpo de alguien que ha montado tantas veces que desmontar es reflejo, no decisión. El Loboso se quedó quieto. Las orejas giraban hacia Sentella cada cinco segundos. ¿Qué traes?

Gente. Un libro. Una criatura. Problemas.

Problemas ya tengo. ¿Qué ofreces?

Datos del Voynich. Rutas que cambian. Patrones que nadie más puede leer.

¿A cambio de?

Refugio. Agua. Paso al Este.

Gunwise miró al grupo. Sus ojos se detuvieron en Sentella un segundo más largo que en los demás. Faith vio los ojos del viejo recorrer a la criatura de las garras a las orejas de obsidiana, evaluar el pelaje, detenerse en los ojos amarillos. Sentella le devolvió la mirada. No gruñó. No ronroneó. Evaluación mutua. Dos depredadores reconociéndose.

Después Gunwise miró a Leonardo otro segundo largo. Después al bulto bajo la chaqueta de Leonardo donde el Voynich pulsaba.

Los libros no pulsan - dijo Gunwise. Los libros no tienen latido.

Este sí - añadió Leonardo.

Lo sé. Por eso me interesa.

Gunwise los llevó a su campamento.

Distaba de ser un campamento, era un perímetro. Los doce androides patrullaban un círculo de doscientos metros de diámetro. Rotación constante: cuatro en movimiento, cuatro estacionarios en puntos equidistantes, cuatro en mantenimiento. Faith contó los intervalos de rotación, cada veinte minutos cambiaban posiciones. El patrón era irregular a propósito: nunca la misma secuencia dos veces. Alguien, Gunwise, había programado aleatoriedad controlada en la rotación. Un perímetro que no se podía predecir desde afuera.

Dentro, tiendas organizadas en tres líneas paralelas. Orden que el resto del Sur no tenía. Las tiendas estaban espaciadas a dos metros exactos, Faith lo midió con el paso. Cada tienda tenía el frente orientado hacia el centro del perímetro, nunca hacia afuera. Línea de visión hacia adentro. Protección hacia afuera. El diseño de alguien que sabe que el peligro viene de fuera y la vigilancia se ejerce desde dentro.

El agua estaba racionada pero disponible. Gunwise tenía dos contenedores grandes, doscientos litros cada uno, alimentados por una tubería que bajaba desde la Noria más cercana. La tubería tenía una válvula que Gunwise controlaba con una llave que llevaba en el cinturón.

¿Cuánta gente? - preguntó Faith.

Aquí, cuarenta y tres. En el campamento grande, tres mil y subiendo. Gunwise se sentó en una piedra plana que usaba de mesa. Sacó algo seco de un contenedor y comió. Masticaba despacio, con la mandíbula del lado derecho le faltaban muelas del lado izquierdo, Faith lo dedujo por la asimetría del movimiento. Moriré. Pero no hoy.

Faith reconoció el tono. Pragmatismo sin autocompasión. Fatalismo sin rendición. El tono de alguien que ha hecho el cálculo y acepta el resultado sin dejar de moverse. Lo había oído antes. En Sánchez, a veces.

Las Norias - dijo Faith. ¿Qué pasa con ellas?

Mueren. Se secan. Lo que sea que las alimentaba se está agotando. Gunwise terminó de masticar. Tragó. Producen la mitad de lo que producían hace dos ciclos. Y somos el doble de gente. La aritmética no necesita explicación.

¿Quién controla el agua?

Nadie. Todos. Depende del día. Los jefes de sector se turnan. A veces se pelean. A veces se matan. El que gana controla la Noria de su sector hasta que alguien lo mata a él. Gunwise la miró. Los ojos hundidos, rodeados de piel curtida. Los niños trabajan en las tuberías. Son los únicos que caben.

Faith procesó. Dato archivado.

El Voynich - dijo Gunwise a Leonardo. Muéstrame.

Leonardo dudó. Las manos sobre el libro. Las yemas de los dedos tocando el cuero que pulsaba.

Solo las rutas. Nada más.

Leonardo abrió el Voynich en una página que mostraba líneas en movimiento. Las rutas del Astral reescribiéndose en tiempo real, líneas que aparecían, se curvaban, desaparecían. Gunwise se inclinó. No tocó el libro. Los ojos recorrieron la página con la velocidad de alguien que ha leído mapas toda su vida. Las líneas de ruta reflejadas en sus pupilas.

El Este está bloqueado - contestó Gunwise. Pero mira. Ahí. Señaló con el dedo sin tocar la página. Una zona donde tres rutas convergían

cada cierto tiempo. Las rutas se abren cada cuatro ciclos. Hay un patrón. No lo había visto antes porque nadie me había mostrado un mapa vivo.

¿Puedes llevarnos?

Puedo llevarlos hasta la frontera. Después es territorio Dragón. Ahí mis androides no entran.

Iris se había acercado sin que Faith la detectara.

Eso la molestó. Nadie se acercaba a Faith sin que Faith lo detectara. Era su función. Era lo que hacía. Y una humanoide con escamas iridiscentes y una voz que llenaba cada espacio había llegado a dos metros de su espalda sin producir un sonido que Faith registrara. Las escamas no habían rozado. Los pies no habían pisado. El aire no se había movido. Iris sabía moverse sin ruido cuando quería.

Las Norias tienen otro nivel - dijo Iris. Por debajo de las tuberías. Más profundo.

Haryes levantó la cabeza.

Eso no es

Cállate, Haryes. Iris ni lo miró. Hay un nivel más profundo. Lo vi la última vez que estuve aquí.

Gunwise miró a Iris. Después a Haryes. Después a Iris otra vez. La evaluación duró tres segundos, los mismos tres segundos que Gunwise había dedicado a evaluar a Sentella. La misma intensidad.

No hay un nivel más profundo - contestó Gunwise. Y si lo hubiera, tú no lo habrías visto.

Iris sonrió. Las escamas del cuello pulsaron más rápido. Sesenta hercios. Cinco por encima de la base.

Haryes no corrigió a Iris. Haryes nunca corregía a Iris. Estaba sentado con las manos entre las rodillas, las grapas del cuello brillando, los ojos en el suelo.

Faith anotó: Iris miente sobre las Norias. Iris se mueve sin ruido cuando quiere. Iris sonríe cuando la contradicen.

Tres datos. Patrón insuficiente. Pero los tres apuntaban en la misma dirección.

PLANO MEDIO

Sánchez cerró la puerta de su oficina. Sacó el cuaderno del cajón que nadie conocía. El cajón tenía llave. La llave estaba en un llavero con tres llaves más que no abrían nada camuflaje en acero. Las tres llaves falsas tenían marcas de uso simulado. Sánchez las giraba en cerraduras aleatorias una vez por semana para mantener el desgaste creíble.

Abrió la última página con anotaciones.

Locke: Horario irregular. Martes y viernes sale a las 14:00 exactas. Vuelve a las 15:20-15:40. No registra salida. Accesos al archivo de comunicaciones fuera de horario: tres en dos semanas. Llamadas desde terminal 3 que no aparecen en el log.

Sánchez - añadió una línea.

Columbo volvió. No explicó de dónde ni cómo. Locke no le preguntó.

Cerró el cuaderno. Lo guardó. Cerró el cajón. Giró la llave. Guardó el llavero. Salió de la oficina.

En la sala principal, Columbo entrenaba a Sol.

No busques lo que falta. Busca lo que sobra.

Sol asentía. Tomaba notas. El lápiz moviéndose sobre el cuaderno con una velocidad que no correspondía a la velocidad del dictado. Sol

añadía observaciones propias entre las instrucciones de Columbo. Notas al margen. Preguntas que no hacía en voz alta pero que escribía para después.

Sánchez los miró. Después miró a Locke, que miraba a Carandini, que leía un expediente.

Todos observando. Nadie diciendo qué.

La puerta se abrió. Nico entró. Se quedó en el umbral.

Columbo levantó la vista.

No te esperaba.

No me invitaron. Nico miró los escritorios. Los vacíos. Los ocupados. Sol, que lo miraba con curiosidad. Carandini, que no lo miraba. Vine a ver.

¿A ver qué?

Nico no dijo. Caminó hasta el escritorio de Faith. Pasó los dedos por la superficie. Polvo. Nadie lo había limpiado. La silla empujada contra el escritorio, las patas alineadas. Posición de alguien que no va a volver.

Se sentó en la silla de Faith.

Columbo no admitió nada. Locke no dijo nada. Sánchez, desde la puerta de su oficina, miró a Nico sentado en la silla de Faith y después miró a Carandini.

Carandini levantó la vista del expediente un segundo. Miró a Nico. Bajó la vista.

Nico se quedó sentado cuatro minutos. Después se levantó. Salió.

Sánchez volvió a su oficina. Sacó el cuaderno.

Nico. Volvió del Astral. Se sentó en la silla de Faith. 4 minutos. No tocó nada más. Carandini lo registró.

Pasó a la página anterior. Releyó la última línea que había escrito el día que Columbo se fue:

Informe 7-Sur: tres zonas del Astral dejan de emitir señal. Patrón no aleatorio. Avanza de Oeste a Este. Velocidad constante. Residuo medido: cero neto.

Cerró el cuaderno. Cerró el cajón. Giró la llave. # CRISIS DEL AGUA [L][N]

Leonardo oyó a los niños antes de verlos.

El sonido venía de las tuberías de la Noria central. Tubos de metal de treinta centímetros de diámetro lo suficientemente anchos para que un cuerpo pequeño se arrastrara dentro, demasiado estrechos para un adulto. Los tubos bajaban en ángulo desde la estructura principal de la Noria hacia las reservas subterráneas donde el agua del Astral se acumulaba.

El sonido era metálico. Raspado. Intermitente.

Manos contra metal. Codos contra metal. Rodillas contra metal. Cuerpos pequeños moviéndose dentro de tubos que no estaban diseñados para cuerpos. El sonido tenía un color azul pálido, el azul de lo que debería ser transparente pero que tiene algo dentro que lo enturbia. Un azul sucio. Un azul con peso.

Leonardo se agachó junto a la entrada del tubo tres.

El interior estaba oscuro. El metal conducía el calor del exterior y la humedad del agua subterránea la combinación producía condensación que goteaba por las paredes internas del tubo. Cada gota que caía producía un eco diminuto que Leonardo percibía como un punto blanco. Docenas de puntos blancos superpuestos al azul sucio del raspado.

A tres metros, una cara.

Ojos grandes en una cara pequeña. Mugre en las mejillas, mugre que no era tierra sino acumulación de sudor seco sobre piel que no se lavaba. Pelo pegado al cráneo. La cara de un niño de ocho o nueve años, acostado boca abajo dentro de un tubo de metal, con los brazos extendidos hacia delante. Trabajaba en algo que Leonardo no alcanzaba a ver - las manos fuera de su línea de visión, más abajo, donde el tubo se curvaba hacia las reservas. Pero el sonido le llegaba. Las manos del niño empujaban agua. No con herramientas. Con las manos. Palmas contra agua contra metal. Un movimiento rítmico, mecánico, que no era el ritmo de un juego sino el de un trabajo que se repite hasta que alguien dice que pare.

El niño lo miró. No con miedo. No con esperanza. Con la neutralidad de alguien para quien un adulto asomándose al tubo es un evento que ocurre varias veces al día. Los adultos miran. Los adultos ponen cara de algo que el niño no identifica. Los adultos se van. El trabajo sigue.

Leonardo se levantó.

La Noria central tenía siete tubos activos. Siete entradas de treinta centímetros espaciadas alrededor de la base de la estructura, cada una con un ángulo diferente que bajaba hacia un punto común en las reservas. En cada tubo, al menos un niño. Los sonidos se superponían siete variaciones del mismo raspado, siete matices del mismo azul pálido que se mezclaban en la cabeza de Leonardo formando un acorde discordante. No era armonía. Era acumulación.

El agua que las manos pequeñas movían desde las reservas hasta la superficie sonaba distinta al agua que se mueve sola. Leonardo la comparó con el agua del mar que oía desde Doña Nube. El agua libre tenía ritmo regular, constante, el pulso de lo que obedece a fuerzas

predecibles. El agua de los tubos tenía interrupciones. Pausas de dos segundos, tres, donde las manos del niño paraban porque los brazos no podían más. Después una aceleración brusca el niño retomando el trabajo con la urgencia de alguien que sabe que la pausa va a costarle algo. Los supervisores gritaban desde arriba de la Noria. Gritos cortos, secos, que llegaban hasta la base de los tubos y rebotaban contra las paredes metálicas y entraban en los tubos donde los niños los oían amplificados por la resonancia.

Leonardo percibió los gritos como rojo sucio. El mismo rojo de las alarmas en Ciudad Control. Diferente contexto, mismo color. La función era la misma producir respuesta inmediata en el cuerpo que lo escucha.

Había un sistema de turnos.

Los turnos duraban lo que un adulto que no entraba en los tubos decidía que duraban. Cuatro horas. Seis. Dependía del flujo de agua. Si la reserva estaba baja, los turnos se extendían porque mover agua de más profundo requería más esfuerzo y más tiempo. Si la reserva estaba alta, los turnos se acortaban porque el agua subía con menos presión y los niños no necesitaban empujar tanto.

Hoy la reserva estaba baja.

Un supervisor hombre de unos cuarenta años, con las manos intactas, sin callos de tubo, lo que significaba que él nunca había trabajado dentro marcaba los turnos con un silbato de metal. Un silbido: pausa de tres minutos. Dos silbidos: cambio de niño. El silbato era latón oxidado. El sonido que producía era amarillo enfermo el mismo amarillo de las Norias, degradado.

Los niños que salían se sentaban junto a los tubos. No se iban. No jugaban. Se sentaban en el suelo de tierra, con las piernas dobladas y

los brazos colgando entre las rodillas, y respiraban. Profundo. Lento. Respiración de cuerpo que necesita oxígeno después de estar en un espacio donde el aire no circula. Las manos de los que salían tenían callos en las palmas y en las yemas de los dedos callos gruesos, amarillentos, del tipo que se forma cuando la piel se rompe y se reconstruye y se rompe otra vez contra la misma superficie. Callos de adulto en manos de niño.

El viejo estaba de pie junto a Leonardo.

Fumaba. Miraba. La pipa en la boca, el brazo izquierdo pegado al cuerpo, el humo subiendo en línea recta. No decía nada. No tenía nada que decir. Trescientos años le habían enseñado a reconocer las situaciones que no admiten opinión las que existen independientemente de lo que alguien piense sobre ellas. La Noria existía. Los niños estaban dentro. El agua subía. Lo demás era ruido.

Fumó durante veinte minutos junto a los tubos. Leonardo lo cronometró porque la duración era lo único que podía medir. Veinte minutos de pie, mirando, fumando bocanadas cortas que la costilla rota convertía en exhalaciones incompletas.

Faith llegó.

Caminaba rápido. El vendaje de la mano izquierda estaba fresco lo había cambiado esa mañana. Los ojos barrieron la base de la Noria. Contó los tubos. Contó los niños sentados afuera. Contó al supervisor con el silbato. Evaluó.

¿Cuántos?

Siete tubos. Al menos uno por tubo. Los turnos son de cuatro a seis horas.

Faith se agachó junto al tubo más cercano. Miró dentro. Tres segundos. Se levantó. La mandíbula apretada. Caminó hacia

Gunwise, que estaba al otro lado del campamento reparando la articulación de un androide.

Leonardo la siguió. No por decisión. Los pies siguieron a Faith porque el cerebro necesitaba una dirección que no fuera los tubos.

Los niños - dijo Faith.

¿Qué pasa con ellos?

Trabajan en las tuberías.

Sí.

Son niños.

Son los únicos que caben. Gunwise no la miró. Tenía los tres dedos restantes de la mano izquierda metidos en la junta del hombro del androide, manipulando un conector que se resistía. Si los sacas, no hay quien mueva el agua de las reservas a la superficie. Si no hay agua en la superficie, mueren de sed. Todos. Incluidos los niños.

Entonces hay que encontrar otra forma de

¿Otra forma de qué? Gunwise levantó la vista. Los ojos viejos, hundidos, rodeados de arrugas que no fueron de risa. Arrugas de viento y polvo y años de mirar cosas que no quería ver. ¿De mover agua por tubos de treinta centímetros desde tres metros bajo tierra? ¿Con qué? ¿Con máquinas que no tenemos? ¿Con herramientas que no existen aquí? Volvió al androide. El conector cedió. Gunwise lo encajó. El hombro del androide emitió un chasquido. Si los sacas, mueren de sed. Si los dejas, mueren de trabajo. Elige.

Faith se quedó de pie durante un minuto. Leonardo la vio. Vio los dedos de la mano derecha contraerse los nudillos blancos, la tensión subiendo por el antebrazo. Vio la mandíbula trabajar. Vio los ojos moverse de Gunwise a la Noria a los niños sentados junto a los tubos

y volver a Gunwise. Evaluación sin resultado. El cálculo que no cierra.

No eligió. Se fue. Caminó hacia Doña Nube. Subió a cubierta. Se sentó en la popa con la espalda contra la barandilla. La mano herida contra el abdomen. No habló.

Leonardo volvió a los tubos.

Se sentó en el suelo. A dos metros de la entrada del tubo tres. Lo suficientemente cerca para oír. Lo suficientemente lejos para no estorbar. El Voynich abierto sobre las rodillas. Las páginas pulsaban con el ritmo del agua subterránea el mismo patrón de dos largos y uno corto que los niños producían al empujar. Leonardo pasaba los dedos por las líneas, comparando frecuencias. No estaba ahí por los niños. Estaba ahí porque el agua de la reserva hacía algo al Voynich que no había visto antes y necesitaba entender qué.

Un niño salió del tubo cuatro.

Pies primero. Las piernas flacas, con las rodillas raspadas piel enrojecida donde las rótulas habían arrastrado contra el metal durante horas. Los brazos mojados hasta los codos. Agua de reserva que olía a mineral y a algo orgánico debajo algas, quizá, o lo que creciera en el agua del Astral. Se sentó en el borde del tubo y respiró. Profundo. Tres veces. Cuatro. Las costillas se marcaban bajo la camiseta húmeda. Las manos temblaban. Los callos de las palmas tenían bordes levantados donde la piel nueva no había terminado de endurecerse.

Otro niño se acercó al tubo. Más pequeño. Siete años, puede que menos. Se metió de cabeza sin esperar indicación. Los pies desaparecieron dentro del metal. El sonido del raspado se reanudó en dos segundos manos nuevas contra la misma superficie mojada.

Un azul pálido ligeramente diferente al anterior. Más agudo. Manos más pequeñas producían un tono más alto.

Rotación.

El niño que había salido se quedó sentado. Miraba sus manos. Las giraba. Palmas arriba, palmas abajo. Los callos de las palmas. Las marcas rojas de las rodillas. El temblor que no paraba. No estaba frío la temperatura del campamento era estable. Era el residuo de horas de esfuerzo en un cuerpo que no tenía la masa muscular para sostenerlo.

¿Cuántas horas? - preguntó Leonardo.

El niño lo miró. Los ojos evaluaron la pregunta no su contenido, sino su utilidad. Un adulto que pregunta es un adulto que va a hacer algo o un adulto que no va a hacer nada. El niño había visto suficientes de los dos para saber la diferencia.

No respondió. Se levantó. Caminó hacia una tienda cercana. Desapareció dentro.

Leonardo se quedó. Se quedó cinco minutos. Después el Voynich pulsó contra sus rodillas caliente, insistente, el ritmo de dos largos y uno corto que los niños producían desde abajo y algo le subió por las manos. Nada tenía que ver con el pulso del libro. Era el recuerdo de otras manos. Más pequeñas. Luna tenía las palmas suaves a los nueve años. A los diez ya no, porque ayudaba con la huerta del edificio, cargando macetas que le raspaban la piel. Los callos le habían salido a los once. Los mismos callos que el niño frente a él se miraba sin entender.

Se levantó.

No pensó en las consecuencias. Los pies lo llevaron de vuelta a Gunwise, que seguía con el androide, y las palabras salieron antes de

que pudiera filtrarlas.

Yo entro.

Gunwise levantó la vista. Las manos quietas por primera vez en una hora.

¿Qué?

En los tubos. Yo entro. Mido treinta centímetros menos de hombro que los tubos. Si me quito la capa, paso. Los niños salen y yo hago el turno hasta que encontremos otra solución.

No cabe.

Pruébame.

Gunwise lo miró. No con sorpresa, sino con algo peor. Reconocimiento. El viejo que ha visto a otros hacer esa oferta y sabe exactamente cómo termina.

No necesitas probarte nada, muchacho.

No me estoy probando. Estoy diciendo que los niños salen.

La voz le había cambiado. Más grave. Más corta. Las manos apretando el Voynich tan fuerte que las páginas crujieron. Gunwise vio eso. Vio las manos. Vio el libro quejándose bajo la presión. Evaluó.

Los niños trabajan porque saben cómo. Tú no sabes cómo. Te metes en un tubo de treinta centímetros a tres metros bajo tierra sin saber el sistema de empuje y en cuarenta minutos te ahogas, se taponan los tubos, y los niños de todas formas tienen que entrar a sacarte. Muerto o no.

La lógica era perfecta. Leonardo la odió. La odió con el cuerpo, la mandíbula, las manos, la presión detrás de los ojos que no era dolor sino la acumulación de no poder hacer nada por nadie que tuviera el tamaño de sus hijas.

Se dio vuelta. Caminó hacia el viejo. Lo encontró sentado frente a Doña Nube, fumando lo último que le quedaba de tabaco.

Nos vamos mañana.

El viejo lo miró por encima de la pipa.

¿Desde cuándo decides tú?

Desde ahora. No voy a quedarme mirando mientras trabajan niños. No otro día más. Si el Voynich quiere que camine al norte, camino mañana. Si tú no vienes, camino solo.

El humo salió despacio. El viejo no respondió durante ocho segundos. Leonardo los contó.

El libro no te va a mostrar nada si llegas roto.

Ya estoy roto. Vámonos.

El viejo fumó tres veces más. Después apagó la pipa contra la suela de la bota. Se levantó. No indicó que sí. No dijo que no. Caminó hacia Doña Nube y empezó a revisar las amarras.

Leonardo volvió a los tubos. Se sentó de nuevo. Pero esta vez no observó. Esperó. Y la diferencia era todo.

Se quedó durante el siguiente turno. Y el siguiente. Dos horas sentado en el suelo junto a los tubos, oyendo el raspado, viendo las rotaciones, contando las pausas. Catorce pausas en dos horas en el tubo tres. Cada pausa duraba entre dos y cinco segundos. Después el raspado se reanudaba. Siempre se reanudaba.

El supervisor pasó tres veces. No miró a Leonardo. Leonardo no fue relevante. No estaba en un tubo. No producía agua. No consumía turno. Era un adulto sentado en el suelo mirando lo que todo el mundo veía y nadie cambiaba.

Sentella apareció una vez. Olfateó la entrada de un tubo. El ronroneo se detuvo la primera vez que Leonardo oía el silencio de

Sentella. La criatura retrocedió. Los ojos amarillos se cerraron un segundo. Después se alejó hacia el perímetro del campamento.

Se había sentado también. No junto a Leonardo a diez metros, contra la base de la Noria, donde el metal de la estructura le daba sombra. Había dejado de fumar. La pipa en el bolsillo del chaleco. Las manos en las rodillas. Miraba los tubos con la expresión de alguien que conoce un sistema y sabe que el sistema no tiene solución y que la ausencia de solución no es temporal sino estructural.

Leonardo lo vio sacar la pipa dos veces. Las dos veces la volvió a guardar sin encenderla.

Ilis desapareció esa tarde.

Faith lo notó. Llevaba la cuenta de todos un hábito de detective que no se apaga. Ilis estaba en el campamento de Gunwise a las tres del ciclo. A las cinco no estaba. A las siete volvió. Sin explicación. Sin sudor de caminata. Sin polvo de campamento. Las escamas pulsaban al mismo ritmo de siempre.

¿Dónde estuviste? - preguntó Faith.

Caminando - dijo Ilis. La voz plana. Sin textura.

Faith no insistió. Pero lo anotó.

Iris organizó el agua.

Nadie se lo pidió. Gunwise controlaba la válvula de los contenedores doscientos litros, racionados. Pero la distribución era caos: fila desordenada, empujones, gente que repetía turno, gente que se quedaba sin ración porque llegaba tarde. Gunwise no tenía personal para controlar una fila de tres mil personas. Tenía androides, pero los androides patrullaban el perímetro.

Iris se ofreció.

Hizo turnos. Tres bloques de distribución por ciclo. Cada bloque con número de raciones asignadas. Marcas en la mano con tinta que se borraba al siguiente ciclo si tenías marca, ya habías recibido. Quién no tenía marca, esperaba. Quién intentaba repetir, quedaba fuera en el siguiente bloque.

El sistema funcionaba. En dos ciclos no hubo empujones. No hubo repeticiones. Los niños de los tubos recibían su ración al principio del primer bloque “porque trabajan” —dijo Iris a Gunwise.

Faith observó la operación. Limpia. Eficiente. Nadie protestaba porque nadie se quedaba sin agua. Iris sonreía poco la sonrisa de servicio, no la sonrisa de Haryes.

Al tercer ciclo, Faith notó el patrón.

Los que recibían agua al principio del bloque empezaban a buscar a Iris antes de la distribución. No a Gunwise. A Iris. Le preguntaban horarios. Le pedían cambios de turno. Un hombre le ofreció una manta a cambio de pasar al primer bloque. Iris la rechazó “No es necesario. Ven cuando te toque.” El hombre agradeció. Volvió cuando le tocó. No agradeció a Gunwise. Agradeció a Iris.

Haryes recibía su agua al final del tercer bloque. Siempre al final. Nunca al principio. Iris le daba la ración en la mano y Haryes bebía sin comentar el orden.

El viejo miraba desde la base de la Noria. La pipa vacía entre los dientes.

Interesante - dijo en voz baja. A nadie.

Gunwise le trajo agua a Leonardo en la mañana del siguiente ciclo.

Un vaso de metal. Agua clara. Fría. Leonardo la olió antes de beberla. El olor era mineral el mismo olor que subía de los tubos. La

misma agua que las manos de los niños empujaban desde las reservas. Puso el agua en la boca.

El sabor era metal.

No metal de contenedor. Metal de tubo. El sabor de treinta centímetros de diámetro y tres metros de profundidad y manos pequeñas empujando. El azul pálido le llenó la boca. Se mezcló con el agua. Se mezcló con la saliva. Se mezcló con la memoria de las dos horas sentado junto a los tubos contando pausas.

No pudo tragarla.

La escupió en el suelo. Un charco de agua limpia en la tierra apisonada del campamento. Agua que había costado horas de trabajo de un cuerpo de siete años.

Gunwise lo miró. No dijo nada. Recogió el vaso. Se fue.

Se acercó. Se sentó donde Gunwise había estado. Sacó la pipa. Esta vez la encendió. Fumó despacio. El humo subió.

Hay que irse respondió Leonardo.

Don Humo lo miró. Después miró el Voynich que Leonardo tenía contra el pecho. Las páginas abiertas. Los dedos marcando una ruta.

¿Por el agua o por el libro?

Leonardo no respondió. La respuesta estaba en sus manos.

Lo sé. El viejo miró el charco de agua en el suelo. Absorbido ya. El agua fluye o se pudre. No hay tercera opción.

Pronto.

Lo sé.

El raspado continuaba. Siete tubos. Siete azules pálidos. Turno de la mañana. # EL VACÍO INVADE [F][A][X]

El suelo cambió bajo los pies de Faith antes de que nadie gritara.

Estaba revisando el perímetro del campamento de Gunwise, la rutina de amanecer, caminando los doscientos metros de circunferencia, verificando posiciones de los androides, contando cabezas cuando el terreno bajo su bota izquierda dejó de existir.

No se hundió. No se rompió. Dejó de estar.

Donde antes había superficie sólida, roca o lo que funcionara como roca en el Astral, ahora había nada. No oscuridad. No agujero. Ausencia. La diferencia era importante. Un agujero tiene bordes, tiene profundidad, tiene un otro lado. Esto no tenía nada de eso. Lo que había dejado de existir no estaba en ningún otro lugar. No se había movido. No se había transformado. Había dejado de ser.

Faith saltó hacia atrás.

El borde avanzó. Lento. Un centímetro por segundo. El suelo desapareciendo en una línea irregular que se extendía de este a oeste hasta donde la vista alcanzaba en la luminosidad baja del Astral. No comía el terreno, lo deshacía. Lo que se iba no dejaba hueco. No dejaba nada. Las líneas de código que caían del cielo entraban en el espacio vacío y desaparecían al contacto. Sin chispa. Sin residuo. El código simplemente dejaba de existir al tocar la ausencia.

¡VACÍO! - gritó Faith.

El campamento del Sur tardó cuarenta segundos en entender. Faith lo cronometró. Cuarenta segundos de silencio, la gente mirando hacia donde ella señalaba sin ver lo que ella veía, porque el Vacío no era visible de la manera en que las cosas visibles son visibles. No había color. No había forma. Había ausencia de suelo donde antes lo había, y eso tardaba en registrarse en cerebros que esperaban continuidad.

Después vino el pánico.

Tres mil personas moviéndose al mismo tiempo. Sin dirección. Las tiendas cayeron cuando la gente tiró de las cuerdas al correr, la tela metálica arrastrándose por el suelo, enganchándose en los pies de los que corrían, derribando a los que tropezaban. Los contenedores de agua se volcaron. Faith vio doscientos litros derramarse en la tierra apisonada, el agua absorbida en segundos por un suelo que tenía sed. Los niños salieron de las tuberías de las Norias. Gatearon rápido. Pies primero. Sin esperar turno, sin esperar silbato, sin esperar nada. Un niño salió del tubo tres tan rápido que se golpeó la cabeza contra el borde metálico. No paró. Siguió corriendo con sangre bajándole por la frente.

Las Norias crujieron. El suelo debajo de las bases del lado norte empezó a desaparecer. La estructura se inclinó tres grados. Después cinco. Un tubo se desprendió de la base y cayó al suelo con un estruendo de metal contra roca que Faith oyó por encima del pánico. El agua que quedaba dentro del tubo se derramó.

Gunwise montó el Loboso en treinta segundos.

Faith lo vio hacerlo. La pierna izquierda sobre el lomo del animal, criatura viva, pelo cobrizo, músculos que se tensaron bajo el peso del jinete. Loboso era real. No mecánico, no artificial, no reconstruido. El único animal que Faith había visto en el Astral profundo que estaba entero de nacimiento. Gunwise con los tres dedos restantes agarrando las riendas de cuero, la armadura miscelánea brillando con la luminosidad del Astral.

¡Columna! ¡Al Este! ¡Formación de marcha!

Los androides respondieron. Los doce se posicionaron en dos filas de seis, creando un corredor de diez metros de ancho. Los cuerpos mecánicos funcionaban con la precisión de lo que no necesita

entender una orden para ejecutarla. Cada androide estaba dañado, placas faltantes, articulaciones que chirrían, extremidades que habían sido reemplazadas con piezas de modelos incompatibles. Pero funcionaban. Las piernas marchaban. Los brazos señalaban dirección. Las cabezas giraban monitoreando los flancos.

La gente del campamento, los que estaban lo suficientemente cerca, los que no habían corrido en la dirección equivocada, se metió entre las filas de androides. Los androides caminaron. La columna se formó por gravedad más que por orden: los cuerpos en movimiento convergieron hacia el espacio entre las máquinas porque las máquinas marchaban con dirección y la dirección era suya y de nadie más.

Faith corrió hacia Doña Nube.

El viejo estaba en cubierta. La pipa apagada. El brazo izquierdo pegado al cuerpo. La costilla seguía sin sanar tres semanas y seguía limitándole la respiración.

El muelle se está deshaciendo - dijo Don Humo. Las raíces de amarre se retorcían, soltándose del concreto que desaparecía por el extremo norte. Tres de las cuatro raíces de amarre ya estaban libres. La cuarta se aferraba a un fragmento de concreto que se encogía.

¿Por agua?

No hay agua hacia el Este. Solo tierra.

La cuarta raíz soltó. Doña Nube flotó libre un segundo, el casco sobre los restos de agua del muelle, balanceándose. Después el barco hizo lo que Faith había visto prepararse en los dos días anteriores.

Las raíces del casco que habían estado tanteando el suelo en el muelle del campamento hundiéndose diez centímetros, quince, probando la tierra se extendieron hacia abajo con intención. Cuatro

grupos de raíces gruesas se convirtieron en puntos de apoyo. El casco se elevó. La proa se inclinó quince grados hacia arriba cuando las raíces delanteras encontraron terreno sólido y empujaron. Doña Nube se levantó del agua.

El primer paso fue un crujido que Faith sintió en los dientes.

Madera protestando. Fibras tensándose en direcciones para las que no habían sido diseñadas. Las hojas-vela se plegaron automáticamente inútiles sin agua debajo. El segundo paso fue peor. El tercero encontró un ritmo. Doña Nube caminando por tierra con cuatro grupos de raíces que se arrastraban y plantaban y arrastraban otra vez, con la torpeza de una criatura que sabe nadar pero está aprendiendo a caminar.

El barco crujía con cada paso. Un sonido orgánico no de rotura sino de adaptación. Las fibras del casco se reorganizaban en tiempo real. La cubierta cambió de inclinación bajo los pies de Faith con cada paso.

Sentella apareció junto al barco.

Corría a la par. Las garras en el suelo firme. Los ojos amarillos barriendo en todas direcciones. El ronroneo no estaba silencio de la criatura por segunda vez desde la transformación. El pelaje de obsidiana erizado. La cola rígida. Todo el cuerpo en estado de alerta que Faith reconocía de los perros de rastreo que usaban en las operaciones de la División - la postura de un animal que detecta lo imperceptible para humanos todavía no perciben.

Leonardo se agarró de la barandilla de cubierta. Los ojos cerrados. La cabeza inclinada hacia la derecha, la inclinación que Faith había aprendido a reconocer como señal intensa cruzando canales.

Sentella está transmitiendo - dijo Leonardo. La voz tensa. Frecuencia baja. Fuera de rango auditivo. Yo la decodifico por el cableado. No es voz. Es dato que mi cerebro traduce a palabras.

Tenía el Voynich apretado contra el pecho con la mano libre. Faith vio que las páginas pulsaban - rápido, errático, como un ser intentando comunicarse. Leonardo no miraba hacia donde el Vacío avanzaba. Miraba el libro.

¿Qué dice?

Viene algo. Grande. Y está hambriento.

Faith miró hacia el Este. El horizonte estaba vacío. No veía nada.

¿Dónde?

Este. Donde vamos.

Sentella gruñó en esa dirección. Un gruñido largo, sostenido, que Faith le llegó al pecho a través de la madera del barco.

Detrás de ellos, el Vacío avanzaba.

No rápido. No lento. Al paso exacto que mantenía la presión sin permitir descanso. Un centímetro por segundo. Constante. Treinta y seis metros por hora. Si corrías, te alejabas. Si caminabas, te alejabas. Si te detenías más de diez minutos, te alcanzaba. El ritmo estaba calibrado. Alguien algo lo había calculado.

La línea de ausencia se extendía de horizonte a horizonte. Todo lo que dejaba atrás era nada. El campamento. Las Norias. Los tubos donde los niños habían trabajado. Las tiendas. Los contenedores volcados. Los doscientos litros derramados. Todo deshaciéndose.

Faith vio a un hombre parado en el borde.

Estaba de espaldas a la columna. De frente al Vacío. Sesenta años, quizá más. Ropa del campamento, la tela metálica gastada, las botas sin suela. Miraba el suelo desaparecer. No corría. No gritaba. Faith lo

vio durante siete segundos. En el primero estaba de pie sobre suelo sólido. En el segundo, el suelo debajo de su pie derecho dejó de existir. En el tercero, el equilibrio cambió. En el cuarto, el pie izquierdo perdió apoyo. Del quinto al séptimo: presencia y después ausencia. Sin sonido. Sin resistencia. El cuerpo que estaba ahí dejó de estar ahí con la misma naturalidad con la que el suelo dejaba de ser suelo.

Faith se dio vuelta.

Pérdida sin retorno. Ni calor ni residuo ni desplazamiento. Cero neto. Lo que el Vacío tomaba no iba a ninguna parte. No se transformaba en otra cosa. El canal se cerraba y la señal dejaba de existir.

Hacia el Este. No hay otra dirección.

La columna marchó.

Gunwise al frente con el Loboso. Los androides en dos filas. Miles de refugiados entre las filas, gente que llevaba lo que podía cargar: un contenedor, una manta, un niño. Algunos llevaban objetos que no tenían utilidad práctica, un marco sin imagen, un tubo de metal doblado, una piedra. Lo que la mano había agarrado cuando el pánico empezó. Lo que no habían soltado porque soltar requería una decisión que no podían tomar.

Doña Nube caminaba con patas de raíz. Cada paso un crujido. La cubierta oscilaba. El mástil-árbol se inclinaba tres grados con cada paso y volvía a la vertical.

Sentella patrullaba los flancos. Ida y vuelta durante la columna. Cuatrocientos metros de recorrido. Sin parpadear.

Iris caminaba junto a Haryes.

Más rápido contestó.

Haryes fue más rápido.

El bolso.

Haryes cargó el bolso. El bolso de Iris más su propio peso. Las grapas del cuello brillaban con la luz del Astral.

Ilis caminaba sola. Atrás. Las escamas pulsando. Los ojos alternaban entre el suelo y el horizonte norte donde el Vacío se extendía como una línea que dividía el mundo entre lo que todavía existía y lo que ya no.

Faith contó. Su grupo más los refugiados. Tres mil en el campamento. Menos los que se fueron en otras direcciones. Menos los que se sentaron. Menos el hombre del borde. Dos mil quinientos, quizá. Moviéndose al Este mientras el Sur moría detrás de ellos.

Miró hacia atrás una vez.

Donde había estado el campamento: nada. El cielo caía donde antes había suelo. Las líneas de código descendían hacia el vacío y desaparecían. Sin sonido. Sin residuo. El mundo borrándose a sí mismo con la paciencia de quien tiene todo el tiempo.

Adelante, el viejo fumaba en la cubierta de un barco que caminaba por tierra. La pipa casi vacía. El tabaco acabándose.

Faith miró al Este. Donde Sentella decía que algo grande esperaba.

Siguió marchando.

PLANO MEDIO

Sol llevaba una semana. Columbo la entrenaba por las mañanas. Vigilancia de campo. Cómo observar sin ser observado. Cómo hacer preguntas que parecen conversaciones. Cómo leer expedientes buscando lo que sobra, no lo que falta.

Sol aprendía rápido. Demasiado rápido. Hacía las preguntas que Columbo no había hecho hasta después de tres años en el precinto. Las hacía la primera semana. Pelo recogido con lápiz, cuaderno abierto, los ojos moviéndose entre el expediente y la pared de casos con una velocidad que Columbo reconocía porque era la suya.

Carandini leía expedientes por la noche. Llegaba temprano, se iba tarde. Las notas que tomaba iban a una libreta que cerraba con llave cuando dejaba el escritorio.

Sol preguntó por los escritorios vacíos.

¿Quién se sentaba ahí? Señaló el de Faith.

Nadie respondió.

¿Y ahí? Señaló el de Leonardo.

Silencio.

¿Y el del café frío?

Investiga - añadió Locke. Sector cinco. Los Vaciados. No preguntes por qué.

Sol abrió la boca para preguntar por qué. La cerró. Agarró su chaqueta. Salió.

Locke puso café en el escritorio de Penny. Se detuvo. Lo quitó. Lo puso en la mesa de Sol.

¿Cuándo vas a dejar de hacer eso? - preguntó Columbo.

Locke no respondió. # MIGRACIÓN [L][S]

Nueve días.

Leonardo contó cada uno. No por los ciclos del cielo en el Astral, sino por las veces que se quedó dormido y se despertó. Nueve veces. Nueve días.

El primer día fue caos con dirección.

La columna se extendía doscientos metros de largo. Gunwise al frente con el Loboso y cuatro androides. Los refugiados del Sur en el centro, una masa de cuerpos que caminaban al ritmo del más lento. Doña Nube a un costado, caminando con patas de raíz. Cada paso del barco era un crujido de fibras que Leonardo percibía como marrón oxidado, el color de madera bajo presión. Las hojas-vela plegadas. El mástil-árbol inclinándose con cada paso. Un barco en tierra firme. Un pez fuera del agua que seguía respirando.

El terreno cambiaba sin aviso.

Plano durante horas. Después, formaciones rocosas de tres metros que emergían del suelo con la regularidad de dientes en una mandíbula. Las rocas eran cálidas al tacto, demasiado cálidas para piedra, con un calor interno que no venía del aire ni del sol que no existía. Leonardo tocó una. La roca le devolvió un zumbido marrón rojizo que le subió por los dedos hasta el codo. Soltó.

Después, las rocas desaparecían y el terreno era blando. Esponjoso. Un suelo que cedía bajo los pies y no devolvía la energía del paso. Cada pisada requería esfuerzo para sacar el pie. Los refugiados que iban descalzos un tercio del total empezaron a quedarse atrás en el terreno esponjoso. Los zapatos se hundían tres centímetros. Los pies descalzos se hundían ocho.

El racionamiento empezó el primer día.

Medio litro de agua por persona por día. El agua venía de tres fuentes: los contenedores que los refugiados habían salvado del campamento, pocos, parcialmente llenos, transportados a mano; las reservas de Doña Nube, que el barco producía destilando humedad del aire del Astral, medio litro cada cuatro horas, tres litros al día para tres mil personas; y los charcos que aparecían en el terreno

esponjoso, agua de composición desconocida que Gunwise prohibió beber después de que dos refugiados vomitaron sangre oscura.

Medio litro no alcanzaba. Medio litro nunca iba a alcanzar. Medio litro era lo que había.

El tercer día, un hombre murió.

No de sed. De cansancio. Se sentó en una roca cálida durante un descanso y no se levantó. Cuando el androide de retaguardia lo verificó, llevaba veinte minutos sin respirar. La columna no se detuvo. El cuerpo quedó en la roca. Leonardo miró hacia atrás y vio la silueta sentada contra el fondo de luminosidad baja del Astral, pequeña, inmóvil, encogiéndose con la distancia hasta ser un punto que no se distinguía de la roca.

Nadie preguntó su nombre.

El quinto día, la silueta del viejo se quedó sin tabaco.

Leonardo lo vio abrir la bolsa de cuero donde guardaba las hojas secas. La bolsa estaba vacía. La revisó con los dedos, metió el índice en cada esquina, buscó residuos entre las costuras. No había. Se quedó mirando la bolsa vacía durante diez segundos. Después la dobló, la guardó en el bolsillo interior del chaleco, y sacó la pipa. La puso en la boca. No la encendió. Caminó con la pipa vacía en la boca durante el resto del día.

Sin tabaco, el viejo era diferente. Las manos buscaban qué hacer, se tocaba el bolsillo del chaleco, giraba la pipa entre los dedos, se rascaba la nuca. Trescientos años de hábito interrumpidos. La costilla rota le impedía respirar profundo. Sin la pipa, no tenía formato para las pausas. Hablaba menos. Miraba más. Los ojos se movían con la inquietud de alguien al que le falta un filtro entre la percepción y la reacción.

El sexto día, Iris tomó el agua de Haryes.

El agua sabe a metal dijo. Tiró la mitad de su ración al suelo. La tierra la absorbió. Haryes, dame la tuya.

Haryes le dio su ración. Iris la bebió. No agradeció. Las escamas del cuello pulsaron un poco más rápido, satisfacción o irritación, Leonardo no podía distinguir. Haryes se sentó con las manos entre las rodillas. Sin agua ese día. Las grapas del cuello reflejaban la luminosidad del Astral con un brillo que Leonardo percibía como gris ceniza.

Faith observó sin intervenir. Los ojos de Faith registraron el intercambio completo, la tirada, la petición, la entrega, la ausencia de agradecimiento. Dato. Patrón.

Ilis caminaba atrás. Siempre atrás. Sola. Las escamas pulsando a cincuenta y cinco hercios, sincronizadas con su hermana a doscientos metros de distancia. Los ojos alternaban entre el suelo y el horizonte norte, donde el Vacío avanzaba como una línea que se comía el terreno que habían cruzado. De vez en cuando giraba la cabeza hacia la izquierda hacia donde nadie más miraba y la volvía a girar.

Al cuarto día, Ilis se sentó en una roca a descansar. Cinco minutos. Cuando se levantó, Anya pasó por el mismo lugar. Se detuvo.

La roca donde Ilis había estado sentada era gris. No el gris del terreno del Astral, un gris distinto. Uniforme. Sin textura. Sin las vetas oscuras ni las marcas de erosión que tenían las demás rocas. Lisa. Anya la tocó. Fría. Más fría que las rocas de alrededor. Pasó el dedo por la superficie no tenía granulado. Era roca que todavía tiene forma pero ya no tiene historia.

Anya miró a Ilis, que seguía caminando. Miró la roca. Miró a Faith, que estaba a veinte metros.

Faith.

Faith se acercó. Tocó la roca. Fría. Lisa. Comparó con la roca de al lado áspera, tibia, con vetas. Idéntica forma, material completamente distinto.

¿Qué pasó?

Ilis se sentó ahí.

Faith archivó. No comentó nada más. Pero miró la roca tres veces al alejarse.

Doña Nube se deterioraba.

Al tercer día, las raíces de la pata delantera izquierda empezaron a secarse. Sin agua debajo, sin humedad suficiente del aire, el barco se deshidrataba. Las hojas del mástil se curvaban hacia dentro. La savia que normalmente Leonardo oía como zumbido amarillo se había convertido en algo intermitente, pulsos separados por silencios de dos segundos. El barco racionaba su propia energía.

Al séptimo día, la cubierta tenía grietas. Finas. Superficiales. Pero estaban ahí. La madera viva perdiendo flexibilidad. El crujido de los pasos del barco cambió de tono, más agudo, más seco. Leonardo lo percibía como amarillo grisáceo. Apagándose.

Leonardo abrió el Voynich en el séptimo día.

Las páginas mostraban algo nuevo. No las rutas cambiantes de antes. Ahora mostraban una forma. Un contorno que se repetía en tres páginas distintas. Grande. Irregular. Con extremidades que no correspondían a ninguna anatomía que Leonardo conociera. Los trazos pulsaban el Voynich nunca había pulsado antes. La tinta se

movía en las páginas con un pulso que Leonardo sentía en las yemas de los dedos como electricidad estática.

Don Humo.

¿Qué ves?

Una forma. Se repite en tres páginas. Grande. Siempre al Este.

Miró las páginas sin tocarlas. La pipa vacía en la boca.

La Bestia dijo.

¿Qué Bestia?

La que los refugiados ven en el horizonte. La que Sentella huele. La que está entre nosotros y donde vamos.

¿Cómo la pasamos?

No lo sé.

Leonardo cerró el libro. Los dedos le hormigueaban donde habían tocado las páginas.

Sentella no se separaba de la columna. Patrullaba los flancos. De día y de noche. Leonardo no la vio dormir en nueve días. Los ojos siempre abiertos. El ronroneo fluctuaba más fuerte cuando pasaba cerca de Leonardo, casi inaudible cuando se alejaba. La vibración naranja era lo más constante de la marcha.

Una vez, al octavo día, la frecuencia volvió.

Leonardo la registró antes de procesarla, presión en el esternón, no sonido en los oídos. Infrasonido modulado. La misma banda que en la cubierta de Doña Nube, el día de la transformación. Su cableado decodificó el patrón:

Está esperando. No se mueve. No necesita moverse.

Miró a Sentella. La criatura estaba a cuarenta metros, trotando junto a la columna. No lo miraba. La transmisión no necesitaba contacto visual viajaba por el medio, como cualquier onda.

Al noveno día, la columna se detuvo.

Gunwise desmontó del Loboso. Caminó al frente. Se quedó mirando. La columna se comprimió detrás de él, los que caminaban adelante parándose, los de atrás empujando, el efecto dominó de tres mil personas que dejan de moverse al mismo tiempo.

Leonardo se abrió paso. Caminó hasta el frente. Vio.

Cráneos. En estacas.

La línea estaba a cien metros. Dos docenas de cráneos, quizá más, montados en postes de metal negro clavados en el suelo a intervalos regulares. Tres metros entre poste y poste. No todos los cráneos eran humanos, algunos tenían mandíbulas de articulación doble, otros tenían cavidades orbitales que no correspondían a ninguna especie que Leonardo conociera, uno era más largo que ancho con una hilera de agujeros donde deberían estar los ojos.

Los cráneos estaban limpios. Blancos. Sin carne. Sin residuo. Sin insecto. Limpios con una intención que requería trabajo. Alguien los había hervido, o raspado, o sometido a un proceso que dejaba hueso puro. Y los había montado mirando hacia el oeste hacia la dirección de donde venía la columna. Cada cuenca vacía apuntando a los que llegaban.

Leonardo percibió los cráneos como púrpura frío. No el púrpura de los datos de Maku. Púrpura mineral. Inerte. El color de lo que ya no procesa información.

El aire era diferente del otro lado de la línea.

Más pesado. Denso. La respiración cambió antes de cruzar, requería un esfuerzo adicional, como si los pulmones tuvieran que empujar contra algo. Y tenía un sonido. Un tono bajo, constante, que le llenaba el pecho de presión. Violeta oscuro. El color de lo que

espera. El color de lo que lleva mucho tiempo esperando y no tiene prisa.

Sentella se detuvo junto a Leonardo. Los ojos amarillos fijos en la línea de cráneos. El ronroneo ausente. El pelaje erizado. La cola baja, pegada al cuerpo. Primera vez que Leonardo veía a Sentella reducir su perfil hacerse pequeña.

Gunwise se dio vuelta.

Territorio Dragón contestó. Mis androides no pasan de aquí.

¿Por qué?

Porque la última vez que un androide cruzó esa línea, los Dragones lo devolvieron en pedazos. Cada pieza envuelta por separado. Ordenadas por función.

Gunwise miró a Don Humo. El viejo miraba la línea de cráneos con la pipa vacía en la boca. Las manos quietas. Sin buscar tabaco que no había. Sin rascarse la nuca. Quietas.

¿Entramos? - preguntó Faith.

Sacó la pipa de la boca. La miró. La guardó.

Entramos. No hay otra opción. El primer paso del otro lado pesó más que los anteriores. El aire se espesó. El tono violeta oscuro se hizo más fuerte; Leonardo lo sentía presionando contra el interior de la cabeza. Doña Nube crujió más fuerte al cruzar la línea. Las raíces del barco se hundieron un centímetro más en la tierra. El mástil-árbol se inclinó y no se enderezó.

Detrás, el Vacío avanzaba.

Delante, algo grande y hambriento esperaba. # TEMPORADA 6:
LOS LOBOS

CAMPO [L][N][K]

Doña Nube murió al amanecer del undécimo día.

No fue dramático. No fue épico. La pata delantera izquierda se detuvo primero, la raíz que llevaba tres días secándose dejó de moverse. La cubierta crujió una vez, un sonido largo y agudo que Leonardo percibió como una línea amarilla rompiéndose en el aire. La pata trasera derecha se detuvo después. Las dos patas que quedaban sostuvieron el peso durante cuatro segundos, Leonardo los contó antes de que la estructura se inclinara hacia la izquierda y el casco tocara tierra.

No hubo estruendo. Solo un asentamiento gradual, madera viva convirtiéndose en madera muerta, el zumbido de la savia apagándose hasta que lo único que quedó fue silencio y el olor a resina seca.

Gunwise revisó las raíces. Las cortó con el cuchillo ancho que llevaba en la cintura. La savia que salió era espesa, opaca. Marrón.

Se acabó, comentó.

No como sentencia. Como diagnóstico.

El viejo no dijo nada. Sacó del barco lo que cabía en mochilas. Agua los tres litros que quedaban en el tanque inferior. Comida, tiras de carne curada y un saco de grano duro que Anya había racionado desde el Sur. Cuerda. Un cuchillo extra. Mantas. El Voynich, que Leonardo llevaba contra el pecho desde el primer día y no pensaba soltar.

Sentella olfateó la quilla una vez. El ronroneo se detuvo durante tres segundos. Después se alejó del barco y caminó hacia el este sin mirar atrás.

El grupo la siguió.

No hubo ceremonia. No hubo momento de despedida. Doña Nube quedó atrás, inclinada contra una formación de roca oscura, las raíces muertas apuntando al cielo del Astral como dedos artríticos. En unas semanas la madera se secaría del todo. En unos meses no quedaría nada reconocible.

Anya miró el barco una vez. Una sola vez. Después siguió caminando. Leonardo vio cómo su espalda se ponía más recta, la postura de alguien que se niega a que le vean la cara. Columbo no miró. Se ajustó la mochila con los dedos temblorosos y caminó con los ojos en el suelo, contando pasos como contaba tornillos.

El peso de las mochilas cambió todo. En Doña Nube se movían dentro de un espacio que los contenía. Ahora cada kilo era un kilo. Cada litro de agua era un litro menos para mañana. El Voynich contra el pecho de Leonardo pesaba poco, cuatrocientos gramos, probablemente menos, pero las páginas pulsaban con una insistencia nueva. Desde que el barco se detuvo, el libro mostraba líneas que señalaban al noreste. Leonardo las seguía con los dedos mientras caminaba. Lo atraían hacia algo sin nombre, una compulsión que funcionaba como la gravedad en cosas que caen.

Caminaron.

El terreno del Astral a pie era distinto del terreno del Astral desde cubierta. En Doña Nube el suelo había sido un concepto, una abstracción debajo de las raíces, debajo del agua, debajo de todo. Ahora el suelo era lo único. Roca volcánica negra que se fragmentaba

bajo las botas en escamas finas que crujían como cristal. El sonido le llegaba a Leonardo por las plantas de los pies, cada paso un chasquido diferente, cada losa un tono distinto, su cerebro buscando patrón en una superficie caótica.

El calor subía del suelo. No del sol, no había sol visible en el Astral profundo. El calor venía de abajo, de la roca misma, como si caminaran sobre tierra viva aún digiriendo su propia formación. A los treinta minutos las suelas de las botas de Anya empezaron a ablandarse. A la hora, Nico se detuvo y se sacó un trozo de roca volcánica del interior de la bota izquierda. La roca le había perforado la suela. El pie sangraba. Se quitó la bota, arrancó un trozo de la manta que cargaba, lo envolvió alrededor del pie y se puso la bota encima. No dijo nada. Siguió caminando.

El grupo se espació. Sentella adelante, setenta metros. Faith detrás de ella, treinta. Leonardo en el medio con el Voynich contra el pecho, los dedos pasando las páginas mientras caminaba, buscando la secuencia que el libro le mostraba desde que dejaron el barco. Ilis caminaba sola, veinte metros a la izquierda del grupo, las escamas pulsando a una frecuencia que Leonardo percibía como verde constante. Iris caminaba al lado de Ilis hasta que no caminaba al lado de Ilis se separaba, se acercaba, se separaba otra vez, un ritmo de órbita que no seguía lógica que Leonardo pudiera mapear.

El viejo caminaba despacio. Más despacio cada hora. La costilla rota del combate pirata le cambiaba la postura inclinado a la derecha, la mano izquierda sobre el flanco, cada respiración medida para no abrir la fractura. Anya caminaba junto a él sin tocarlo. Demasiado cerca para ser casual, demasiado lejos para ser ayuda. La distancia exacta de quien ofrece sin ofrecer.

Después las rocas cambiaron. Los fragmentos se volvieron más grandes. Formaciones que emergían del suelo como dientes en una mandíbula. Las grietas entre ellas bajaban a oscuridades que tragaban la luz del código del cielo.

El este olía a muerte vieja.

Leonardo lo detectó antes de ver nada. El olor que viene cuando los cuerpos han estado expuestos demasiado tiempo cuando la descomposición ha pasado su punto más intenso y solo queda un residuo seco, mineral, que se mete en la nariz y no sale por más que intentes respirar otra cosa.

El grupo había caminado durante lo que podrían haber sido días. El terreno cambió de la planicie árida del sur a formaciones rocosas oscuras, cortadas por grietas que bajaban a profundidades que no se veían. El código del cielo se movía más lento aquí. Los símbolos descendían con una cadencia que Leonardo percibía como un tambor lejano golpes espaciados, regulares, sin prisa.

Gunwise conocía las rutas. Grietas que servían como caminos. Túneles naturales donde la temperatura bajaba diez grados y el aire sabía a ozono y mineral. Pasos entre rocas que aparecían cuando los necesitabas si sabías dónde buscar.

Y entonces el campo de batalla.

Se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

No había batalla cuando llegaron. Solo los restos de muchas. Cadáveres en diferentes estados de descomposición, algunos reducidos a huesos blanqueados por el código del cielo, algunos en ese punto intermedio donde la carne ya no era carne pero tampoco era tierra todavía. Leonardo contó los cuerpos hasta que dejó de tener sentido contar. Cincuenta. Cien. Doscientos. Más. Estructuras

quemadas que habían sido refugios. Metal retorcido entre los huesos. Tela desgarrada que había sido banderas o uniformes que identificaran a qué bando pertenecías antes de que dejara de importar.

Faith cronometró el cruce.

Cuarenta y un minutos desde el primer cuerpo hasta el último. Sesenta y dos minutos caminando entre muertos sin saber quiénes eran, por qué habían peleado, o si la causa había valido algo para alguien que no fuera ellos mismos.

La gravedad cambió cuando dieron el primer paso.

El tirón llegó antes que la comprensión. Su cuerpo pesando más de lo que debería. Sus piernas trabajando el doble para dar el mismo paso. El Voynich pesó como piedra contra su pecho. Después, cien metros más adelante, el tirón inverso, ligereza, su peso reducido a la mitad. Las zonas de gravedad alternaban sin patrón que pudiera detectar. Gunwise las navegaba sin mirar, esquivando las peores con la precisión de alguien que ha cruzado este campo cien veces.

Sentella caminaba con el lomo bajo. Los músculos tensos bajo la piel oscura. La fibra óptica de las pupilas moviéndose sin parar, izquierda, derecha, arriba, abajo. El ronroneo había bajado a un registro que Leonardo apenas detectaba. No en los oídos. En las costillas. Una vibración constante que decía: peligro, atención, no bajar la guardia.

Ilis caminaba entre los cuerpos sin mirarlos.

Las escamas de sus brazos pulsaban a la frecuencia compartida. Constantes. Sin la desincronización que Leonardo había visto cerca del agua. Pasó junto a un cadáver cuya mano sobresalía del suelo

apuntando hacia arriba y no desvió la mirada ni un milímetro; los muertos no eran relevantes para lo que fuera que ella procesaba.

Iris sí los miraba.

Cada uno. Contando. Clasificando. Leonardo la vio mover los labios una vez, no hablando, numerando. Cuando llegó a doscientos dejó de mover los labios. El número seguía subiendo pero ya no necesitaba articularlo.

Haryes arrancó una espada clavada en el suelo. Corta, ancha, con filo de un metal oscuro que nada de eso era acero. La examinó con la eficiencia de alguien que ha evaluado armas toda su vida. La guardó en la cintura sin pedir opinión.

Lobos contra Dragones, añadió Gunwise. Señaló un cuerpo con armadura roja parcialmente disuelta por la intemperie. Los rojos son Lobos. Señaló otro con escamas metálicas verdes incrustadas en la piel del torso. Los verdes son Dragones.

¿Cuánto tiempo llevan peleando? - preguntó Leonardo.

Más del que puedo contar.

Gunwise se detuvo al borde del campo. Señaló hacia el sureste. Formaciones rocosas elevadas. Cañones que se abrían en la roca. Túneles que descendían.

Territorio Lobo, admitió. Si entramos, nos ven. Si nos ven, nos capturan o nos matan. Depende del día.

¿Y el otro camino?

No hay otro camino. No sin volver al Sur. Y al Sur ya no hay nada para nosotros.

Sacó la pipa. La giró entre los dedos sin encenderla. Miró el campo de batalla, las formaciones rocosas, el grupo que esperaba una palabra suya.

Entramos, dijo.

Ausencia de alternativa convertida en acción.

El Voynich reaccionó al cruzar la línea invisible entre campo neutral y territorio Lobo.

Las páginas se calentaron contra el pecho de Leonardo. No mucho, un grado, tal vez dos. Pero después de días de temperatura estable, el cambio era imposible de ignorar. Leonardo puso la mano sobre el libro. Las pulsaciones habían cambiado de ritmo. Más rápidas. Cada pulso separado por menos de un segundo.

No lucía como alarma. Leonardo había aprendido a distinguir. Alarma era frecuencia sin ritmo caótico, desordenada. Esto tenía patrón. Patrón significaba que el libro estaba procesando, no advirtiéndolo.

Procesando qué, no lo sabía.

Sentella se detuvo.

La cabeza giró hacia el sureste. Fija en un punto que Leonardo no podía ver. Las orejas nuevas que habían crecido después de la transformación, más largas que las de Maku, más puntiagudas, cubiertas de pelaje corto y oscuro se movieron independientemente. La derecha hacia el sureste. La izquierda hacia el este.

El ronroneo cambió de registro. Más bajo. Más lento. De la presión naranja que Leonardo asociaba con vigilancia a algo más frío, más denso, que le llenó la base del cráneo con presión constante.

Doce hercios. Infrasonido.

La frecuencia de transmisión.

Las palabras llegaron como impresión, no como sonido. El patrón modulado que su cableado sinestésico decodificaba: *Ocho. Detrás de*

las rocas. Nos miran. Desde hace rato. Leonardo no movió la cabeza. No señaló. Caminó junto al viejo y habló en voz baja.

Sentella dice ocho. Detrás de las rocas. Nos observan.

El viejo no cambió el paso. No varió la expresión.

Lo sé admitió. Los huelo desde hace veinte minutos. Cuero y grasa animal, el olor de cazadores.

Faith lo oyó. Su mano se movió hacia el arma. La detuvo con un gesto mínimo, dedos extendidos, palma hacia abajo. No.

Si quisieran matarnos ya lo habrían hecho, dijo Don Humo.

Quieren ver qué hacemos.

Caminaron doscientos metros más.

Los cazadores salieron de las rocas. # CAZADORES [L][S][F]

Eran ocho.

Gunwise había dicho ocho. Sentella había transmitido ocho. Eran ocho.

Salieron de las formaciones rocosas con la eficiencia de gente que ha hecho esto muchas veces y no necesita impresionar a nadie. Sin grito de guerra. Sin formación amenazante. Simplemente aparecieron detrás de rocas, desde grietas, por encima de salientes y rodearon al grupo en menos de diez segundos.

Armados. Lanzas cortas con puntas de un metal negro que absorbía la luz del cielo en lugar de reflejarla. Cuchillos curvos en la cintura. Armaduras ligeras hechas de capas de cuero endurecido y placas óseas de hueso de loboso, entendió Leonardo después, procesado y cortado en secciones que cubrían pecho y hombros sin restringir el movimiento.

El líder del grupo era un hombre de unos cuarenta años. Sin barba. Con cicatrices en las manos que contaban una historia de

décadas usando cuchillos y lanzas en condiciones donde un error significaba perder dedos o vida. Los ojos evaluaron al grupo en tres segundos. Clasificó amenaza por amenaza. Arma por arma. Persona por persona.

Su mirada se detuvo en Sentella.

No en Leonardo. No en Haryes con el hacha nueva. No en Faith con la postura que delataba entrenamiento de combate. En Sentella. La criatura cuadrúpeda de un metro treinta al lomo que no correspondía a ninguna categoría que el cazador conociera.

Sentella le sostuvo la mirada. Sin parpadear. El ronroneo audible, cuarenta hercios, la frecuencia social, no la de transmisión. La cola inmóvil. Los músculos relajados. El mensaje corporal era claro: no soy presa, no soy amenaza, estoy aquí.

¿Qué es eso? - indicó el líder.

Se llama Sentella - respondió Leonardo. Viaja con nosotros.

Eso no responde mi pregunta.

Es la única respuesta que tengo.

El líder lo miró durante un momento largo. Después miró al viejo. Lo evaluó diferente más tiempo, más detalle. Se detuvo en las manos de Don Humo. En la pipa.

¿Quiénes son?

Viajeros. Del sur. Cruzamos el campo de batalla porque era el único camino.

Nadie cruza el campo por elección.

Nosotros tampoco.

Los ocho cazadores mantenían posición. Sin tensión visible. Sin nerviosismo. Quietud de gente que sabe exactamente qué hacer si la situación cambia y no necesita pensar en ello.

¿Espías? - preguntó el líder.

No.

¿Mercenarios?

No.

¿Dragones?

No somos ninguna de esas cosas.

Entonces qué son.

Dudó. Un segundo. Dos. Buscando las palabras correctas.

Buscamos respuestas. A preguntas que nadie más puede responder.

El líder lo miró durante un momento largo. Después hizo un gesto con la cabeza.

Los cazadores se movieron.

Ataron sus manos con cuerdas hechas de tendones secos, fuertes, flexibles, imposibles de romper sin herramienta. No brutalmente. No con violencia innecesaria. Eficientemente. Un procedimiento que se hace igual cada vez porque funciona y no hay razón para cambiarlo.

La cuerda se apretó alrededor de sus muñecas. No demasiado. Solo lo suficiente para que supiera que no podía escapar. El Voynich pulsó contra su pecho. Una vez. Dos veces. El libro registrando la situación sin emitir juicio sobre ella.

Faith se dejó atar sin resistencia. Los ojos contando cazadores, midiendo distancias, evaluando rutas de escape que ambos sabían que eran inviables. La miró de reojo.

No intentes nada - dijo Leonardo.

No iba a hacerlo. Faith lo miró. Todavía.

Anya extendió las manos antes de que el cazador se las pidiera. Gesto práctico. Sin protesta. Las cuerdas se cerraron sobre sus

muñecas con la misma presión uniforme que las demás.

Haryes no extendió las manos. Se las ataron igual. El hacha nueva se la quitaron. Haryes miró al cazador que se la llevaba con una expresión que decía: recuérdala, porque voy a volver a buscarla. El cazador no pareció impresionado.

Iris sonrió cuando la ataron. Sonrisa pequeña. Cordial. Sonrisa que decía que cooperaba completamente y que hacía que Leonardo quisiera mirar hacia otro lado. Ilis no sonrió. Extendió las manos y dejó que las cuerdas se cerraran sin cambiar la expresión de la cara.

Maku se quedó junto a Anya. Los cables oscuros de su nuca colgaban inertes. Los ojos de fibra óptica miraban a los cazadores con una curiosidad que no contenía miedo. No le ataron las manos. El cazador que se acercó a ella se detuvo, la miró, miró al líder. El líder negó con la cabeza. Nada tenía que ver con necesario.

A Sentella no la tocaron. Nadie intentó ponerle una cuerda. Sentella caminó junto al grupo sin restricciones, los ojos amarillos moviéndose de cazador en cazador con la tranquilidad de quien sabe que nadie en ese grupo podría sujetarla aunque quisiera.

Fumaba la pipa mientras le ataban las manos.

El cazador que lo ató tuvo que trabajar alrededor del humo. No le pidió que la soltara. El viejo no ofreció hacerlo.

Gunwise se adelantó al líder.

Conozco el camino al campamento dijo. He estado antes.

El líder lo miró.

Lo sé. Te recuerdo. Pausa. Amarok decidirá qué hacer con ustedes.

Caminen añadió, dirigiéndose al grupo.

No hubo confrontación épica. No hubo negociación heroica. No hubo momento donde alguien hiciera algo valiente y cambiara el curso de los eventos. Solo un grupo de viajeros exhaustos siendo llevados a un lugar que no conocían por gente que podía matarlos si decidía que valía la pena.

Caminaron durante horas.

El terreno cambió gradualmente. Menos campo de batalla. Las estructuras quemadas y los cadáveres quedaron atrás. El olor a muerte se desvaneció, reemplazado por algo más limpio: roca, polvo, el ozono constante del cielo.

Cañones que se abrían en la roca. Túneles que descendían hacia lugares donde la luz del cielo no llegaba. Pasajes estrechos donde tenían que caminar en fila, uno detrás de otro, sin espacio para nada más.

Los cazadores conocían cada paso. Se movían con la seguridad de quien ha recorrido estos caminos miles de veces. Evitaban zonas donde la gravedad era inestable sin siquiera mirar. Cruzaban puentes naturales que se veían a punto de colapsar pero que aguantaban el peso de todos.

Leonardo observó todo. Memorizando. Catalogando. Creando un mapa mental que probablemente nunca necesitaría pero que su cerebro se negaba a dejar de construir. Tres giros a la derecha. Dos a la izquierda. Un descenso de aproximadamente cuarenta metros. Un túnel que olía a sulfuro. Otro que olía a agua limpia. Las rocas cambiaban de color gris oscuro a gris claro a roca con vetas de mineral verdoso que pulsaba con luz propia.

Sentella emitió un infrasonido breve. Las palabras llegaron como impresión: *Abajo. Muchos. Vivos.*

El campamento apareció cuando el último túnel se abrió a una caverna que Leonardo no había esperado.

Poco tenía de lo que había imaginado. Había pensado en algo primitivo. Tiendas de piel alrededor de fogatas humeantes. El cliché de tribu guerrera que las historias siempre mostraban cuando hablaban de pueblos que vivían de la caza.

Esto era diferente.

Las estructuras estaban integradas en la roca misma. Cavernas naturales ampliadas con herramientas. Túneles que conectaban espacios que de otra manera estarían aislados. Un sistema de habitaciones y pasillos que se extendía bajo la superficie.

Había luz. No del cielo de cristales incrustados en las paredes. Diferentes colores. Diferentes intensidades. Un resplandor suave y constante que no lastimaba los ojos pero que iluminaba todo. Los rojos le rasparon los nudillos sin tocarlos. Los azules, fríos. Los verdes, la frecuencia más baja que había sentido desde que llegó al Astral.

Había gente. Mujeres preparando comida en espacios que funcionaban como cocinas. Niños corriendo entre las piernas de los adultos, jugando juegos que tenían reglas que Leonardo no entendía. Viejos sentados en rincones, hablando en voz baja.

No solo guerreros. Una comunidad completa viviendo bajo tierra.

El olor a comida llegó desde algún lugar. Carne cocinándose. Podía ser pan. Especies que no reconocía pero que hacían que su estómago se contrajera de hambre. Tres días de grano duro y carne curada. El olor de comida real era un golpe físico.

Los llevaron a una cámara central. Amplia. Con una fogata en el centro que no daba humo. El humo subía y desaparecía por

conductos en el techo, un sistema de ventilación que alguien había diseñado con cuidado. Piel en el suelo formando asientos. Símbolos grabados en las paredes que contaban historias que no podía leer.

Esperen aquí - dijo el líder de los cazadores. Amarok vendrá.

Se fue. Los cazadores se fueron. El grupo quedó solo. Con las manos todavía atadas. En territorio desconocido. Sin saber qué venía después.

Sentella se acostó junto a Leonardo. Los ojos amarillos cerrados pero no dormida. Vigilante incluso en reposo.

Las gemelas susurraban entre sí en ese registro bajo que nadie más distinguía. Haryes examinaba las paredes, los símbolos grabados, buscando rastros de las historias que había escuchado sobre los pueblos del Astral. El viejo fumaba su pipa aunque nadie le había dado permiso. El humo subía hacia el techo y desaparecía por los conductos de ventilación.

Leonardo miró el fuego.

El Voynich pulsaba bajo su camisa. Constante. Paciente. El calor había vuelto a la temperatura normal, un grado por encima de la piel, ni más ni menos. Cualquier cosa que hubiera procesado al cruzar la línea de territorio Lobo, había terminado.

La puerta se abrió.

Alguien entró. # AMAROK [L][S][F]

La mujer que entró no caminaba. Avanzaba contra la gravedad con un ritmo lento y deliberado.

Cada paso costaba. El bastón de madera negra golpeaba el suelo antes que el pie, marcando un ritmo que Leonardo percibió como dos notas alternas: una grave, una sorda. Los huesos crujían

audiblemente, pero no en una secuencia de crujidos simultáneos y sucesivos, sino en un solo, prolongado sonido.

Amarok.

Vieja. Más vieja de lo que daba la impresión de ser posible y más funcional de lo que esa edad debería permitir. La piel de las manos era papel sobre alambre, se veían los tendones, las venas, la mecánica del agarre cuando apretaba el bastón. Los ojos eran lo único joven. Negros. Rápidos. Evaluando al grupo con la precisión de alguien que ha decidido durante décadas quién vive, quién se queda, y quién se va.

Detrás de ella, dos Lobos. No guardias acompañantes. La seguían a distancia suficiente para intervenir si algo pasaba, pero lo bastante lejos para no estorbar. Llevaban lanzas cortas en la espalda.

Amarok se sentó frente al fuego. El proceso de sentarse duró ocho segundos. Leonardo los contó. El bastón apoyado contra la rodilla derecha. Las manos en los muslos. La espalda recta a pesar del costo visible de mantenerla así.

Miró al grupo.

Uno por uno. Sin prisa. Sin hablar. El fuego crepitaba entre ella y ellos. El humo subía. Los cristales de las paredes mantenían su resplandor constante.

Su mirada se detuvo en el viejo.

Te conozco, añadió. La voz era seca, raspada, pero sin debilidad. El tipo de voz que viene de años gritando órdenes a cazadores en medio de tormentas y combates.

No personalmente.

No personalmente. Pero mi abuela te describió. El viejo que fuma y no envejece. Que habla lenguas que nadie habla. Que ha estado en

todas partes y no pertenece a ninguna.

No respondió. La pipa humeaba.

Mi abuela también era vieja continuó Amarok. Y exageraba. Pero no mentía. Pausa. ¿Cuántos años tienes?

Más de los que importan.

Amarok inclinó la cabeza. Como si la respuesta confirmara algo.

Su mirada se movió a Leonardo. Al pecho de Leonardo. Al bulto bajo la camisa donde el Voynich descansaba.

Lo que llevas respondió, señalando. ¿Sabes qué es?

Un libro. El Voynich.

Sé el nombre. ¿Sabes qué hace?

Leonardo dudó. ¿Cuánto revelar? No conocía a esta mujer. No sabía qué haría con la información.

Todavía no. Estoy aprendiendo.

Amarok no asintió esta vez. Ladeó la cabeza.

Mi abuela hablaba de él. Decía que era una llave. Que abría puertas que deberían quedarse cerradas.

¿Tu abuela lo vio?

Mi abuela veía muchas cosas. La mayoría no existían. Amarok se levantó con dificultad. Los huesos crujieron en cadena otra vez. Pero algunas sí. Y esas eran las que importaban.

Se alejó. El bastón golpeando el suelo. El eco resonando en los túneles.

No había dicho nada definitivo sobre nada.

Pero les habían desatado las manos.

Esa noche, Don Humo y Leonardo se sentaron junto al fuego que todavía ardía en la cámara central.

El campamento se aquietaba. Los cristales de las paredes atenuaban su brillo no apagándose, bajando la intensidad, como si respondieran al ritmo de la comunidad. El código del cielo, visible por las aberturas de ventilación, se oscurecía. Lo que pasaba por noche en el Astral.

¿Confías en ella? - preguntó Leonardo.

No confío en nadie. Encendió la pipa. El humo subió hacia el techo y desapareció. Pero ella no tiene razón para matarnos. Por ahora.

¿Y después?

Después veremos. Pausa. Amarok lidera un pueblo que lleva generaciones peleando una guerra sin final. Necesita gente útil. Necesita información. Necesita cualquier cosa que le dé ventaja contra los Dragones, aunque sea por un día. Nosotros tenemos cosas que ella no tiene.

¿Qué cosas?

Tú tienes el Voynich. Yo tengo trescientos años de experiencia en sobrevivir donde nadie me quiere. Faith pelea mejor que la mitad de sus cazadores. Anya sabe cosas de medicina que aquí no existen. El viejo señaló con la pipa hacia el túnel por donde Amarok se había ido. Somos útiles. Y los útiles sobreviven.

¿Y cuando dejemos de ser útiles?

No dijo.

No había necesidad.

En algún lugar del campamento, alguien cantaba. Una canción en un idioma que Leonardo no conocía pero que el Té de Lenguas traducía en impresiones. Pérdida. Nostalgia. El dolor de recordar lo que ya no existe. La melodía era simple tres notas que se repetían

con variaciones que no cambiaban la estructura sino la textura. Leonardo la percibió como violeta oscuro. Densa. Sin bordes definidos.

Cerró los ojos.

El Voynich pulsaba contra su pecho. Constante. Paciente.

Y en algún lugar del norte, los Dragones se preparaban.

Sentella patrulló el campamento esa noche.

La delató. No por el suelo, sino por el aire. El infrasonido que emitía mientras caminaba, más bajo que la frecuencia de transmisión, más un zumbido de fondo que un mensaje. La presencia de Sentella como dato ambiental. Posición, velocidad, dirección. Datos que el cableado de Leonardo procesaba sin esfuerzo consciente.

Los Lobos la miraban pasar.

Desde las entradas de sus cámaras. Desde los pasillos. Desde los rincones donde descansaban o afilaban armas o hacían las cosas que la gente hace cuando la noche llega y el trabajo del día termina. La miraban con la atención de quien no entiende pero no percibe amenaza.

Un niño se acercó a ella.

Seis años, acaso siete. Pelo negro cortado irregular. Descalzo. Se acercó con la cautela de alguien que ha aprendido a evaluar peligro antes de evaluar curiosidad. Se detuvo a dos metros.

Sentella se detuvo.

El ronroneo bajó a un registro que Leonardo percibió como tibieza, no calor, no frío, algo intermedio que significaba ausencia de amenaza. La cola se movió una vez. Los ojos amarillos se cerraron a medias.

El niño extendió la mano. No para tocar, sino para ofrecer. En la palma llevaba un trozo de carne seca. Lo dejó en el suelo frente a Sentella. Retrocedió dos pasos.

Sentella olfateó la carne. La comió. Un solo movimiento de mandíbula. El niño sonrió la primera sonrisa que Leonardo veía de un niño Lobo y se fue corriendo por el túnel de donde había salido.

Sentella siguió patrullando.

Nadie más se acercó.

PLANO MEDIO

Sol cerró la puerta de su oficina y puso el cerrojo.

El escritorio tenía tres carpetas. La primera: caso 16, las cuarenta y siete marcas en el cuerpo de Penny. Todavía sin resolución oficial. La segunda: el informe de García sobre la zona industrial del Sector 12 tres desapariciones en dos semanas, sin cuerpos, sin registros de salida. La tercera: un sobre sellado que había encontrado en su buzón esa mañana, sin remitente, con una sola hoja dentro.

Abrió el sobre.

La hoja tenía una lista de seis nombres. Al lado de cada nombre, una fecha. Al lado de cada fecha, una coordenada. Las coordenadas correspondían a ubicaciones dentro de Entreternia la zona que Sánchez había estado investigando por su cuenta, la zona que nadie quería tocar.

Al final de la lista, una línea escrita a mano: *La señal no desaparece cuando se apaga una torre. Encuentra a dónde se dirige.*

Sol giró la hoja. Sin firma. Sin marca. La caligrafía era limpia, precisa, sin rasgos identificables. El tipo de letra que alguien practica para que no se pueda rastrear.

Guardó la hoja en el cajón con llave. Se sentó. Pensó durante cuatro minutos sin moverse.

Después llamó a Marple.

Necesito que me consigas acceso a los registros de flujo de señal de las torres TAAT del Sector 12. Los de los últimos seis meses.

Eso requiere autorización de nivel tres.

Lo sé.

Silencio.

Dame dos días - dijo Marple.

Sol colgó. Miró el cajón con llave. La lista de seis nombres y seis coordenadas que alguien quería que encontrara.

Carandini pasó frente a su puerta. Se detuvo un segundo lo justo para mirar la puerta cerrada, registrar el cerrojo, y seguir caminando. Sol lo vio por la rendija de la persiana.

A la mañana siguiente, Sol encontró un expediente en el suelo del pasillo. Doblado por la mitad, deslizado bajo la puerta de su oficina. Sin nombre. Sin fecha. Sin marca de quién lo había dejado. Dentro: la lista de accesos nocturnos al archivo del Sector 12 de los últimos seis meses. Veinticuatro entradas. Quince de ellas firmadas por Carandini.

Sol miró la lista durante un minuto.

Si Carandini estaba encubriendo algo, acababa de entregarle la prueba de su propio encubrimiento. Eso no tenía sentido.

A menos que sí lo tuviera y Sol todavía no supiera por qué.

Lo registró.

PLANO MEDIO

Carandini resolvió tres casos en una semana.

Demasiado eficiente. Demasiado rápido. Rendimiento que hacía que la gente notara. Que preguntara cómo.

Sánchez lo notó.

Empezó un archivo sobre él. Secreto. Guardado debajo del falso fondo del segundo cajón de su escritorio el mismo lugar donde guardaba las cartas de Noctis y las notas sobre Entreternia. Anotó sus movimientos. Sus horarios. Las preguntas que hacía. Las respuestas que daba. Los casos que elegía y los que dejaba pasar.

Los tres casos resueltos tenían algo en común: todos involucraban desapariciones en el Sector 12. Todos habían sido clasificados como “sin resolución probable” por el sistema de asignación. Todos habían sido ignorados por los demás detectives porque nadie quería tocar nada que tuviera que ver con Entreternia.

Carandini los había pedido.

No se los habían asignado. Los había pedido. Específicamente. Por nombre de caso. Con una solicitud formal que Sánchez encontró en los registros de asignación cuando buscó.

Las resoluciones eran impecables. Evidencia sólida. Cadena de custodia limpia. Cada caso cerrado con una explicación que el sistema aceptaba sin objeción accidentes, desplazamientos voluntarios, errores administrativos. Todo razonable. Todo creíble.

Demasiado creíble.

Nadie era tan bueno sin razón. Nadie resolvía casos tan rápido sin ayuda. Ayuda que venía de algún lugar que Sánchez todavía no podía identificar.

Columbo le preguntó esa noche, después de turno, en el bar de siempre.

¿Carandini?

Carandini. Algo no encaja. Resuelve los casos que nadie quiere. Los resuelve perfecto. Y las resoluciones cierran puertas en lugar de abrirlas.

¿Cierran puertas?

Cada caso que resuelve deja de ser investigable. Se archiva. Se sella. Nadie puede volver a abrirlo sin autorización de nivel cuatro.

Columbo bebió su café. Frío. Siempre frío porque siempre se le olvidaba beberlo a tiempo.

¿Crees que está encubriendo algo?

Creo que está limpiando. Sánchez bajó la voz. Cada caso que cierra es una pista menos sobre lo que pasa en Entreternia. Cada expediente sellado es una puerta que ya no podemos abrir.

O es simplemente un detective eficiente que eligió los casos fáciles.

Columbo, nadie elige casos de Entreternia porque sean fáciles. El bar estaba medio vacío. La hora en que solo quedaban los que no tenían a dónde ir o los que preferían no ir todavía.

Columbo dejó el café en la mesa.

Ten cuidado, comentó. Carandini no es alguien a quien quieras como enemigo sin pruebas sólidas.

Lo sé.

¿Pero vas a seguir investigándolo?

¿Tú dejarías de hacerlo?

Columbo no respondió.

Ambos sabían la respuesta. # HISTORIA LOBO [X][S]

No fueron prisioneros. Pero tampoco fueron bienvenidos. Existieron en ese espacio intermedio donde nadie te quiere pero

nadie te echa. El tipo de tolerancia que viene de la utilidad, no del afecto.

El viejo trabajó con los heridos desde el segundo día.

Conocía plantas que crecían en las grietas del Astral. Raíces que bajaban la fiebre si se hervían durante siete minutos, no seis ni ocho. Minerales que molidos y mezclados con grasa animal formaban una pasta que sellaba heridas superficiales en horas. Combinaciones que había aprendido durante siglos de viajar entre planos y que aquí, donde la medicina era un concepto teórico más que práctico, lo convertían en alguien que valía la pena no matar.

Las mujeres del campamento lo buscaban cuando alguien enfermaba. No le hablaban más de lo necesario. No le agradecían. Pero lo buscaban. Y eso era suficiente.

Un cazador llegó con una herida en el muslo que llevaba tres días infectada. Pus amarillo-verde. Olor a carne pudriéndose. El cazador no se quejaba en el campamento Lobo quejarse era un lujo que nadie se permitía, pero la pierna estaba rígida y la fiebre le hacía sudar mientras temblaba al mismo tiempo.

Limpió la herida con agua que Anya había purificado con un método que involucraba tres minerales diferentes y calor sostenido. Aplicó la pasta. Vendó con tiras de cuero que una mujer del campamento le proporcionó sin mediar palabra.

Al tercer día la infección había bajado. Al quinto, el cazador caminaba. No bien. Pero caminaba.

Nadie dio las gracias.

Pero la porción de comida del viejo se duplicó sin que nadie lo mencionara.

Faith se unió a los cazadores.

No a las cacerías reales todavía no confiaban en ella lo suficiente para eso. Al entrenamiento. Practicando con armas que no conocía, las lanzas cortas de punta negra, los cuchillos curvos que los Lobos usaban para pelar las pieles de las bestias que cazaban.

Sus movimientos eran diferentes a los de los Lobos. Más directos. Menos fluidos. El estilo de alguien que había aprendido a pelear en situaciones donde la elegancia no importa y la velocidad sí. Faith no danzaba con el arma. La usaba. Punto A a punto B con el mínimo de movimiento necesario.

Los cazadores la respetaban sin decirlo. Leonardo lo veía en la manera en que algunos de los jóvenes empezaban a imitar su guardia. En la manera en que el líder del grupo que los había capturado se llamaba Toruk, supo después que le prestaba su propia lanza para que practicara.

El tercer día, Toruk le ofreció participar en un ejercicio de rastreo.

No caza. Rastreo. Seguir huellas en la roca, identificar señales de movimiento, calcular dirección y velocidad a partir de marcas que Leonardo no podía ni ver.

Faith regresó cuatro horas después con información que cambió la rutina del campamento: tres grupos de lobos habían pasado por el perímetro norte durante la noche. Los lobos no eran los Lobos, eran bestias de caza del sistema, cuadrúpedos de tres metros con pelaje de fibra óptica y columnas vertebrales expuestas que funcionaban como disipadores de calor. Faith había encontrado marcas de garras en la roca a seiscientos metros del campamento. Profundas. Recientes.

Toruk dobló las patrullas nocturnas.

Faith no sonrió. No celebró. Volvió a su lugar junto al fuego y se sentó a afilar el cuchillo que le habían prestado.

Buen trabajo le dijo Leonardo.

No es trabajo. Es costumbre. Faith pasó el dedo por el filo. Miras lo que hay. Cuentas lo que ves. Reportas sin inventar.

Los Lobos tenían protocolos para todo. Leonardo se enteró el segundo día, cuando se sentó en el lugar equivocado junto al fuego. Toruk lo movió sin hablar, un toque en el hombro, un gesto hacia la derecha. El lugar donde Leonardo se había sentado era el del tercer cazador del turno de noche, que todavía no había vuelto. No se sentaba nadie ahí hasta que volviera o hasta que se confirmara que no iba a volver. En ese caso, el lugar se dejaba vacío durante tres comidas y después se reasignaba.

Leonardo se movió, pero sus ojos volvieron al Voynich antes de que Toruk terminara de explicar. Las líneas de la página habían cambiado durante la noche, nuevas curvas que señalaban algo al norte, más allá del territorio Lobo. Leonardo las había estado midiendo con los dedos desde el amanecer. Toruk lo vio mirar el libro en lugar de mirarlo a él.

¿Y si no vuelve? - preguntó Leonardo.

Toruk lo miró como si la pregunta fuera absurda.

El lugar se reasigna. Al que mejor haya rastreado esa semana.

¿Hay premio por rastrear bien?

No. El premio es poder sentarte a comer junto al fuego. Toruk señaló con la barbilla los asientos más lejanos, los que estaban contra la pared de cristales. Los otros comen allá. No está mal. Pero el fuego calienta más.

Faith se rio por la nariz. Una vez. Casi inaudible. Leonardo la miró. Fue la primera vez que la vio sonreír, o aproximarse a ello.

Anyá enseñaba.

Preparación de antisépticos con lo que había disponible. Plantas. Minerales. Agua purificada de ciertas maneras. Conocimiento básico que aquí valía más que cualquier otra cosa porque nadie lo tenía.

Las mujeres del campamento la escuchaban con atención que no mostraban ante nadie más. Tomando notas mentales. Haciendo preguntas prácticas cuánto mineral, cuánta agua, cuánto tiempo de cocción, qué pasa si se usa menos, qué pasa si se usa más.

Al cuarto día, una de ellas le trajo un cuenco con una mezcla que había preparado siguiendo las instrucciones. Anyá la olió. La probó con la punta del dedo. La mujer no sonreía en el campamento Lobo la gente no sonreía por cosas así, pero algo cambió en su postura. Un aflojamiento. La validación de que había aprendido lo que funcionaba.

Era algo. No mucho. Pero algo.

Amarok los convocó al séptimo día.

Estaban en la cámara central otra vez. El fuego ardía. Los cristales pulsaban su acorde constante en las paredes. Amarok se sentó en la misma posición de la primera vez, bastón en la rodilla, manos en los muslos, espalda recta.

Van a preguntarme por qué peleamos - respondió. No como pregunta. Como anticipación. Todos preguntan. Los que vienen de fuera siempre preguntan como si la respuesta fuera simple.

Nadie habló.

No hay respuesta simple. Amarok tosió. El sonido era profundo, húmedo, peor que la primera vez. Algo estaba mal dentro de ella y

empeoraba. Los Dragones tienen territorio al norte. Nosotros tenemos territorio aquí. Entre los dos hay una franja que es de ambos y de ninguno. La franja tiene recursos. Agua de las filtraciones profundas. Minerales que se usan para las puntas de lanza. Cristales que dan luz.

¿No pueden dividirla? - preguntó Leonardo.

Amarok lo miró durante un momento largo. No con condescendencia. Con la paciencia de alguien que ha oído esa pregunta cien veces y sabe que la respuesta no satisface a nadie.

Mi abuela lo intentó. Dividió la franja en zonas. Zona norte para Dragones. Zona sur para Lobos. Zona central compartida. Duró siete ciclos. Pausa. En el octavo, un grupo de cazadores nuestros cruzó a zona norte por error o por hambre, que es el mismo error con diferente nombre. Los Dragones los mataron. Nosotros matamos a diez Dragones en represalia. Ellos mataron a veinte de los nuestros. Nosotros...

El ciclo.

El ciclo. Amarok tosió otra vez. Mi madre lo intentó después. Tregua formal. Intercambio de rehenes como garantía. Duró dos generaciones. Terminó cuando un rehén Dragón murió de enfermedad aquí y los Dragones dijeron que lo habíamos asesinado. No lo habíamos hecho. No importó.

El ciclo. Repitió.

El ciclo. Amarok lo miró. Tú lo entiendes. Puedo verlo. Has visto esto antes.

En muchos lugares. En muchos tiempos.

¿Y siempre termina igual?

El ciclo se repite hasta que alguien lo rompe. O hasta que consume a todos. Don Humo sacó la pipa. No la encendió. La sostuvo. No hay tercera opción.

Amarok asintió. No con resignación. Con reconocimiento. Algo que lleva tanto tiempo siendo verdad que ya no provoca emoción.

Yo lo intenté cuando era joven y creía que las cosas podían cambiar dijo. También fallé. El ciclo es más fuerte que cualquiera de nosotros.

Se levantó. Los huesos crujieron. El bastón golpeó el suelo.

Pueden quedarse. El tiempo que necesiten. Pausa. Pero cuando los Dragones lleguen y van a llegar no los obligamos a pelear por nosotros. No somos reclutadores.

Se fue.

El eco de sus pasos resonando en los túneles.

Se quedó mirando la dirección por donde se había ido. La pipa en la boca. Después dijo, sin mirar a nadie:

Dos meses.

Leonardo lo miró.

¿Dos meses de qué?

A ese ritmo. Encendió la pipa. Si deja de hablar en las reuniones, tres. Si además deja de subir escaleras, cuatro. Pero no va a dejar de hacer ninguna de las dos cosas.

Faith, desde el otro lado del fuego:

¿Le vas a decir?

Ella ya lo sabe. El humo subió. Hace mínimo seis meses que lo sabe. Probablemente un año.

Leonardo se quedó mirando el lugar donde había estado.

PLANO MEDIO

Sánchez encontró la primera carta de Noctis en el buzón del Precinto a las seis de la mañana.

Sobre blanco. Sin remitente. Sin sello postal. La caligrafía era la de siempre, limpia, impersonal, diseñada para no dejar huella. Dentro, una sola hoja.

Caso 823-Fragmento 4: Los cuerpos no desaparecen. Se reclasifican. Busca en Mantenimiento, no en Desaparecidos.

Sánchez comparó la caligrafía con las otras cartas que tenía archivadas las que habían llegado durante meses, siempre sin remitente, siempre con información que no debería existir. Idéntica. La misma mano. La misma presión del trazo. La misma tinta.

La caligrafía no coincidía con nadie registrado en el sistema. Nadie. Noctis no existía. O existía en una versión del sistema que alguien había decidido borrar. Alguien que seguía operando.

Un fantasma que escribía cartas.

Un fantasma que sabía cosas que nadie debería saber.

Columbo la encontró revisando los archivos esa noche.

¿Noctis?

Noctis. Sánchez no levantó la vista. Dice que busquemos en Mantenimiento. Que los cuerpos se reclasifican.

El caso Noctis nunca se resuelve - dijo Columbo. Se sentó a su lado. Lo supe desde que empezó. Algunos casos están diseñados para quedarse como misterios.

¿Y lo aceptas?

No. Pero lo entiendo.

Sánchez guardó la carta con las demás. Siete cartas en total. Siete fragmentos de un caso que crecía cada semana y que nadie más en la División investigaba porque nadie más lo sabía.

El misterio quedaba. Como siempre. Como probablemente siempre quedaría.

Pero Sánchez no dejó de buscar.

PLANO MEDIO

Nico pintó el mural en la pared del callejón detrás de la torre TAAT-Sur. No pidió permiso. Nunca pedía permiso. El mural apareció entre las dos y las seis de la mañana, cuatro horas de trabajo con pintura que había mezclado él mismo a partir de pigmentos industriales robados del almacén del Sector 8 y un aglutinante cuya procedencia nadie quería saber.

El mural mostraba un ciclo. No un ciclo abstracto, sino un ciclo literal. Dos figuras peleaban. Una era roja. La otra, verde. Debajo de ellas, las mismas dos figuras peleaban, pero con los colores invertidos: la roja ahora verde, la verde ahora roja. De nuevo, el patrón se repetía, hasta que las figuras se hacían tan pequeñas que eran puntos de color. Y debajo de los puntos, el oso Dember miraba todo desde un rincón.

No sabía por qué había pintado eso. Pero lo pintó igual. Los días pasaron.

No fueron prisioneros. No fueron bienvenidos. Existieron en ese espacio intermedio que no tiene nombre pero que todo el mundo reconoce el lugar donde te toleran porque les sirves y te ignoran porque no eres de los suyos.

Leonardo empezó a mapear el campamento el cuarto día. No por orden por impulso. Su cerebro se negaba a dejar de catalogar. Tres niveles. El superior, más cerca de la superficie, donde las aberturas de ventilación dejaban entrar el resplandor del cielo y el aire circulaba mejor. El medio, donde estaban las cámaras de vivienda,

los espacios de cocina, las áreas de almacenamiento. El inferior, más profundo, más oscuro, donde los túneles se estrechaban y los cristales de las paredes cambiaban de color menos rojos y azules, más verdes, más fríos.

El nivel inferior estaba restringido. No con puertas ni cerraduras con presencia. Siempre había un cazador sentado en el punto donde los túneles descendían. No bloqueando el paso simplemente ahí. La presencia como mensaje.

Leonardo no intentó bajar. Todavía no.

Los cristales le fascinaban. Cada uno emitía en una frecuencia diferente que su percepción traducía a textura. Los rojos eran ásperos al tacto mental presión en la nuca, calor seco. Los azules eran fríos, lisos, el equivalente de meter la mano en agua limpia. Los verdes del nivel inferior eran otra cosa. No frío ni calor. Presión.

Sentella dormía cuatro horas por ciclo. El resto patrullaba. Los Lobos se habían acostumbrado a ella en menos de una semana el niño que le había dado carne el primer día ahora la buscaba cada tarde con ofrendas diferentes. Carne. Hueso. Una piedra verde que había encontrado en los túneles y que quería darle por razones que solo un niño de siete años entendería. Sentella aceptaba las ofrendas con un movimiento de cabeza y un registro bajo del ronroneo que el niño probablemente percibía como gratitud aunque no lo era exactamente. Era reconocimiento. El reconocimiento de que alguien la trataba como criatura y no como anomalía.

El ritual se sofisticó. El tercer día el niño llegó con un escarabajo muerto. Lo depositó a medio metro de Sentella con la solemnidad de una ofrenda ceremonial. Sentella lo olió. Empujó el escarabajo con la pata. Lo dejó ahí. El niño inclinó la cabeza y se fue.

El cuarto día trajo un trozo de cuerda y una pluma negra. Los dejó en fila. Sentella miró los objetos. Miró al niño. El ronroneo no cambió de registro.

El quinto día llegaron dos niños más. Con ofrendas propias. Un cristal roto. Medio cuenco. Algo que había sido un insecto y ahora era una colección de patas articuladas.

Sentella los inspeccionó a los tres con la misma formalidad que había usado con el primero. Olió cada ofrenda. Movi6 la cabeza. El ronroneo. Los niños se retiraban satisfechos con un veredicto que no existía.

Le están haciendo tributo - dijo Anya, sin mirar, pelando un tubérculo con el cuchillo.

Lo sé - contestó Leonardo.

Sentella lo sabe también. Y les sigue el juego.

Anya cortó el tubérculo en trozos del mismo tamaño. del mismo tamaño.

Eso o les tiene la misma paciencia que le tiene a nosotros, que es ninguna, pero la disimula mejor porque no pueden medir su frecuencia.

Los otros niños mantenían distancia.

Los adultos más.

La quinta noche, soñó con las niñas.

Estaban sentadas en un piso de madera jugando con objetos que no podía ver. Bloques o fichas o piedras las manos se movían con la coordinación torpe de los tres años, apilando y derribando y volviendo a apilar. Una de ellas se reía. La risa era un sonido con color amarillo cálido, el único color que Leonardo reconocía como

propio porque lo había asociado la primera vez que las oyó reír en el hospital.

Luna estaba sentada en un sillón. Leyendo. No levantó la vista.

Leonardo quiso hablar. Quiso decir la cosa. La única cosa que importaba. La que llevaba clavada en algún lugar entre la garganta y el pecho desde que supo que estaban muertas. ¿Por qué no me avisaron? Quería preguntar. Solo eso. Eso me hubiera dado mucha tranquilidad.

Una de las niñas lo miró. Directamente. Con los ojos de Luna en una cara de tres años. Abrió la boca para decir algo.

El sueño cambió.

Ahora estaba en un pasillo. Sin las niñas. Sin Luna. Sin el piso de madera. Solo un pasillo de piedra con cristales en las paredes que pulsaban en un verde frío, pesado, inmóvil.

Se despertó con el sabor del amarillo todavía en la lengua y los ojos de los niños Lobo mirándolo desde la distancia que guardaban para todo lo que no entendían.

Ilis desaparecía cada noche.

Leonardo lo notó después de cinco días. Cuando el código del cielo se oscurecía, cuando el campamento se aquietaba, Ilis se levantaba de donde estuviera y se iba. Sin aviso. Sin explicación. Sin mirar a nadie.

Regresaba al amanecer. Con ropa manchada de cosas que nadie preguntaba qué eran. Con ojos que no miraban a nadie directamente. Con el calma de alguien que ha estado haciendo lo que no piensa compartir.

La sexta noche, Leonardo se quedó despierto para ver por dónde iba.

Ilis salió de la cámara donde dormían. Caminó por el túnel principal. Pasó junto al fuego de la cámara central las brasas ya bajas, solo un resplandor naranja que le iluminó las escamas de los brazos durante un segundo. Las escamas pulsaban al ritmo de siempre. Estables. Sincronizadas con las de su hermana a treinta metros de distancia.

Torció hacia el túnel del este. No el que llevaba a la superficie el que descendía. Hacia el nivel inferior. Hacia donde el cazador sentado hacía guardia.

Leonardo esperó que la detuvieran.

No la detuvieron.

Ilis pasó junto al cazador y el cazador no se movió. No la miró. No la registró. Como si Ilis no estuviera ahí. Como si algo en ella le dijera al cazador que no había nadie pasando frente a él.

Ilis desapareció en la oscuridad del nivel inferior.

El cazador siguió mirando al frente.

Leonardo se quedó donde estaba. Respirando despacio. Procesando lo que acababa de ver. Un guardia entrenado ignorando a alguien que pasaba frente a él. No dormido despierto, alerta, los ojos abiertos. Simplemente no registrando.

Cuatro horas después, Ilis regresó. Subió del nivel inferior con el mismo paso fluido. Pasó junto al guardia otra vez. El guardia no reaccionó otra vez. Las escamas de Ilis pulsaban diferente, no cincuenta y cinco hercios. Setenta. La frecuencia alta que Leonardo había visto cerca del agua, la frecuencia que significaba desincronización con Iris.

Se acostó en su lugar. Cerró los ojos. Al cabo de once minutos Leonardo los contó las escamas bajaron a cincuenta y cinco otra vez.

Resincronización.

Nadie más lo había visto.

Iris miraba.

No cada noche. Pero las suficientes. Leonardo la vio una vez, acostada en su lugar con los ojos abiertos, mirando el espacio donde Ilis había estado antes de levantarse. Mirando el túnel por donde se había ido. Esperando.

Cuando Ilis volvió esa noche, Iris cerró los ojos. No dormida fingiendo. Más difícil que la vigilia requiere control de cada músculo de la cara.

A la mañana siguiente, Iris le sirvió comida a Ilis sin comentar nada. Ilis comió sin comentar nada. Dos personas compartiendo un espacio y un silencio que contenía todo lo que no se decían y que probablemente nunca se dirían.

Leonardo le mencionó las desapariciones a Faith.

Lo sé - dijo Faith. Llevo la cuenta de todos. Hábito de detective. Ilis sale. Vuelve. Sin sudor de caminata. Sin polvo de superficie. Lo que hace, lo hace abajo.

El guardia no la ve.

Faith procesó la información. Tres segundos.

¿no la ve?

Pasó frente a él. A un metro. Despierto. No reaccionó.

Faith archivó. La expresión no cambió.

Anotado dijo. Y siguió afilando el cuchillo.

Maku cambiaba.

No la transformación que la había convertido en lo que fuera que era ahora algo entre humana y máquina, con cables en la nuca y ojos de fibra óptica. Un cambio más sutil. Los cables, que habían colgado

inertes desde la transformación de Sentella, empezaron a moverse. No mucho. Un centímetro. Dos. Movimientos lentos, exploratorios, como dedos que despiertan después de una anestesia larga.

Anyá lo notó primero.

Los cables se mueven le dijo a Leonardo en voz baja, mientras Maku dormía.

Leonardo se acercó. dijo. Los cables cuatro en total, cada uno del grosor de un dedo meñique, cada uno terminando en un conector que no correspondía a ninguna tecnología que reconociera se movían con un ritmo que era casi respiratorio. Expansión. Contracción. Expansión. Cada ciclo duraba unos ocho segundos.

¿Desde cuándo? - preguntó.

Dos días. Quizás tres. Al principio creí que eran espasmos. Pero tienen ritmo. Los espasmos no tienen ritmo.

Leonardo puso la mano cerca de uno de los cables sin tocarlo. El cuerpo dijo calor. No mucho un grado, quizás dos por encima de la temperatura corporal de Maku. Pero los cables habían estado fríos desde que los conoció. Fríos e inertes. Ahora no.

¿Deberíamos hacer algo? - preguntó Anyá.

¿Qué podríamos hacer?

No había respuesta para eso. Maku no tenía precedente. Solo observación.

La esperanza No era plan. Pero era lo que tenían.

PLANO MEDIO

Locke encontró a Lu dibujando en el suelo del departamento.

No con lápiz ni con papel. Con el dedo. Sobre el polvo que se acumulaba en las baldosas del balcón que nadie limpiaba porque

Locke trabajaba dieciséis horas al día y Lu tenía cinco años y medio y no le importaba el polvo.

Los dibujos eran líneas. No figuras líneas. Rectas que se cruzaban en ángulos específicos. Patrones que se repetían con variaciones mínimas. Un lenguaje visual que Locke no reconocía pero que Lu trazaba con la concentración de alguien resolviendo una ecuación.

¿Qué dibujas, Lu?

Lo que veo - comentó Lu sin levantar la vista.

¿Qué ves?

Las líneas. Lu - señaló el aire vacío frente a ella como si las líneas estuvieran ahí, visibles, reales. Van de aquí a allí. Y de allí a allí. Y a veces se cruzan y cuando se cruzan hacen ruido.

Locke se arrodilló. Miró los dibujos en el polvo. Patrones. Cruces. Nodos donde las líneas convergían. No eran dibujos de una niña de cinco años. Eran diagramas.

¿Qué tipo de ruido?

No ruido de oídos. Ruido de aquí. Lu se tocó el centro de la frente. Zumba.

Locke respiró. Una vez. Dos. Controlando la reacción.

¿Desde cuándo ves las líneas?

Desde siempre - añadió Lu. Y siguió dibujando. Locke no insistió. Se sentó en el balcón junto a ella, mirando los patrones en el polvo que no entendía. Protegiendo a una niña que veía cosas que él no podía ver, y que probablemente nunca podría ver.

Era lo que hacía.

Era lo único que sabía hacer.

Y lo haría hasta que no pudiera más. # FIEBRE [L][K]

La fiebre empezó en el noveno día.

Llegó antes de que un cambio en la textura del aire que respiraba, una densidad nueva en la saliva, una presión detrás de los ojos que no era dolor pero que prometía convertirse en dolor. Lo detectó como cambio de paleta: los cristales de las paredes, que había percibido como acorde estable durante días, empezaron a desafinarse. Los rojos más intensos. Los azules más ácidos. Cada hora peor.

Al mediodía no podía mantenerse de pie.

Las piernas se doblaron primero. No como caída, sino como colapso gradual, una sección a la vez. Rodillas. Cadera. Espalda. Leonardo terminó sentado contra la pared de la cámara donde dormían, con el Voynich apretado contra el pecho y el sudor empapándole la camisa.

Lo encontró así.

Le tocó la frente. La retiró. Olió sus dedos. Olió el sudor de la camisa. Olió el aire alrededor de Leonardo con la concentración de alguien que diagnostica por olfato porque no tiene otra herramienta.

Fiebre del Astral dijo. Sin alarma. Sin drama. Como quien dice que va a llover. El cuerpo se adapta o no se adapta. Depende de él.

¿Qué hago?

Nada. Tu cuerpo hace el trabajo. Tú solo no estorbes.

Preparó remedios. Las plantas que conocía, raíces hervidas durante exactamente siete minutos, minerales molidos, el agua purificada de Anya. Nada funcionó exactamente. Pero algo ayudaba. La fiebre no bajaba, pero tampoco subía más. El cuerpo de Leonardo peleaba sin ganar ni perder.

La primera noche fue la peor.

Las alucinaciones empezaron cuando la temperatura superó lo que Don Humo consideraba seguro. Leonardo dejó de ver la cámara. Las paredes se estiraron. Los cristales se convirtieron en ojos que lo miraban sin parpadear. El fuego de la antorcha cercana le habló en un idioma que no existía, pero que su cableado sinestésico traducía a colores imposibles: amarillo que pesaba, rojo que era frío, ausencia que tenía sabor.

Faith se turnaba con Anya para vigilarlo.

Se sentaban. Sin hablar. Sin hacer nada excepto estar presentes y controlar que la respiración no se detuviera, que el corazón no dejara de latir, que la fiebre no cruzara la línea entre peligrosa y letal.

Sentella no se movió de la entrada de la cámara durante cuarenta y ocho horas. Sin cerrar los párpados. El ronroneo constante no era la frecuencia de transmisión, sino algo más bajo, Leonardo percibía incluso a través del delirio como presión cálida en las costillas. No eran palabras. Era presencia. La presencia de Sentella como dato ambiental que le decía a su sistema nervioso: no estás solo.

El segundo día de fiebre fue peor.

Leonardo ya no sabía qué era real y qué era sueño. Vio a Luna de pie junto a la entrada. Llevaba el vestido de su boda. Blanco. Simple. El que ella había elegido porque no quería nada ostentoso.

Tienes que despertar - dijo Luna. Su voz era como la recordaba. Suave. Cálida.

Estoy despierto - indicó Leonardo.

No. No lo estás.

Desapareció. O quizás nunca había estado ahí. Leonardo no sabía la diferencia. Ya no sabía nada.

Pero quiso volver. Cerró los ojos más fuerte. Apretó el Voynich contra el pecho como quien pudiera empujar su cuerpo de vuelta a la alucinación, de vuelta a la cocina con los azulejos equivocados, de vuelta al sonido del agua en el fregadero. Si la fiebre era el precio de verla, pagaría la fiebre. Si el delirio era la puerta, no quería que le bajara la temperatura. No todavía.

El viejo lo vio apretar el libro. Vio los nudillos blancos. No comentó nada. Pero dejó de insistir con las raíces hervidas durante una hora.

Vio a Luna otra vez. No hablando esta vez. Solo mirándolo desde algún lugar que no existía. Con ojos que contenían todo lo que habían compartido y todo lo que se había perdido cuando ella murió.

Vio a alguien más. Atrapada en hilos que brillaban con el código del cielo. Luchando por liberarse pero sin poder moverse. No podía verle la cara. El pelo le tapaba los rasgos. Pero los brazos se extendían hacia él y los dedos se abrían y se cerraban buscando agarrar.

Y después vio algo más.

Un jardín.

Con flores que no conocía. Con árboles que no debían existir. Con alguien sentado en un banco que le daba la espalda. No podía ver quién era. No podía acercarse. El jardín existía a una distancia que no se podía cruzar un metro, un kilómetro, un plano de existencia. La persona del banco giró la cabeza ligeramente. No lo suficiente para verle la cara. Solo lo suficiente para que Leonardo supiera que sabía que estaba ahí.

La persona levantó una taza. Bebió. Volvió a girar la cabeza al frente.

El jardín desapareció.

Probó todo lo que tenía.

Las raíces hervidas. Los minerales molidos. Combinaciones que había usado durante trescientos años en cinco planos diferentes. El cuerpo de Leonardo respondía a medias lo suficiente para que la fiebre no lo matara, no lo suficiente para que bajara.

Es terco le dijo a Anya la segunda noche. Su cuerpo no quiere rendirse.

¿Eso es bueno?

Depende. Si la terquedad es más fuerte que la enfermedad, sobrevive. Si no...

No terminó la frase. No había necesidad.

Anya preparó sopa. Caldo de lo que hubiera disponible. Le daba cucharadas pequeñas cuando Leonardo tenía momentos de lucidez. La mayoría se derramaba. Algo entraba. Algo era mejor que nada.

Haryes se sentó junto a la entrada una vez. No por afecto, sino por observación. Miró a Leonardo durante diez minutos. Evaluó lo que no compartió. Se levantó y se fue.

Iris no vino.

Ilis no vino.

Nico vino. Se sentó contra la pared opuesta con el oso en el regazo. No comentó nada. Se quedó dos horas mirando a Leonardo temblar. El oso entre sus manos apretado como si el oso fuera lo único sólido en la cámara. Cuando se fue, dejó un vaso de agua junto a la cabeza de Leonardo. El agua estaba tibia, la había sostenido entre las manos durante las dos horas, calentándola.

El tercer día la fiebre peleó con todo lo que tenía. Leonardo convulsionó una vez. Breve. Quince segundos que Faith cronometró

desde la entrada. Los músculos del cuello se le tensaron hasta que los tendones se marcaron bajo la piel. Las manos agarraron el Voynich tan fuerte que los nudillos se pusieron amarillos. Después se aflojó. La respiración volvió. Don Humo le limpió la boca con un trapo húmedo y no dijo nada.

Gunwise vino al tercer día. Se sentó en cuclillas a una distancia prudente. Miró la cara de Leonardo, el sudor, el movimiento de los ojos bajo los párpados cerrados, la respiración irregular.

La fiebre del Astral mata a la mayoría añadió. Los que sobreviven son diferentes después.

¿Diferentes cómo?

Ven cosas que antes no veían. Sienten cosas que antes no sentían. Gunwise se levantó. Los viejos huesos de la armadura de piezas dispares crujieron. El Astral los prueba. Si pasan la prueba, el Astral los deja quedarse. Si no...

Si no, los absorbe.

Gunwise se fue.

No comentó. Volvió a moler minerales.

La cuarta noche la temperatura bajó medio grado. Lo midió con la palma de la mano y después con los labios en la frente, un gesto que Leonardo no vio pero que Anya le contó después. El viejo hacía eso. Cuando las herramientas no alcanzaban, usaba el cuerpo. Medio grado. No resultó curación. Medio grado era que la pelea empezaba a tener un ganador.

La quinta noche, Leonardo soñó. No una alucinación, un sueño real. Los azulejos de la cocina. El sonido del agua en el fregadero. Luna de espaldas. Las niñas con los pies colgando de las sillas. Abrió la boca para hablar, pero el sueño cambió de escena y ya no estaba en

la cocina, sino en un corredor largo que olía a savia verde y que no existía en ningún lugar que hubiera visitado. El corredor terminaba en una puerta. La puerta estaba cerrada. Cuando puso la mano en el picaporte, el metal estaba caliente. Del otro lado, alguien respiraba.

Despertó. La mano agarrando el Voynich. Las páginas abiertas en una sección que no había visto antes, líneas nuevas, trazadas durante la fiebre; el libro había escrito mientras él dormía. No podía leerlas. Todavía no. Pero las líneas señalaban al norte.

Anya le acercó un cuenco. Caldo tibio. Le tembló la mano al tomarlo. Bebió despacio. El líquido bajó por la garganta y el cuerpo lo recibió como algo que había olvidado que necesitaba.

Cuatro días - mencionó Anya. Sin mirar. Removiendo el siguiente cuenco. Cuatro días que no comes y lo primero que haces es agarrar el libro.

Leonardo miró el Voynich sobre sus rodillas. Tenía razón.

Se durmió con el libro abierto sobre el pecho. Despertó dos horas después con la boca seca y los músculos de las piernas temblando por el desuso. Cuatro días horizontal. Los tendones de los tobillos se habían acortado. Intentó ponerse de pie. Las rodillas no cooperaron. Se apoyó en la pared y empujó con las palmas hasta que estuvo vertical. El peso del cuerpo se redistribuyó en huesos que habían olvidado cómo sostenerlo.

La cámara se veía diferente.

No resultó la fiebre. La fiebre estaba bajando, la podía sentir retirándose como una marea que deja residuos. Era que los cristales de las paredes ahora tenían armónicos nuevos. Frecuencias que antes no percibía. La percepción no había vuelto a lo que era antes de la fiebre. Había cambiado. Los colores de los sonidos tenían más

capas. Más profundidad. Tal como la fiebre hubiera quemado un filtro que estaba entre Leonardo y el mundo, y lo que quedaba debajo fuera más nítido pero también más difícil de procesar.

Dio tres pasos. Se detuvo. Las piernas no daban para más.

Ilis pasó junto a la entrada sin mirarlo. Las escamas pulsaban en verde bajo. Leonardo la percibió como un acorde, algo que antes había sido una nota plana ahora tenía textura, modulación, un ritmo interno que cambiaba con la respiración de Ilis. Cada persona del grupo tenía un acorde propio. No lo había notado antes de la fiebre. Ahora no podía dejar de notarlo.

Cuando despertó, la fiebre había empezado a bajar.

Lo que no podía nombrar pero que sentía en los huesos. En la manera en que los cristales de las paredes ya no desafinaban sino que formaban un acorde nuevo más complejo, con armónicos que antes no percibía. En la manera en que el Voynich pulsaba contra su pecho con un ritmo que ahora no era solo dato sino conversación. Pregunta y respuesta. Pregunta y respuesta.

Pero el diálogo estaba ahí. # RECUPERACIÓN [L][K]

Leonardo despertó el tercer día.

La fiebre había bajado. No completamente todavía sentía ese calor residual que queda cuando el cuerpo ha estado ardiendo demasiado tiempo pero lo suficiente. Lo suficiente para pensar. Lo suficiente para ver el mundo sin el filtro de los delirios.

El sudor se había secado. Su ropa estaba pegada al cuerpo de maneras incómodas. Olía mal a enfermedad, a días sin lavarse, a todo lo que había pasado mientras su cuerpo peleaba contra lo que fuera que lo había invadido.

Abrió los ojos.

La luz de los cristales era demasiado brillante. Tuvo que parpadear varias veces antes de que sus ojos se ajustaran. Antes de que el mundo dejara de ser un borrón de formas y colores sin definición.

Sentella lo miraba.

Los haces brillando en la penumbra de la cámara. El cuerpo grande y oscuro acurrucado junto a él. No se había movido del puesto durante cuarenta y ocho horas. El ronroneo estaba en el registro más bajo que Leonardo había percibido infrasonido puro, debajo de la audición, solo perceptible como presión en las costillas. No palabras. Presencia.

Hola - dijo Leonardo. Su voz era un susurro rasposo. Las cuerdas vocales habían olvidado cómo funcionar.

Sentella inclinó la cabeza. Las palabras llegaron como impresión: *Preocupada. Todos preocupados.*

Estoy bien. Ahora.

Todavía débil.

Sí. Pero vivo.

Eso es suficiente. Por ahora es suficiente.

Anya entró con un cuenco de sopa.

Se detuvo en la entrada cuando lo vio despierto. Los ojos evaluaron buscando señales de que la fiebre había vuelto, de que el alivio era temporal.

Despertaste.

Desperté.

Casi no lo haces. Anya se sentó junto a él. Le dio el cuenco con cuidado, asegurándose de que pudiera sostenerlo antes de soltarlo.

Hubo momentos donde pensaron que te perdíamos. Donde tu corazón latía tan débil que apenas podíamos sentirlo.

¿Cuánto tiempo?

Tres días. Tres días de fiebre y delirios y gritos en la noche.

¿Grité?

Nombres. Luna. Otros que no reconocieron. Anya hizo una pausa. Y algo sobre un jardín. Con alguien sentado en un banco. Repetiste eso durante horas.

Leonardo tomó la sopa. La primera cucharada le quemó la boca no por temperatura sino por la explosión de sabor después de tres días sin comer. Caldo de carne con algo amargo que podía ser una raíz medicinal. Su estómago - protestó y aceptó al mismo tiempo.

Gracias dijo.

Anya se quedó mirándolo un momento más del necesario. Después se levantó y salió.

Los días siguientes fueron de recuperación lenta.

Leonardo empezó a caminar el segundo día después de despertar. Pasos cortos. Apoyándose en las paredes. Sintiendo cómo sus músculos protestaban contra el esfuerzo después de tanto tiempo sin usarse.

El tercero pudo caminar sin apoyo. El cuarto pudo salir de la cámara y explorar un poco del campamento.

Su cuerpo se recuperaba más rápido de lo que esperaba. Como si la fiebre hubiera quemado algo y dejado algo más resistente en su lugar.

Pero lo que había cambiado Nada de eso era el cuerpo.

Era la percepción.

Los cristales de las paredes que antes percibía como acorde, como textura, como correspondencia sinestésica entre luz y tacto ahora contenían algo más. Información. No información que pudiera leer ni datos que pudiera decodificar. Algo más fundamental. Cada cristal emitía una frecuencia que su sistema nervioso registraba como peso específico. Los rojos pesaban 0.3 gramos por centímetro cúbico más que los azules. Los verdes del nivel inferior pesaban menos que el vacío.

Dato gravitacional. Su cableado sinestésico había añadido un canal durante la fiebre. No sabía cómo. No sabía por qué. Solo sabía que los cristales ahora tenían peso además de color y textura.

El Voynich no había parado de pulsar. Constante. Paciente. Pero diferente. Antes de la fiebre, las pulsaciones eran datos ritmo, temperatura, presión. Ahora eran algo más. Pregunta y respuesta. Pregunta y respuesta. Un diálogo cuyas palabras no entendía pero cuya estructura reconocía.

Ilis vino al quinto día.

Se detuvo en la entrada de la cámara. Las escamas de sus brazos pulsaban sin irregularidad sincronizadas, estables.

La mayoría muere admitió. Con lo que tenías.

Gracias por el ánimo.

No es ánimo. Es observación.

Iris apareció detrás de ella. Le dio un codazo a su hermana.

Lo que quiere decir es que nos alegra que estés vivo.

¿Sí?

Más o menos admitió Ilis. Eres útil. Y los útiles son difíciles de encontrar.

Aquello no era afecto. Pero viniendo de Ilis, era lo más cercano que existía. Leonardo lo aceptó. A veces lo más cercano era suficiente.

Faith lo encontró sentado en una de las cámaras laterales. Mirando los cristales en las paredes. Tratando de mapear los armónicos nuevos.

Te ves mejor - dijo Faith.

Me siento mejor. Más o menos.

Más o menos es suficiente por ahora.

Se sentó junto a él. Habían pasado demasiado tiempo juntos para que el espacio necesitara llenarse con palabras.

Amarok dice que tenemos que irnos pronto - observó Faith después de un rato. Antes de que lleguen los Dragones.

Lo sé.

¿Estás listo?

Leonardo lo pensó. Su cuerpo todavía estaba débil. Podía caminar pero no correr. Podía cargar el Voynich pero no mucho más.

No dijo. Pero no creo que tengamos opción de esperar a que lo esté.

Faith se movió. El mundo no espera a que estés lista.

El sexto día, Leonardo intentó caminar más lejos. Salió de la cámara. Cruzó los túneles. Llegó hasta la entrada principal el espacio amplio donde los cazadores se reunían antes de partir.

Sus piernas temblaban. Su respiración era trabajosa. Pero estaba de pie. Estaba moviéndose.

Un grupo de cazadores lo miró cuando apareció. No con hostilidad. Con curiosidad. El forastero que había sobrevivido lo que mataba a la mayoría.

Uno de ellos se acercó.

Te recuperaste.

Más o menos.

Suficiente para caminar. Eso es más de lo que esperábamos.

¿Qué esperaban?

Que murieras. El cazador se encogió de hombros. Era lo más probable.

Lamento decepcionarlos.

El cazador sonrió. La primera sonrisa que Leonardo veía de un Lobo.

No es decepción. Es sorpresa. Y aquí las sorpresas son raras.

Se alejó.

El Voynich pulsaba contra su pecho. El ritmo había cambiado durante la fiebre más lento, más irregular, con pausas que no estaban antes. Leonardo puso la mano sobre la cubierta. La sacudida le subió por la palma hasta la muñeca. Tibia. Constante dentro de la irregularidad. El libro estaba cansado. Leonardo también.

Se sentó en el suelo de la entrada. Las piernas no le daban para más. Las rodillas protestaron al doblarse. Los tobillos. Los tendones de los muslos, que llevaban días sin hacer otra cosa que temblar.

Se quedó mirando el código caer.

Nico compró pintura en el puesto del callejón entre los Sectores 8 y 12. Tres botes. Rojo industrial, negro de caucho, un blanco que era más gris que blanco pero que costaba la mitad. El vendedor no le preguntó para qué. Nadie preguntaba para qué en esa esquina.

Cargó los botes en la mochila y caminó hacia el sur por la avenida principal del Sector 8. Las Torres TAAT marcaban el horizonte cada cuatro manzanas columnas de cristal que sobresalían por encima de

los edificios de seis pisos y emitían una frecuencia que la mayoría de la gente había dejado de escuchar. Nico lo escuchaba. Un tono grave, constante, que le apretaba la base del cráneo si se quedaba demasiado tiempo debajo de una. Los cristales de las crestas reflejaban el código del cielo y lo devolvían en pulsos regulares. Verde. Verde. Verde. Pausa. Verde.

En la explanada del cruce había una partida de MetaEvo.

Ocho jugadores sentados en el suelo formando un círculo. Cartas desplegadas sobre una tela negra. Un grupo de mirones detrás quince, veinte, difícil contar porque se movían, se asomaban, se alejaban. Un parlante colgado de un poste reproducía la voz de Shuffle a volumen bajo: *“La casa siempre gana, pero esta noche”* y alguien bajó el volumen más.

Nico se detuvo a tres metros. No por interés. Por el olor. La partida llevaba horas los jugadores olían a sudor acumulado, a comida fría, a algo más ácido que Nico no identificaba. Miedo, quizá. O el olor que produce el cuerpo cuando sabe que pierde lo que no puede recuperar.

Un chico joven dieciséis, diecisiete puso una carta azul sobre la tela. Valor 3.2. Defensa. Los dedos le temblaban. El jugador de enfrente mujer, cuarenta y tantos, pulsera en amarillo puso una roja. 7.1. Agresión. El chico miró la carta roja. Miró la suya. Se tocó la sien izquierda con el índice. Gesto breve. Involuntario.

La mujer recogió ambas cartas. El chico se quedó mirando el espacio vacío donde había estado la suya.

Los mirones no reaccionaron. El parlante seguía con la voz de Shuffle. Las pulseras del público parpadeaban verde, verde, amarillo, verde, rojo. Un hombre con pulsera en rojo se apartó del grupo y

caminó hacia la Torre TAAT más cercana. Caminaba rígido. Sin mirar a los lados. La Torre le escaneó la pulsera cuando pasó debajo. Flash blanco. El hombre siguió caminando.

Nico no tenía pulsera. No tenía chip. No tenía carta de residencia del Sector 8 ni del 12 ni de ninguno. Lo que tenía era tres botes de pintura y un muro en el callejón de atrás de la TAAT-Sur donde había empezado algo la semana anterior. Un rostro a medio terminar. Ojos que todavía no tenían pupilas. Boca que todavía no tenía expresión.

Siguió caminando. La partida de MetaEvo continuó a sus espaldas. La voz de Shuffle subió de volumen: *“Recuerden: no apuestan dinero. Apuestan signif”*

Alguien la cortó.

PLANO MEDIO

García le entregó el informe a Sol en un sobre cerrado.

Sector 12. Las coordenadas que me diste. García se sentó en la silla frente al escritorio. La silla crujió. Tres de los seis nombres de la lista están en los registros de Mantenimiento. Reclasificados. No como desaparecidos como transferidos.

¿Transferidos adónde?

Ese es el problema. Las órdenes de transferencia existen en el sistema. Los sellos son válidos. Las firmas son correctas. Pero los destinos son coordenadas que no corresponden a ninguna instalación registrada.

Sol abrió el sobre. Tres formularios de transferencia. Membrete oficial. Sellos holográficos. Firmas autorizadas. Todo en orden. Todo perfecto.

Demasiado perfecto.

¿Quién firmó?

Nivel tres. Nombre redactado.

Los nombres de nivel tres no se redactan en transferencias internas.

Lo sé. García se inclinó hacia adelante. A menos que la transferencia sea clasificada. Y las transferencias clasificadas no pasan por Mantenimiento. Pasan por Seguridad Directa.

Pero estas pasaron por Mantenimiento.

Alguien las puso ahí. Alguien que quería que existieran en un sistema donde pudieran encontrarse, pero no en el sistema donde deberían estar. Sol procesó. Noctis lo había escrito: *la señal no desaparece cuando se apaga una torre. Encuentra a dónde se dirige*. Alguien quería que la señal se encontrara. Pero no la señal que el sistema esperaba.

Sigue con los otros tres nombres - dijo Sol. Y García esto no existe. Para nadie.

García se levantó y se fue.

Sol guardó los formularios con las cartas de Noctis y las notas sobre Carandini.

El cajón estaba empezando a quedarse pequeño. # CICLO TÓXICO [K][H]

Ilis encontró a Haryes en el túnel del este.

No fue casualidad. Ilis no hacía nada por casualidad. Cada noche que desaparecía del campamento principal, cada noche que pasaba junto al guardia que no la veía, cada noche que bajaba al nivel inferior había sido reconocimiento. Mapeo. Cálculo de quién estaba dónde y a qué hora. Quién patrullaba qué sección. Quién dormía profundo y quién dormía ligero. Quién importaba y quién no.

Haryes importaba.

No por afecto. Haryes era el único del grupo que desaparecía tanto como ella. Que tenía hábitos nocturnos. Que se movía por el campamento sin que los Lobos lo detuvieran no porque no lo vieran, sino porque Haryes había hecho lo que Haryes siempre hacía: encontrar a la gente correcta, hacer los favores correctos, ganarse la tolerancia que no es confianza pero que es suficiente para moverse sin restricciones.

Ilis lo encontró afilando el hacha que Toruk le había devuelto tres días antes. Gesto de respeto guerrero. Toruk había peleado con Haryes durante el entrenamiento práctica, no combate real y había terminado en el suelo dos de tres veces. No le devolvió el hacha por amistad. Se la devolvió porque un guerrero con hacha era más útil que un guerrero sin hacha.

El túnel del este era angosto. Cristales verdes en las paredes. El resplandor más tenue que en el nivel medio lo suficiente para ver formas, no lo suficiente para ver expresiones. Oscuridad donde las voces importan más que las caras.

¿Qué quieres? - dijo Haryes sin levantar la vista del filo.

Información.

Sobre qué.

Sobre lo que haces cuando nadie te ve.

Haryes dejó de afilar. La piedra contra el metal se detuvo. El silencio del túnel se llenó con el zumbido bajo de los cristales la frecuencia que Leonardo percibía como peso, que para Haryes era ruido de fondo.

Lo mismo que tú, supongo - dijo Haryes. Buscar ventaja.

¿Ventaja para qué?

Para lo que venga. Siempre para lo que venga. Haryes la miró. En la luz verde del túnel, los ojos de Haryes eran difíciles de leer. Planos. Calculadores. Ojos que evalúan si lo que tienen enfrente es recurso o amenaza. ¿Qué haces abajo?

¿Abajo?

El nivel inferior. Bajas cada noche. El guardia no te ve. Vuelves al amanecer con las escamas con frecuencia diferente.

Ilis no movió un músculo de la cara. Pero las escamas de sus brazos cambiaron de frecuencia de cincuenta y cinco a sesenta hercios. Un salto que Leonardo habría identificado como respuesta de estrés. Haryes no percibía frecuencias. Pero tenía ojos. Y los ojos vieron las escamas pulsar más rápido durante un segundo antes de estabilizarse.

Me has estado observando - dijo Ilis. No como acusación. Como confirmación de lo que ya sabía.

Yo observo a todo el mundo. Es lo que hago.

Es lo que yo hago también.

Calma.

Dos personas que habían llegado al mismo lugar desde direcciones diferentes. Dos personas cuyo método de supervivencia era idéntico: observar, calcular, actuar cuando la ventaja era máxima. La diferencia era que Haryes lo hacía por instinto y Ilis lo hacía por diseño.

El nivel inferior tiene cristales diferentes - apuntó Ilis. Voz neutra. Tono de informe. Más puros. Los de arriba están contaminados con mineral. Los de abajo no. Responden a las escamas. Cuando me acerco, cambian de frecuencia. Cuando me alejo, vuelven a la original.

¿Y eso qué significa?

Significa que los cristales me reconocen. O reconocen lo que llevo encima. Ilis se tocó las escamas del antebrazo izquierdo. El gesto fue breve, funcional, la confirmación de un dato. No sé todavía qué implica. Pero es información. Y la información siempre vale algo.

Haryes procesó. Cinco segundos. Después volvió a afilar el hacha.

¿Y por qué me lo cuentas a mí y no a Leonardo?

Porque Leonardo piensa. Tú actúas. Y lo que necesito ahora no es pensamiento.

¿Qué necesitas?

Alguien que vigile mientras bajo. Alguien que sepa dónde estoy si no vuelvo.

¿Y qué gano yo?

Lo que encuentre. Compartido. Antes que con los demás.

El hacha dejó de moverse otra vez. Haryes miró a Ilis. Ilis miró a Haryes. Dos depredadores evaluándose. Dos depredadores llegando a la conclusión simultánea de que era más útil cooperar que competir.

Hecho - añadió Haryes.

No hubo apretón de manos. No hubo acuerdo verbal más allá de la palabra. No había necesidad. Ambos sabían que la cooperación duraría lo que durara la utilidad mutua. Ni un segundo más. Ni un segundo menos.

Ilis se fue por el túnel hacia abajo. Las escamas pulsando a sesenta hercios. Haryes se quedó en la boca del túnel. Afilando el hacha. Vigilando. Como había dicho que haría.

El guardia del nivel inferior no vio a Ilis pasar.

Tampoco vio a Haryes mirando.

Iris lo supo.

No porque Ilis se lo dijera. Ilis no compartía lo que hacía con nadie excepto cuando servía para algo compartirlo. Iris lo supo porque llevaba diecinueve años compartiendo espacio con su hermana y conocía cada variación de las escamas, cada cambio de frecuencia, cada mínimo ajuste en la postura.

Las escamas de Ilis al amanecer no estaban a cincuenta y cinco hercios. Estaban a cincuenta y ocho. Tres hercios de diferencia. Insignificante para cualquiera. Para Iris era un grito.

Significaba que Ilis había encontrado a alguien con quien coordinar. Alguien cuya presencia alteraba su frecuencia base. No mucho Ilis era demasiado controlada para dejar que la alteración fuera grande pero lo suficiente. Lo suficiente para que el sistema de resonancia entre las gemelas acusara el cambio.

Iris sabía quién era. Había visto a Haryes patrullar el túnel del este durante dos noches. Había contado las veces que Haryes y Ilis habían cruzado miradas durante el día tres en la última semana, cada una de menos de un segundo, cada una cargada con la densidad de una conversación que había ocurrido en otro lugar.

Iris no dijo nada.

No porque no le importara. Porque sabía que decir algo significaría obligar a Ilis a elegir entre explicar y defenderse, y cualquiera de las dos opciones destruiría lo que quedaba del espacio compartido entre ellas.

Así que miró.

Cada noche que Ilis se iba. Cada amanecer que Ilis volvía. Cada hertzio de diferencia en las escamas.

Y no respondió nada.

Amarok convocó al grupo esa tarde.

Estaban en la cámara central. El fuego ardía. El humo subía hacia los conductos. Los cristales pulsaban su acorde constante. Todo igual que la primera vez. Todo excepto Amarok.

La tos era peor. No un empeoramiento gradual un salto. Donde antes tosía una vez cada varios minutos, ahora tosía en racimos de tres o cuatro. El sonido era más húmedo. Más profundo. Algo estaba mal dentro de ella y empeoraba a un ritmo que No parecía natural.

Los exploradores volvieron - dijo entre toses. Los Dragones están más cerca. Más cerca que antes. Llegarán pronto.

¿Qué tan pronto?

Días. Quizás menos. Se están moviendo más rápido de lo normal. Preparándose para algo grande.

¿Cuántos? - preguntó Faith.

No importa cuántos. Siempre son suficientes. Siempre son más de lo que esperamos. Siempre son menos de lo que tememos.

Amarok tosió otra vez. El bastón temblaba en su mano de maneras que no había temblado antes. Los nudillos blancos por la presión del agarre.

¿Qué necesitan? - preguntó el viejo.

Necesitamos que se vayan. Antes de que lleguen. Amarok los miró a todos. No es expulsión. Es la verdad. Si los Dragones los encuentran aquí cuando lleguen, van a pensar que son aliados nuestros. Que pelean con nosotros. Que son parte de nuestra guerra.

¿Y eso qué significa?

Que les va a ir peor que a nosotros. Los Dragones no toman prisioneros de gente que creen que es enemiga. Los matan. A todos. Sin preguntas.

El fuego crepitó. El grupo intercambió miradas. Nadie sabía qué decidir. Nadie sabía qué era correcto.

Amarok se levantó. El bastón golpeó el suelo.

Pueden quedarse y pelear. O pueden irse antes de que lleguen. No los obligamos a nada.

Se fue. La tos resonando en los túneles. Alejándose.

Y en algún lugar del norte, los Dragones marchaban. Acercándose. Siempre acercándose.

PLANO MEDIO

Sánchez entró a Laboratorios Xoc por primera vez a las dos de la mañana.

No como detective. Como sombra.

El acceso fue por el conducto de ventilación del ala este García le había conseguido los códigos del turno nocturno, Marple había mapeado las zonas ciegas del sistema de vigilancia durante dos semanas. Un camino limpio de la entrada de servicio al ala norte.

El ala norte era donde desaparecían los niños.

No literalmente los niños entraban por la puerta principal, registrados, documentados, con firmas de padres que habían dado consentimiento para “tratamientos experimentales de conectividad neural”. Entraban como pacientes. No salían como pacientes. No salían como nada. Dejaban de existir en los registros de salida.

Sánchez encontró la primera sala a los siete minutos.

Doce camas. Doce niños. Edades entre cinco y once años. Conectados a máquinas que Sánchez no reconocía cables que entraban por la base del cráneo, pantallas que mostraban patrones de ondas que no correspondían a ningún protocolo médico conocido.

Los niños no dormían. Los ojos estaban abiertos. Miraban al techo. No parpadeaban.

Sánchez contó las camas. Contó los cables. Contó las máquinas.

En la segunda sala había más. Dieciocho camas. Niños más pequeños. Las máquinas más complejas. Más cables. Los patrones de ondas en las pantallas eran diferentes más rápidos, más densos, con picos que aparecían y desaparecían en intervalos regulares.

En la tercera sala había carpetas. Papel. Nombres. Fechas. Resultados. Una columna que decía “Estado” con tres opciones posibles: “En proceso”, “Completado”, y “Pérdida”.

La columna de “Pérdida” tenía demasiadas marcas.

Sánchez fotografió lo que pudo en los once minutos que le quedaban antes de que el turno cambiara. Salió por donde entró.

Caminó cuatro cuerdas antes de detenerse y vomitar en un callejón.

No por debilidad. Por la escala. Por los números. Por lo que significaba que una instalación operara así durante años sin que nadie hiciera nada.

Se limpió la boca. Guardó la cámara. Siguió caminando.

Columbo la esperaba en el auto.

¿Lo conseguiste?

Lo conseguí. Sánchez temblaba. No de frío. Es peor de lo que pensábamos. Mucho peor.

¿Cuánto peor?

Sánchez no respondió inmediatamente. Miró por la ventana del auto. Las calles vacías. Las torres TAAT parpadeando en la distancia. La normalidad aparente de un mundo que funcionaba encima de lo que no debería existir.

Años comentó. Llevan años. # DECISIÓN [X][S]

La última noche antes de partir, el viejo negoció con Amarok.

No fue una negociación larga. No negociaba con palabras negociaba con presencia. Se sentó frente a Amarok en la cámara central. El fuego entre ellos. La pipa en la mano. El humo subiendo. Los dos viejos mirándose con el reconocimiento mutuo de gente que ha vivido demasiado y no tiene paciencia para preámbulos.

Necesitamos provisiones - dijo el viejo. Comida para diez días. Agua para cinco. Dirección.

¿Dirección hacia dónde?

Norte. Fuera de la zona de guerra. Hacia territorio que no sea de nadie.

Amarok tosió. El racimo de tres. El sonido húmedo que Leonardo, sentado contra la pared de la cámara, percibió como marrón oscuro denso, pesado, con bordes irregulares.

No hay territorio que no sea de nadie - dijo Amarok. Todo el Astral es disputado. Lo que no es nuestro es de los Dragones. Lo que no es de los Dragones es del Vacío. Lo que no es del Vacío es del sistema.

Entonces hacia donde haya menos gente intentando matarnos.

Eso tampoco existe. Amarok se inclinó hacia adelante. El bastón crujió bajo su peso. Pero hay una ruta. Al norte del territorio Dragón. Cañones que ellos no usan porque la gravedad es demasiado inestable. Nosotros los usamos a veces para cazar, para esconder cosas, para morir cuando no queremos que nos encuentren.

¿Es segura?

No. Pero es transitoria. Y transitorio es mejor que fijo cuando los Dragones están cerca.

Sacó la pipa de la boca. La golpeó contra la palma tres veces para vaciarla. Ceniza cayó al suelo.

Provisiones repitió.

Tendrán lo que podamos darles sin que nos cueste sobrevivir. Amarok se levantó. El proceso de ocho segundos. Huesos crujiendo en cadena. Bastón al suelo. Espalda recta. No es generosidad. Es que muertos de hambre no llegarían lejos. Y quiero que lleguen lejos. Quiero que se vayan y no vuelvan.

Pragmatismo.

No tenía recursos para más bocas ni tiempo para explicaciones ni energía para nada que no fuera sobrevivir un día más.

Solo tenía la verdad y la compartió.

Leonardo habló con Amarok una última vez.

Antes de que amaneciera. Antes de que el grupo terminara de empacar lo poco que tenían. Encontró a Amarok sola en uno de los túneles laterales. Sentada en un saliente de roca. Mirando los cristales de la pared con ojos que no veían los cristales sino algo detrás de ellos.

Gracias - dijo Leonardo.

Amarok no se volvió.

¿Por qué?

Por dejarnos quedarnos. Por la información. Por no matarnos.

No te equivoques. Amarok lo miró entonces. Los ojos negros. Rápidos. Evaluando una última vez. No es bondad. Si matarlos hubiera sido más útil, los habría matado.

Lo sé.

Bien. Entonces no me agradezcas. Haz lo que tengas que hacer con ese libro que llevas y no vuelvas a este lugar.

¿Por qué?

Porque la próxima vez que vengan, si vienen, estaré muerta. Y quien me reemplace no va a tener la paciencia que yo tengo.

Leonardo la miró. La piel de papel sobre alambre. Los tendones visibles. El bastón que temblaba más que la primera vez. La tos que no paraba.

¿Cuánto tiempo?

Amarok no respondió a la pregunta.

El ciclo no se rompe dijo. Mi abuela lo intentó. Mi madre lo intentó. Yo lo intenté. El ciclo se repite. Siempre se repite. Lo único que cambia es quién muere esta vez.

Se levantó. El bastón golpeó el suelo. Se fue por el túnel sin mirar atrás.

Leonardo se quedó mirando los cristales que ella había estado mirando. Verdes. Del tipo del nivel inferior. Los que pesaban menos que el vacío. Los que Ilis bajaba a visitar cada noche.

No entendía la conexión.

Pero sabía que había una.

El grupo se reunió alrededor del fuego. No para planear. No para estrategizar. Solo para estar juntos.

El viejo fumaba su pipa. Haryesafilaba el hacha. Faith miraba las llamas con ojos que no veían las llamas. Las gemelas susurraban entre ellas. Anya se sentaba junto a Maku.

Leonardo sostenía el Voynich. El libro pulsaba suavemente. El ritmo de conversación. Pregunta y respuesta. Las páginas mostraban la ruta norte la misma que Amarok había descrito, los cañones inestables, pero con algo más. Una línea que los demás mapas no tenían. Un hilo que se curvaba más allá de los cañones hacia un

punto que el libro marcaba con una densidad de tinta que Leonardo no había visto antes. No sabía qué había ahí. Pero el Voynich lo sabía. Y lo que el Voynich sabía. Leonardo necesitaba.

Levantó la vista del libro. Anya estaba enrollando las mantas las que Amarok les había dado, pieles de animal procesadas con grasa que pesaban poco y mantenían el calor. Faith contaba las raciones en voz baja. Tres puñados de raíces secas. Carne salada para cinco días. Agua en los odres de cuero que los Lobos usaban para las cacerías largas. Nada tenía que ver con suficiente. Todos lo sabían. Nadie lo dijo.

Sentella patrullaba el perímetro de la cámara. Captando cada movimiento. El ronroneo constante. La frecuencia social cuarenta hercios, la de presencia compartida, la de grupo que existe como unidad aunque sea temporalmente.

Gunwise estaba sentado aparte. Mirando un mapa que había dibujado en cuero con carbón la ruta hacia los cañones del norte. Los puntos donde la gravedad era inestable marcados con cruces. Los puntos de agua marcados con círculos. Los puntos donde había visto Dragones en el pasado marcados con triángulos.

Mañana cambiará todo dijo. No como predicción. Como observación.

Nadie - preguntó qué quería decir. Todos lo sabían.

Mañana dejaban atrás la seguridad relativa del campamento. Mañana entraban en territorio desconocido. Mañana enfrentaban lo que fuera que los esperaba. Y ninguno de ellos sabía si sobreviviría.

Pero iban.

El fuego crepitó.

Los cristales pulsaron su acorde.

Y la noche del campamento Lobo pasó como pasan las últimas noches en cualquier lugar demasiado rápido para los que no quieren irse, demasiado lento para los que ya se fueron en su cabeza.

El amanecer los encontró en la boca del túnel norte. Las provisiones repartidas. Faith llevaba las raciones de carne y el cuchillo extra. Haryes llevaba el hacha y un odre de agua. Anya llevaba a Maku la niña caminaba sola pero Anya caminaba detrás de ella. siempre detrás, midiendo la distancia con los ojos. Ilis cargaba las mantas enrolladas. No había hablado desde la noche anterior. Las escamas pulsando a una frecuencia que Leonardo percibía como gris neutra, contenida, la frecuencia de alguien que guarda energía para todavía no ha decidido.

Tres cazadores Lobo los acompañaron hasta la salida del territorio. Toruk era uno. No habló. Señaló el camino con la lanza cuando los túneles se bifurcaban. En la última bifurcación se detuvo.

Recto replicó. Y se fue.

Leonardo miró atrás una vez. Los cristales verdes del campamento Lobo todavía brillaban en la distancia, tenues, como estrellas que se apagan de día. Después el túnel se curvó y la luz se fue.

Caminaron hacia el norte. Hacia los cañones de gravedad inestable. Hacia lo que el Voynich señalaba con líneas que solo Leonardo podía leer.

PLANO MEDIO

Carandini llegó al Precinto a las tres de la mañana.

Sol lo vio desde la ventana de su oficina. No dormía llevaba horas revisando los registros de flujo de señal que Marple le había conseguido. Los registros mostraban lo imposible: las torres TAAT

del Sector 12 seguían transmitiendo señal hacia coordenadas que no correspondían a ningún receptor registrado. La señal no se perdía. Se redirigía.

Noctis lo había escrito. Y Noctis tenía razón.

Sol miró a Carandini caminar por el pasillo del Precinto. Tres de la mañana. Nadie llegaba a las tres de la mañana a menos que tuviera algo que hacer que no quisiera que nadie viera. Carandini caminaba con la seguridad de alguien que sabe que no hay cámaras en ese pasillo porque no las había, se habían “averiado” dos semanas antes y nadie había aprobado la reparación.

Sol anotó la hora. Anotó el pasillo.

Carandini entró en la oficina de archivo. Estuvo dentro siete minutos. Salió con las manos vacías o con las manos aparentemente vacías. Sol no podía ver los bolsillos interiores del abrigo desde su ángulo.

Carandini pasó frente a la oficina de Sol. Se detuvo un segundo. Lo justo para mirar la rendija de luz bajo la puerta. Registrar que alguien estaba despierto. Seguir caminando.

Sol no apagó la luz. No se escondió. Si Carandini sabía que lo observaban, mejor. La presión visible era tan útil como la invisible. A veces más.

El archivo sobre Carandini crecía. Cada noche un dato más. Cada dato una pieza que todavía no tenía forma pero que la tendría.

Sol tenía paciencia.

Había aprendido la paciencia de Locke no como virtud, como herramienta. La paciencia de quien sabe que el caso no se resuelve empujando sino esperando a que la presión acumulada rompa algo por sí sola.

Algo se iba a romper.

Solo era cuestión de cuándo. # NORTE [L][F][S]

Salieron al amanecer.

No hubo despedida. Amarak no estaba en la entrada cuando cruzaron. Toruk sí, de pie junto a la boca del túnel principal, los brazos cruzados, mirando al grupo con la misma expresión que había tenido el primer día: evaluación. Solo que ahora la evaluación incluía datos nuevos. Tres semanas de convivencia. De entrenamientos. De ver cómo se movían, cómo peleaban, cómo sobrevivían.

Faith pasó junto a Toruk. Se miraron. Toruk le hizo una inclinación mínima de la cabeza, que era lo más cercano a respeto que los cazadores Lobo ofrecían a alguien de fuera. Faith devolvió el gesto. Nada más.

El grupo caminó en fila por el túnel de salida. Don Humo primero. Gunwise segundo conocía la ruta. Leonardo tercero, con el Voynich contra el pecho y las piernas todavía débiles pero funcionales. Haryes. Las gemelas. Anya con Maku. Faith cerraba el grupo. Sentella caminaba donde quería, a veces adelante, a veces detrás, a veces en los flancos, siempre patrullando.

Las provisiones eran modestas. Carne seca envuelta en cuero. Agua en odres de piel. Minerales molidos que el viejo había pedido específicamente para remedios, para emergencias, para las cosas que solo el viejo sabía preparar. Diez días de comida si racionaban. Cinco de agua si encontraban fuentes en el camino.

El sol del Astral golpeó cuando salieron a la superficie.

Leonardo cerró los ojos por instinto. Demasiada luz después de semanas en las cavernas. Los cristales subterráneos emitían luz pero

no calor, la superficie era ambos, y la diferencia fue un martillazo en la retina.

Cuando pudo ver, miró hacia atrás.

La entrada del campamento Lobo ya no se trataba de visible. Roca. Matorrales secos. Nada que indicara que debajo había una comunidad entera viviendo entre cristales. Nada que indicara que tres semanas de su vida habían ocurrido ahí.

Se dio vuelta. Miró hacia el norte.

Los cañones.

Gunwise conocía la ruta pero no la había recorrido en años.

Cambió - dijo al segundo día, cuando el primer cañón se abrió frente a ellos. Paredes de roca rojiza que subían cien metros a ambos lados. El suelo del cañón era liso, demasiado liso, pulido por lo que nada de eso era agua ni viento sino las fluctuaciones gravitacionales que hacían de esta zona inhabitable para la mayoría.

El primer parche de gravedad inestable apareció a las dos horas de entrar en el cañón.

El Voynich cambió de ritmo, las pulsaciones se aceleraron, la temperatura del lomo subió tres grados. Y después su cuerpo lo registró: un tirón en el estómago, como caer sin caer, la sensación de que el suelo había perdido interés en sostenerlo.

Ahí - dijo Gunwise, señalando una franja del suelo donde la arena formaba un patrón circular, empujada hacia afuera desde el centro. No pisar. Rodear.

El grupo rodeó. El parche era de cuatro metros de diámetro. Al pasar junto al borde, la diferencia le llegó por los pies medio paso a la izquierda pesaba normal, medio paso a la derecha su peso se

duplicaba. La frontera era nítida. Un cuchillo gravitacional cortando la realidad en dos zonas con reglas diferentes.

¿Cuántos hay? - preguntó Faith.

No sé. Cuando vine la última vez había menos. Ahora el cañón entero es diferente. Los parches cambian de lugar. No son fijos.

Entonces el mapa no sirve.

El mapa sirve para lo que sirve. Para los cañones hay que ir sintiendo.

Ir sintiendo. Leonardo cerró los ojos un momento. Dejó que los sentidos procesaran. El cañón era un mapa de frecuencias, cada parche de gravedad inestable emitía una firma acústica que su sistema nervioso traducía a color y peso. Los parches normales eran grises. Los parches inestables eran rojos y el rojo se intensificaba según la magnitud de la distorsión. Rojo claro: gravedad duplicada. Rojo oscuro: gravedad invertida. Rojo negro: no entrar.

Puedo sentirlos - dijo Leonardo. Los parches. Si me dan tiempo puedo mapear los que están adelante.

Gunwise lo miró con escepticismo. Pero no había alternativa mejor.

Hazlo dijo.

Leonardo cerró los ojos. Se concentró. Las frecuencias del cañón llegaron en olas, un mapa tridimensional de gravedad variable que su cableado tradujo a paisaje de colores. Gris, gris, rojo claro a la derecha, gris, rojo oscuro a veinte metros, gris, gris, rojo negro a cuarenta metros a la izquierda.

Derecha durante quince pasos. Después centro. Después izquierda durante diez.

Avanzaron.

El tercer día encontraron agua.

Un hilo que bajaba por la pared del cañón. Tan delgado que casi no se veía, solo el brillo de la roca mojada lo delataba. Gunwise lo olió antes de verlo.

Limpia - dijo después de probarla. Filtrada por la roca. Se puede beber.

Llenaron los odres. El proceso tardó una hora porque el hilo era fino y la paciencia escasa. Haryes montó guardia en la boca del cañón mientras los demás esperaban. Faith revisó las huellas del suelo, nada reciente, ni loboso ni humano, solo las marcas del viento en la arena fina que se acumulaba entre las rocas.

Anya hervía el agua por precaución. El viejo le indicó que no hacía falta. Anya la hirvió de todas formas. El fuego era pequeño, ramas secas que crepitaron durante los ocho minutos que tardó en hervir. El humo subió recto. Sin viento en el cañón.

Leonardo aprovechó la parada para mapear. Los parches gravitacionales adelante eran más densos, los rojos en su percepción se apretaban como si el cañón los comprimiera hacia el centro. Más difícil de navegar. Más lento.

El cuarto día vieron a los Dragones.

Sentella los detectó primero. El ronroneo cambió de frecuencia de cuarenta a sesenta y cinco hercios en un salto. Alerta. Las palabras llegaron a Leonardo: *Muchos. Al este. Moviéndose al sur.*

Leonardo miró. En la cresta del cañón, a quinientos metros de distancia, formas se movían contra el cielo del Astral. Siluetas. Docenas. Marchando en formación hacia el sur, hacia el territorio Lobo. Hacia el campamento que habían dejado cuatro días antes.

Dragones - dijo Gunwise. La voz plana. Sin sorpresa. Van al campamento.

El grupo se detuvo. Miraron la procesión de siluetas. Armaduras que captaban la luz del Astral y la devolvían en reflejos verdes, el color de los Dragones, el color de la escama opuesta. Armas que eran formas contra el cielo. Lanzas. Hachas. Cosas que Leonardo no reconocía.

¿Cuántos? - preguntó Faith.

Más de los que puedo contar desde aquí - dijo Gunwise. Pero no es una patrulla. Es un ejército.

Leonardo pensó en Amarok. En su bastón. En su tos. En las palabras que le había dicho: *La próxima vez que vengan, si vienen, estaré muerta.*

No la próxima vez que el grupo viniera. La próxima vez que los Dragones vinieran.

¿Llegarán a tiempo? - preguntó Leonardo.

Los Lobos tienen un sistema de alerta - señaló Gunwise. Habrán empezado a evacuar hace horas. Lo que no puedan llevar lo destruirán. Los cristales los enterrarán. Lo han hecho antes.

Pero Amarok no puede correr.

Gunwise no dijo.

Miró la columna de Dragones un momento más. Después se dio vuelta. Empezó a caminar hacia el norte. Sin mirar atrás.

Leonardo no lo siguió.

Se quedó parado. Los pies clavados en la roca. El Voynich caliente contra el pecho a través de la tela pulsaba con algo que aquello, eso no fue el norte. Pulsaba con algo que estaba detrás de ellos. Hacia el campamento. Hacia Amarok.

Leonardo - dijo Faith. Voz de advertencia. Voz que había usado mil veces en situaciones donde alguien estaba a punto de hacer algo estúpido.

Ella nos dejó ir - añadió Leonardo. No a Faith. Al aire. A la distancia entre donde estaban y donde los Dragones marchaban. Nos dejó ir cuando podía habernos matado. Y ahora no puede correr.

No es tu problema.

¿De quién es?

Faith no respondió. Lo miró con los ojos que evaluaban riesgo, no moral. Operativamente tenía razón. Volver era suicidio. Los Dragones los superaban en número por un factor que ni siquiera valía la pena calcular. No tenían armas, no tenían formación de combate, no tenían nada excepto un libro que pulsaba y un viejo que caminaba.

Puedo llegar antes que ellos - observó Leonardo. La mano sobre el Voynich. El libro conoce rutas. Las ha visto en las páginas. Atajos que los Dragones no usan porque no saben que existen. Puedo llegar, avisar, y alcanzarlos al norte.

No puedes.

No lo sabes.

Sí lo sé. Faith dio un paso hacia él. La mano vendada contra el costado. Los ojos a la misma altura. Y si te mueres en el camino, el Voynich se pierde. Y si el Voynich se pierde, no hay norte. Y si no hay norte, tus hijas no existen.

La última frase.

Le entró por la nuca. No como sonido. Como temperatura. Frío. El tipo de frío que baja desde la cabeza y aprieta el esternón.

Tus hijas no existen.

Faith sabía dónde golpear. Siempre lo supo.

Leonardo bajó la mano del Voynich. Miró la columna de Dragones una vez más. Las escamas verdes. Las armas que eran formas contra el cielo. Amarok en algún lugar detrás de todo eso, con su bastón y su tos y su imposibilidad de correr.

Caminó hacia el norte.

Pero cada paso le costó. Y Faith lo supo porque caminó detrás de él las siguientes dos horas sin hablarle, midiendo la distancia entre ellos con la precisión de alguien que acaba de usar un arma y quiere asegurarse de que el herido sigue de pie.

Seguir adelante.

Siempre adelante.

La quinta noche acamparon en una grieta del cañón.

Estrecha. Protegida del viento. Los muros lo bastante altos para ocultar el fuego que Anya encendió con las últimas ramas secas que habían encontrado.

Leonardo se sentó con la espalda contra la roca. El Voynich en el regazo. Las pulsaciones eran erráticas ahora, no el ritmo de conversación de los últimos días, sino algo diferente. Más rápido. Más urgente. La temperatura del lomo subía y bajaba sin patrón reconocible.

Se sentó frente a él. La pipa apagada se había quedado sin tabaco el día anterior. Las manos vacías parecían más viejas sin nada que sostener.

¿Hacia dónde vamos? - preguntó Leonardo.

Norte.

Sí, pero ¿hacia qué?

El viejo lo miró. Ojos oscuros que nunca sonreían, que habían visto cosas que no compartía con nadie, que evaluaban sin juzgar la diferencia entre el viejo y el resto del mundo.

Hacia lo que el libro dice.

El libro no dice nada. Pulsa.

Entonces hacia donde pulsa.

Leonardo bajó la vista al Voynich. Las páginas. La escritura que nadie podía leer. Los diagramas que no correspondían a nada conocido. El pulso contra sus manos caliente, constante, urgente.

Y si no sabemos leer lo que dice?

Entonces seguiremos caminando hasta que aprendamos. O hasta que se acabe el camino. Lo que pase primero. La verdad desnuda de un viejo que había caminado toda su vida y sabía que el camino solo terminaba de una manera.

Ilis bajó al fondo de la grieta esa noche.

Haryes la siguió.

Iris los miró irse. Las escamas a cincuenta y ocho hercios. Después se dio vuelta. Se tapó con la manta. Cerró los ojos.

No durmió.

El sexto día el cañón se abrió.

Las paredes se separaron. El suelo se niveló. Y frente a ellos, extendiéndose hasta el horizonte norte, una llanura.

No una llanura normal.

El suelo era negro. Liso. Reflejante; alguien hubiera vertido obsidiana fundida sobre kilómetros de terreno y la hubiera dejado enfriar. La superficie era perfecta sin grietas, sin rocas, sin vegetación. Un espejo oscuro que reflejaba el cielo del Astral y el código que caía y las nubes que no eran nubes.

Los parches de gravedad inestable habían desaparecido. El suelo negro era estable. Gravitacionalmente perfecto. Ni más ni menos que lo que debería ser.

Eso era lo que asustaba.

¿Qué es esto? - preguntó Faith.

Gunwise no dijo. Miraba la llanura con ojos que no la reconocían.

Esto no estaba aquí dijo. La última vez que vine, esto eran colinas. Roca. Arena. Esto... - señaló la superficie negra esto no existía.

¿Cuánto tiempo hace?

Cuatro años.

Cuatro años. En cuatro años, kilómetros de terreno habían sido reemplazados por una superficie perfectamente lisa, perfectamente negra, perfectamente estable. No erosión. No geología. Algo diferente.

Leonardo se arrodilló. Tocó la superficie negra con la palma de la mano.

Fría. No fría como roca fría. Fría como metal a la sombra. Fría como algo que absorbía calor sin devolverlo. Su percepción la tradujo a sonido: un tono grave, constante, sin armónicos. La nota más limpia que había percibido. Sin ruido. Sin interferencia. Sin nada excepto la frecuencia pura.

Demasiado limpio para ser natural.

El Voynich pulsó una vez. Fuerte. Caliente. Las páginas pulsaron contra su pecho y se detuvieron.

Leonardo se levantó.

Tenemos que cruzar dijo.

¿Cómo sabes? - preguntó Haryes.

Porque el Voynich quiere ir ahí. Y lo que el Voynich quiere es lo único que tenemos.

Nadie discutió.

El grupo avanzó hacia la llanura negra. Sentella primero los ojos amarillos escaneando la superficie, las patas probando cada paso antes de comprometerse. Después los demás. Uno a uno. Sobre el espejo oscuro que reflejaba sus siluetas como sombras invertidas.

Cada paso sonaba diferente. No el crujido de arena ni el golpe de roca. Un tono. Grave. Limpio. La superficie pulsaba bajo los pies con una frecuencia que Leonardo percibió no como sonido sino como dato la misma nota que había sentido al tocarla con la mano, pero ahora multiplicada por cada cuerpo que pisaba encima. El peso del grupo alimentaba la resonancia. La resonancia alimentaba al Voynich. El Voynich pulsaba más fuerte con cada paso.

No me gusta esto - replicó Faith. Instinto. El tipo de instinto que dice que algo está mal cuando todo parece estar bien.

A nadie le gusta indicó. Pero es el camino.

El grupo se quedó en el borde de la llanura negra. Mirando hacia el norte. Hacia lo que fuera que esperaba del otro lado del espejo oscuro.

Sacó la pipa vacía. La sostuvo en la boca. Gesto de costumbre. Ancla.

Bueno dijo. Ya estamos aquí.

Nadie dijo.

PLANO MEDIO

Sol puso el archivo sobre el escritorio de Locke.

Locke lo miró. No lo abrió. Miró a Sol. Después miró el archivo. Después miró a Sol otra vez.

¿Qué es esto?

Carandini. Todo lo que tengo. Tres meses de observación. Los horarios. Los casos. Las coincidencias con Sector 12. Las cámaras averiadas. Las visitas nocturnas.

Locke no tocó el archivo.

¿Por qué me lo traes?

Porque no puedo llevarlo más alto. No sin saber quién más está involucrado. Y porque tú eres la única persona en este Precinto que no tiene conexión con Sector 12 en ningún registro.

Eso que yo sepa.

Eso que yo sepa.

Locke abrió el archivo, pasó dos páginas en silencio y lo cerró.

¿Sánchez sabe?

Sánchez consiguió la mitad de esto. Columbo la otra mitad. García aportó los códigos de acceso.

Entonces todo tu equipo sabe.

Todo mi equipo sabe.

¿Y Marple?

Marple mapeó las cámaras. Es la razón por la que sabemos del pasillo sin vigilancia.

Locke se recostó en la silla. Miró el techo. Los dedos tamborileando en el escritorio ritmo que Sol reconoció como el ritmo de Locke pensando. Procesando. Calculando riesgos.

Si Carandini es lo que crees que es - comentó Locke, abrir esto nos pone en la mira de gente que puede hacernos desaparecer.

Lo sé.

Y si Carandini no es lo que crees que es, abrir esto destruye la carrera de un detective que ha resuelto más casos este año que el

resto del Precinto combinado.

También lo sé.

Entonces ¿por qué?

Sol pensó en las cartas de Noctis. En los nombres de la lista. En las coordenadas que no existían. En los niños de los registros con tres estados posibles, de los cuales “Pérdida” tenía demasiadas marcas.

Porque si no lo hacemos, nadie lo va a hacer. Y esto no puede quedar en un cajón.

Locke miró el archivo otra vez. Después lo puso en el cajón de su escritorio. El cajón con llave. La llave que solo Locke tenía.

Dame una semana dijo. Necesito verificar algo antes de mover nada.

¿Qué?

Si todavía hay alguien arriba que no esté comprometido.

Sol salió sin cerrar la puerta.

Locke se quedó mirando el cajón.

Lu apareció en la puerta.

Papá, ¿puedo dibujar?

Sí, cariño. Dibuja.

Lu se sentó en el suelo de la oficina. Sacó un lápiz. Empezó a dibujar.

Líneas. No dibujos de niña. Líneas que se cruzaban y se conectaban y formaban patrones que Lu no debería poder dibujar porque Lu tenía cinco años y las líneas eran diagramas de flujo de señal que se parecían demasiado a los que Marple había encontrado en los registros TAAT.

Locke no miró lo que Lu dibujaba.

Quizás debería haberlo hecho. # TEMPORADA 7: LOS
DRAGONES

TERRITORIO [L][X][A]

El noveno día la llanura terminó.

De golpe. Un paso era obsidiana pulida y el siguiente era tierra. Tierra seca, compacta, con marcas de pisadas que iban en todas direcciones. El tipo de suelo que mucha gente había caminado durante mucho tiempo.

Leonardo se detuvo. Las piernas le dolían de nueve días sobre una superficie que no absorbía impacto. Cada paso en la obsidiana había sido un golpe directo del talón al hueso, sin amortiguación, sin la flexibilidad que la tierra ofrecía. Las rodillas lo recordaban. Los tobillos lo recordaban. La planta del pie derecho tenía una ampolla reventada desde el día seis que había dejado de doler el día siete y empezado a supurar el día ocho. Caminaba con el peso cargado hacia el borde exterior del pie para evitar la presión directa, y eso le había cambiado la postura lo suficiente para que la cadera izquierda protestara con cada paso.

El Voynich había pulsado durante los tres últimos días con una insistencia que le impedía dormir más de cuatro horas seguidas. Un tirón constante contra el esternón, un dedo golpeando hueso desde dentro. Leonardo lo percibía como franjas de color que se superponían a todo lo que veía rayas anaranjadas cuando el pulso aceleraba, marrones cuando bajaba, un patrón que no había

conseguido descifrar porque el cansancio le dificultaba mantener la atención más de unos minutos.

Ahora, al pisar tierra, el Voynich se calmó.

No se detuvo. Se calmó. La diferencia importaba. El tirón seguía ahí pero era constante, sin los picos erráticos de la llanura. Leonardo respiró. Las costillas cedieron.

Territorio Dragón - comentó Gunwise.

No necesitaba explicar cómo lo sabía. Las señales estaban ahí para quien supiera leerlas. Cráneos a ambos lados del camino no humanos, animales, montados sobre estacas de piedra a intervalos regulares. Cada cráneo orientado hacia afuera. Hacia la llanura. Hacia cualquiera que viniera del territorio Lobo.

Treinta y dos cráneos. Leonardo los contó por inercia. Algunos tenían cuernos curvados hacia atrás. Otros tenían cavidades oculares de más tres, cuatro, una hilera de cinco en el decimosegundo cráneo, ordenadas durante el hueso frontal. Uno, el decimoséptimo, tenía mandíbula articulada. El viento la movía con un clic seco cada tres o cuatro segundos. Leonardo percibió el clic como puntos blancos sobre fondo gris. Regulares. Hipnóticos. Tuvo que apartar la vista.

Faith se acercó al cráneo decimoséptimo y lo examinó sin tocarlo. La mandíbula clic-clic-clic.

¿Qué tipo de animal tiene cinco cuencas oculares?

Ninguno que yo conozca - dijo Gunwise. No recomiendo tocarlo.

Faith retiró la mano que no había extendido. Hábito de laboratorio acercarse sin contaminar, observar sin interactuar. Las manos de Faith vivían a dos centímetros de las cosas que le interesaban.

¿Seguimos? - preguntó.

El viejo miró hacia adelante. El terreno cambiaba: estructuras en la distancia, edificios que todavía estaban de pie, caminos que alguien mantenía. Señales de civilización que no habían visto desde las cavernas Lobo. El humo del campamento Lobo había sido desordenado fogatas improvisadas, tiendas móviles, la arquitectura de gente que esperaba tener que correr. Esto era distinto. Esto estaba puesto para quedarse.

Los Dragones construyen - dijo Gunwise. Los Lobos se mueven. Esa es la diferencia fundamental.

¿Quién tiene razón?

Nadie. Ambos sobreviven. Ambos pierden. El Astral no premia ninguna filosofía.

La pipa estaba vacía desde hacía cuatro días. La sostenía de todas formas. Los dedos la giraban por costumbre, el pulgar recorriendo la curva de la cazoleta con el mismo ritmo que la respiración. La uña del pulgar había dejado un surco en la madera de tanto repetir el gesto una línea fina, casi invisible, que solo se notaba al tacto. Don Humo no la notaba. No notaba nada que sus manos hicieran por cuenta propia. Trescientos años de hábitos acumulados convertían las manos en organismos independientes.

Seguimos dijo.

No había otra dirección. Al sur estaban los Dragones que marchaban hacia el campamento Lobo. Al este, territorio sin mapear. Al norte, el camino que Gunwise conocía pasaba por aquí. Al oeste, la llanura de obsidiana que acababan de cruzar y que nadie quería volver a pisar.

Cruzaron la línea de cráneos.

Haryes pasó entre dos estacas sin mirar las calaveras. El hacha en la espalda, las manos sueltas, los hombros relajados con la soltura de alguien que ha caminado entre cosas peores. Pero su pie derecho evitó la sombra de una estaca. El cuerpo sabía lo que la cara no mostraba.

El aire tenía un peso diferente. Leonardo lo registró como cambio de textura la presión atmosférica del territorio Lobo había sido irregular, granulosa, llena de interferencias gravitacionales que sacudían los tímpanos a intervalos impredecibles. Aquí era lisa. Uniforme. Estabilidad que requería mantenimiento activo. Alguien había trabajado este terreno. Alguien seguía trabajando.

Sentella caminaba con las orejas rotando. Los ojos amarillos se detenían en cada cráneo durante medio segundo tiempo suficiente para procesar, no suficiente para preocuparse. Su ronroneo bajó al registro que Leonardo asociaba con vigilancia: presión suave en las costillas, tibia, anaranjada. No transmitió nada. No hacía falta. Sentella transmitía cuando había información nueva. La ausencia de transmisión era información en sí todo procesado, nada urgente.

Maku iba con Anya. Los cables de su nuca estaban oscuros pero no inertes había un pulso mínimo, irregular, que Leonardo percibía cuando se acercaba lo suficiente. Una frecuencia que Leonardo percibía como gris intermitente, la textura de estática en una pantalla apagada. Los ojos de fibra óptica se movían despacio, escaneando el terreno con la curiosidad de quien registra sin buscar. Anya la cargaba contra el pecho, el peso distribuido con la práctica de semanas. Los brazos de Anya tenían marcas de los cables líneas rojas, irritación donde el metal tocaba piel durante demasiado

tiempo. Se las frotaba con saliva cuando pensaba que nadie miraba. El alivio duraba minutos.

Caminaron por uno de los caminos.

Piedras colocadas con cuidado. Cada una encajada con su vecina sin mortero la precisión del corte hacía innecesario el pegamento. Leonardo pisó una junta entre dos piedras y no había espacio. Ni un milímetro. Trabajo de generaciones transmitido de mano en mano.

A los lados del camino, filamentos. No vegetación estructuras que imitaban plantas sin serlo. Salían de la tierra en formaciones regulares, con puntas que se curvaban hacia el código del cielo. Leonardo los percibía como zumbidos bajos, estáticos, el ruido de fondo de lo que funcionaba sin intervención. Algunos tenían cristales incrustados en la base. Pequeños. Del tamaño de una uña. Pulsando con una frecuencia tan baja que solo Leonardo captaba rojo oscuro, casi invisible, debajo de todo.

Las escamas de Ilis pulsaban a cincuenta y ocho hercios. Estables en la frecuencia alta desde que habían salido del campamento. Ilis no hablaba. Caminaba con la mirada fija en el camino, los brazos cruzados sobre el pecho, las escamas de los antebrazos expuestas al aire del territorio Dragón. Cada pulso hacía que las escamas reflejaran la luz del código destellos verdes, regulares, metronómicos.

Haryes caminaba junto a las gemelas. No junto a Ilis junto a las dos, equidistante, el hacha en la espalda. Las escamas de Iris estaban a cincuenta y cinco sincronizadas con nada. Neutras. Disponibles. Los ojos de Iris se movían más que los de Ilis registraban los edificios, los caminos, los filamentos, los cráneos. Catalogaban sin hacer listas. Iris caminaba tres pasos detrás de su hermana. Tres

pasos exactos. El espacio preciso para no estar al alcance de su brazo pero sí de su voz.

¿Cuánta comida nos queda? - preguntó Faith.

Anya revisó la bolsa sin dejar de caminar. Abrió el cierre con una mano, la otra sosteniendo a Maku.

Dos días. Tres si racionamos más.

Ya estamos racionando.

Entonces dos.

Faith no respondió. Dos días de comida y un camino pavimentado que llevaba a un lugar donde los habitantes clavaban cráneos en estacas y los orientaban hacia los visitantes.

El viejo llevaba tres días comiendo la mitad de su ración. La otra mitad la partía y se la daba a Anya para Maku. Leonardo lo había visto hacerlo la segunda noche partir la porción de carne seca en dos pedazos desiguales, guardar el grande y darle el pequeño a Anya. Después lo había visto intercambiarlos cuando pensaba que nadie miraba. El grande para Maku. El pequeño para él. Las manos hacían cosas que el viejo no admitía. Trescientos años. Organismos independientes.

Los encontraron antes del mediodía.

No como los Lobos silenciosos, apareciendo de nada. Los Dragones llegaron con ruido. Con intención. Queriendo ser vistos antes de ser temidos.

Un grupo de doce.

Armados con lanzas que brillaban sin metal. El brillo le llegó a Leonardo como presión en los párpados no como luz visible sino como algo más denso, más pesado, reflejo que hacía que sus sentidos saltaran entre canales. Visual se volvía táctil, táctil se volvía auditivo.

Las lanzas el estremecimiento. Una frecuencia que los tímpanos no captaban pero que los huesos del cráneo sí.

Armaduras ligeras que imitaban escamas. Máscaras que cubrían la mitad inferior de las caras. Dos filas de seis. Formación que sugería práctica, repetición, la memoria muscular de gente que marchaba junta desde que podía caminar.

Se detuvieron a veinte metros.

Sentella gruñó. Bajo. Breve. La impresión llegó fragmentaria: *Doce. Más atrás. Rodean.* Más atrás significaba que los doce visibles eran la presentación. Los invisibles eran el argumento.

Leonardo lo miró. No se movió. La pipa entre los boca, los ojos fijos en el líder del grupo Dragón. Las manos a los lados del cuerpo. Abiertas. Visibles. Era la tercera vez que Leonardo lo veía adoptar esa postura.

El líder se adelantó.

Forasteros. Voz profunda. Resonante. El sonido le llegó a Leonardo como hierro apoyado contra la columna vertebral. No son Lobos. No huelen a Lobo.

No somos Lobos. Somos viajeros.

Nadie es solo viajero aquí. El líder se quitó la máscara. Cara humana con escamas brillando en las sienes. Pupilas verticales que se contrajeron al exponerse a la luz del código. Cicatriz que le cruzaba la nariz desde el puente hasta la mejilla derecha. Todo el mundo es algo más.

Buscamos paso seguro. Nada más.

El paso seguro se gana. No se pide.

Silencio. Los doce no se movían. Esperando. Evaluando. El viento movía los filamentos a los lados del camino.

El Voynich pulsó contra el pecho de Leonardo. Más rápido que de costumbre. El tirón que había sido constante desde que pisaron tierra se intensificó no hacia el norte esta vez sino hacia adelante. Hacia los Dragones. Hacia el Voynich reconocía o buscaba o necesitaba. Las tres opciones producían el mismo resultado: presión contra el esternón, calor en la caja torácica, rayas anaranjadas intensificándose hasta ser casi rojas.

El líder lo miró. Las pupilas verticales se detuvieron en el bulto bajo la ropa.

¿Qué llevas ahí?

Un libro.

Los libros no pulsan. Los libros no tienen latido. Leonardo no respondió.

El líder extendió la mano. Dedos largos, con callosidades en las falanges medias de alguien que ha empuñado armas desde que era niño. Las escamas de la muñeca brillaron cuando la luz del código las tocó.

Muéstramelo.

No.

La palabra salió antes de pensarla. Instinto. El Voynich era suyo. No suyo como propiedad suya, como la piel de las manos. No podía mostrarlo del mismo modo que no podía arrancarse los dedos. La idea producía un rechazo que empezaba en el estómago y subía hasta la garganta.

El líder bajó la mano. Algo cambió en su expresión, no sorpresa, reconocimiento.

Interesante. Se dio vuelta. Vendrán con nosotros. No como prisioneros. Como invitados. Orochi querrá conocerlos.

¿Orochi?

Nuestra líder. Se puso la máscara. Sígueme. Y no intenten huir. No llegarían lejos.

El grupo siguió a los Dragones.

Kael, el nombre del líder, mencionado por uno de los soldados mientras caminaban, no volvió a dirigirse al grupo. Caminaba al frente con el paso de alguien que conoce cada piedra del camino. Gunwise caminaba junto al viejo, hablando en voz baja. Frases cortas que la frecuencia de las lanzas cubría. Gunwise conocía este territorio. Lo había cruzado antes. Su presencia era la razón por la que los Dragones no habían atacado de inmediato. Kael había mirado a Gunwise al quitarse la máscara. Lo había mirado antes que al viejo. Antes que al Voynich.

Faith contaba salidas mientras avanzaban. Callejones. Puertas. Ventanas bajas. Izquierda, derecha, arriba, izquierda. Siempre el mismo patrón.

Leonardo contaba frecuencias. Cada cristal incrustado en los edificios emitía una nota diferente. Los Dragones usaban cristales, pero no del mismo tipo que los Lobos. Estos eran más uniformes. Más controlados. Leonardo los traducía en una escala ordenada sin las disonancias caóticas del territorio Lobo. Alguien los había calibrado. Alguien los mantenía.

Los niños miraban desde las ventanas. Pupilas verticales. Escamas en las sienes. Un niño en una ventana del tercer piso tenía un objeto en la mano pequeña, brillante, del tamaño de un huevo. Lo giraba entre los dedos con la destreza de alguien que ha hecho el mismo gesto miles de veces. Un juguete o una herramienta. En una

ciudad donde los niños tenían pupilas verticales, la diferencia entre ambos era difusa.

Anya tropezó con una piedra suelta, la única piedra suelta en doscientos metros de camino. Se tambaleó, apretó a Maku contra el pecho, recuperó el equilibrio con un paso lateral que le costó una mueca en la rodilla izquierda. Los cables de Maku se tensaron con el movimiento y produjeron un clic metálico que hizo que dos guardias giraran la cabeza. Anya les devolvió la mirada sin expresión. Los guardias volvieron a su posición.

La piedra suelta era la única que Leonardo había visto fuera de lugar en todo el territorio. Se preguntó si alguien vendría a arreglarla antes del anochecer.

El territorio era diferente de todo lo que habían visto en el Astral. Orden. Estructura. Propósito.

Y debajo de todo eso, la misma guerra interminable que alimentaba al sistema sin que ningún bando lo supiera.

PLANO MEDIO

García llegó con los resultados a las siete de la mañana.

Tres meses de seguimiento. Coordenadas. Horarios. Nombres. Todo lo que Sol le había pedido y nada que Sol quisiera ver.

Carandini visita Laboratorios Xoc los martes y jueves - señaló García. Puso el sobre en el escritorio. El sobre estaba doblado por la mitad. Lo había llevado en el bolsillo interior del abrigo, contra el pecho, caminando doce cuadras desde el punto de observación porque usar transporte con documentación comprometida era el tipo de error que terminaba carreras. Entra por la puerta lateral. Sale entre tres y cinco horas después. Sin registro de entrada ni salida.

Sol abrió el sobre. Fotografías. Seis. Tomadas desde un edificio al otro lado de la calle con una lente que García había comprado con su propio dinero porque requisar equipo de vigilancia dejaba rastro en los formularios de División 47.

Carandini entrando. Carandini saliendo. La puerta lateral. Un guardia que no miraba la cámara. El reloj de la fachada marcando horas distintas en cada foto las tres, las cinco, las cuatro y cuarto. Tres meses comprimidos en seis rectángulos de papel fotográfico.

¿Quién más sabe de esto?

Nadie.

Que siga así.

García se fue. Sol miró las fotografías durante diez minutos. Después las guardó en el cajón sin llave. Un cajón con llave atraía atención. Un cajón sin llave era invisible.

Marple llegó a las ocho. Entró sin golpear, se sentó en la esquina del escritorio no en la silla. Marple trataba las sillas de oficina con una desconfianza que Sol nunca le había preguntado de dónde venía.

Las transferencias siguen llegando mencionó. Mismas coordenadas ficticias. Mismo patrón. Pero la frecuencia aumentó. De mensual a quincenal.

¿Desde cuándo?

Desde que Locke recibió el archivo de Carandini.

Sol procesó eso. Alguien sabía que Locke tenía el archivo. Alguien había acelerado las operaciones en respuesta. Lo que significaba que Carandini estaba siendo vigilado por alguien más, o que Locke tenía una filtración en algún lugar que no habían considerado.

Necesito hablar con Locke - dijo Sol.

Locke no confía en nadie nuevo.

Locke no tiene opción.

Marple se bajó del escritorio. Se alisó la manga del abrigo. Tenía una mancha de tinta en el puño izquierdo tres días ahí, según la decoloración.

Le paso el mensaje contestó. Pero no esperes respuesta rápida.

Sol no esperaba nada rápido. Tres meses de seguimiento. Seis fotografías. Una frecuencia de transferencias que se duplicaba. Y en algún lugar de la cadena, un eslabón que conectaba a Carandini con lo que fuera que había en el sótano de Laboratorios Xoc.

La ventana de la oficina daba a un callejón donde un gato gris comía basura con la concentración de quien no sabe cuándo volverá a comer.

Sol cerró las cortinas. # OROCHI [A][F]

La ciudad Dragón no tenía nombre.

O si lo tenía, nadie se lo dijo. Solo la llamaban “casa.” Faith contó edificios mientras caminaban por la calle principal: veintisiete estructuras de piedra oscura, entre tres y seis pisos, ventanas con luz que no venía de fuego. La luz tenía un tono azulado, frío, uniforme iluminación que requería energía constante y una fuente que los Dragones no mostraban a los visitantes.

Caminos pavimentados con el mismo cuidado que los que habían seguido desde el borde del territorio. Juntas perfectas. Piedra contra piedra. Sin huecos.

La gente los miraba pero no se detenía.

No por indiferencia, sino por disciplina. Forasteros no parecían novedad. O habían aprendido a no mostrar curiosidad. La diferencia no importaba. El resultado era el mismo: caras que giraban medio grado, pupilas verticales que registraban al grupo durante un

segundo, y después nada. Vuelta al paso, vuelta al trabajo, vuelta a la rutina de una ciudad que llevaba generaciones funcionando con la precisión de sus propios caminos.

Los niños sí miraban. Desde ventanas, desde esquinas, con la misma pupila vertical que Kael y sus soldados. Las escamas de las sienes brillaban con los colores del código cuando se asomaban a la luz. Los adultos tiraban de ellos hacia adentro. A veces con la mano. A veces con la voz. Un niño siete años, quizás ocho, con escamas que le cubrían las mejillas además de las sienes se soltó del brazo de su madre y caminó tres pasos hacia el grupo antes de que la madre lo atrapara por el cuello de la camisa. El niño no lloró. No protestó. Se dejó llevar con la obediencia de quien sabe que la desobediencia tiene costo.

Gunwise caminaba al centro del grupo. Saludó a un guardia con un gesto que Leonardo no reconoció, pero que parecía familiar. El guardia devolvió el gesto. Gunwise había estado aquí antes. Más de una vez. La familiaridad estaba en los detalles, sabía qué calles evitar, qué guardias mirar, qué esquinas no pisar. Leonardo lo vio cambiar de dirección medio segundo antes de que Kael indicara el giro. Gunwise conocía el camino.

Ilis caminaba sola. Tres metros detrás del grupo. Las escamas a cincuenta y ocho hercios, sin variación desde que habían cruzado la línea de cráneos. Ilis no miraba la ciudad. No miraba los edificios ni los caminos ni los niños en las ventanas. Miraba el suelo. El suelo y las botas de la persona que caminaba delante de ella, que era Haryes, y las botas de Haryes se movían con un ritmo que Ilis seguía sin esfuerzo consciente paso, paso, paso, el mismo intervalo, la misma distancia.

Iris caminaba junto a Faith. Más cerca de lo habitual. Las escamas a cincuenta y cinco. Neutra.

Relájate, dijo Iris. Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho.

Eso no me hace sentir mejor, admitió Faith.

No debería. Solo es verdad.

Sentella caminaba detrás de Anya con las orejas rotando. Cada dos o tres pasos transmitía una impresión: *Arriba. Vigilan.* Leonardo levantó la vista. Figuras en los techos. Arqueros. No apuntaban al grupo. Solo observaban. Posiciones fijas, espaciadas a intervalos regulares, cubriendo ángulos que no dejaban zonas muertas. Leonardo contó nueve antes de perderlos detrás de un edificio. Nueve visibles. Sentella indicaba que había más.

Maku iba en los brazos de Anya. Los ojos de fibra óptica estaban abiertos, moviéndose con lentitud. Los cables de la nuca pulsaban despacio, gris intermitente, estática que no se resolvía. No había reaccionado desde que entraron al territorio Dragón, lo cual podía significar comodidad o desconexión. Con Maku, la diferencia entre ambas era casi invisible.

La calle principal se abría a una plaza.

No una plaza decorativa, sino un espacio funcional. Piedra plana. Sin adornos. En el centro, un pozo que bajaba a una profundidad que Leonardo no pudo calcular. El borde del pozo tenía cristales incrustados que emitían una frecuencia baja y constante. Leonardo la percibía como en marrón oscuro, pesado, la frecuencia de lo que funcionaba debajo de la superficie y que no necesitaba atención humana para seguir funcionando. Dos mujeres sacaban agua del pozo con cubetas de piedra tallada. El agua era transparente.

Inodora. Leonardo la olió al pasar. Limpia. Agua limpia por primera vez desde las cavernas Lobo.

El edificio central era el más grande. Seis pisos de piedra oscura con cristales incrustados en cada nivel, del tamaño de un puño, emitiendo frecuencias que se superponían en capas. Leonardo las separaba en notas individuales: graves en la base, medios en el centro, agudos en los pisos superiores. Un acorde. Permanente. Sostenido. Leonardo se detuvo un momento y cerró los ojos. El acorde le llenó el pecho con una la oscilación presión distribuida, calor sin temperatura.

Guardias en cada entrada. Armaduras completas. Armas más grandes que las lanzas de Kael diseñadas para cosas más grandes que humanos. Leonardo se preguntó qué tipo de cosas atacaban a los Dragones que necesitaran armas de ese tamaño.

Los hicieron esperar en una antecámara.

Paredes decoradas con murales. Batallas. Victorias. Derrotas. La historia de un pueblo condensada en imágenes que cubrían las cuatro paredes del suelo al techo. Pigmentos que brillaban con los cristales incrustados detrás de la piedra cada escena iluminada desde dentro, los colores cambiando según el ángulo desde el que se mirara.

Haryes se acercó a uno de los murales. Tocó la pared con las yemas de los dedos. Despacio. Rastreando las líneas de pigmento con el cuidado de alguien que sabe reconocer la edad de una imagen por la textura de la superficie.

Esto es antiguo, contestó. Más antiguo que los Dragones actuales. Quien hizo esto vivió hace generaciones.

En el mural había una batalla entre figuras con escamas y figuras sin ellas. Las figuras sin escamas estaban perdiendo. No de forma dramática, sino de forma acumulativa. Cada panel mostraba un paso más de retroceso, un poco más de terreno perdido, un poco más de desesperación en las caras pintadas. Leonardo contó quince paneles. En el decimoquinto, las figuras sin escamas habían desaparecido.

Miraba las imágenes sin tocarlas. Mordiendo la boquilla. Los ojos recorriendo las escenas de guerra con la fatiga de alguien que ha visto demasiadas versiones de la misma historia contada por demasiados pueblos que creían ser distintos.

El suelo de la antecámara tenía marcas de desgaste en un patrón específico del banco de piedra a la puerta, de la puerta al banco. Ida y vuelta. Generaciones de visitantes habían caminado la misma ruta esperando audiencia con quien fuera que mandara en esa época. Las marcas eran profundas. Milímetros hundidos en piedra por la acumulación de pasos. Leonardo se preguntó cuántos pies habían hecho falta. Miles. Decenas de miles. Cada uno esperando. Cada uno nervioso. Cada uno con algo que pedir, ofrecer o perder.

Faith caminó por las marcas sin darse cuenta. Ida. Vuelta. Cuatro pasos. Cuatro pasos. Sumándose al desgaste.

Un guardia se asomó. No para anunciar nada, sino para contar. Señaló a cada uno con el dedo. Se detuvo en Sentella.

¿Cuenta como persona o como equipaje?

Faith lo miró.

Persona.

El guardia evaluó a Sentella. Sentella le devolvió la mirada. Sin parpadear. El ronroneo bajó medio tono.

Persona, confirmó el guardia, y se fue.

Tres minutos después volvió con otro guardia. El segundo guardia tenía una tablilla de obsidiana donde marcaba líneas con un punzón. Contó al grupo otra vez. Se detuvo en Maku.

¿Despierta o dormida?

Dormida, dijo Anya.

¿Va a despertar durante la audiencia?

No lo sé.

El guardia miró al primer guardia. El primer guardia se encogió de hombros. El segundo guardia marcó algo en la tablilla y se fue.

Fumó durante todo el intercambio sin que nadie le dijera que no podía fumar en la antecámara. O podía fumar en la antecámara, o nadie se atrevía a decirle que no. El resultado era el mismo.

Anya se sentó en el suelo con Maku. Los cables pulsaron una vez, fuerte, y se apagaron. Maku cerró los ojos. Anya le acomodó la manta sobre los hombros con un gesto automático. Diez segundos. Lo hacía diez veces al día.

Faith no se sentó. Estaba contando puertas, pasillos, distancia al exterior. Leonardo la veía mover los labios. Números. Faith contaba cuando estaba nerviosa. Las cosas contadas se volvían manejables.

La puerta se abrió.

Orochi los verá ahora.

La sala era grande y estaba casi vacía. Piedra oscura. Cristales que emitían el mismo acorde que la fachada pero amplificado dentro de la sala. Leonardo respiró con esfuerzo los primeros segundos hasta que sus sentidos se ajustaron y los canales se separaron. Color por un lado, presión por otro. Manejable.

Orochi estaba sentada en una silla que no era un trono, pero era el centro de la habitación. Consejeros y guardias en semicírculo. Siete

consejeros. Cuatro hombres, tres mujeres. Edades diversas. Escamas en todos, algunos con más cobertura que otros, algunos con colores que brillaban, otros con escamas opacas que absorbían la luz del código en lugar de reflejarla. Ocho guardias detrás, con las armas enfundadas pero las manos cerca.

Orochi no resultó lo que Faith esperaba.

Una mujer de mediana edad. Cabello negro con mechones grises que caían sin orden. No recogidos, no arreglados. Ojos con pupila vertical más pronunciada que la de Kael, contraída en ranura fina bajo la luz de los cristales. Escamas que cubrían brazos y parte del cuello cambiaban de color según el ángulo de la luz, y Leonardo percibía cada cambio como una nota musical distinta. Verdes graves. Dorados agudos. Una escala cromática impresa en piel que se movía cada vez que Orochi giraba la cabeza o levantaba una mano.

Las manos de Orochi tenían callosidades que no fueron de armas. Callosidades de herramientas. De trabajo manual. De alguien que usaba las manos para construir, no para destruir. Leonardo vio restos de pigmento bajo las uñas del índice y el pulgar derechos. Rojo. Seco. Viejo. Orochi pintaba. O había pintado. Los murales de la antecámara tenían el mismo rojo.

Forasteros, dijo Orochi. Voz suave. Sin la gravedad resonante de Kael. Voz de alguien que no necesita gritar para que la escuchen. Del Plano Medio, si no me equivoco.

No se equivoca.

¿Qué buscan aquí?

Paso seguro. Nada más.

Nadie viaja al Astral solo por pasar. Orochi se inclinó hacia adelante. Las escamas del cuello cambiaron de verde a dorado. La

nota subió un tercio. Algo los trajo. Algo los mantiene aquí. No respondió. Las manos quietas. Los ojos fijos en Orochi con la calma de quien ha negociado con reyes, generales, líderes de facciones que ya no existen.

Orochi se levantó. Caminó hacia ellos. Pasó frente a Haryes sin detenerse. Frente a Anya y Maku sin mirar. Frente a las gemelas sin girar la cabeza. Se detuvo frente a Faith.

Los Lobos los tuvieron como invitados. Amarok no mata sin razón. Eso dice algo sobre ustedes. Los ojos de pupila vertical recorrieron a Faith de arriba a abajo. No evaluando el cuerpo evaluando lo que el cuerpo decía. La postura. La tensión en los hombros. Las manos que no tocaban nada pero sabían dónde estaba todo. Eres la que cuenta cosas.

Faith no respondió.

Orochi giró hacia Leonardo.

Y eso que llevas en el pecho dice más que todos ustedes juntos.

Es un libro.

Es un latido. Orochi dio un paso más. Estaba a metro y medio. A esa distancia Leonardo podía oler el pigmento bajo sus uñas mineral, terroso, con un fondo ácido que le hizo pensar en tinta. Mi madre buscó ese latido toda su vida. Cuarenta años recorriendo territorio Dragón, territorio Lobo, los bordes del Vacío. Murió sin encontrarlo.

El vacío sonoro. El Voynich pulsó contra el esternón de Leonardo. Las rayas anaranjadas se intensificaron. Orochi lo percibió a distancia inclinó la cabeza, escuchando con lo que no parecían los oídos. Las escamas de su cuello oscilaron rápidamente entre verde y dorado. Frecuencias que competían.

Se quedan indicó. No se trataba de invitación. Hasta que yo decida qué hacer con ustedes.

Gunwise no se había sentado con el grupo.

Se había quedado junto a los consejeros. De pie. Sin armas. Pero en su lado de la sala, no en el del grupo. Cuando Orochi habló, tres de los consejeros miraron a Gunwise antes de mirarla a ella. Gunwise devolvió la mirada de los tres. Asintió a dos. Al tercero un hombre viejo con escamas opacas y ojos que no se movían no le hizo ningún gesto.

Leonardo lo notó.

Lo notó.

Nadie - dijo nada.

Kael los escoltó fuera de la sala. Pasillo de piedra, escaleras estrechas, otro pasillo. Les dieron tres habitaciones en un edificio cercano al centro. Paredes gruesas. Ventanas pequeñas. Una puerta que no se cerraba con llave desde dentro. Guardias en el pasillo no amenazantes, pero presentes. Sentados en bancos de piedra con las armas apoyadas contra la pared.

Comida carne seca, raíces cocidas, agua limpia. Faith bebió medio litro antes de respirar. Anya le dio agua a Maku con los dedos mojaba las yemas y las acercaba a los labios. Maku lamía el agua con una lengua que era rosada y suave y que no parecía pertenecer al cuerpo de cables y fibra óptica.

Gunwise desapareció durante una hora.

Volvió con información.

Orochi tiene un consejo de siete. Tres quieren usarlos como moneda de cambio con los Lobos. Dos quieren interrogarlos. Dos están indecisos.

¿Y Orochi? - preguntó.

Orochi no vota. Orochi decide.

Giró la pipa. El pulgar recorrió el surco de la cazoleta. Vuelta y vuelta.

¿Cuánto tiempo tenemos?

Lo que Orochi quiera.

Eso no es tiempo. Es capricho.

Gunwise se apoyó en el marco de la puerta. Las manos en los bolsillos. La postura de alguien que está cómodo en un lugar donde los demás no lo están.

Orochi no actúa por capricho. Actúa por información. Cuanta más tiene, mejor decide. Y ahora mismo, ustedes son la información más interesante que ha recibido en años.

Afuera, los guardias del pasillo cambiaron de turno tres salieron, tres entraron, sin hablar, sin mirarse, el relevo completo en ocho segundos que Leonardo contó por costumbre.

PLANO MEDIO

Locke movió a Lu y Sofía por tercera vez en dos semanas.

El nuevo refugio estaba en el Sector 14. Departamento sin registro oficial tres habitaciones, agua intermitente, una ventana que daba a un callejón donde nadie caminaba después de las seis. Locke había falsificado los documentos de ocupación la noche anterior con formularios de reubicación que había sustraído de una oficina de vivienda tres meses antes, anticipando que los necesitaría. Identidades nuevas. Nombres nuevos. La cuarta vez que cambiaban de nombre en tres meses. El formulario de reubicación pedía tres referencias de vecinos del domicilio anterior. Locke inventó tres nombres. El formulario pedía también una firma del propietario del

inmueble. No había propietario el departamento no existía en los registros. Locke firmó como propietario. El formulario pedía fecha de última inspección sanitaria. Locke escribió una fecha del año anterior y un número de inspector que había copiado de un formulario real que colgaba en la pared de una panadería del Sector 9. El sistema aceptó todo. El sistema siempre aceptaba todo si los campos estaban llenos.

Lu no preguntó por qué se mudaban. Tenía once años y había aprendido que las preguntas sobre mudanzas producían respuestas que la asustaban. Entró al departamento, eligió la habitación más pequeña la que tenía la ventana más alta y la puerta más cerca del baño y puso su mochila en el suelo sin desempacarla. La mochila contenía todo lo que tenía. Todo lo que le quedaba. La mantenía cerrada hasta que era seguro abrir.

Sofía preguntó.

¿Cuánto tiempo aquí?

El que sea necesario.

Eso dijiste la última vez.

Locke no respondió. Tenía razón.

La cocina tenía una estufa que funcionaba con gas canalizado. Locke la encendió para verificar. La llama era azul, estable, sin el chisporroteo de los departamentos del Sector 9 donde habían estado la semana anterior. Abrió la llave del agua. Salió marrón durante quince segundos. Después clara.

Alguien estaba revisando archivos viejos. Accesos a expedientes cerrados. Búsquedas de inconsistencias en registros de defunción. Alguien buscaba a Faith o a alguien conectado con Faith. Cada búsqueda dejaba un rastro que Locke podía seguir, pero seguir el

rastró significaba exponerse. Cada consulta al sistema dejaba su propia marca. Locke persiguiendo a alguien que perseguía fantasmas se convertía en un tercer punto visible en un mapa que solo necesitaba tres puntos para triangular.

El sobre de Carandini seguía en el bolsillo interior de su chaqueta. No lo había abierto desde la última lectura. No necesitaba abrirlo. Doscientos nombres. Coordenadas. Fechas. La arquitectura de algo que funcionaba debajo de la superficie de la ciudad con la eficiencia de los caminos de piedra Dragón sin huecos, sin errores, cada pieza encajada con la siguiente.

Pero alguien más sabía que tenía el sobre. Las transferencias habían aumentado de frecuencia desde que lo recibió. De mensual a quincenal. Alguien había notado el intercambio. Alguien aceleraba.

Locke cerró la ventana. Revisó la cerradura funcional, no reforzada. Mañana compraría un cerrojo adicional. Preparó la cena con lo que quedaba en la bolsa de provisiones. Arroz. Frijoles secos que tardaban cuarenta minutos en ablandarse.

Lu salió de su habitación cuando olió la comida. Se sentó en el suelo de la cocina con las piernas cruzadas. No en la silla en el suelo. Lu se sentaba en el suelo de cada departamento nuevo hasta que decidía que era seguro usar los muebles. La decisión tomaba entre tres y siete días.

Un día más. Cada día era victoria. # NEGOCIACIÓN [L][X][A]

Leonardo no durmió.

El Voynich había cambiado durante la noche. Las páginas que podía ver cuando abría el libro en la oscuridad de la habitación mostraban patrones nuevos, no los diagramas de plantas ni los mapas estelares que había aprendido a reconocer durante los meses

anteriores. Conexiones. Líneas entre puntos que pulsaban con ritmo propio. Leonardo percibía cada línea como un hilo de temperatura diferente: los que conectaban puntos cercanos eran tibios, casi imperceptibles; los que cruzaban distancias largas ardían, rojos, calor que se sentía sin tocar.

Uno de los hilos señalaba hacia el norte.

No como indicación geográfica, sino como un tirón físico. Muscular. Leonardo lo sentía como una cuerda invisible atada al centro del pecho que tiraba con una fuerza constante, no urgente, la paciencia de lo que sabe que el tiempo no es problema. El Voynich quería ir al norte. O lo que estaba al norte quería al Voynich.

Pero había otro hilo.

Más débil. Casi invisible. No tiraba hacia el norte, sino hacia abajo. Hacia un punto que no estaba en ningún mapa del libro, que no tenía coordenadas, que no pulsaba con ritmo reconocible. Un punto muerto que el Voynich registraba sin señalar. Leonardo había aprendido a encontrar los puntos muertos tres semanas atrás, eran lugares donde las líneas de conexión llegaban y terminaban. Sin continuación. Sin rebote. Agujeros en la red.

Este punto muerto tenía un color que Leonardo conocía.

Amarillo cálido.

El color de la risa de sus hijas.

Puso los dedos sobre la página. La tinta vibró bajo las yemas. El Voynich respondía al tacto no siempre, no con todos, pero con Leonardo sí. Lo había probado docenas de veces. El libro reaccionaba a sus dedos con la misma fiabilidad que una cerradura a su llave.

Presionó el punto muerto.

El libro se calentó. Los hilos de conexión pulsaron más rápido. Leonardo percibió algo un destello, medio segundo, el contorno de un lugar que no existía y que sin embargo estaba ahí. Una cocina con azulejos equivocados. Una mesa con marca de quemadura. Un sillón vacío.

Presionó más fuerte.

El Voynich emitió una frecuencia que no era la habitual de 432 Hz, sino una frecuencia más baja, más profunda, una que Leonardo no había escuchado antes y que le llegó con un sabor a sal, a hierro, a algo orgánico que no quería identificar. La frecuencia salió del libro y se expandió. Atravesó las paredes de piedra. Atravesó los cristales. Salió al código del cielo y siguió.

Afuera, algo escuchó.

Leonardo no lo supo. No podía saberlo. Lo que sabía era que el punto muerto seguía muerto y que presionar más fuerte no lo iba a resucitar y que las líneas de conexión del Voynich se habían reconfigurado después de su intento formando un patrón nuevo que señalaba al norte con más insistencia que antes.

Cerró el libro. La presión en el pecho disminuyó. No desapareció.

El sueño llegó sin que lo buscara. Un flash. Luna con las manos de otra persona, dedos más largos, más pálidos, articulaciones que no flexionaban como articulaciones humanas. Las niñas hablando en un idioma que no existía, sílabas que le llegaban en colores que no podía mapear porque no tenían equivalente en ningún espectro que conociera. La casa tenía una puerta que daba a un corredor de piedra oscura con cristales verdes pulsando en las paredes. Leonardo caminó hacia la puerta. La puerta se alejó. Caminó más rápido. La puerta se alejó más rápido.

Se despertó con los dedos todavía sobre el Voynich y el libro caliente contra el pecho.

Faith dormía en la habitación de al lado. Anya y Maku en la tercera. Don Humo no dormía, Leonardo había escuchado el crujido de la silla contra la piedra a las dos, a las tres, a las cuatro. El viejo pasaba las noches sentado, la boquilla mordida, los ojos abiertos en la negrura. Trescientos años. El sueño se había convertido en lo que podía elegir, no en lo que necesitaba.

Haryes dormía contra la pared del pasillo. Entre los guardias. Los guardias lo habían mirado la primera noche cuando sacó el hacha y la puso a su lado. Después habían dejado de mirarlo. El hacha no era amenaza, era almohada. Haryes ponía la mano sobre el mango antes de cerrar los ojos y no la movía hasta que los abría. El guardia más viejo le había ofrecido una manta la segunda noche. Haryes la había aceptado sin decir gracias. El guardia no había esperado gracias.

Las gemelas dormían juntas en una esquina de la habitación de Anya. Ilis contra la pared, Iris contra Ilis, las escamas de ambas pulsando en frecuencias distintas que no se sincronizaban. Cincuenta y ocho. Cincuenta y cinco. Los números se superponían sin mezclarse. Dos instrumentos tocando en claves diferentes.

La negociación empezó al mediodía.

No en la sala de Orochi. En un espacio abierto entre edificios, con luz directa del código que caía sin filtrar. Tres mesas de piedra dispuestas en triángulo. Los siete consejeros sentados en un lado. Orochi en el vértice del triángulo, sola en su mesa, con una taza que echaba vapor. La taza era de cerámica. Hecha a mano. Con el mismo rojo de pigmento que Orochi tenía bajo las uñas.

El grupo se sentó frente a ellos. Bancos de piedra sin respaldo. La altura incómoda, demasiado bajos para una mesa de esa altura, de modo que Faith tenía que estirar los brazos para apoyarlos en la superficie y no se molestó en intentarlo.

Gunwise se sentó con los consejeros. No con el grupo.

Leonardo lo notó. La silla vacía entre el consejero de escamas opacas y una mujer joven con escamas azules que reflejaban el código con intensidad suficiente para que Leonardo tuviera que apartar la vista. Gunwise se sentó ahí con la naturalidad de quien conoce su lugar. No como invitado, como parte de lo que existía antes de que el grupo llegara.

Lo notó. Los ojos se movieron hacia Gunwise durante medio segundo y volvieron a Orochi. La pipa giró entre los dedos. El surco de la cazoleta recibió otra pasada del pulgar.

Nadie dijo nada.

Hay tres opciones - contestó Orochi. Sin preámbulo. Sin saludo. La voz suave cortando el espacio abierto con la claridad de alguien que ha tenido esta conversación antes, con otra gente, por otras razones, con el mismo resultado. La primera: los devolvemos a territorio Lobo como gesto diplomático. La segunda: se quedan bajo supervisión hasta que la guerra termine. La tercera: nos dan valga su paso.

¿Qué tipo de algo? preguntó.

Información. Los Lobos los tuvieron. Saben cómo operan. Rutas, tácticas, puntos débiles.

La mesa quedó quieta.

Uno de los consejeros, el de escamas opacas, el que Gunwise no había saludado, se inclinó hacia adelante. Ojos que no se movían.

Piel que absorbía la luz en lugar de reflejarla. Viejo. Más viejo que los murales de la antecámara, si eso era posible.

Giró la pipa entre los dedos. El pulgar recorrió la cazoleta vacía. Cuatro vueltas completas antes de hablar. Leonardo las contó.

No somos espías dijo. No tenemos información militar que ofrecer.

Todos tienen información. El consejero de escamas opacas habló. Voz seca, rasposa, el sonido de piedra contra piedra que Leonardo percibió como gris áspero en el paladar. La cuestión es qué precio tiene.

No tenemos precio porque no tenemos mercancía. Miró a Orochi directamente. No al consejero. Al consejero le había dado la respuesta. A Orochi le daba los ojos. Buscamos paso al norte. Nada más. Si el precio es información sobre los Lobos, no podemos pagarlo. Si el precio es otra cosa, hablemos.

Uno de los consejeros indecisos, una mujer con escamas verdes que cubrían los pómulos y el puente de la nariz, miró a Gunwise. Gunwise no le devolvió la mirada. Los ojos fijos en Don Humo. La postura inmóvil. Quien no conociera a Gunwise podía confundirlo con un consejero más. Quien lo conociera sabía que Gunwise no era consejero de nadie, era observador.

La mujer de escamas azules seguía escribiendo en la tablilla. Rasguido constante. Líneas de hueso viejo acumulándose.

Orochi levantó la mano. El consejero calló. No de golpe, la boca se cerró despacio, las palabras que iba a decir disolviéndose detrás de los dientes con la resignación de alguien que sabe cuándo una mano levantada es orden y cuándo es sugerencia. Esta era orden.

Orochi bebió de la taza. El vapor le cubrió la nariz medio segundo. Tragó. Puso la taza en la mesa con un golpe seco que hizo que el consejero de escamas opacas juntara las manos. No por susto, por costumbre. El golpe de la taza era señal. El consejero la conocía.

La mujer joven de escamas azules tomaba notas en una tablilla de piedra con un instrumento que dejaba marcas blancas en la superficie gris. Cada palabra de la negociación registrada. Leonardo la veía escribir sin mirar la tablilla, los ojos fijos en Don Humo, las manos moviéndose por memoria muscular, el instrumento produciendo un rasguído constante que Leonardo percibía como líneas finas, horizontales, del color del hueso viejo.

¿Qué llevas en el pecho? le preguntó a Leonardo.

Ya lo sabe.

Quiero que lo digas tú.

Un manuscrito. No tiene valor militar. No puede ser usado como arma. No puede ser leído por nadie excepto yo.

¿Por qué tú?

Leonardo no supo cómo responder. Nunca lo había sabido. La respuesta obvia porque el Voynich lo había elegido, porque pulsaba contra su pecho y contra ningún otro, porque las páginas mostraban patrones que solo sus sentidos podían traducir era descriptiva, no explicativa. Describía el qué. No el por qué. Y Orochi preguntaba por qué.

Porque pulsa - dijo Orochi, respondiendo su propia pregunta. Y mi madre pasó cuarenta años buscando algo que pulsara así. Se levantó. La taza quedó en la mesa. Humo subiendo en espiral lenta. Comerán con nosotros esta noche. Hablaremos más.

Aquello no era oferta.

El grupo volvió a las habitaciones. Los guardias del pasillo se pusieron de pie cuando pasaron, no como amenaza, como protocolo. Uno de ellos, el más joven, tenía una mancha de comida en la armadura. Debajo de la mandíbula. Seca. Vieja. Nadie se la había señalado porque señalar manchas a un guardia era familiaridad que requería confianza, y la confianza requería tiempo, y el tiempo era lo único que el grupo no sabía si tenía. Las habitaciones habían sido limpiadas mientras estaban en la negociación. Las mantas dobladas. El polvo del suelo barrido, las marcas de las botas de Iris borradas, las líneas paralelas que se habían acumulado durante la noche eliminadas por alguien que tenía instrucciones de mantener los espacios habitables. Un cuenco de agua fresca en cada habitación. Comida nueva: carne seca más tierna que la del día anterior, raíces cocidas con algo que les daba un sabor que Leonardo no reconocía. Amargo al principio, dulce al final. Un sabor que Leonardo percibía como parpadeo de color verde claro, breve, desapareciendo antes de poder nombrarlo.

Faith interceptó a Leonardo en el pasillo. Los guardias a diez metros. Distancia suficiente para hablar bajo.

Va a pedir que le muestres el Voynich.

Lo sé.

¿Vas a hacerlo?

No.

Entonces necesitamos un plan B.

Dentro, la habitación conservaba el frío de la piedra. El sol del código no calentaba, iluminaba sin temperatura, fotones que transportaban información pero no energía térmica. El viejo estaba sentado donde lo había dejado la noche anterior. La misma silla. La

misma postura. La pipa en la boca. Haryes afilaba el hacha con una piedra gris que había encontrado en el suelo de la habitación. El sonido llenaba el silencio: metal contra mineral, rítmico, constante. *Sssh. Sssh. Sssh.* Leonardo lo percibía como rayas plateadas horizontales. Hipnóticas si no apartaba la atención.

Iris caminaba de un lado a otro frente a la ventana. Cuatro pasos de ida, cuatro de vuelta. Las escamas a cincuenta y cinco. El gesto repetitivo de alguien que no puede estar quieta pero no tiene adónde ir. Las botas dejaban marcas en el polvo del suelo: líneas paralelas que se acumulaban con cada repetición.

Ilis estaba sentada en el suelo con la espalda contra la pared, los ojos cerrados. Las escamas pulsaban a sesenta hercios. Seis hercios más que su frecuencia base. La frecuencia subía cuando Ilis procesaba. Cuando calculaba. Cuando su cuerpo estaba quieto pero su cabeza no.

Maku estaba en una esquina. Los cables oscuros, sin pulso visible. Anya le había puesto una manta encima porque la temperatura bajaba al anochecer y los cables se contraían con el frío. Un fenómeno que Leonardo había observado la primera semana en el Astral. El metal de los cables se encogía milímetros con cada grado perdido. Lo suficiente para que Maku hiciera un sonido no un quejido, no una protesta, un clic mecánico, involuntario, que a Anya le hacía apretar los dientes cada vez que lo escuchaba.

Sentella estaba echada junto a la puerta, las orejas orientadas hacia el pasillo. Vigilando. Sin cerrar los ojos. El ronroneo en el registro bajo naranja tibio, constante, sin variación. Sentella no dormía mientras hubiera sonidos nuevos que procesar. Y en una ciudad desconocida, todos los sonidos eran nuevos.

¿Qué tenemos que ellos quieran? - preguntó Faith.

Conocimiento - señaló Gunwise desde la puerta.

Nadie lo había oído entrar. Ni Sentella, que giró las orejas medio segundo tarde. Gunwise caminaba con el paso de quien ha aprendido a moverse en territorio donde el ruido mata. Se apoyó en el marco con las manos en los bolsillos. La misma postura de la noche anterior. La postura de alguien que pertenece a un lugar y visita otro.

Orochi colecciona conocimiento. Mapas. Historias. Registros de cómo funciona el sistema. Su madre empezó la colección. Orochi la continuó. Gunwise miró a Leonardo. Tiene la colección más grande del Astral. No libros en papel, registros. Grabados en piedra. Cosidos en tela. Tallados en cristal. Incrustados en obsidiana. Cosidos en cuero con hilo de fibra. Cada soporte diferente. Cada uno conteniendo algo que alguien consideró importante lo suficiente para preservar.

Faith se acercó.

¿Cuántos registros?

Miles. Nadie los ha contado. Orochi dice que contarlos sería perder tiempo que podría usar leyéndolos. Gunwise se cruzó de brazos. El problema no es la cantidad. El problema es que la mayor parte son descripciones de lo que la gente ha visto. Batallas. Migraciones. Tormentas gravitacionales. Cambios en el código. Pero nadie ha descrito lo que el código suena. Lo que los cristales producen. Lo que el Astral hace cuando alguien con esos sentidos lo mira.

¿Y qué podemos ofrecer?

Lo que Leonardo ve. Gunwise se separó del marco. Lo que percibe. Las frecuencias. Lo que el Voynich muestra. Orochi nunca

ha tenido acceso a alguien que perciba el Astral de esa forma. Los Dragones ven cristales. Leonardo ve la música que los cristales producen. Eso tiene valor.

Leonardo lo miró.

No dijo nada. No necesitaba. La pipa giró. El pulgar recorrió el surco. Los ojos se mantuvieron fijos en un punto de la pared que no contenía nada interesante pero que permitía pensar sin interferencia visual. Trescientos años de hábitos. La decisión era de Leonardo. Don Humo lo sabía. Leonardo lo sabía. Pero los dos sabían también que Don Humo opinaría si la decisión era equivocada, y que la ausencia de opinión era el permiso más claro que el viejo sabía dar.

Descripciones - dijo Leonardo. Puedo describir lo que percibo. Sin mostrar el Voynich. Sin tocarlo. Solo palabras.

Puede funcionar.

¿Puede o va a? - preguntó Faith.

Puede. Orochi decide. Pero la información que Leonardo tiene es la única moneda que ninguno de sus consejeros puede fabricar. Tres de ellos quieren usarlos como rehenes. Dos quieren interrogarlos. Esto les da a los dos indecisos una razón para votar a favor.

¿Y a Orochi?

Orochi ya votó - apuntó Gunwise. Los dejó entrar. Eso fue el voto.

Faith procesó eso. Los dedos golpeando la mesa. Tres golpes. Pausa. Tres golpes. El patrón de Faith cuando calculaba probabilidades.

Haryes dejó de afilar el hacha. Lo que dejó el metal fue denso.

¿Cuánto tiempo? - preguntó.

Lo que Orochi quiera.

No apuntó Haryes. Cuánto tiempo hasta que los tres que quieren usarlos como rehenes ganen.

Gunwise lo miró. Medio segundo. Evaluación.

Si Leonardo les da algo bueno, semanas. Si no, días.

Haryes asintió. Volvió a afilar. *Sssh. Sssh. Sssh.* Las rayas plateadas regresaron al campo visual de Leonardo.

Iris dejó de caminar frente a la ventana. Se sentó en el suelo junto a Ilis. No dijo nada. Ilis no abrió los ojos. Las escamas de las dos pulsaron cincuenta y cinco, sesenta sin sincronizarse.

Maku hizo clic en la esquina. Anya cerró los puños.

Sentella transmitió una impresión: *Guardia cambia. Tres salen. Tres entran.* Pausa. *Mismo patrón.*

Leonardo abrió el Voynich sobre la mesa. Las páginas mostraban las conexiones que había visto durante la noche. Los hilos de temperatura. Los puntos pulsantes. El tirón hacia el norte. Faith se acercó. Los ojos de Faith no veían lo que Leonardo veía: las páginas para ella eran manchas de tinta, diagramas que no se resolvían en imagen. Pero Faith había aprendido a leer la cara de Leonardo mientras miraba el Voynich. Los músculos alrededor de los ojos. La tensión en la mandíbula. Las micro-expresiones que traducían lo que sus sentidos no podían verbalizar.

¿Qué ves? - preguntó Faith.

Conexiones. Entre los cristales de la ciudad y algo al norte. Líneas que no estaban ayer.

¿El Voynich mapea los cristales?

No los mapea. Los conecta. Cada cristal de la ciudad es un punto. Cada punto tiene líneas que lo unen a otros puntos. Algunos cercanos, algunos lejanos. Los lejanos van al norte.

Faith miró las páginas. Manchas de tinta. Diagramas sin forma.

Eso es lo que le ofreces a Orochi señaló. No descripciones bonitas. Mapas de conexiones que ella no puede ver.

Leonardo cerró el Voynich. El tirón volvió constante, paciente, indiferente a la política de los Dragones y las decisiones de los consejeros y el precio del paso seguro. Las páginas se pegaron al cerrar. La humedad del Astral era baja pero algo en la tinta hacía que el papel se adhiriera a sí mismo cuando las conexiones estaban activas. Leonardo tuvo que presionar con las dos manos. El lomo crujió.

Se levantó de la silla por primera vez en horas. Las rodillas protestaron. Las suyas y las de la silla la piedra se había calentado con el peso de su cuerpo y al liberarse emitió un chasquido seco que Sentella registró con un giro de oreja.

Come algo le dijo a Leonardo. No puedes negociar si no comes.

Leonardo miró la comida en el cuenco. La carne seca. Las raíces. El sabor que parpadeaba en verde claro.

No tenía hambre. El Voynich le quitaba el hambre cuando estaba activo. La presión en el pecho ocupaba el espacio que el estómago necesitaba para enviar señales. Pero el viejo no pedía cosas dos veces. Y Don Humo no decía “come algo” si no lo consideraba necesario. Trescientos años de experiencia comprimidos en dos palabras que significaban: vas a necesitar fuerzas para lo que viene.

Leonardo comió.

El norte esperaba.

El norte siempre esperaba. # TORMENTA [L][A][H]

La comida llegó antes que la tormenta.

Dos mujeres Dragón entraron al amanecer cargando un cuenco de piedra tan grande que necesitaban las cuatro manos. Lo dejaron en el centro de la habitación. Sobre la piedra: carne oscura cocida en hojas, raíces asadas con ceniza, lo que era grano pero que crujía entre los dientes con sabor a nuez amarga. Todo revuelto. Todo junto. Un cuenco para once personas.

Haryes fue el primero en sentarse.

No al borde del cuenco al lado. En el suelo. Las piernas cruzadas, el hacha apoyado contra la rodilla. Arrancó un trozo de carne con los dedos. Se lo metió en la boca. Masticó. Tragó. Arrancó otro.

Las gemelas se sentaron después. Cada una al otro lado del cuenco. Iris tomó una raíz. Ilis tomó una raíz. Masticaron al mismo tiempo. El mismo ritmo. La misma frecuencia. Leonardo las observó los movimientos sincronizados producían un efecto óptico de simetría tan perfecto que lucía como ensayado.

Faith comió de pie. No por preferencia, por costumbre. No sentarse significaba poder moverse si algo pasaba. Comer sin sentarse era División 47, como dormir con los zapatos puestos, como contar las salidas de un cuarto antes de sentarse.

El viejo miró la comida. Miró a las dos mujeres Dragón que esperaban junto a la puerta. Miró la comida otra vez.

¿Cubiertos? - preguntó.

Las mujeres lo miraron como si preguntara por la composición química del aire.

Manos respondió una de ellas.

El viejo se arrodilló junto al cuenco con la ceremonia de quien se sienta a una mesa con mantel. Eligió un trozo de carne. Lo examinó.

Lo olió. Se lo llevó a la boca con dos dedos, la palma hacia arriba, el meñique ligeramente separado.

Nadie sonrió. Pero Leonardo vio a Anya mover la cabeza un centímetro hacia la derecha, que era su versión de reírse.

Faith miró el cuenco. Miró a Haryes.

¿Qué?

Siéntense.

Anya ya se había sentado. Maku en su regazo, los cables de la nuca pulsando en gris tenue. El viejo se acercó con la lentitud de alguien cuyos huesos protestan temprano. Se sentó a la izquierda de Haryes. No tomó carne, tomó una raíz. La masticó despacio. La pipa en el bolsillo por primera vez en días.

Leonardo se sentó. Faith se sentó. Las gemelas se sentaron Iris primero, Ilis después, las escamas a cincuenta y cinco.

Gunwise entró cuando casi todos estaban comiendo. Se sentó entre Anya y el viejo. Tomó carne sin mirar lo que tomaba.

Sentella se tendió junto al cuenco. No comió. Las orejas rotaban.

Haryes miraba a un costado. Leonardo siguió la mirada. Sentella se había alejado tres metros y roía algo, un trozo de carne que Anya le había dado antes, separado del cuenco.

Haryes no admitió nada.

Pero sus ojos se quedaron en Sentella un segundo más de lo necesario. La mandíbula se tensó. Algo cruzó su cara, no molestia, no juicio. Algo más viejo que eso. Un reflejo que no alcanzó a convertirse en palabra.

Los dedos de su mano derecha se movieron hacia las marcas del antebrazo izquierdo. Las rozaron. Volvieron a la carne.

Leonardo percibió las marcas por primera vez con claridad. Las líneas rúnicas en la piel de Haryes pulsaban a una frecuencia que sus sentidos traducían en ámbar constante. Cincuenta y cinco hercios. La misma frecuencia que las escamas de las gemelas, pero diferente en textura. Las escamas fluctuaban, reaccionaban al entorno. Las runas de Haryes no. Eran estables. Talladas. La frecuencia grabada en la piel, la piel entrenada para mantenerla sin esfuerzo. Algunas líneas estaban más pálidas que otras. Gastadas por fricción. Las yemas de los dedos habían recorrido esos surcos miles de veces. El gesto no requería atención; las manos iban solas, mientras los ojos miraban otra cosa.

La comida no sabía mal. La carne era densa, con un retrogusto mineral que Leonardo percibía como verde oscuro en la lengua. Las raíces eran secas pero nutritivas. Comida diseñada para durar, no para disfrutarse. Comida de gente que sabe que comer es función, no lujo.

Saben a tierra - dijo Faith.

Saben a estar vivos - dijo Haryes.

No sonrió. No se trataba de broma. Una afirmación de alguien para quien la comida compartida significaba lo que no tenía traducción al idioma que estaban hablando.

La tormenta llegó cuatro horas después.

Haryes la olió primero.

Estaba de pie junto a la ventana, mirando el código del cielo caer. Su nariz se elevó. Las fosas nasales se abrieron. Un movimiento pequeño animal, no pensado.

Hielo dijo.

Faith giró la cabeza.

¿Qué?

Viene algo. Haryes se alejó de la ventana. Huele a hielo.

Aquí no hay hielo - dijo Faith.

Haryes no dijo. Ya se estaba moviendo.

No hacia afuera, hacia el grupo. Se agachó junto a Maku. Tocó a Anya en el hombro. Señaló el rincón más alejado de la ventana con la barbilla.

Ahí. Con la niña.

Anya lo miró. No discutió. Se movió.

Leonardo. La voz de Haryes era diferente. No más alta. Más ancha. Ocupaba la habitación de otra manera. Cierra el Voynich y mételo dentro de la ropa.

Leonardo obedeció antes de pensar por qué obedecía.

Don Humo. Pared interior. Faith, las gemelas.

El viejo ya se había movido. No porque Haryes lo mandara, porque Humo había sobrevivido trescientos años reconociendo cuándo alguien sabía más que él sobre algo específico. Y sobre esto, Haryes sabía más. El cómo y el por qué eran preguntas para después.

Ilis y Iris se movieron juntas. Iris miraba a Haryes con una atención que no había tenido antes, evaluación. Sus escamas subieron a sesenta hercios.

Gunwise no se había movido.

Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Las escamas de sus brazos brillaban con el mismo pulso que los otros Dragones al otro lado de las paredes. Sincronizado. Anclado.

La presión llegó de golpe.

El aire se volvió denso. La gravedad fluctuó en oleadas que empujaron los objetos de la mesa dos centímetros a la izquierda y tres a la derecha. Las paredes crujieron. Los cristales incrustados en los edificios cambiaron de frecuencia al mismo tiempo, un acorde disonante que le vibró en los dientes, en el paladar, en los huesos de la mandíbula.

Sentella rugió.

Corto. Agudo. Se aplastó contra el suelo con las orejas pegadas al cráneo. *Grande. Viene.*

Los Dragones no evacuaron. Se sentaron. Cruzaron piernas. Cerraron ojos. Las escamas de sus cuerpos brillaron al unísono, la misma frecuencia, el mismo pulso. Cada uno de ellos un nodo en una red que resistía la tormenta, no empujando contra ella sino absorbiendo su frecuencia y devolviéndola modificada.

Haryes se quedó de pie.

No se sentó. No cerró los ojos. Se plantó frente a la ventana con los pies separados a la anchura de los hombros, las rodillas ligeramente flexionadas, la espalda recta. La postura de alguien que ha resistido tormentas antes. Que sabe que el secreto no es anclarse ni absorber sino simplemente no caer. Aguantar con las piernas abiertas y dejar que pase.

La primera ráfaga movió las mesas. Haryes no se movió. La segunda ráfaga agrietó el cristal superior de la ventana, una línea diagonal de izquierda a derecha, fina, que dejó pasar un silbido agudo. Haryes puso la mano contra la grieta. La palma entera. El silbido se detuvo. La mano absorbió la frecuencia. Las marcas rúnicas de su antebrazo pulsaron más brillantes, ámbar intenso, caliente, visible incluso sin los sentidos de Leonardo.

Faith lo observó desde la pared interior. Leonardo la vio medir a Haryes con la misma atención que medía salidas y amenazas. Registrando. Archivando. No quién era Haryes sino qué sabía hacer Haryes y dónde lo había aprendido.

El viejo también observaba. Los ojos entrecerrados. Trescientos años de memoria buscando coincidencias otros hombres que habían sabido leer tormentas, otros cuerpos que se habían plantado frente a ventanas con la espalda recta y las rodillas flojas. Buscando el origen del gesto. Sin encontrarlo todavía.

La tercera ráfaga fue la peor. El suelo se inclinó dos grados. No mucho suficiente para que las cosas sueltas se deslizaran. El cuenco de piedra de la comida rodó cuarenta centímetros y chocó contra la pared con un golpe seco. Maku hizo un sonido agudo, clic clic clic, y los cables de su nuca se encendieron en blanco. Anya la cubrió con el cuerpo. Sentella se arrastró debajo de la mesa más grande y se hizo un ovillo con las orejas aplastadas.

Haryes giró la cabeza. No hacia el grupo, hacia el techo. Escuchó. La mandíbula apretada. Después relajó los hombros.

Pasa dijo.

Leonardo miró por la ventana. El código del cielo caía más rápido que nunca. Los símbolos se aceleraban, se superponían, formaban patrones que sus sentidos traducían en calor excesivo. La habitación no estaba más caliente, pero su piel registraba un aumento que no existía. Los cristales incrustados en los edificios más cercanos habían cambiado de alineación, rotados, inclinados, algunos apuntando en direcciones que no tenían antes. El Voynich latía contra su pecho, caliente, las páginas moviéndose solas dentro de su ropa.

Iris no se sentó.

Se quedó de pie junto a la otra ventana, mirando el caos afuera. Sus escamas pulsaban a sesenta y dos hercios, frecuencia de estrés. Desde que habían entrado a territorio Dragón algo había cambiado en ella. Más impulsiva. Más cercana a las ventanas.

Iris - dijo Ilis desde el suelo.

¿Qué?

Siéntate.

No.

Ilis no insistió. Cerró los ojos. Sus escamas bajaron a cuarenta y ocho, el ritmo de alguien que se obliga a estar en calma sin estarlo.

La tormenta duró seis horas.

Cuando terminó, tres edificios tenían grietas nuevas. Un tramo de camino se había desplazado cuarenta centímetros hacia el este. Dos personas estaban muertas, aplastadas por un muro que cedió. Los Dragones las envolvieron en tela y las llevaron fuera de la ciudad sin ceremonia. Sin palabras. El polvo todavía flotaba cuando las telas desaparecieron por el camino este.

Iris fue la primera del grupo en salir. Se paró en la puerta y miró los daños. Las grietas en los muros. Los escombros. Los guardias que retomaban posiciones con la eficiencia mecánica de gente que había hecho esto muchas veces. Sus escamas bajaron de sesenta y dos a cincuenta, un descenso que tampoco era calma sino decisión. Leonardo lo registró sin entender qué había decidido.

Ilis salió después. Se paró junto a su hermana. Las dos mirando en la misma dirección sur, donde el puesto de avanzada enviaba una columna de humo que la tormenta había despertado. Ninguna dijo nada. No necesitaban. Las escamas de las dos pulsaban a la misma frecuencia. Cincuenta hercios exactos. La sincronización de dos

cuerpos que llevan veinticinco años hablándose sin palabras. Leonardo las vio desde la ventana y algo le pulsó en el pecho que no resultó el Voynich. Algo que no tenía frecuencia ni color. Solo peso.

Haryes se sentó. Despacio. Las rodillas le crujieron al doblarlas. Había estado de pie seis horas. Sus piernas no temblaban pero los músculos de los muslos estaban tensos bajo la tela del pantalón. El hacha seguía donde la había dejado. La recogió. La puso en su regazo. Se quedó sentado.

Nadie le dijo nada. Nadie preguntó cómo había sabido qué hacer.

Haryes no ofreció explicación.

Las marcas rúnicas volvían a su ámbar normal. Estables. Cincuenta y cinco hercios. Los dedos de la mano izquierda rozaron las líneas más pálidas del antebrazo derecho, las gastadas, las que habían sido tocadas miles de veces. El gesto automático. El ritual de después de la tormenta, tan arraigado en el cuerpo que ni siquiera requería consciencia.

Orochi llamó a Leonardo esa tarde.

Lo recibió sola. Sin consejeros. Sin guardias visibles. La sala era diferente, más pequeña, con murales en las cuatro paredes que mostraban patrones de conexión entre cristales, líneas de fuerza, puntos de intersección. Orochi los había pintado ella misma. Leonardo lo supo por las marcas de pigmento en las yemas de sus dedos, idénticas al pigmento de los murales.

Cuéntame qué viste durante la tormenta.

Leonardo le contó. Las frecuencias. Los cambios de presión. El acorde disonante de los cristales. La sincronización de las escamas. El calor que no existía pero que su piel registraba.

Orochi escuchó sin interrumpir. Cuando Leonardo terminó:

Mi madre creía que el Astral era un instrumento. Que alguien lo había afinado. Y que las tormentas eran las cuerdas desafinándose.

Leonardo no respondió. La analogía era de Orochi, no suya. La dejó donde estaba.

¿Las conexiones que ves respondió Orochi, las del norte?

Siguen ahí. Más fuertes después de la tormenta. Los cristales de la ciudad cambiaron de alineación durante la presión. Algunos se movieron. Los que se movieron ahora apuntan en la misma dirección.

Norte.

Norte.

Orochi se quedó quieta. La luz del código entraba por la ventana y proyectaba sombras de símbolos sobre los murales. Las sombras se superponían a las líneas pintadas y por un momento Leonardo vio dos mapas: el de Orochi y el del código, superpuestos sin coincidir en nada.

Pueden quedarse dijo Orochi. Una semana. A cambio, cada noche me cuentas lo que ves.

¿Y después de la semana?

Después vemos.

PLANO MEDIO

Sánchez volvió a Laboratorios Xoc esa noche.

Con mejor preparación. Cámaras ocultas bajo la chaqueta. Un plan de escape memorizado, tres rutas, cada una con una contingencia, cada contingencia con un punto de abandono. Columbo esperaba afuera en el coche. Motor encendido. Luces apagadas. Radio en la frecuencia de emergencia de División 47, que

nadie usaba desde hacía dos años pero que seguía activa porque nadie se había molestado en desactivarla.

El edificio estaba más vigilado. Guardias nuevos en posiciones que no habían existido la semana anterior, dos en la puerta principal, uno en el tejado, otro patrullando el perímetro norte con un ritmo de siete minutos que Sánchez cronometró desde el coche antes de bajar. Alguien sabía que habían infiltrado. Alguien estaba preparado.

Pero Sánchez había encontrado otra entrada. Un conducto de ventilación en los planos originales que Thorne había conseguido sobornando a un funcionario del registro de construcción con una botella de whisky barato y la promesa de no volver a llamarlo. El conducto era estrecho. Sucio. Olvidado desde la construcción.

Sánchez se arrastró noventa metros en la tiniebla. Las rodillas contra metal. Los codos raspando óxido. El olor a polvo viejo y grasa de máquinas que nadie había mantenido en años.

El laboratorio principal estaba en el sótano. Más profundo que la planta baja. Más secreto.

Máquinas pulsando con luz que no tenía color definido. Tubos que llevaban líquido brillante sin razón física aparente. Un fluido que los sentidos de Leonardo habrían traducido en sonido, pero que para Sánchez era solo brillo anormal en un sótano que no debería existir. Y en el centro, tanques. Tanques llenos de líquido donde flotaban cuerpos.

Niños.

Ojos abiertos que no veían. Cables conectados a la base del cráneo. Monitores que mostraban ondas cerebrales en patrones que Sánchez no reconocía pero que se repetían con exactitud mecánica.

Diecisiete tanques en esta sala. Cada uno con un cuerpo. El más joven tendría seis años. Las manos pequeñas flotaban a los costados del cuerpo, los dedos ligeramente curvados, la posición exacta de alguien que duerme hondo excepto por los ojos abiertos. El mayor tendría doce. Pelo rapado. Una cicatriz en la ceja izquierda que alguien le había cosido mal.

Sánchez tomó fotos. De todo. Las manos le temblaban pero el enfoque era estable. Había practicado esto, disparar sin respirar, conseguir la imagen sin importar lo que mostrara. Cada obturador era un clic seco que rebotaba en las paredes del sótano. Después de la quinta foto dejó de escuchar los clics. Después de la décima dejó de temblar. El cuerpo se ajustó al horror de la misma manera que se ajusta al frío, no aceptándolo, acostumbrándose a él.

La alarma sonó en la foto diecisiete.

Sánchez corrió. Pasillos con luz roja de emergencia. Guardias gritando a su izquierda. El conducto de ventilación estaba a treinta metros. Veinte. Diez. Se metió de cabeza y avanzó con los codos como pistones contra el metal oxidado. La ropa se enganchó en un tornillo suelto. Tiró. La tela cedió. Siguió.

Salió al callejón con las rodillas en carne viva y aceite industrial en la ropa y el pelo.

Columbo la miró.

¿Lo conseguiste?

Sánchez le mostró la cámara. La pantalla brillaba en la oscuridad del coche. El rostro del niño de seis años mirando hacia arriba sin ver.

Diecisiete niños. Mínimo.

Columbo no dijo nada durante un minuto entero. El motor del coche temblaba bajo el asiento. Afuera, Ciudad Control seguía funcionando. Luces encendiéndose. Gente volviendo a casa. El ritmo normal de una ciudad que no sabía lo que pasaba en sus sótanos.

¿A quién se lo contamos?

A nadie todavía. Sánchez se limpió las manos en los pantalones. El aceite dejó marcas oscuras sobre la tela. Primero necesitamos la conexión. Quién ordena esto. Sin nombres, son solo fotos de un sótano.

Carandini.

Carandini es intermediario. Necesitamos a quien está arriba.

Columbo arrancó. Las luces del callejón se movieron sobre el parabrisas. Sánchez guardó la cámara en el bolsillo interior de la chaqueta. Contra el pecho. Donde las fotos de diecisiete niños quedaron entre su corazón y la tela de la chaqueta, calentándose con su calor corporal, durante todo el trayecto de vuelta. # MUERTE DE IRIS [K][H]

Iris se fue la quinta noche.

Nadie la vio salir. Ilis despertó a las tres de la mañana con un espacio vacío donde su hermana debería estar y una frecuencia diferente en el aire, la ausencia de los cincuenta y cinco hercios que habían sido constantes durante veinticinco años de vida compartida. El silencio donde debería haber señal.

Se levantó. Revisó la habitación. Las botas de Iris no estaban. El cuchillo que Kael le había dado como gesto diplomático tampoco.

Se fue le dijo a Faith.

Faith abrió los ojos inmediatamente. No - preguntó quién.

¿Cuándo?

Hace poco. La frecuencia todavía está en el aire.

Leonardo se despertó con el movimiento. El viejo ya estaba despierto sentado contra la pared, los ojos abiertos en la penumbra. Dormir y no dormir eran estados que su cuerpo alternaba sin consultarle. Haryes se incorporó del suelo con el hacha ya en la mano.

Gritó algo.

No una palabra del idioma que hablaban. Un sonido corto, gutural, que empezaba en la garganta y terminaba en el paladar con un golpe seco. Leonardo lo percibió como una línea roja en el aire, no roja de sangre, roja de alarma, el tipo de rojo que el cuerpo entiende antes que la mente. El sonido le raspó la nuca. Las terminaciones nerviosas reaccionaron como un alambre caliente a medio centímetro de la piel.

Una palabra de advertencia en un idioma que nadie reconoció.

Que llegó demasiado tarde.

¿Adónde fue? - preguntó Leonardo.

Leonardo miró la cama de Iris. Las mantas todavía tenían su forma.

Iris había hablado durante tres días sobre el puesto de avanzada Dragón al sur de la ciudad. Treinta soldados. Suministros. Armas. Un punto débil en la cadena logística que, según ella, podía ser saboteado por una persona si esa persona sabía moverse sin ser vista.

Ilis le había dicho que no. Una vez. Con una palabra.

No.

¿Por qué no?

Porque te van a matar.

No me van a matar.

Entonces porque es estúpido.

Es necesario.

Es estúpido y necesario. Los dos pueden ser verdad.

Iris no había respondido. Ilis había interpretado la pausa como acuerdo. Ilis se equivocó.

Orochi fue informada al amanecer. Su reacción fue enviar a Kael con ocho soldados. No para rescatar a Iris, sino para evaluar los daños que hubiera causado en el puesto de avanzada.

Si su compañera atacó un puesto Dragón, esto cambia los términos replicó Orochi. La voz suave. Los ojos no.

Iris actúa sola - dijo el viejo. No representa al grupo.

En mi territorio, todo el mundo representa a alguien.

Orochi lo miró. Sostuvo la mirada. Trescientos años contra una vida entera en territorio que ella gobernaba. Ninguno cedió. Ninguno necesitaba ceder el resultado no dependía de ellos, sino de lo que Kael encontrara.

Esperamos - mencionó Orochi.

Esperamos.

Las horas de espera fueron peores que la tormenta.

Ilis no se movió del rincón. Las escamas a cincuenta y cinco hercios la frecuencia exacta de Iris. La frecuencia que compartían. Leonardo no sabía si Ilis la mantenía a propósito o si su cuerpo buscaba la señal que faltaba y la producía él mismo para llenar el hueco. Los dos eran posibles. Los dos eran terribles.

Faith contaba. Salidas, guardias, minutos. Los dedos golpeando la rodilla en el patrón de tres que usaba para procesar tres golpes, pausa, tres golpes. Leonardo la había visto hacer lo mismo durante la fiebre de Maku, durante las noches en el campamento Lobo, durante

cada momento en que la información disponible era insuficiente para calcular una respuesta y lo único que quedaba era esperar con los puños cerrados.

Anya preparó comida que nadie comió. La dejó en el cuenco. Puso una porción extra en el cuenco de Ilis, más carne, más caldo, el trozo más grande de raíz sin mirarla, sin decirle que comiera, sin hacer ningún gesto que pudiera confundirse con ternura. Volvió a sentarse con Maku. Los cables de Maku pulsaban en gris intermitente el ritmo más lento que Leonardo había registrado. Cada pulso separado por cuatro segundos de quietud. Cuatro segundos en los que Maku no existía para los sentidos de Leonardo y después volvía. Aparecía. Desaparecía. Parpadeo de lo que se apaga.

Gunwise no estaba. Había salido al amanecer sin explicar adónde. No había vuelto.

Haryes estaba de pie junto a la puerta. No había hablado desde el grito. El hacha en la mano izquierda, la hoja apuntando hacia abajo, el peso descansando contra la pierna. Los nudillos blancos. Leonardo veía las marcas rúnicas del antebrazo pulsando cincuenta y cinco hercios estables pero con un armónico debajo, una frecuencia que no había estado antes. Un segundo acorde. Inaudible para los demás. Para Leonardo era un temblor ámbar bajo la superficie del ámbar.

Sentella se había metido debajo de la mesa de piedra. Las orejas pegadas al cráneo. No transmitía. No rugía. Se había hecho pequeña todo lo pequeña que una criatura de su tamaño podía hacerse en un espacio construido para personas.

Fumaba la pipa vacía. Tres siglos de hábitos que no necesitaban tabaco para funcionar. El gesto era suficiente la mano, la boca, la

rotación del cilindro entre los dedos. El ritual como estructura. Como lo único que no se rompía cuando todo lo demás se rompía.

Leonardo abrió el Voynich. Lo cerró. Lo abrió otra vez. Las páginas mostraban las mismas conexiones de siempre los cristales de la ciudad, los hilos hacia el norte, los puntos pulsantes. Nada había cambiado en el Voynich. El Voynich no registraba la muerte de una persona. Solo frecuencias, patrones, geografía. Iris no lucía como frecuencia ni patrón ni geografía. Iris era una mujer que había tomado un cuchillo y había salido de noche y no había vuelto.

El Voynich no tenía opinión sobre eso.

Kael volvió al mediodía.

Los vieron desde la ventana. Nueve figuras en la distancia, ocho soldados en formación triangular y uno delante cargando un bulto. El bulto era demasiado largo para ser provisiones y demasiado corto para ser equipo. Leonardo supo lo que era antes de que Kael cruzara la primera línea de guardias. El peso de la carga inclinaba a Kael hacia la izquierda. Cada tres pasos ajustaba el agarre. La tela de campaña goteaba algo oscuro que dejaba un rastro punteado en la tierra.

Ilis se levantó del rincón. Las escamas pasaron de ocho hercios a cincuenta y cinco en menos de un segundo, la frecuencia de Iris. La frecuencia exacta. Buscando respuesta. Sin recibirla.

Bajó por la escalera sin hablar.

El grupo la siguió. El viejo primero, la mano en el hombro de Faith para bajar los escalones, la única concesión a sus rodillas que Leonardo le había visto hacer. Haryes con el hacha. Anya con Maku pegada al pecho. Sentella apretada contra la pared del pasillo, las orejas rotando hacia los sonidos de afuera. Gunwise había vuelto. Se

paró junto a la puerta con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

Kael entró al patio.

Traía a Iris.

Lo que quedaba de Iris.

Había llegado al puesto. Había logrado pasar las dos primeras líneas de guardia, velocidad y entrenamiento contra rutina y confianza. En la tercera, tres soldados Dragón la habían interceptado. No la capturaron. No la interrogaron. No tuvieron tiempo de decidir qué hacer con ella porque Iris atacó primero el cuchillo contra tres lanzas, velocidad contra alcance, furia contra formación.

Duró menos de un minuto.

La lanza que la mató entró por la sien derecha y salió por la mandíbula izquierda. Un golpe descendente. Entrenado para detener a alguien que corre hacia ti. El blanco se mueve hacia la lanza, no al revés.

Kael la traía envuelta en tela de campaña. La dejó en el suelo frente a Orochi. Frente al grupo. Frente a Ilis. La tela estaba empapada de un lado. El líquido había dejado de gotear pero la mancha se extendía por la tierra donde Kael depositó el bulto, un círculo oscuro que se expandía despacio, absorbido por el polvo.

Los soldados que la acompañaban no miraban al grupo. Miraban a Orochi. Esperando instrucciones. La cadena de mando funcionaba incluso cuando el contenido era un cuerpo.

Ilis miró el bulto.

No se acercó inmediatamente. Se quedó de pie a tres metros. Las escamas subieron a setenta hercios, una frecuencia que Leonardo

nunca había registrado, que le hacía doler la mandíbula, que resonaba en las muelas con la intensidad de un taladro detrás de la pared. Después bajaron. Rápido. Treinta hercios. Veinte. Diez. Casi silencio.

Caminó hacia el cuerpo. Se arrodilló. Abrió la tela.

La cara de Iris tenía una herida de lanza que cruzaba desde la sien derecha hasta la mandíbula izquierda. La herida había dejado de sangrar hacía horas. La sangre seca era marrón oscuro sobre piel que ya no tenía color. Los ojos abiertos. Los ojos que habían mirado desde lejos cada noche que Ilis se sentaba junto a Haryes. Los ojos que habían visto todo y no habían juzgado nada. O que habían juzgado todo sin decir nada.

Ya no miraban.

Ilis no lloró. No gritó.

Sacó el anillo del dedo meñique de Iris. Un aro de metal sin marca que las dos habían llevado desde niñas. Se lo puso en el bolsillo. Los dos anillos juntos. El peso de los dos en la misma tela.

Se levantó.

¿Dónde la entierran? - preguntó.

Su voz estaba nivelada. Cada palabra medida. Cada sílaba con el mismo peso. El idioma reducido a logística, coordenadas de entierro, no expresión.

Orochi - señaló hacia el este.

Hay un campo. Lo usamos para los nuestros.

Iris no es de los suyos.

No. Orochi la miró. Pero murió en nuestro territorio. Eso le da derecho.

Ilis no agradeció.

Cargó el cuerpo sola. Nadie la ayudó porque nadie se atrevió a ofrecer y ella no lo pidió. El peso del cuerpo de Iris la hacía caminar inclinada hacia la derecha. El brazo de Iris colgaba fuera de la tela. Los dedos rozando el suelo. Dejando un surco en la tierra cada tres pasos cuando el balanceo del cuerpo los bajaba lo suficiente.

Haryes caminó detrás de ella. A cinco metros. Sin hablar. Sin acercarse. Presente. El hacha en la espalda. Los ojos fijos en la espalda de Ilis.

Enterraron a Iris esa tarde.

En el campo Dragón. Junto a los muertos de una guerra que no constituía la suya, en tierra que no conocía, bajo un cielo de código que caía sin importarle quién vivía o moría debajo. Ilis cavó sola. Tardó dos horas. No usó herramienta. Las manos contra la tierra, las uñas arrancando piedras, los dedos excavando arcilla que se resistía y después cedía y después se resistía otra vez. Cuando terminó, tenía las manos en carne viva y tierra bajo las uñas que no se limpiaría en días. La sangre de los dedos se mezcló con la tierra y dejó marcas rosadas en los bordes del hueco.

Bajó el cuerpo.

Haryes se adelantó.

Tres pasos. Del metro y medio que había mantenido durante la caminata a medio metro del borde de la tumba. Ilis lo miró. No lo detuvo.

Haryes se arrodilló. Recogió cuatro piedras del suelo. Las seleccionó no al azar. Las pesó en la mano. Descartó dos. Buscó otras. Encontró las que necesitaba. Piedras del tamaño de un puño, lisas de un lado, rugosas del otro.

Colocó la primera al norte del cuerpo. La segunda al sur. La tercera al este. La cuarta la sostuvo un momento. Cerró los ojos. Movi6 los labios sin producir sonido. Después la colocó al oeste.

El gesto final fue con la mano derecha. Los dedos juntos, la palma hacia abajo, un movimiento horizontal a la altura del pecho. De izquierda a derecha. Despacio. La mano temblaba. No por debilidad por el esfuerzo de mantenerla estable mientras algo dentro de él intentaba que temblara.

No parecía un gesto Dragón. Distaba de ser un gesto Lobo.

Faith lo vio. Registró. No preguntó.

Se quedó donde estaba, treinta metros atrás. La pipa vacía en la boca. Los ojos fijos en Ilis y en Haryes las dos únicas cosas que existían en el campo para él en ese momento.

Sentella emitió un sonido bajo. Ni gruñido ni ronroneo. Algo entre los dos que Leonardo percibió como gris frío, el gris de las mañanas de invierno cuando la humedad se condensa en las ventanas y el mundo detrás del cristal es una mancha sin forma. Maku estaba inmóvil en los brazos de Anya. Los cables de su nuca se habían apagado completamente sin pulso, sin movimiento. Algo se había desconectado. No tenía relación con Iris pero respondía al hecho de la muerte. Anya la apretaba contra el pecho sin darse cuenta de que lo hacía.

Ilis se quedó de pie junto a la tumba.

No se fue. No habló. Se quedó de pie mirando la tierra que cubría a su hermana. Las escamas estabilizadas en ocho hercios tan bajo que Leonardo apenas lo percibía. Un murmullo. Un zumbido debajo del umbral de conciencia.

Esto cambia la negociación - dijo Faith, de vuelta en la habitación.

Esto cambia todo.

Haryes se sentó contra la pared. La mano sobre el mango del hacha. Los nudillos blancos. La mano no se movió durante horas. Cuando Gunwise le ofreció agua, la tomó con la otra mano. La izquierda no soltó el mango.

Leonardo le miró las marcas rúnicas del antebrazo. Cincuenta y cinco hercios. Estables. Pero el armónico de antes había desaparecido. Lo que quedaba era la frecuencia base. Limpia. Sola. El segundo acorde se había ido con Iris.

Ilis volvió después del atardecer.

Entró a la habitación. No miró a nadie. Se sentó en el rincón donde Iris solía sentarse. El rincón junto a la ventana. Se quedó ahí.

Haryes caminó hacia ella. Se sentó a un metro. El mismo gesto de las fogatas en el campamento Lobo, presencia sin demanda, cercanía sin contacto. Pero la distancia era menor. Un metro. No metro y medio. No cinco. Un metro.

Ilis no lo miró.

No lo alejó.

Afuera, el código del cielo seguía cayendo. Caía sobre la tumba de Iris en el campo este, sobre las piedras que Haryes había colocado en las cuatro direcciones, sobre la tierra removida que tardaría semanas en asentarse. El código no distinguía entre los vivos y los muertos. Caía igual sobre todos.

En Ciudad Control, Sánchez no durmió esa noche.

Las fotos estaban en una carpeta dentro de otra carpeta dentro de una partición cifrada en el disco duro que Thorne había modificado para parecer corrupto si alguien lo conectaba sin la secuencia

correcta. Diecisiete fotografías. Diecisiete niños. Cada uno con cables en la base del cráneo y los ojos abiertos mirando hacia arriba sin ver.

Sánchez las revisó por quinta vez. No por buscar detalles nuevos por confirmar que seguían ahí. Que el sótano existía. Que los tanques existían. Que ella no se había inventado nada durante la adrenalina del escape.

Los monitores de ondas cerebrales mostraban un patrón. Lo había visto en alguna parte. Registros antiguos de División 47, antes de que cerraran el departamento de investigación. Antes de que alguien decidiera que era mejor no preguntar qué hacían en los sótanos.

Columbo entró con café.

Las órdenes de transferencia de material biológico llevan una firma. Dejó la taza junto al teclado. El café olía a quemado. Doctor Xoc. Pero Xoc es un alias. Nadie con ese nombre aparece en ningún registro civil, médico o académico de los últimos treinta años.

Alguien le paga.

Alguien le paga mucho. Y ese alguien pasa por Carandini.

Sánchez miró a Columbo. Columbo miró la pantalla. En la fotografía número seis, el niño de ocho años tenía una cicatriz quirúrgica detrás de la oreja izquierda. Fresca. Los puntos todavía visibles.

Necesitamos a Carandini - dijo Sánchez.

Carandini no habla con nosotros.

Entonces necesitamos a alguien que le haga hablar.

Columbo se sentó. Tomó un sorbo de café. Hizo una mueca demasiado caliente, demasiado quemado, demasiado todo. Lo dejó en la mesa.

Sol añadió.

Sánchez no discutió. Sol. # VENGANZA [K][H]

Ilis dejó de hablar.

No de golpe por capas. El primer día después de Iris contestaba preguntas con monosílabos. Comió del cuenco compartido. Bebió agua. Se lavó las manos en la palangana de piedra y el agua salió rosada, la sangre de cavar todavía fresca en las grietas de los nudillos. La herida no la miraba. Las manos seguían funcionando. Las respuestas salían de su boca con la precisión de un mecanismo que ejecuta rutinas pendientes antes de apagarse.

El segundo día, gestos. La cabeza para sí. La mano para señalar. Los ojos se movían pero no aterrizaban en nadie. Leonardo la observó durante la cena. Las escamas habían bajado de ocho a doce hercios y ahí se habían quedado, debajo del umbral de audición humana pero dentro del rango de percepción de Leonardo. Lo sentía en el esternón. Una frecuencia constante. Fría. Hacía temblar los objetos pequeños sobre la mesa, la taza de agua temblaba, la superficie formaba anillos concéntricos que se expandían y chocaban contra las paredes de la cerámica.

El tercer día, dejó de contestar. Se movía con el grupo. Comía lo que le ponían delante. Dormía donde le señalaban. Las escamas estabilizadas en doce hercios. Constante. Inquebrantable.

Cálculo.

Faith lo vio primero. La manera en que Ilis miraba a los guardias Dragón cuando pasaban. No con odio, era caliente, ruidoso, se delataba. Lo que había en los ojos de Ilis era medición. Distancias. Rutinas. Horarios de cambio de guardia. Lo mismo que Faith hacía por instinto, pero con un objetivo diferente. Faith medía para

sobrevivir. Ilis medía para lo que todavía no tenía nombre pero que Faith reconocía porque lo había visto antes en personas que después hacían cosas de las que no se volvía.

Va a hacer algo le dijo Faith.

Lo sé.

¿Vamos a dejar que lo haga?

Giró la pipa entre los dedos. Tres vueltas completas antes de responder. Los ojos fijos en un punto de la pared que no contenía nada excepto la sombra de un cristal que pulsaba despacio.

¿Puedes detenerla?

No.

Entonces no es nuestra decisión.

Eso - indicó Iris - es una respuesta de mierda.

La miró. Ojos oscuros. Trescientos años en esos ojos. Trescientos años de gente que había tomado decisiones que no podían detenerse y que habían salido bien o habían salido mal y que en ambos casos habían salido sin su permiso.

Sí dijo. Lo es.

Haryes intentó hablar con Ilis esa noche.

Se sentó junto a ella en la habitación. El mismo lugar. El mismo gesto. La constancia de alguien que repite lo que sabe hacer aunque sepa que no va a funcionar, porque no hacerlo sería peor. Pero Ilis no estaba en la fogata. Ilis estaba en otra parte. Sus ojos miraban la pared pero registraban distancias que no estaban en la pared, distancias entre guardias, tiempos de patrulla, ángulos de cobertura.

Los demás estaban distribuidos en la habitación con la geometría precisa de gente que ha aprendido a compartir espacio durante semanas. Don Humo contra la pared norte, la posición que le daba

ángulo de visión a la puerta y la ventana. Faith junto a la mesa, los dedos golpeando la rodilla en el patrón de tres. Anya en el rincón con Maku dormida, los cables pulsando en el gris intermitente que se había vuelto su estado normal. Sentella debajo de la mesa, orejas rotando. Leonardo junto a la ventana, donde la luz del código le permitía escribir en el Voynich sin necesitar otra fuente de luz.

Gunwise no estaba. Había salido después de la cena sin decir adónde.

La frecuencia de Ilis llenaba la habitación. Doce hercios. Leonardo la sentía en el agua de la taza sobre la mesa, anillos concéntricos, constantes, mecánicos. La sentía en la mandíbula. La sentía en el suelo a través de las suelas de las botas.

Haryes la sentía también. No con los sentidos de Leonardo, con el cuerpo. Las marcas rúnicas de sus brazos respondían al infrasonido con una resonancia armónica. Cincuenta y cinco contra doce. Los dos números no eran múltiplos. No resonaban. Se friccionaban dos frecuencias que compartían espacio sin coincidir, generando un batimiento que Leonardo percibía como un parpadeo ámbar cada vez que la onda de Ilis cruzaba la de Haryes.

Si sales de noche, te matan - contestó Haryes.

Ilis lo miró. Primera vez en dos días que sus ojos se enfocaban en alguien.

No me van a matar.

Eso - indicó Iris - es lo que él dice.

El golpe fue intencional. Haryes lo sabía. Ilis lo sabía. El aire entre los dos se enfrió, no literalmente, pero Leonardo lo percibió como una caída de temperatura en la frecuencia, un descenso brusco que

hizo que las líneas ámbar de las runas de Haryes se opacaran medio segundo.

No soy Iris - dijo Ilis.

No. No lo eres.

La voz de Haryes era diferente. No la voz del hombre que se sentaba junto al fuego. La voz de alguien acostumbrado a que lo escucharan.

Iris fue al puesto porque creía que podía cambiar algo - indicó Haryes. Tú no quieres cambiar nada. Quieres romper algo. Y romper es más fácil que cambiar pero después te quedas con los pedazos y nada donde ponerlos.

Ilis se levantó.

Su cara no cambió. La frecuencia de sus escamas no cambió. Pero algo detrás de los ojos se movió, un cálculo que incorporaba lo que Haryes había dicho y lo archivaba sin aceptarlo ni rechazarlo.

Solo te pedimos que sigas caminando con nosotros - dijo Haryes.

La frase salió de un lugar que Leonardo no había visto antes en Haryes. No del guerrero. No del navegante. Del hombre que sabía lo que era querer destruir todo y que había elegido irse en lugar de hacerlo. La frase de alguien que conocía la alternativa a caminar, conocía quedarse, conocía destruir, conocía la inmovilidad del que decide que nada vale la pena y que había elegido caminar porque caminar era lo único que quedaba cuando las otras opciones dejaban de funcionar.

Ilis no respondió. Caminó hacia la puerta. Se detuvo.

Lo que mató a Iris no fueron tres soldados con lanzas.

Silencio.

Fue el sistema. El mismo sistema que manda las tormentas. Que decide quién ancla y quién no. Que diseña los rayos.

La cara de Haryes no cambió.

No se sorprendió. Leonardo lo registró. La cara de alguien a quien le dicen lo que ya sabía lo que había sabido antes de llegar aquí. Antes de unirse al grupo. Antes de cruzar del norte al sur. La cara de alguien que conocía los rayos diseñados porque los había visto caer en otro lugar. En otro territorio. Sobre otra gente.

Ilis lo notó también.

Tú lo sabías - señaló.

Sí - contestó Haryes.

Dos sílabas. Sin explicación. Sin contexto. Sin el nombre del lugar donde lo había visto. Sin la historia que explicaba por qué lo sabía. Solo la confirmación.

Ilis lo miró tres segundos. Los tres segundos más largos de la noche.

Salió.

Gunwise apareció media hora después. Se sentó donde Ilis había estado. Olía a humo de cocina y a metal. Traía un trozo de carne envuelto en hoja que dejó sobre la mesa sin ofrecerlo a nadie, no un regalo, un sobrante que no se molestó en tirar.

Orochi sabe - dijo.

¿Sabe qué?

Que la gemela está planeando algo. Los guardias informaron. Gunwise se rascó el cuello, donde la cicatriz vieja de una quemadura dejaba la piel rugosa y brillante bajo la luz de los cristales. La frecuencia de sus escamas cambió. Los Dragones perciben

infrasonido. Lo interpretan como hostilidad. Como una depredadora preparándose.

¿Qué va a hacer Orochi?

Nada. Mientras no actúe, no hay delito. Aquí los pensamientos no se castigan. Gunwise hizo una pausa. Se miró las manos. Manos grandes, callosas, con un dedo torcido en la izquierda que nunca se había curado bien. Lo que les hacen a las personas que actúan es otra cosa.

¿La misma cosa que le hicieron a Iris?

Más rápido. Gunwise cruzó los brazos. A Iris no la esperaban. A esta sí. Tienen un protocolo para escamas hostiles. Lo vi en los muros cuando llegamos, marcas de quemadura a metro y medio de altura. Varias. Antiguas. De otros que tuvieron la misma idea.

Faith procesó eso. Las marcas de quemadura. Metro y medio. Altura de antebrazos extendidos. Escamas contra piedra.

Necesitamos sacarla del cálculo - dijo Faith.

No vas a sacarla del cálculo - añadió Gunwise. La única pregunta es si el cálculo incluye sobrevivir o no. Si incluye sobrevivir, tenemos algo con qué trabajar. Si no, da igual lo que hagamos.

Leonardo encontró a Ilis al amanecer.

Estaba en el campo donde habían enterrado a Iris. De pie frente a la tumba. Las manos vacías. Las piedras de Haryes seguían en su sitio, las cuatro, una en cada dirección, intactas. Ilis no las había movido. No las había tocado. Pero las miraba. Miraba la disposición norte, sur, este, oeste con la atención de alguien que reconoce un patrón sin saber de dónde viene.

Las escamas habían subido a cuarenta hercios, frecuencia intermedia, entre vigilia y decisión.

No se había movido en horas. La tierra alrededor de sus botas estaba seca. Ella no. El rocío del amanecer, el Astral no tenía rocío real pero la condensación de la humedad del código producía algo similar, gotas de agua que aparecían en las superficies frías al cambiar la presión. Llevaba horas ahí. Las botas habían dejado marcas en la tierra, no de caminar, de peso, de la presión constante de un cuerpo que no se ha movido durante suficiente tiempo para hundirse dos milímetros en suelo blando.

Los otros muertos del campo estaban marcados con piedras Dragón negras, redondeadas, apiladas en montículos de tres. Las piedras de Haryes eran distintas, más claras, más angulosas. Seleccionadas con criterios que no eran Dragón ni Lobo ni de ningún clan que Leonardo hubiera visto. El patrón cardinal norte, sur, este, oeste era diferente del patrón Dragón este, oeste, arriba. Otro sistema. Otra geografía de la muerte.

Leonardo no dijo nada. Se quedó a diez metros. Lo bastante cerca para que supiera que estaba ahí. Lo bastante lejos para que no tuviera que reaccionar.

El pie izquierdo le ardía. La ampolla del segundo día se había reventado y cicatrizado y la cicatriz nueva tiraba de la piel con cada paso. Se quedó quieto. El dolor era menor quieto. Todo era menor quieto.

Ilis habló sin darse vuelta.

¿Cuánto duró? Cuando mataron a tu esposa.

Leonardo no esperaba la pregunta. El Voynich pulsó contra su pecho. Un pulso fuerte, único, que después se estabilizó.

¿Cuánto duró qué?

Las ganas de matar a alguien. El cielo de código caía sobre los dos. Sobre la tumba de Iris. Sobre las piedras que Haryes había colocado con manos que temblaban por el esfuerzo de no temblar. Sobre la tierra removida que ya empezaba a asentarse.

Todavía duran - dijo Leonardo.

No se dio vuelta.

Leonardo caminó de regreso a la ciudad. A medio camino se cruzó con Haryes, que venía en dirección contraria. Hacia el campo. Hacia Ilis. El hacha en la espalda. Los ojos fijos adelante.

No se saludaron. Haryes pasó junto a Leonardo y siguió caminando. Leonardo siguió caminando.

En la habitación, El viejo estaba sentado donde lo había dejado la noche anterior. Los ojos abiertos. Esperando a que el grupo se juntara. Esperando a que alguien decidiera algo o a que nadie decidiera nada y la inercia los empujara hacia el siguiente día. Trescientos años de práctica esperando.

Sentella dormía a sus pies. Maku hacía clic en la esquina. Anya estaba despierta, con las manos en el regazo y los ojos fijos en la puerta por donde Leonardo acababa de entrar.

¿Ilis? - preguntó Anya.

En el campo. Haryes fue.

Anya no - añadió nada. Las manos en el regazo se cerraron sobre un trozo de tela que Leonardo reconoció como la misma tela en que Kael había traído el cuerpo de Iris. Anya lo había recogido. Lo había doblado. Lo guardaba.

No porque tuviera uso.

Porque alguien tenía que guardar las cosas de los muertos y Anya era la persona que siempre guardaba las cosas de los muertos sin que

nadie se lo pidiera.

Faith entró con un cuenco de agua. Lo dejó en la mesa. No observó buenos días porque no había nada bueno en la mañana y decirlo habría sido mentir y Faith no mentía sobre cosas que importaban.

Hoy es el quinto día - dijo. Orochi nos dio siete.

Nos quedan dos.

¿Y después?

Después negociamos otra semana o nos vamos.

No podemos irnos sin resolver lo de Ilis.

Lo de Ilis se resuelve solo. O no se resuelve. Los dos caminos terminan con nosotros caminando al norte. La diferencia es con cuántos.

Faith procesó eso. La mandíbula apretada, los ojos fijos en un punto de la mesa que no tenía nada.

Se levantó. Las rodillas crujieron. Las suyas y las de la silla.

Come algo le replicó a Leonardo. Y después ve a ver a Orochi. Dile lo que viste anoche. Dile todo. Necesitamos que nos quiera aquí cuando esos dos días terminen.

Leonardo miró el cuenco de la mañana. Comida Dragón. Raíces. Carne. Todo junto. Todo revuelto.

Se sentó junto al cuenco.

Comió.

El norte seguía tirando.

En Ciudad Control, Sol aceptó.

No inmediatamente. Primero miró las fotos. Las diecisiete. Una por una. Sánchez y Columbo esperaban de pie junto a la puerta del apartamento. El apartamento olía a café viejo y a libros apilados Sol

tenía la costumbre de apilar informes impresos sobre todas las superficies horizontales disponibles, incluido el suelo, incluidas las sillas, de manera que sentarse requería mover tres pilas y encontrar un espacio donde la cuarta no se cayera.

Sol pasó la foto número once. La número doce. La número trece. En la catorce se detuvo. Un niño de diez años con el cráneo afeitado y electrodos visibles. Los ojos abiertos. La boca cerrada. Flotando.

¿Cuánto tiempo llevan ahí? - preguntó Sol.

No lo sabemos - apuntó Sánchez. Los monitores muestran patrones estabilizados. Podría ser semanas. Podría ser meses.

Sol cerró la carpeta. La dejó sobre la mesa. Sobre la pila de informes que ya estaba ahí.

García tiene una fuente en el registro médico dijo. Si Doctor Xoc es un alias, la fuente puede rastrear la licencia original. Necesito tres días.

No tenemos tres días.

Tienen los días que yo necesite. Sol la miró. Ojos de alguien que había investigado cosas peores y que había aprendido que la prisa era el segundo enemigo después de la ignorancia. Hagan lo que hacen siempre. Vigilen. Documenten. No toquen nada hasta que yo tenga la cadena completa.

Columbo y Sánchez salieron.

En la escalera del edificio, Columbo se detuvo. El pasillo olía a humedad y a pintura descascarada. La luz del techo parpadeaba un tubo fluorescente que nadie iba a cambiar.

Si Sol encuentra la cadena - dijo Columbo, llega hasta Carandini.

Lo sé.

Y si llega hasta Carandini, Carandini va a tener que elegir un lado.

Sánchez bajó las escaleras. El sonido de sus pasos resonaba en el hueco de la escalera. Cada piso amplificaba el eco. Para cuando llegó a la planta baja sonaba a tres personas bajando.

Todos vamos a tener que elegir un lado - dijo sin darse vuelta.

La puerta del edificio se cerró detrás de ella. Ciudad Control seguía funcionando afuera. El tráfico de siempre. Las luces de siempre. Los sótanos de siempre, debajo de todo, donde diecisiete niños flotaban con los ojos abiertos mirando un techo que ninguno de ellos podía ver. # DR. XOC [L][A][H]

Leonardo fue a ver a Orochi al mediodía.

Solo. El viejo lo había dicho con la boca llena de raíces y la voz plana de alguien que da instrucciones operativas, no sugerencias. Ve a ver a Orochi. Dile lo que viste anoche. Dile todo. Leonardo no preguntó qué era “todo”. Sabía lo que significaba: las tormentas diseñadas. Los rayos que caían en patrones geométricos. La cara de Haryes cuando Ilis - comentó “el sistema diseña los rayos” la cara de alguien que ya lo sabía.

El pasillo hacia la sala de Orochi tenía cuatro guardias. Dos en cada extremo. Lanzas de obsidiana pulida con puntas que absorbían la luz del código en lugar de reflejarla. Leonardo percibió la frecuencia de las lanzas antes de verlas una presión grave, debajo del umbral de audición normal, que le llegó como presión en las muñecas. Las lanzas estaban afinadas. No solo afiladas, calibradas para resonar a una frecuencia que los Dragones usaban para comunicar peligro.

El suelo de la sala era piedra sin pulir. Las juntas entre bloques tenían musgo seco gris, aplastado por años de pisadas, que crujía bajo las botas de Leonardo. La sala olía a obsidiana caliente y a algo

más, un olor mineral, metálico, que venía de las escamas de los guardias o de las paredes o de ambas cosas a la vez.

Orochi estaba sentada en el centro de la sala. No en trono. En un bloque de piedra que tenía la misma altura que cualquier otro asiento. Las escamas de sus brazos y cuello emitían una frecuencia baja y constante que Leonardo percibía como una línea horizontal de color cobrizo a la altura de su pecho. Estable. Densa. La frecuencia de alguien que no ha cambiado de opinión en décadas.

Sexto día - dijo Orochi.

Sexto día.

Dijiste que tenías algo. Don Humo mandó decir que valía la pena escucharlo.

Las tormentas - admitió Leonardo. No son naturales.

Orochi no se movió. Las escamas no cambiaron de frecuencia. La línea cobriza se mantuvo exacta.

Continúa.

Los rayos caen en patrones. Geométricos. La tormenta de hace dos días los impactos formaban un perímetro alrededor de la zona este de la ciudad. Tres ráfagas a intervalos regulares. La primera al norte, la segunda al sur, la tercera cerrando el arco. No es clima. Es diseño.

Orochi lo miró. Los ojos de pupilas verticales evaluando lo que No fue la información era la fuente. Cuánto sabía. De dónde lo sabía.

Perdí cuatro ciudades antes de entender eso - dijo Orochi.

Leonardo procesó. Cuatro ciudades. No cuatro batallas ni cuatro escaramuzas. Ciudades enteras.

¿Cuánta gente?

La primera tenía ochocientos. La segunda, trescientos. La tercera ya nadie quiso contarlos. Orochi se levantó. Las escamas de los brazos cambiaron la frecuencia, subieron medio tono, apenas perceptible, de cobrizo a un ámbar opaco. Los rayos los mataron a todos. No como arma de guerra. No como castigo. Los rayos vinieron porque las ciudades habían crecido demasiado. Porque la señal de ochocientas personas juntas era demasiado fuerte para que el sistema la ignorara.

Leonardo sacó el Voynich. Lo abrió sobre la piedra. Las páginas pulsaron blanco, amarillo tenue, blanco reaccionando a la frecuencia de la sala, a las escamas de Orochi, a la obsidiana de las lanzas.

Puedo mostrarte los patrones dijo. Lo que el libro registra. Los intervalos. Las zonas donde la señal es más débil.

Orochi lo miró. Las pupilas se dilataron. No codicia reconocimiento. Había visto algo así antes. O había oído hablar de algo así. Las escamas del cuello cambiaron de frecuencia por primera vez desde que Leonardo había entrado, subieron un cuarto de tono, apenas perceptible, un destello de ámbar en la línea cobriza que desapareció en medio segundo.

Mi madre buscó ese libro treinta años apuntó. Kael me dijo que existía. No le creí.

Existe.

Lo veo. Orochi se sentó otra vez. La frecuencia volvió al cobrizo estable. Muéstrame las zonas débiles.

Leonardo pasó las páginas. El Voynich - respondió a sus dedos la tinta se reorganizaba, los patrones se densificaban en ciertas regiones, se diluían en otras. Señaló las zonas donde la señal del

sistema se adelgazaba. Tres de ellas estaban al norte. Territorio que nadie había cruzado desde que el Vacío se había expandido.

¿Qué hay ahí? - preguntó Leonardo, señalando la zona más débil. Norte. Lejos. Más allá del territorio Dragón conocido.

No lo sé - dijo Orochi. Mandé exploradores. Dos grupos. El primero volvió diciendo que las tormentas se detenían a tres días de camino hacia el norte. Que había una franja de terreno donde los rayos no caían.

¿Y el segundo grupo?

No volvió.

Quietud. El Voynich pulsó una vez. Fuerte.

Dos días más - señaló Orochi. Eso te di. Mañana es el séptimo.

Necesitamos más.

Todo el mundo necesita más. Orochi miró las páginas del Voynich. ¿Qué ofreces?

Los patrones. Completos. Dónde caen los rayos, cuándo, a qué intervalos. Para Escama y el territorio circundante.

Orochi procesó. La frecuencia de las escamas osciló cobrizo, ámbar, cobrizo. Cálculo.

Tres días más señaló. A cambio de los patrones. Y a cambio de que tu gente ayude a mapear el perímetro defensivo.

Hecho.

No hubo apretón de manos. No hubo gesto. Orochi se levantó y caminó hacia la puerta. En el umbral se detuvo.

El hombre grande de tu grupo. El del hacha. El que tiene las marcas en los brazos.

Leonardo esperó.

Lo he visto antes - dijo Orochi. No a él. Esas marcas. Las runas de los clanes del norte. Hace veinte años que no veo a un norteño tan al sur.

Leonardo no respondió. Orochi no esperaba respuesta. Salió.

Las lanzas de obsidiana resonaron cuando la puerta se cerró. Un armónico bajo que le vibró en el esternón.

Cuando volvió a la habitación, Ilis estaba sentada junto al cuenco.

Comía. No mucho. Un trozo de raíz, mordido tres veces, masticado despacio. Pero comía. Las escamas de los antebrazos a cuarenta hercios. La misma frecuencia de esa mañana en el campo. Vigilia. No decisión todavía. Vigilia.

Haryes estaba sentado a su lado. No junto a ella, a su lado. Distancia de un brazo extendido. El hacha en el suelo entre los dos. Comía del cuenco con la mano derecha. La izquierda sobre el muslo. Las runas del antebrazo izquierdo pulsaban apenas Leonardo las percibió como un parpadeo ámbar bajo, rítmico, dos veces por segundo.

Levantó la vista cuando Leonardo entró.

¿Y?

Tres días más. A cambio de patrones del Voynich y ayuda con el perímetro.

¿Faith?

Faith estaba de pie junto a la ventana. Brazos cruzados. Los dedos de la mano derecha golpeando el bíceps izquierdo. Tres golpes. Pausa.

No me gusta dar datos tácticos.

No son tácticos. Son meteorológicos.

Son del sistema. Todo lo que es del sistema es táctico.

Masticó una raíz. Tragó. Se limpió los dedos en el pantalón.

Datos por tiempo. Es lo que hay. Miró a Leonardo. ¿Orochi preguntó por Haryes?

Reconoció las runas. Admitió que hace veinte años que no ve un norteño tan al sur.

Haryes no levantó la vista del cuenco. Siguió comiendo. Pero las runas del antebrazo izquierdo cambiaron el parpadeo se detuvo medio segundo y después continuó más lento. Leonardo lo registró.

Si vamos al norte, necesitamos saber por dónde.

Haryes arrancó otro trozo de carne. Masticó. Tragó.

Hay un paso dijo. Después de la sierra. Tres días caminando al noroeste desde el límite del territorio Dragón. Un desfiladero entre dos paredes de roca negra. La roca absorbe el sonido. No hay eco. La primera vez que lo cruzas piensas que te quedaste sordo.

El grupo escuchó. Leonardo percibió la frecuencia de Haryes subir cuando hablaba del norte, las runas pasaron de ámbar bajo a un dorado más nítido, más definido. Las líneas en la piel parecían más profundas. Más grabadas.

¿Tiene nombre? - preguntó Faith.

Hrafnagil. La palabra salió diferente al resto de su habla. Consonantes más duras. Vocales más cortas. Lengua del norte. Significa “la garganta del cuervo”. Los cuervos cruzan por ahí en invierno. Es la única ruta que no se congela completamente.

¿Cómo sabes todo eso? - preguntó Faith.

Haryes miró el cuenco. Vacío. Dejó la mano sobre la piedra. Los nudillos tenían callosidades viejas, piel gruesa en los puntos donde el hacha presiona cuando se usa durante horas. Las manos de alguien

que ha cargado armas pesadas en terreno donde las manos se agrietan.

Conozco el terreno.

Dos palabras que contenían todo lo que no iba a decir: dónde lo había aprendido, en qué lengua, con quién.

Faith lo miró. Los ojos de Faith midiendo. Archivando. Tres golpes en el bíceps. La misma cadencia de cuando procesaba información nueva. Leonardo sabía que Faith no iba a insistir no ahora. Pero la pregunta estaba archivada. Faith archivaba todo y lo sacaba cuando era necesario.

Ilis levantó la vista. Primera vez que miraba a alguien que no fuera el cuenco o la pared desde que había vuelto del campo. Miró a Haryes. Tres segundos. Después volvió a la raíz que estaba mordiendo.

Sacó la pipa del bolsillo. No la encendió. La giró entre los dedos.

Tres días hasta el paso. ¿Y después?

Después cambia el terreno contestó Haryes. El otro lado de la sierra no se parece a nada de este lado. Hielo negro sobre la roca. No se ve hasta que pisas. La primera persona que se cae rompe el ritmo del grupo. La segunda retrasa medio día. La tercera ya es un problema.

¿Cuánto para cruzar?

Depende del clima. Tres días más si no hay tormenta. Cinco si hay.

Procesó. Seis a ocho días de viaje desde Escama hasta el otro lado de la sierra. Más los tres días de tregua que les quedaban.

Necesitamos provisiones para diez días. Mínimo. ¿Orochi da provisiones?

No ofrecí eso - comentó Leonardo.

Entonces habrá que pedirlo.

Faith descolgó los brazos. Dejó de golpearse el bíceps.

Yo me encargo del perímetro. Mapeo lo que necesiten. Leonardo hace lo del Voynich. El viejo negocia las provisiones.

Nadie objetó. Era distribución de trabajo. Era inercia de grupo cada uno haciendo lo que sabía hacer porque pararse a discutir requería más energía que moverse.

Maku hizo clic en la esquina. Los cables de la nuca grises con intervalos de cuatro segundos. Sentella dormía junto a ella. Las orejas planas contra el cráneo. Anya cosía algo la tela manchada donde habían traído el cuerpo de Iris, doblada ahora en un rectángulo que estaba convirtiendo en algo funcional. Un bolso. O una funda. Las manos de alguien que transforma lo que sobra en lo que falta.

Gunwise entró oliendo a metal y a grasa de cocina.

Orochi asignó un guía dijo. Para los primeros tres días de ruta norte. Un Dragón que conoce el terreno hasta el límite del territorio. ¿Hasta el límite? - dijo Faith.

Después del límite no hay Dragones. Gunwise se sentó. La cicatriz del cuello se le marcaba más con la luz de la tarde. Lo que hay después del límite es otra cosa.

¿Qué cosa?

La gente que vivía ahí antes de que el sistema los corriera.

Haryes dejó de masticar. Un segundo. Después continuó. Leonardo registró la pausa. Las runas del antebrazo pulsaron una vez dorado intenso y volvieron al ámbar bajo.

La gente que vivía ahí antes.

El norte seguía tirando.

En Ciudad Control, García llamó a Sol a las cuatro de la mañana.

No porque fuera urgente. Porque García dormía de tres a siete y el resto del tiempo trabajaba, y para ella las cuatro de la mañana era mediodía.

Sol - contestó al tercer tono. La voz sin rastro de sueño Sol dormía con el teléfono en la almohada y se despertaba completa al primer timbre.

La licencia - dijo García.

¿Tan rápido?

Mi fuente tenía los archivos clasificados. Los sacó esta noche.

Pausa. Sonido de papeles. La licencia médica detrás de “Doctor Xoc” pertenecía a un pediatra neurólogo llamado Emilio Torrent. Emilio Torrent murió hace treinta y un años. Accidente de tránsito. Certificado de defunción firmado por el Hospital Central, registro 447-B.

Un muerto.

Un muerto con una licencia médica que seguía activa. Que había firmado órdenes de material biológico durante tres décadas. Que tenía credenciales de acceso a instalaciones que no aparecían en ningún registro público.

Sol se sentó en la cama. Los informes apilados en la mesita de noche se tambalearon. Uno cayó al suelo.

¿La fuente puede rastrear quién opera con esa licencia?

No directamente. Pero sí podía rastrear la cadena de suministro. Todo el equipo médico que se compraba con esa licencia pasaba por una empresa intermediaria. García leyó. Promedical Soluciones

Integrales. Registrada hace veintiocho años. Domicilio fiscal en el Sector 7.

Promedical repitió Sol.

¿Te suena?

No.

A mí tampoco. Pero Sánchez decía que sí.

La línea crepitó tres segundos.

Mándame lo que tengas - contestó Sol. Todo. Incluyendo el certificado de defunción. Quiero ver quién firmó.

García colgó. Sol se quedó sentada en la cama. La luz del teléfono iluminaba el techo. Promedical Soluciones Integrales. Una empresa fantasma comprando equipo médico con la licencia de un hombre muerto para abastecer laboratorios que no existían oficialmente. Donde diecisiete niños flotaban conectados a máquinas.

Se levantó. Encendió la luz. Empezó a trabajar.

Sánchez reconoció el nombre a las siete de la mañana.

No inmediatamente. García le mandó el archivo por la red interna a las seis. Sánchez lo abrió en su escritorio de División 47 el mismo escritorio donde había procesado denuncias de padres durante meses sin encontrar patrón. Leyó “Promedical Soluciones Integrales” y no le dijo nada. Siguió leyendo. Domicilio fiscal Sector 7. Fecha de registro. Objeto social: “distribución de insumos médicos especializados”. Nada.

Pero a las siete, mientras iba por su segundo café el café de División 47 era malo, siempre había sido malo, sabía a cartón quemado con azúcar, pero era lo que había y Sánchez lo tomaba porque la alternativa era no tomar café, se detuvo.

Promedical.

Los formularios de requisición. Los viejos. Los que estaban en los archivos del sótano de División 47, en cajas que nadie había abierto en quince años. Sánchez los había revisado el primer mes de su investigación, buscando patrones en los casos de niños en coma. No había encontrado patrones en los niños. Pero había visto ese nombre. En formularios de requisición de equipo técnico para el departamento de análisis forense. Firmados hace quince años. Equipo que nunca había llegado al departamento porque había sido “redirigido por necesidades operativas”.

Promedical Soluciones Integrales. Hace quince años. Comprando equipo para División 47 que nunca llegó a destino.

Sánchez dejó el café en el escritorio. Bajó al sótano. Las cajas seguían ahí polvo y cartón húmedo y el olor particular de papel que lleva años sin que nadie lo toque. Encontró la caja. Encontró los formularios. Tres formularios de requisición firmados por Promedical. Equipo de monitoreo neurológico. Electrodo pediátricos. Cascos de interfaz.

La fecha de los formularios: quince años atrás. La misma empresa. El mismo tipo de equipo. Destinado al mismo tipo de uso.

Sánchez fotografió los formularios. Subió las escaleras. Le mandó las fotos a Sol con una línea:

“La conexión tiene 15 años mínimo. No es operación nueva. Es infraestructura.”

Sol - respondió en cuarenta segundos:

“Necesito dos días más. No toques nada.”

Sánchez se sentó en su escritorio. Columbo llegó a las ocho. Se sentó enfrente. Miró a Sánchez.

¿Qué encontraste?

Promedical. La empresa fantasma que compra equipo para los laboratorios de Xoc. Estaba en nuestros archivos. Hace quince años compraban lo mismo para División 47.

Columbo procesó. Los ojos quietos. Las manos sobre el escritorio.

Si la empresa compra para Xoc y compraba para División 47 - contestó Columbo, alguien dentro de División 47 sabía.

Sabe. Presente.

¿Quién?

Eso es lo que Sol está rastreando.

Columbo miró el escritorio de al lado. Vacío. Polvo fino sobre la superficie. Nadie se había sentado ahí en semanas.

Si llega hasta arriba dijo, no va a ser solo Carandini.

Lo sé.

Va a ser el departamento entero.

Lo sé.

Columbo se levantó. Fue a la ventana. Ciudad Control seguía funcionando afuera. Las Torres TAAT en el horizonte. El tráfico. Los carteles publicitarios que prometían cosas que nadie necesitaba. El ruido constante de una ciudad que se tragaba a sus propios niños y seguía masticando.

¿Cuánto tiempo tenemos? - preguntó Columbo.

Sol dice dos días.

¿Y los niños?

Sánchez no respondió. No había respuesta que cambiara algo. Los niños seguían flotando. Los tubos seguían funcionando. Las máquinas seguían extrayendo. Dos días más o dos meses más para los diecisiete niños del sótano de Laboratorios Xoc, el tiempo había dejado de significar algo hacía mucho.

Columbo volvió a su escritorio. Abrió una carpeta. Empezó a trabajar.

El café de Sánchez se enfrió sobre la mesa. No lo terminó. #
NIÑOS EN COMA [L][A]

Orochi llegó antes del amanecer.

Sin escolta. Sin guardias. Sin las lanzas de obsidiana que custodiaban cada puerta de Escama. Sola. Tocó la puerta de la habitación con dos golpes secos, espaciados, la cadencia de alguien acostumbrado a que le abran rápido.

Ya estaba despierto. Sentado en la misma posición de las últimas cuatro noches. Pipa apretada. Ojos abiertos.

Séptimo día - indicó Orochi desde el umbral.

Séptimo día.

Tu hombre cumplió. Los patrones del Voynich coinciden con nuestros registros de impacto. Tres de nuestras rutas comerciales cruzan zonas de alta probabilidad que no habíamos identificado. Pausa. Eso vale algo.

Vale tres días más.

Te dije tres.

Con condiciones.

Orochi entró. La frecuencia de sus escamas cambió Leonardo lo percibió desde el suelo donde dormía, los ojos cerrados todavía pero los sentidos traduciendo la frecuencia. Cobrizo estable a cobrizo con ondulación. Negociación activa.

Condiciones repitió Orochi.

Provisiones para diez días. Un guía hasta el límite norte de tu territorio. Y paso libre para todo el grupo, incluida la gemela.

La gemela es un problema.

La gemela es nuestra.

La gemela emite infrasonido hostil. Mis guardias lo perciben. Si actúa dentro de Escama, es asunto de Escama.

Sacó la pipa. La miró. La giró entre los dedos.

Si actúa dentro de Escama, yo respondo.

¿Tú respondes con qué?

Con trescientos años de deudas que mucha gente me debe y que cobro cuando las necesito. La miró. No te conviene tener mi deuda pendiente, Orochi. Menos ahora que sabes que los patrones del Voynich son reales.

Silencio.

Las escamas de Orochi oscilaron. Cobrizo. Ámbar. Cobrizo. Leonardo contó las oscilaciones. Siete. Después se estabilizó.

Diez días de provisiones respondió. El guía hasta el límite. Paso libre. Pero si la gemela actúa, yo decido qué pasa y tú aceptas.

Si la gemela actúa, los dos perdemos. Así que ninguno de los dos quiere que actúe.

Orochi salió sin despedirse. La puerta se cerró. La frecuencia de la sala volvió a la línea base.

Se recostó contra la pared.

Despierta a todos le dijo a Leonardo.

Leonardo abrió los ojos. No había estado dormido.

Faith mapeó el perímetro durante seis horas.

Caminó el borde de Escama con Kael y dos soldados Dragón. Midió distancias a paso. Contó torres de vigilancia catorce activas, tres dañadas por la última tormenta, una abandonada con la obsidiana de las lanzas resquebrajada. Registró ángulos de

cobertura. Zonas ciegas. El punto al sureste donde dos torres no se veían entre sí y quedaba un corredor de treinta metros sin vigilancia.

Kael la observaba trabajar.

Tu gente no hace esto - dijo Kael a mitad de la ruta.

¿Hacer qué?

Mapear. Medir. Contar. Ustedes no son ejército.

No.

¿Entonces qué son?

Faith no dijo inmediatamente. Estaba contando pasos entre la torre siete y la torre ocho. Ciento cuarenta y tres. Más de lo que debería. Un corredor de cobertura débil. Anotó el número en la palma de la mano con una uña. No tenía con qué escribir y Faith no confiaba en la memoria para datos numéricos. La palma ya tenía tres números anteriores. Las marcas apenas visibles en la piel oscura.

Somos lo que queda dijo.

Kael no preguntó más.

Mientras Faith mapeaba, Leonardo trabajó con el Voynich.

Sentado en la sala donde había hablado con Orochi. Solo. Las páginas abiertas sobre la piedra. El proceso era lento. El libro respondía a sus manos pero no a su voluntad. Las páginas mostraban lo que el libro decidía mostrar, no lo que Leonardo pedía. Esa mañana mostraba patrones de impacto. Rayos. Frecuencias. Zonas de densidad. Leonardo los copió en un trozo de cuero que Gunwise le había conseguido. Carbón sobre piel de animal, trazos gruesos, aproximados, lo mejor que podía hacer sin instrumentos de medición.

El Voynich pulsó con más fuerza cuando Leonardo trazó la zona norte. La zona débil. Donde las tormentas se detenían. El libro no

quería mostrar esa zona. Las páginas se resistían. La tinta se difuminaba, los patrones se fragmentaban. Pero algo estaba ahí. El libro registraba pero no quería revelar.

Leonardo cerró el Voynich. Le dolía la cabeza. Dolor detrás de los ojos no visual, no auditivo, un dolor que sus sentidos traducían como un presión metálica constante en el centro del cráneo. El precio de leer el Voynich durante horas. Las manos le temblaban. No de frío, sino de algo que el contacto prolongado con las páginas provocaba, una tensión residual que se quedaba en los dedos y bajaba por las muñecas. Cerró los puños. Abrió. Cerró. Esperó a que el temblor pasara.

Guardó el cuero con los patrones. Salió a la luz. Escama bajo el mediodía del código, los símbolos cayendo más lentos a esta hora, más espaciados, la luz artificial del Astral en su punto más alto. El calor era diferente al calor del Plano Medio. No venía de arriba. Venía de las piedras, del suelo, de las paredes que habían absorbido frecuencia durante horas y la devolvían. Un calor que Leonardo percibía con sabor a cobre en la lengua.

Ilis habló a media tarde.

No al viejo. No a Haryes. A Gunwise.

Gunwise estaba reparando una correa de su equipo. Cuero gastado, hebilla oxidada, reparación de alguien que sabe que no va a poder reemplazar lo que tiene. Sentado contra la pared exterior de la habitación. La cicatriz del cuello expuesta al aire. El sol de código le daba en el lado izquierdo de la cara y dejaba la cicatriz en sombra una línea irregular que bajaba del mentón hacia la clavícula, la piel tirada, brillante, la textura de una quemadura que sanó sin tratamiento.

Ilis se acercó. Se paró frente a él. Esperó a que levantara la vista. Gunwise no se apuró. Terminó el nudo que estaba haciendo. Cortó el cuero sobrante con los dientes. Levantó la vista.

¿Cuántos Dragones patrullan entre Escama y el paso norte?

Gunwise dejó la correa. Miró a Ilis. Primera vez que ella le dirigía la palabra desde la muerte de Iris. Las escamas de los antebrazos a cuarenta y dos hercios, dos puntos más que la vigilia estable. No mucho. Pero dirección.

Tres grupos de cuatro - contestó Gunwise. Rotan cada dos días. El primer grupo cubre del límite de Escama hasta el río seco. El segundo, del río seco hasta el borde norte. El tercero, del borde norte hasta el límite territorial.

¿Después del límite?

Nadie.

¿Nadie?

Los Dragones no cruzan su propio límite. Lo que hay más allá no es su jurisdicción y no quieren que sea su problema.

¿Horarios de rotación?

Amanecer y mediodía. Seis horas cada turno. Gunwise la miró con atención. ¿Por qué preguntas por las patrullas del norte?

Ilis no respondió a la pregunta. Se quedó de pie tres segundos más. Procesando. Las escamas oscilaron a cuarenta y tres. Después se dio vuelta y caminó hacia la habitación.

Gunwise la miró irse. Recogió la correa. Siguió trabajando. Pero los ojos habían cambiado. El mismo cálculo que hacía Ilis pero en dirección opuesta. Ilis calculaba cómo cruzar. Gunwise calculaba qué significaba que ella quisiera cruzar.

Leonardo notó algo. La dirección de la medición. Ilis no estaba calculando hacia Escama. No estaba midiendo rutas de ataque contra los Dragones. Estaba midiendo hacia el norte.

Faith lo notó también. Estaba a quince metros, entrando de su sesión de mapeo. Se detuvo. Miró a Ilis. Miró a Leonardo. Los ojos de Faith registrando la misma información que Leonardo había percibido: Ilis ya no calculaba destrucción. Calculaba distancia.

No dijo nada. Siguió caminando.

Leonardo no.

La dirección de la medición. Norte. Ilis midiendo distancia, no destrucción. Y de pronto el Voynich pulsó con algo que No daba la impresión de ser urgencia ni calor ni el ritmo habitual fue un tirón. Un jalón físico hacia el lugar donde Ilis estaba calculando. El libro quería lo mismo que ella.

Se levantó antes de decidir levantarse. Cruzó los quince metros que lo separaban de Ilis. La encontró frente a la habitación, las escamas bajando de cuarenta y tres a treinta y nueve. Ilis lo vio acercarse y las escamas subieron a cuarenta y cinco. Alarma.

¿Hacia dónde? - preguntó Leonardo.

Ilis no respondió.

Sé que estás midiendo hacia el norte. No hacia Escama. No hacia los Dragones. Hacia está más allá del límite territorial. Tocó el Voynich bajo la tela. El libro mide lo mismo.

Las escamas bajaron a cuarenta y uno. No alarma evaluación.

Quiero ir contigo - comentó Leonardo.

Tres palabras que no le pertenecían. Que no debería haber dicho. Que violaban la estructura del grupo, la cadena de mando del viejo, el plan de tres días, todo. Pero el norte tiraba del Voynich y el

Voynich tiraba de él y detrás de todo eso estaba la misma frecuencia: algo perdido que hay que encontrar. Luna midiendo distancia desde un lugar que nadie podía confirmar. Ilis midiendo distancia hacia el mismo vacío.

El viejo te necesita - dijo Ilis. Primera frase completa que le dirigía en días.

El viejo me necesita para leer el libro. El libro quiere ir donde vas tú.

Las escamas oscilaron. Cuarenta y tres. Cuarenta. Cuarenta y cuatro. Procesando. Leonardo vio el cálculo en las fluctuaciones la Dragón evaluando si su presencia era ventaja o lastre.

Si vienes - señaló Ilis, no vuelves.

Distaba de ser amenaza. Era medición. La distancia al norte era la distancia al punto sin retorno. Ilis lo sabía porque lo había calculado. Leonardo lo sabía porque el Voynich se lo había mostrado en pulsos que no tenían traducción pero tenían peso.

Lo sé.

Ilis lo miró tres segundos más. Las escamas a cuarenta y dos neutral. Después se dio vuelta y entró en la habitación.

No dijo que sí. No dijo que no. Lo dejó con la información y le devolvió el peso de la decisión. Leonardo se quedó de pie frente a la puerta cerrada. El Voynich pulsaba contra su pecho. Caliente. Insistente. Norte.

Esa noche no le dijo nada al viejo. Cuando el viejo reunió al grupo y anunció que partían en tres días, Leonardo asintió. Pero el viejo vio algo los ojos del viejo siempre veían algo y la pipa se quedó quieta medio segundo más de lo normal.

Medio segundo. Lo suficiente para que Leonardo supiera que el viejo sabía. Y lo suficiente para que el viejo supiera que Leonardo sabía que él sabía.

Ninguno de los dos habló de ello.

Haryes estaba junto a la puerta de la habitación. Sentado sobre los talones. El hacha en las rodillas. Las manos trabajando no el hacha. Las manos trabajando sobre sí mismas. Envolviendo los nudillos con tiras de cuero. Ajustando. Apretando. Recortando los extremos con los dientes. Después las botas. Revisando las suelas. Palpando el cuero con los pulgares. Buscando grietas. Buscando puntos débiles donde el frío entraría. La secuencia era precisa. Nudillos primero mano izquierda, después derecha. Luego las muñecas. El cuero daba dos vueltas completas, cruzaba por encima del pulgar, volvía. Después las botas suela izquierda primero, de talón a punta, pulgares presionando cada centímetro. Método que no se aprende en un día. Que se graba en las manos por repetición. Cientos de veces. Miles. Las manos de alguien que se ha preparado para el frío tantas veces que los dedos saben dónde ir sin que el cerebro les diga.

Anya lo miraba desde la puerta.

¿Preparando? - preguntó.

Haryes no levantó la vista de las botas. Las manos seguían trabajando. Método. Secuencia. Después del cuero de las manos y las botas, sacó el hacha. No para afilarla para revisar la unión entre la hoja y el mango. Pasó los dedos por la junta. Palpó. Encontró un punto donde el mango se había aflojado medio milímetro. Sacó una cuña de madera del bolsillo la tenía lista, cortada a medida, guardada para este momento y la insertó. Golpeó con la palma. Verificó. Firme.

No - respondió a Anya. Las manos siguieron trabajando. La preparación de alguien que conoce lo que viene porque ya estuvo ahí.

El norte seguía tirando.

Esa noche el viejo reunió al grupo.

No formalmente. No en círculo. Simplemente dejó de fumar y esperó a que todos estuvieran en la habitación. Cuando Gunwise entró el último habló.

Nos vamos en tres días. Al norte. Tenemos guía Dragón hasta el límite territorial. Provisiones para diez días. Después dependemos de nosotros.

Maku hacía clic en la esquina. Cables grises con intervalos irregulares.

¿Qué hay después del límite? - preguntó Anya.

Territorio que el sistema evita - dijo Leonardo. Zona débil de tormentas. El Voynich muestra que algo bloquea la señal allí.

¿Qué la bloquea?

No lo sé. Leonardo tocó el Voynich a través de la tela. El libro no quiere mostrarlo.

¿Los libros quieren cosas? - apuntó Anya.

Nadie - dijo porque nadie tenía una respuesta que no sonara absurda, y porque después de semanas con el Voynich pulsando y mostrando y resistiéndose, la pregunta ya Aquello no era si el libro quería cosas sino qué quería y por qué.

¿Ilis?

Todos miraron a Ilis. Sentada contra la pared. Las rodillas dobladas. Las escamas a cuarenta y dos hercios. La boca cerrada.

Esperó.

Voy - dijo Ilis.

Una sílaba.

No preguntó por qué. No preguntó si estaba segura. No preguntó si su motivo era venganza o supervivencia o inercia. Contestó que sí porque la respuesta era “voy” y eso era suficiente y preguntar más era gastar palabras que no cambiarían nada.

Bien dijo. Mañana Leonardo termina los patrones para Orochi. Faith completa el mapeo del perímetro. Haryes marca la ruta con lo que sabe. Anya prepara provisiones. Gunwise habla con el guía.

¿Y tú? - preguntó Faith.

Yo me siento aquí y me aseguro de que Orochi no cambie de opinión.

Las rodillas le crujieron cuando cambió de posición. Trescientos años en esas rodillas. Trescientos años de sentarse y levantarse y sentarse otra vez. La pipa entre los dientes emitía un chasquido seco cada vez que la mandíbula se ajustaba madera contra esmalte, un sonido que Leonardo había aprendido a asociar con cálculo. Cuando pensaba, masticaba la pipa. Cuando dejaba de masticar, había decidido.

Sentella levantó la cabeza. Las orejas rotaron hacia la puerta. Un sonido lejano Leonardo lo percibió como un rasguño de metal contra piedra. Patrulla nocturna. Los guardias Dragón cambiando turno.

El grupo se dispersó sin despedirse. Cada uno a su función. Cada uno a su esquina de la habitación. Ilis se quedó contra la pared. Las escamas bajaron a treinta y ocho hercios.

No parecía paz. Las escamas seguían emitiendo infrasonido. Pero la frecuencia había cambiado de oscilación a línea recta. Dirección.

En Ciudad Control, Sol trabajó toda la noche.

Los archivos de García sobre la mesa. Los formularios de Sánchez escaneados en la pantalla. El certificado de defunción de Emilio Torrent pediatra neurólogo, muerto hace treinta y un años, cuya licencia médica seguía firmando órdenes de equipo como si el hombre respirara todavía.

Sol rastreó la cadena de suministro. Promedical Soluciones Integrales compraba equipo médico: monitores neurológicos, electrodos pediátricos, cascos de interfaz neural, soluciones de líquido cefalorraquídeo modificado. Todo en cantidades industriales. Todo facturado a una dirección en el Sector 7 que correspondía a un galpón vacío cuando lo verificó en el registro catastral.

Pero el equipo llegaba a algún lugar. Los manifiestos de transporte mostraban entregas semanales. Diecisiete entregas este mes. La dirección de entrega No se trataba de el galpón del Sector 7. Era una serie de coordenadas numéricas que no correspondían a ninguna calle, ningún edificio, ningún lugar que existiera en los mapas de Ciudad Control.

Sol buscó las coordenadas en los registros de infraestructura subterránea. Las encontró. Un complejo de tres niveles bajo el Sector 14. Registrado como “instalación de mantenimiento de sistemas hídricos”. Sin acceso público. Sin personal asignado. Sin presupuesto de operación visible.

Pero con consumo eléctrico equivalente al de un hospital mediano.

Sol anotó los números. Consumo eléctrico mensual. Comparó con el consumo del Hospital Central. El complejo del Sector 14 consumía un treinta por ciento más, sin personal ni pacientes oficiales ni razón registrada para necesitar tanta energía.

A las tres de la mañana, Sol encontró las órdenes de compra. Cada unidad de equipo que Promedical compraba estaba especificada en detalle técnico: cascos de interfaz neural modelo NIR-7, fabricados originalmente para consolas de videojuegos de inmersión. Rediseñados. Los cascos de consumo tenían ocho electrodos. Los que Promedical compraba tenían treinta y cuatro. Ocho para estímulo. Veintiséis para extracción.

Extracción de qué.

Sol revisó las especificaciones técnicas. Las encontró en un documento anexo al tercer manifiesto de transporte. Lenguaje técnico, neutro, el tipo de lenguaje que se usa para describir procesos industriales sin que nadie se detenga a pensar qué significan:

“Optimización de producción de catecolaminas mediante estimulación neural sostenida. Rendimiento estimado: 4.2 ml de concentrado adrenal por unidad por ciclo de 72 horas. Vida útil de la unidad: variable.”

Unidad.

4.2 ml.

Vida útil variable.

Sol leyó el párrafo tres veces. Las manos sobre la mesa. Firmes. Los ojos secos. Control aprendido en años de leer cosas que destruyen a la gente que las lee.

Llamó a García.

Los cascos señaló. Son extractores. Repurposed de videojuegos. Treinta y cuatro electrodos. Veintiséis de extracción. Producen concentrado adrenal.

¿De los niños?

De las “unidades”. Cuatro punto dos mililitros cada setenta y dos horas. Pausa. Diecisiete unidades activas este mes. Setenta y uno punto cuatro mililitros cada tres días.

García no apuntó nada durante seis segundos.

¿A dónde va el concentrado? - preguntó.

Eso es lo siguiente. Los manifiestos de transporte tienen una segunda sección que no abrí todavía. La abro ahora.

Sol abrió la segunda sección. Direcciones de envío del producto procesado. Treinta y cuatro destinatarios. Sin nombres códigos alfanuméricos. Pero con niveles de la ciudad. Todos en niveles positivos. Todos por encima del Nivel +15. La zona de las élites. La zona donde vivía la gente que podía pagar por cosas que no tenían precio oficial.

Concentrado adrenal extraído de niños en coma inducido, procesado en un complejo subterráneo que no existía, distribuido a treinta y cuatro compradores en la zona más rica de Ciudad Control.

Sol cerró el archivo. Se levantó. Fue a la ventana. Ciudad Control dormía abajo. Las luces de los niveles superiores los niveles donde vivían los treinta y cuatro compradores brillaban más que las de abajo. Siempre habían brillado más.

Ahora Sol sabía parte de la razón.

Volvió al escritorio. Abrió los formularios que Sánchez había encontrado en el sótano de División 47. Los comparó con las órdenes de compra actuales. El mismo tipo de equipo. La misma empresa. Quince años de diferencia.

El quinto formulario tenía una firma de autorización interna. Un código de empleado de División 47 que autorizaba la “redirección” del equipo.

Sol buscó el código en la base de datos de personal.

El código estaba activo. Asignado a un funcionario de nivel medio. Un nombre que no reconoció. Pero el supervisor del funcionario la persona que había aprobado su nivel de autorización para firmar redirecciones de equipo sí lo reconoció.

No fue Carandini.

Era alguien por encima de Carandini.

Sol cerró la base de datos. Se sentó. Miró la pantalla apagada.

Más arriba de lo que pensaban. Mucho más arriba.

Tomó el teléfono. No llamó a Sánchez. No llamó a Columbo. Llamó a un número que no había marcado en tres años.

Soy Sol dijo. Necesito un favor. El tipo de favor que no se pide dos veces. # TREGUA [L][X][A]

La tregua se firmó sin papel.

Orochi y Don Humo sentados frente a frente en la sala de piedra. Leonardo a un lado con el Voynich abierto. Kael al otro con un trozo de obsidiana plana donde tallaba marcas los Dragones no usaban papel. Usaban piedra. Todo lo importante se tallaba en obsidiana. Lo que no merecía obsidiana no merecía ser recordado.

Enumeró los términos. Voz plana. Sin inflexión. El tono de alguien que ha negociado suficientes veces para saber que la emoción en la voz cuesta dinero que no tiene.

Marcha conjunta hacia el frente. Lobos y Dragones. El grupo con ellos. Diez días de provisiones. A cambio: patrones completos del Voynich para Escama y territorio circundante, perímetro defensivo mapeado por Faith, y compromiso de transmitir cualquier información sobre el sistema que encontremos más allá del límite.

¿Compromiso? Orochi levantó una ceja. Las escamas del cuello oscilaron. Los compromisos se rompen.

Los míos no.

Todo el mundo dice eso.

Llevo trescientos años diciendo eso. Pregunta a quien quieras si alguna vez rompí uno.

Orochi lo miró. Las pupilas verticales evaluando. Calculando. Tres siglos de reputación puestos sobre la mesa de piedra junto al Voynich y las marcas de obsidiana.

Kael - dijo Orochi.

Kael talló. Líneas rectas en la superficie negra. Los términos. Las condiciones. Las consecuencias de incumplimiento que Orochi no comentó en voz alta pero que Kael tallaba de memoria porque las consecuencias eran las mismas para todos los acuerdos Dragón: ruptura de toda relación, cierre de todo territorio, y persecución activa del grupo infractor hasta la frontera más lejana del alcance Dragón.

¿Leonardo? - admitió Orochi.

Leonardo entregó el cuero con los patrones. Orochi lo desenrolló. Lo comparó con las marcas que Kael tenía de registros anteriores impactos de rayos, rutas perdidas, ciudades destruidas. Los patrones coincidían. Las zonas de riesgo que Leonardo había identificado correspondían a los puntos donde los Dragones habían perdido gente.

Tres de nuestras rutas principales cruzan zonas de impacto frecuente dijo Orochi. Voz neutra. Pero las escamas del cuello el estremecimiento medio tono más alto. Si esto es preciso, explica por qué perdimos diecisiete convoyes en los últimos dos años.

Es preciso - apuntó Leonardo.

Es lo que dice tu libro. La precisión la verificaré yo.

Verifícala. Los patrones no van a cambiar.

Orochi enrolló el cuero. Se lo dio a Kael. Se levantó.

Mañana marchamos. Todos. Lobos y Dragones y ustedes. Orochi caminó hacia la puerta. Darak va con su grupo. Conoce el terreno hasta el límite. Después del límite, nadie sabe nada.

¿Darak sabe lo que hay después del límite? - preguntó.

Darak sabe lo que todo el mundo sabe. Que el otro lado de la sierra es diferente. Que las tormentas no llegan. Que la gente que vive allí no es como nosotros.

¿No es como ustedes?

No es como nadie que hayamos visto. Orochi se detuvo en el umbral. Mi madre mandó dos grupos. Uno volvió y dijo que había visto cosas que no tenían nombre. El otro no volvió.

Se fue. Kael detrás de ella. La obsidiana tallada en su mano.

Se recostó contra la piedra. Las rodillas protestaron. Un sonido seco cartílago contra hueso.

Nos vamos mañana observó.

La reunión entre Amarok y Kael duró horas. El viejo los juntó en la misma sala de obsidiana donde había negociado con Orochi. Los líderes de facciones que llevaban generaciones matándose, sentados a una distancia que permitía levantarse rápido si era necesario.

No hubo gritos. No hubo amenazas. Solo dos personas cansadas calculando que pelear juntos costaba menos que morir solos.

Amarok extendió la mano.

Kael la tomó.

Tregua. Pero comienzo.

El ejército combinado comenzó a formarse al día siguiente. Lobos y Dragones juntos por primera vez en generaciones. Trescientos combatientes organizándose en columnas que no sabían todavía cómo caminar sin vigilarse los flancos.

Haryes levantó a Leonardo antes del amanecer.

No con palabras. Con un golpe de nudillos en la pared junto a su cabeza. Leonardo abrió los ojos. El cuarto oscuro. La respiración del grupo. Sentella roncando. Maku haciendo clic.

Haryes estaba de pie junto a la ventana. Silueta contra el código del cielo nocturno. El hacha en la espalda. Las manos envueltas en cuero.

Ven contestó.

Lo llevó a la muralla norte de Escama. Escaleras de piedra talladas en el interior del muro. Guardias que los dejaron pasar. Gunwise había arreglado el acceso. Desde arriba, el territorio se extendía en la oscuridad del código. Al norte. Lejos.

Haryes señaló.

¿Ves la sierra?

Leonardo miró. Al norte. Masa oscura contra el cielo de código. Una línea irregular de roca que cortaba el horizonte.

La veo.

El paso está entre los dos picos más altos. ¿Ves el punto donde la línea baja?

Sí.

Eso es Hrafnagil. La palabra otra vez. Consonantes de otra lengua. Las runas del antebrazo de Haryes brillaban, más brillantes que Leonardo las había visto. Las runas respondían a la palabra. Al norte que la palabra nombraba. Tres días de camino desde aquí. El

primer día es llano. Terreno abierto. Hierba seca que corta la piel si la rozas a contrapelo. El segundo día empiezan las rocas. El terreno sube. Las rodillas sufren antes que los pulmones. El tercer día es la subida al paso. El aire se enfría diez grados en una hora. Si llevas ropa mojada, se congela encima.

Leonardo escuchaba. Los datos eran concretos. Precisos. Información que no sale de mapas ni de historias. Se saca de haberlo caminado.

Después del paso continuó Haryes, el terreno baja pero no se calienta. La otra vertiente tiene hielo negro sobre la roca. Hielo fino, transparente, que no se distingue de la piedra hasta que pisas. Llevar una vara. Tantear antes de cada paso. El grupo tiene que ir en fila. El primero con la vara. El segundo a tres metros. Si el primero cae, el segundo frena.

Haryes señaló una formación a la izquierda de la sierra. Más baja. Más ancha. Una meseta que se extendía hacia el este.

Eso es territorio de los clanes. Los que estaban antes de que los Dragones llegaran. Antes de que el sistema los corriera. Pausa. Las runas brillaron otra vez. Si nos ven, no van a atacar de inmediato. Primero miran. Después preguntan. Si les hablas en su idioma, te dan una oportunidad.

¿Hablas su idioma?

Haryes no respondió a la pregunta. Señaló otra vez. Un punto específico en la sierra. Debajo del paso. Una mancha más oscura en la roca.

Hay una cueva antes de llegar al paso. Lo bastante grande para el grupo. Ahí paramos la segunda noche. Tiene agua. Un manantial que sale de la roca. El agua sabe a mineral pero es limpia. Pausa. Puse

una marca la última vez que estuve ahí. Tres líneas verticales en la entrada. Si la marca sigue, la cueva sigue.

Leonardo no preguntó cuándo había sido “la última vez”. Ni por qué había marcado una cueva en un territorio que se suponía que no conocía. Los datos eran suficientes. Los datos eran más de lo que cualquier mapa podía dar.

Las runas de Haryes brillaban. Dorado sostenido. No pulsante constante. La frecuencia de alguien que mira hacia donde pertenece.

Leonardo percibió el cambio. Las runas respondían a la dirección. Al norte. En la habitación oscilaban, parpadeaban, iban y venían. Aquí, mirando la sierra, se estabilizaban. Las líneas grabadas en la piel dejaban de moverse y se asentaban en un dorado fijo que Leonardo percibía como un tono grave y continuo. Una cuerda que deja de vibrar y encuentra su nota.

Haryes bajó el brazo. Las runas se atenuaron. No se apagaron nunca se apagaban pero volvieron al ámbar bajo de siempre.

El norte no es seguro dijo. Nada es seguro. Pero es diferente.
¿Diferente cómo?

Las tormentas no llegan. El sistema no llega. Lo que hay allí es más viejo que el sistema.

Se dio vuelta y bajó las escaleras. Leonardo se quedó un momento más mirando la sierra. La línea irregular contra el código del cielo. El punto donde la línea bajaba. Hrafnagil. La garganta del cuervo.

El Voynich pulsó contra su pecho. Fuerte. Urgente. Respondiendo al norte.

Bajó las escaleras.

Ilis lo encontró en la puerta de la habitación.

Amanecer. El código del cielo aclarando de negro a gris a la luminosidad blanca del día artificial. Fumaba la pipa vacía, pero el gesto estaba ahí, los labios cerrándose sobre la boquilla, la mandíbula trabajando, los ojos entrecerrados contra la luz que no existía.

Voy al norte - dijo Ilis.

No se movió.

Ya lo dijiste.

Ahora te digo por qué. Ilis se paró frente a él. Las escamas a cuarenta y cinco hercios. Más alto que los días anteriores. No vigilia. Decisión. El sistema está en el norte. El sistema mató a Iris. No los tres soldados con lanzas. No Orochi. No los Dragones. El sistema que manda las tormentas y decide quién vive y quién muere.

Eso no es razón suficiente para vivir indicó.

Ilis parpadeó. Un movimiento involuntario. Las escamas bajaron un hercio.

Es la que tengo.

Sacó la pipa de la boca. La miró. La pipa vacía que había fumado durante semanas sin tabaco. El gesto de un hombre que lleva el hábito aunque la sustancia haya desaparecido.

¿Qué vas a hacer cuando encuentres el sistema? - preguntó.

No lo sé.

¿Romperlo?

Si puedo.

No puedes. La miró. Ojos oscuros. Trescientos años en esos ojos. Una persona no rompe el sistema. Trescientas no lo rompen. Lo que rompe el sistema es el sistema mismo. Pero para eso hay que estar cerca. Y estar cerca mata.

Ilis lo miró. Tres segundos. Las escamas volvieron a cuarenta y cinco.

Camino al norte. Con ustedes. Hasta que nuestros caminos se separen. Después hago lo que tenga que hacer.

Se llevó la pipa a la boca.

Tus caminos y los nuestros se van a separar cuando tú decidas que se separen. No antes.

Declaración de hechos. Ilis caminaba con el grupo porque Ilis había decidido caminar con el grupo, y el día que decidiera otra cosa se iría y nadie la detendría porque nadie detiene a alguien que ha tomado esa decisión.

Ilis asintió. Se dio vuelta. Caminó hacia el campo donde estaba la tumba de Iris. Última visita. Las escamas estables a cuarenta y cinco.

La miró irse.

Fumó la pipa vacía.

No dijo nada a nadie.

El ejército combinado partió al amanecer del noveno día.

Trescientos entre Lobos y Dragones saliendo por la puerta norte de Escama. Columnas que no terminaban de formarse. Dos bandos que caminaban juntos pero no revueltos Lobos a la izquierda, Dragones a la derecha, un espacio de tres metros entre las columnas que nadie cerraba. Darak iba con el grupo de Leonardo. Un Dragón de hombros anchos con escamas gruesas en los antebrazos que emitían un pulso grave. Leonardo lo percibía como un latido lento en la base de la garganta. Cargaba una lanza corta y un morral de cuero. Guía de terreno hasta el límite. No habló cuando el grupo se le unió. Los miró. Contó cabezas. Diez: Leonardo, Faith, Don Humo, Anya,

Ilis, Haryes, Maku, Sentella, Gunwise. Nueve humanos y algo que ya no resultó completamente animal ni completamente otra cosa.

¿Este es todo? - preguntó Darak.

Este es todo.

Darak miró a Haryes. A las runas. A las manos envueltas en cuero. Al hacha.

Norteño dijo.

Haryes no respondió.

No he visto un norteño en quince años - observó Darak. El último que cruzó el límite y no volvió.

No todos vuelven - dijo Haryes.

Darak lo miró tres segundos más. Después se dio vuelta y se puso en marcha con el resto de la columna. Hacia el frente.

El grupo siguió. Ilis en medio. Las escamas a cuarenta y cinco grados. Constantes. Mirando hacia adelante.

Faith contó salidas por hábito. No había salidas. Solo el camino hacia adelante y la ciudad de Escama reduciéndose detrás de ellos.

Caminaba con las rodillas protestando a cada paso. La pipa en la boca. Los ojos en la sierra que crecía a cada hora de caminata.

Maku hacía clic en los brazos de Anya. Cables oscuros. Sentella trotaba adelante, orejas rotando, oliendo el terreno.

Haryes caminaba a la derecha del grupo. El hacha en la espalda. Los ojos fijos en la sierra. Las runas en ámbar estable que Leonardo percibía como un hilo dorado tirando siempre hacia el norte.

Leonardo caminaba.

El Voynich pulsaba.

La hierba seca cortaba los tobillos donde la piel quedaba expuesta entre la bota y el pantalón. Haryes tenía razón. La hierba cortaba.

Líneas finas que ardían con el sudor. Leonardo ajustó el pantalón dentro de la bota. El cuero protestó demasiado ajustado, la costura presionando contra la ampolla del segundo día que había cicatrizado pero que seguía sensible al roce.

Escama desapareció detrás de una formación de roca a media mañana. Nadie miró atrás.

En Ciudad Control, Sol esperó dos días.

No los dos días completos. Un día y diecinueve horas. El contacto que había llamado el número que no marcaba en tres años respondió más rápido de lo que Sol esperaba. Respuesta de quien también esperaba la llamada.

El contacto confirmó lo que Sol sospechaba. El código de empleado que autorizaba las redirecciones de equipo pertenecía a un funcionario llamado Velarde. Nivel medio. Sin historial notable. Sin marcas en su expediente. Un funcionario invisible, eficiente, incuestionado.

Pero el contacto tenía más. Velarde no actuaba solo. Las autorizaciones de Velarde eran aprobadas por su supervisor directo. Y el supervisor del supervisor. Y el supervisor de ese. Cuatro niveles de aprobación para una redirección de equipo que oficialmente había ido a un departamento que nunca lo recibió.

Cuatro firmas. Cuatro personas que sabían.

La cuarta firma la del nivel más alto pertenecía a la dirección operativa de División 47.

No a Carandini. A la persona que estaba por encima de Carandini.

Sol se encontró con Sánchez y Columbo en el apartamento de Sol. La misma mesa llena de informes apilados. El mismo olor a café viejo.

Es más grande de lo que pensábamos - respondió Sol. Puso los documentos sobre la mesa. Las cuatro firmas. La cadena de autorizaciones. Velarde firma la redirección. Su supervisor la aprueba. El supervisor del supervisor la confirma. Y la dirección operativa la autoriza.

Sánchez miró las firmas. Reconoció la tercera.

Eso es Garza mencionó. Subdirector de operaciones.

¿Lo conoces?

Me saludaba en los pasillos. Me preguntaba por mis casos. Sánchez cerró los ojos un segundo. Me preguntaba específicamente por los casos de niños en coma.

Lo que siguió pesaba. Tres personas en un apartamento lleno de papeles procesando lo que significaba que alguien que te preguntaba por tus casos supiera exactamente quién los estaba causando.

Columbo habló primero.

Garza tiene acceso a todo lo que investigamos. Sabe qué sabemos. Sabe cuánto hemos avanzado. Si Garza está en la cadena, sabe que estamos buscando.

Probablemente lo sabe desde el principio - dijo Sol.

Entonces ¿por qué no nos ha detenido?

Sol miró por la ventana. Ciudad Control. Las Torres. Los niveles superiores brillando.

Porque todavía no hemos llegado lo suficientemente arriba. Porque mientras creamos que Carandini es el techo, no buscamos más allá. Sol se dio vuelta. Carandini no es el problema. Carandini es la cortina.

Sánchez se quedó mirando la ventana. Columbo miraba el suelo.

¿Qué hacemos? - preguntó Sánchez.

Seguimos subiendo - dijo Sol. Pero despacio. Sin que Garza sepa que lo sabemos. Necesito tiempo para verificar a los otros tres de la cadena. Necesito saber si es una red o si Garza es el único nexo.

¿Cuánto tiempo?

Una semana. Mínimo.

Los niños no tienen una semana.

Sol la miró. Ojos firmes. La mandíbula apretada.

Los niños llevan meses ahí. Una semana más no los salva ni los condena. Lo que los salva es que cuando actuemos, la cadena caiga entera. Si cortamos a Garza y hay alguien encima que no identificamos, ese alguien mueve las instalaciones, destruye la evidencia, y los próximos diecisiete niños desaparecen sin que nadie sepa dónde.

Sánchez no dijo. No porque estuviera de acuerdo. Porque no tenía argumento mejor.

Columbo se levantó.

Una semana dijo. Pero ni un día más.

Salieron del apartamento. Las escaleras. El pasillo con olor a humedad y pintura descascarada. La luz fluorescente que seguía parpadeando.

En la calle, Sánchez se detuvo.

Si Garza sabe que investigamos dijo, cada vez que me pregunta por mis casos no es cortesía. Es monitoreo.

Sí.

Llevo meses dándole reportes de progreso a la persona que autoriza lo que estoy investigando.

Columbo no dijo. No hacía falta. La geometría de la situación era clara. Sánchez había estado informando al sistema sobre su propia

investigación del sistema. Cada café en el pasillo con Garza. Cada reporte informal. Cada “¿cómo va lo de los niños?” seguido de una respuesta honesta que alimentaba al monstruo con información sobre quién lo buscaba.

Caminaron hacia División 47. El tráfico de siempre. Las luces de siempre. Los niveles superiores brillando como siempre habían brillado, alimentados por cosas que ahora tenían nombre y número y dirección de envío.

En el sótano de Laboratorios Xoc, diecisiete niños flotaban. Los cascos de interfaz pulsando. Los treinta y cuatro electrodos trabajando. Los tubos extrayendo. 4.2 mililitros cada setenta y dos horas. El rendimiento constante de un sistema diseñado para funcionar sin atención. Sin supervisión. Sin testigos.

Los ojos abiertos. Mirando un techo que ninguno podía ver.

El ejército combinado marcha hacia el frente. Los niños flotan en el sótano. El sistema sigue funcionando. # FRENTE [L][A][S]

El ejército combinado llegó al borde del territorio conocido el quinto día de marcha.

Trescientos entre Lobos y Dragones. Más el grupo de Leonardo. Juntos. No como amigos. No como aliados. Como gente que prefería caminar junta antes que morir sola.

El terreno había cambiado con cada día. Más irregular. Más frío. Menos vegetación. Las escamas del territorio Dragón desaparecieron al segundo día. La hierba seca que cortaba los tobillos desapareció al tercero. Al cuarto, solo roca. Gris. Porosa. Roca que absorbe el agua antes de que llegue a la superficie.

El cambio llegó antes que la imagen.

Una presión en los oídos que empezó gradual y se volvió constante. Un sabor metálico en la lengua que no desaparecía al tragar. El Voynich vibrando contra su pecho más fuerte con cada kilómetro, la pulsación acelerándose, las páginas calientes al tacto.

Al quinto día, Gunwise se detuvo.

Todos se detuvieron.

Esto es - dijo Gunwise. El borde del mundo conocido.

No había línea visible. No había muralla ni trinchera ni marca en el suelo. Solo una sensación. Presión en el pecho. Peso en los huesos. El conocimiento físico no intelectual, físico de que más allá de cierto punto, nada volvía.

Leonardo miró hacia el norte.

Negrura.

No la tiniebla de la noche. La noche tiene gradientes gris, azul oscuro, negro. Esto era uniforme. Denso. Sin profundidad ni variación. Un muro que no era muro porque los muros tienen superficie y esto no tenía. Absorbía la luz. Absorbía el sonido. Absorbía la atención y no devolvía nada.

El Vacío.

El Voynich pulsó contra su pecho. Más fuerte que en toda la marcha. El calor de las páginas le quemaba a través de la ropa. Leonardo puso la mano sobre el libro. El cuero latía. Un ritmo que no coincidía con su corazón ni con ningún otro ritmo del campamento. Un ritmo propio. Urgente.

El ejército combinado se detuvo. Trescientas personas mirando la misma oscuridad. Nadie quiso dar un paso más. Nadie podía. El cuerpo se negaba. Las piernas se detenían solas. Los pies se plantaban en la roca y no se movían.

Instinto que no razona. Que solo sabe.

Amarok dio la orden de acampar.

Aquí esperamos apuntó.

¿Esperamos qué? - preguntó Kael.

Lo que venga. Amarok miró hacia la oscuridad. Siempre viene algo.

Nadie - preguntó más.

Montaron campamento a doscientos metros del borde. Lo suficientemente lejos para que el cuerpo dejara de protestar. Lo suficientemente cerca para vigilar. Fogatas en línea diez, quince, veinte formando un arco frente a la tiniebla. Centinelas de los dos bandos. Lobos a la izquierda. Dragones a la derecha. El grupo de Leonardo en el centro, donde siempre terminaban. Entre facciones. Entre mundos.

Haryes se apartó del campamento.

Caminó hacia el oeste. No hacia la tiniebla del norte. Hacia el costado, donde la roca se elevaba en formaciones irregulares que daban algo de altura. Subió a la más alta. Se quedó de pie mirando.

Leonardo lo siguió. El frío era peor en la altura el viento no tenía nada que lo frenara en esta planicie pelada. Le raspaba la cara. Le zumbaba en el pecho. Pero desde arriba veía más.

Hacia el norte: el Vacío. La negrura sin fondo.

Hacia el noroeste: más tiniebla. El Vacío se extendía.

Pero hacia el oeste, lejos muy lejos algo se recortaba contra el cielo de código del Astral. Formas. Picos. Una línea irregular de montañas que interrumpía el horizonte.

La sierra.

Las runas en los antebrazos de Haryes pulsaron dorado. El destello más intenso que Leonardo había registrado un tono grave y limpio que le vibró en la base del cráneo. 55 Hz sin estática. Sin armónicos parásitos. Señal que reconoce su fuente.

Ahí - dijo Haryes. La voz baja. No estaba hablando con Leonardo. Estaba verificando. La sierra. Hrafnagil está entre esas dos cumbres. El paso que crucé hace quince años.

Leonardo miró. Las montañas eran reales. Visibles. Existían.

Y entre ellos y las montañas, cubriendo todo el norte, el Vacío.

No se puede cruzar - mencionó Leonardo.

No desde aquí. Haryes no dejó de mirar. Hace veinte años, cuando me fui, el paso al norte estaba abierto. El Vacío no había llegado tan al sur. Podías caminar tres días y estar en la sierra. Tres días más y estabas del otro lado.

¿Y ahora?

Haryes señaló. De este a oeste, la oscuridad cubría todo lo que había sido ruta directa al norte. Kilómetros. Decenas de kilómetros. El territorio que había cruzado quince años atrás ya no existía. Comido. Absorbido. Convertido en nada.

Ahora hay que buscar otro camino señaló Haryes. Las runas pulsaron. Una vez. Dos. Rodear. Si el Vacío no ha cerrado todo el oeste, puede haber paso.

¿Puede?

No lo sé. Haryes bajó la mirada de las montañas. Los ojos al suelo. Las manos envueltas en cuero. Nadie lo sabe. Pero la sierra sigue ahí. Lo que hay detrás sigue ahí. Solo cambió el camino para llegar.

Bajaron de la formación rocosa. El viento los empujó. La temperatura seguía cayendo.

Faith los esperaba abajo. Había escuchado. Los tres golpes del pulgar contra el borde del mapa categoría nueva. Destino visible. Acceso bloqueado.

¿Cuánto tendríamos que rodear? - preguntó Faith.

Hacia el oeste hasta encontrar donde el Vacío termina. O se adelgaza. Haryes se frotó las manos. El cuero crujió contra los nudillos. Si termina.

Faith anotó.

Orochi llegó esa tarde.

No con el ejército. Sola. Con dos guardias que se quedaron atrás cuando ella se acercó al campamento. La líder Dragón que había gobernado Escama, que había perdido cuatro ciudades antes de reconocer que los rayos del sistema eran diseñados, que había negociado la tregua con Amarok.

Se acercó a Leonardo.

Directo. Sin protocolo. Los Dragones no perdían tiempo en formalidades cuando la situación no las requería.

Mi madre te buscó toda su vida le dijo. Las escamas en sus brazos y cuello brillaban con luz propia. Cobrizo. Estable. La frecuencia que Leonardo había registrado en Escama. El Voynich. Creía que era la clave de todo.

¿Lo es?

Tú dime. Orochi lo miró. Los ojos de escala vertical. Pupilas que no eran redondas. Tú eres quien lo carga.

Leonardo no respondió. El Voynich seguía caliente contra su pecho. Las páginas pulsando con un ritmo que se había acelerado cuando Orochi se acercó. El libro respondía a ella. O a algo que ella traía. O a algo que su presencia activaba.

Orochi miró hacia el norte. Hacia la negrura.

Cada año se come más dijo. Cuando mi madre gobernaba, la sierra estaba a tres días de marcha. Cuando yo tomé Escama, estaba a cinco. Ahora está ahí. Señaló las montañas en el horizonte. Pero el camino no existe.

¿Has intentado rodear por el oeste?

Mandé exploradores hace dos años. Tres grupos de cinco. Orochi cruzó los brazos. Las escamas crujieron. Volvieron dos personas. Dijeron que el Vacío se adelgaza hacia el suroeste. No desaparece. Se adelgaza. Lo suficiente para que un grupo pequeño pudiera pasar si encontraba el punto exacto. Pero mis exploradores no lo encontraron.

¿Lo suficiente para pasar?

Lo suficiente para intentarlo. Orochi lo miró otra vez. Pero no con un ejército. No con trescientos. Un grupo pequeño. Diez, quince personas. Rápido. Sin detenerse. A través del punto donde la penumbra es más delgada.

Leonardo procesó. Orochi procesó. Los dos mirando la misma negrura pensando en la misma imposibilidad que quizás no era imposibilidad.

¿Dónde está ese punto?

Hacia el oeste. Orochi señaló. Mis exploradores dijeron que la franja delgada estaba a una semana de marcha en esa dirección. Quizás más. El Vacío se mueve. Lo que era delgado hace dos años puede ser grueso ahora.

O puede haberse adelgazado más.

O eso. Orochi no sonrió. Los Dragones no sonreían ante la esperanza. La esperanza era dato sin verificar. Pero el punto estaba

al suroeste. Cerca de donde las facciones no llegan. Cerca de los territorios intermedios.

Había escuchado. El viejo se acercó. Las rodillas crujiendo. El bastón encontrando las piedras con precisión de ciego que sabe dónde está cada obstáculo.

¿Territorios intermedios?

Lo que queda entre las facciones y el Plano Medio. Orochi lo miró. Jardinero. Sé lo que eres. Sé que has cruzado.

No negó. No confirmó. La pipa entre los dientes. Vacía. Mordiendo la boquilla.

Si hay paso al suroeste replicó, necesitamos explorar antes de mover al grupo completo.

El grupo completo no se mueve - añadió Orochi. El ejército se queda aquí. En el frente. Vigilando. Es lo que hace un ejército. Vigila. Miró a Leonardo. Tú vas. Con los tuyos. Hacia el suroeste. Si hay paso, lo cruzas. Si no lo hay, vuelves.

Era instrucción. Era ofrecimiento. Era la única opción que tenía lógica.

El viejo habló con Leonardo esa noche.

Lejos del campamento. Lejos de las fogatas. Lejos de oídos que no debían escuchar. En la roca pelada, con el viento del norte trayendo el frío del Vacío.

No voy a durar mucho más - dijo Don Humo.

Las palabras cayeron sin preparación. Sin contexto. Sin preámbulo. El viejo las soltó y se quedaron en el aire frío entre los dos.

Leonardo lo miró.

Estoy viejo continuó. Más viejo de lo que debería. Mi cuerpo lleva protestando años. Las rodillas. La espalda. Los pulmones. Fumó la pipa vacía. El gesto de fumar sin nada que fumar. Músculo que repite lo que ya no tiene. Trescientos años es mucho tiempo. Incluso para un Jardinero.

¿Cuánto?

No sé. Miró hacia la penumbra del norte. Meses. Quizás más. Quizás menos. El cuerpo no avisa con fecha.

Leonardo no respondió. No había palabras útiles. Las palabras útiles para esto no existen. Solo la presencia y el hecho físico de estar ahí, en la roca, con el viento, al lado de alguien que te dice que se está acabando.

Solo quiero que sepas. Para que estés preparado.

Preparado no existe - señaló Leonardo.

Lo miró. Un segundo. Dos. La boquilla mordida. Los ojos de trescientos años que habían visto todo tipo de final y sabían que Leonardo tenía razón. Preparado no existe. Pero saber ayuda. Un poco. A veces.

Preparado no existe. Pero saber es mejor que no saber.

No dijeron más. El viento. La roca. La negrura al norte.

Las sombras vinieron esa noche.

No para atacar. Solo para observar.

Formas oscuras en el borde de la luz del campamento. Donde las fogatas dejaban de iluminar y la noche del Astral empezaba. Figuras que no tenían contorno definido. Que se movían sin sonido. Que estaban ahí y dejaban de estar y volvían a estar en otro lugar.

Los centinelas las vieron primero. Lobos. Acostumbrados a vigilar. A registrar lo que se movía en la penumbra.

Ahí - dijo un centinela. Señalando.

Faith se acercó a la línea de fogatas. Miró.

¿Qué quieren? - preguntó. Contarnos contestó Sentella. O Maku. O quien fuera que hablaba a través de esos ojos amarillos. El pelaje absorbiendo la luz de las fogatas. La voz que salía de una garganta que no era del todo humana ni del todo animal. Quieren saber cuántos somos. Qué traemos.

¿Por qué?

Porque si cruzamos hacia el oeste, entramos en su territorio. Sentella miró hacia las formas oscuras. Y ellos van a intentar detenernos.

Ilis estaba de pie junto a las fogatas. La vara de dos metros cruzada en las manos. El anillo de Iris en el dedo. Mirando las sombras con los ojos de alguien que ha dejado de tenerle miedo a la oscuridad porque la penumbra ya le quitó todo lo que tenía.

Haryes estaba al otro lado del campamento. En la formación rocosa alta. Las runas doradas. Mirando las montañas que no podía alcanzar. La sierra visible. El paso de Hrafnagil entre dos cumbres. Todo lo que había dejado atrás hace veinte años, todavía ahí, todavía existiendo. Pero con un mar de nada entre él y su tierra.

Las sombras se retiraron antes del amanecer.

Sin hacer nada. Sin decir nada. Solo la información de que estaban ahí. De que sabían. De que estarían esperando.

Amarok no durmió. Orochi no durmió. El viejo fumó su pipa vacía toda la noche sentado frente a una fogata que se apagó dos veces y que Anya volvió a encender dos veces sin que nadie le pidiera.

El amanecer llegó rojo.

Cielo del color de la sangre en el código del Astral. Los caracteres del firmamento procesando más lento que de costumbre. Líneas rojas sobre fondo oscuro. El mundo calculando algo que requería más recursos de los habituales.

Leonardo miró hacia el Vacío. La oscuridad del norte no había cambiado. No se había acercado durante la noche. No se había alejado. Solo estaba. Constante. Paciente.

El Voynich pulsó contra su pecho. Una vez. Fuerte.

Leonardo lo sostuvo con la mano. Respiró. El frío en los dientes. El metal en la lengua.

Al sur, el ejército combinado empezaba a despertar. Lobos y Dragones. Trescientos cuerpos que no sabían todavía que el plan había cambiado. Que el norte estaba cerrado. Que el camino, si existía, estaba al suroeste. Que solo un grupo pequeño iría.

Al norte, la negrura esperaba.

Al oeste, las montañas de Haryes se recortaban contra el cielo rojo.

Entre todo eso, diez personas que tendrían que encontrar un paso que quizás no existía.

En Ciudad Control, Sol llevaba cuatro días sin dormir más de tres horas seguidas.

El apartamento era un mapa. Hojas pegadas en las paredes conexiones, nombres, flechas, signos de interrogación. El centro del mapa era Garza. Subdirector operativo de División 47. La persona que firmaba las autorizaciones que permitían que Promedical Soluciones Integrales comprara cascos de interfaz neural para conectar a diecisiete niños en un sótano.

Pero Garza tampoco era el centro. Era el nodo visible.

Sol había pasado cuatro días verificando a los otros tres firmantes de la cadena. Velarde nivel medio, firmaba redirecciones de equipo. El supervisor de Velarde un burócrata que aprobaba todo lo que le ponían en el escritorio sin leer. El supervisor del supervisor otro burócrata, mismo patrón.

La cadena funcionaba por inercia burocrática. Velarde redirigía. Su supervisor aprobaba. El supervisor del supervisor confirmaba. Y Garza autorizaba. Cuatro firmas. Cada una protegida por la anterior. Cada una con la excusa de que solo estaba aprobando lo que le llegaba de abajo.

Pero alguien tenía que generar las órdenes originales. Alguien tenía que decirle a Velarde qué redirigir. Y ese alguien no estaba en la cadena de firmas.

Sol encontró el patrón al tercer día. Las órdenes de redirección llegaban por correo interno memorandos sin firma visible. Código de origen: Subdirección de Recursos Técnicos. Un departamento que aparecía en el organigrama de División 47 pero que no tenía oficina asignada. No tenía personal registrado. No tenía presupuesto propio.

Un departamento fantasma que generaba órdenes reales.

García la llamó al cuarto día. Cuatro de la mañana.

La Subdirección de Recursos Técnicos no existe como departamento operativo - señaló García. Pero tiene un código fiscal activo. Y ese código está vinculado a tres cuentas bancarias que reciben transferencias regulares de una fundación privada.

¿Qué fundación?

Fundación Desarrollo Integral Urbano. Registrada hace veintiún años. Domicilio fiscal en Sector 3, nivel +18. El mismo nivel donde van los envíos de concentrado adrenal.

Sol procesó. La fundación financiaba al departamento fantasma, que generaba las órdenes que Velarde redirigía y los supervisores aprobaban y Garza autorizaba. Promedical ejecutaba. Los niños flotaban.

¿Quién dirige la fundación?

Junta directiva de cinco personas. Pero el presidente lleva muerto once años. Igual que el Doctor Xoc. Muerto y firmando. El patrón es idéntico.

Personas muertas administrando estructuras vivas. Licencias activas de cadáveres. Fundaciones dirigidas por fantasmas. El sistema construido sobre identidades que no podían ser interrogadas porque no existían.

Sol se quedó mirando el mapa en la pared.

No podía llamarse una cadena. Era una red. Y la red no tenía centro humano vivo. Cada nodo protegido por nodos muertos. Cada firma respaldada por un firmante que llevaba años en un cementerio.

Se encontró con Sánchez al día siguiente. Columbo no estaba de turno de noche.

No hay persona al final de la cadena - dijo Sol. Las manos sobre la mesa. Los dedos manchados de tinta. Cuatro días de falta de sueño en los ojos. El sistema se administra a través de muertos. Firmas de gente que no existe. Cuentas de gente que no respira.

Entonces no podemos llegar arriba.

Podemos llegar al sótano. Sol puso la hoja sobre la mesa. Sabemos dónde están los niños. Sabemos qué equipo tienen conectado. Sabemos la dirección de Promedical, la dirección de envío, la frecuencia de los ciclos de extracción. Sabemos que cada setenta y dos horas alguien tiene que cambiar los filtros de los cascos.

Sabemos que el consumo eléctrico del edificio es treinta por ciento superior al de un hospital.

¿Y?

Y podemos documentar todo eso sin tocar la cadena de arriba. Fotografías. Mediciones. Registros de consumo eléctrico. La evidencia no necesita que identifiquemos al jefe. Necesita que identifiquemos el crimen.

Sánchez procesó. Las dos mujeres en un apartamento lleno de papeles procesando que a veces no puedes encontrar al monstruo pero puedes fotografiar lo que hace.

Columbo - dijo una semana comentó Sánchez.

Quedan tres días.

¿Es suficiente?

Para la red, no. Para el sótano, sí.

Sánchez no discutió. No porque fuera suficiente. Porque era lo que había.

En el frente, diez personas miraban al norte. Al sur. Al oeste.

El Vacío adelante. El ejército detrás. Las montañas de Haryes en el horizonte, visibles y alcanzables si encontraban el camino.

Orochi había dado la instrucción. El ejército se queda. El grupo va al suroeste.

Hacia las sombras que los habían contado durante la noche.

Hacia el punto donde el Vacío se adelgaza.

Hacia dos exploradores habían visto hace dos años y que tal vez ya no existía.

En el sótano de Laboratorios Xoc, diecisiete niños flotaban.

Los cascos de interfaz pulsando su ciclo de setenta y dos horas. Los electrodos trabajando. Los tubos extrayendo. 4.2 mililitros cada

setenta y dos horas. El rendimiento constante de un sistema diseñado para funcionar sin atención. Sin supervisión. Sin testigos.

Los ojos abiertos. Mirando un techo que ninguno podía ver.

El sistema seguía funcionando.

El ejército vigila el frente. Diez personas buscan un paso al suroeste. Diecisiete niños flotan en un sótano. Las montañas existen. El camino no. El sistema funciona.

*FIN DE TEMPORADA 7: LOS DRAGONES # TEMPORADA 8:
LA EMBOSCADA SÓNICA*

NORESTE [L][F][X]

La ceniza empezaba a la tercera hora.

No la ceniza de fuego. La ceniza que quedaba cuando algo había sido terreno y dejaba de serlo. Polvo gris que no pesaba, que se levantaba con cada paso y se pegaba a la ropa mojada y a la piel donde había sudor. Faith caminaba al frente del grupo porque nadie más quería hacerlo. Diez personas. Diez mochilas con lo que Orochi les había dado al salir del Frente: raciones para cinco días, cantimploras llenas, dos cuchillos nuevos, vendas. No mantas. No había mantas de sobra. El ejército combinado las necesitaba todas.

Detrás de Faith, Leonardo. El Voynich contra su pecho, debajo de la camisa, atado con una correa de cuero que Anya le había cosido en el campamento. El libro pulsaba con un calor bajo, constante, que Leonardo sentía en las costillas del lado izquierdo. Presencia que no se apagaba.

Anya caminaba a la derecha de Leonardo. Hombro a medio metro del suyo. No más cerca. No más lejos. Anya no hablaba cuando marchaban. Reservaba el aire para los pies.

El viejo iba cuarto. La pipa apagada en el bolsillo del chaleco. Las manos vacías. Desde el Frente caminaba sin la pipa encendida porque encender la pipa costaba lo que ya no le sobraba. Faith lo había visto sacársela tres veces del bolsillo, mirarla, y guardarla otra vez. Cada vez tardaba más en guardarla.

Sentella quinta. El cuerpo que había sido Maku y ahora era otra cosa. Más alta. Pelo gris ceniza. Ojos que no parecían los de la niña de la fuente. Pero cada amanecer, durante tres o cuatro segundos, los ojos de Maku volvían fibra óptica parpadeando detrás de la pupila, un destello azul que desaparecía antes de que nadie pudiera confirmarlo. Sentella parpadeaba después. Se frotaba los ojos. Seguía caminando.

Haryes sexto. Las runas en sus antebrazos emitían un pulso bajo 55 Hz, había dicho el viejo que era visible en la penumbra pero que durante el día solo se notaba si alguien le agarraba la muñeca. Las runas habían confirmado la dirección la noche anterior: noreste, hacia la cordillera, hacia el paso. Pero Haryes conocía la dirección. No la ruta. Y no es lo mismo saber adónde ir que saber cómo llegar.

Ilis séptima. No hablaba desde la muerte de Iris. Caminaba al borde del grupo, siempre al borde, y cuando el Vacío era visible a la izquierda o a la derecha, Ilis caminaba más cerca de él. Haryes la vigilaba. Cada vez que él acertaba distancia, Ilis giraba el hombro. Tres pasos más lejos. Cuatro. Cinco. Haryes dejaba de acercarse. Hasta la próxima vez.

Guerrero Dragón número uno caminaba octavo. Lanza de dos metros que usaba como bastón. No hablaba con nadie que no fuera Exploradora Lobo.

Guerrero Dragón número dos caminaba noveno. Pero este no iba a durar. Faith lo sabía porque lo había visto toser sangre negra la mañana de la salida. Espesa. Con olor a metal quemado. Exposición previa al Vacío. Algo dentro de él se estaba comiendo lo que quedaba de él. Los Dragones lo sabían cuando lo asignaron. Lo mandaron igual.

Exploradora Lobo cerraba el grupo. Conocía los pasos. Los había cruzado cuatro veces. Cicatrices de garras en el antebrazo derecho que no explicaba cuando le preguntaban.

Diez.

De trescientos en el Frente, diez se habían separado.

El ejército combinado se quedó conteniendo al Vacío. No iban a ganar. No se gana contra lo que no tiene forma, ni hambre, ni prisa. Se contiene. Se retrasa. Se da tiempo a los que se van para que lleguen adonde tienen que llegar.

El primer día fue hierba.

Hierba alta, amarilla, que cortaba los tobillos si no se levantaban las botas lo suficiente. Leonardo la sentía distinta a como la veía. El roce de las hojas producía un ruido agudo que él percibía en la mandíbula, en el borde de las encías, una frecuencia fina que le hacía apretar la mandíbula. El viento entre la hierba era textura: lija suave, lateral, que le frotaba la nuca de izquierda a derecha.

Anya arrancó una espiga al pasar. La olió. La tiró.

Amarga indicó.

Nadie dijo. El grupo caminó hasta que el sol desapareció detrás de una cordillera que todavía estaba demasiado lejos para tener detalle. Solo forma. Solo promesa de algo vertical en un mundo que llevaba días siendo plano.

Campamento: sin fuego. El viejo lo prohibió. El humo atraía cosas que no tenían nombre. Se sentaron en círculo sobre roca volcánica que todavía irradiaba calor del día. Las raciones eran frías: tiras de carne seca que había que masticar durante tres minutos antes de poder tragar, un puñado de semillas tostadas que sabían a nada, agua que tenía sabor a la cantimplora de cobre donde llevaba horas,

pero peor ahora, con vetas de óxido que no estaban la semana anterior. Leonardo se sentó contra una roca y dejó que el Voynich le calentara el pecho mientras masticaba. Las páginas pulsaban con un ritmo que No se trataba de aleatorio. Dos pulsos largos, tres cortos, pausa. Repetir. Leonardo no sabía qué significaba. No intentaba saberlo. Había aprendido que el Voynich comunicaba cuando quería y que forzarlo producía dolor de cabeza y páginas en blanco.

Anya distribuyó las raciones sin hablar. Contó las tiras de carne: siete por persona. Veintidós por persona para cinco días. Después de los cinco días, nada. Anya no mencionó eso. Repartió las siete tiras y se sentó a comer las suyas. La segunda tira se le partió en la boca y un trozo le cayó en las rodillas. Lo recogió. Se lo comió. No se desperdiciaba comida cuando la comida tenía fecha de terminación.

Cuando nadie miraba, Anya puso una tira extra en la pila de Haryes. No lo miró. No le dijo nada. Se limpió las manos en el pantalón y siguió comiendo como si nada. Haryes no lo notó. Faith sí.

Sacó la pipa del chaleco. La miró. Le dio una vuelta entre los dedos. La olió. Cerró los ojos. Abrió los ojos. La guardó.

¿No vas a fumarla? - preguntó el Guerrero Dragón número uno.

No.

¿Entonces para qué la sacas?

Para que sepa que sigo aquí. El viejo se recostó contra la roca. Llevamos una relación de trescientos años. Necesita mantenimiento.

El Guerrero lo miró durante tres segundos. Después miró a Faith. Faith se encogió de hombros. El Guerrero volvió a mirar al frente.

Leonardo se durmió contra la roca sin decidir dormirse.

El sueño duró un flash. Una cocina. No la cocina una cocina. Los azulejos no estaban. Las paredes no estaban. Había una mesa y algo sentado en la mesa que tenía la forma de una niña pero no la cara. No tenía cara. Tenía pelo oscuro y manos pequeñas, el movimiento de los hombros de alguien que se ríe pero donde debía haber cara había un espacio en blanco que No lucía como luz ni oscuridad sino ausencia de dato. Leonardo abrió la boca para preguntar lo que siempre preguntaba y el sueño terminó antes de que la primera sílaba se formara.

Se despertó con el Voynich caliente contra el pecho y sin recordar de qué color era la risa.

Guerrero Dragón número uno habló con Exploradora Lobo en el dialecto que nadie más entendía. Una conversación corta: tres frases él, dos ella, un asentimiento de los dos. Después se sentaron en lados opuestos del campamento y miraron direcciones opuestas. Guardia. Sin que nadie lo pidiera.

Faith revisó al Guerrero Dragón número dos antes de dormir. Le levantó la manga. El brazo donde había tocado el Vacío meses atrás tenía la piel de un gris desigual, con vetas más oscuras que se extendían hacia el codo. Frío al tacto. El guerrero no se quejó. Apretó el puño tres veces para demostrar que todavía tenía fuerza. A la tercera vez, el meñique tardó más que los otros dedos en cerrarse.

Faith bajó la manga. No dijo nada.

Haryes se acercó a donde Ilis estaba sentada. Diez metros del grupo. Sola. De espaldas a los demás, mirando hacia la oscuridad donde la hierba se convertía en nada.

¿Comiste? - preguntó Haryes.

Ilis no respondió. Tenía las raciones en la mano. Sin abrir.

Tienes que comer.

Nada. Haryes se quedó de pie detrás de ella durante un minuto. Dos. Después se dio vuelta y volvió al grupo. Las raciones de Ilis seguían cerradas en su mano cuando Faith dejó de mirar.

El segundo día fue roca volcánica.

La hierba terminó a las dos horas de marcha. El suelo se volvió negro, poroso, con bordes que rompían suelas y cortaban dedos si alguien tropezaba. El aire cambió. Más seco. Más caliente de lo que debería ser. Olor a ozono quemado que picaba en la garganta y dejaba un sabor metálico en la parte de atrás de la lengua.

El calor del suelo volcánico como un zumbido grave en los pies. Cada paso producía una nota distinta según la densidad de la roca. Un teclado. Un órgano. Una música que nadie más escuchaba porque nadie más la sentía así.

Sentella se detuvo al amanecer. Cuatro segundos. Ojos de fibra óptica. Maku asomándose desde algún lugar interno que nadie entendía. Sentella parpadeó. Los ojos volvieron a ser los de ella. Se frotó la cara con las dos manos.

¿Estás bien? - preguntó Faith.

Sentella la miró. Una expresión que Aquello no era ni sí ni no. Una expresión que decía: esa pregunta no tiene respuesta útil.

Siguieron caminando.

El viejo iba más lento. Faith lo notó porque al mediodía ya no caminaba cuarto sino sexto. Haryes se había colado delante. No protestó. Se limitó a mantener el paso desde más atrás. Faith volvió la cabeza dos veces. La primera, Tenía la pipa en la mano, apagada. La segunda, la estaba guardando.

Guerrero Dragón número dos tosió cuatro veces durante la tarde. La tercera vez fue sangre negra. La cuarta fue sangre negra con algo sólido dentro. Algo pequeño, oscuro, que cayó en la roca volcánica y se quedó ahí. Nadie lo recogió. Nadie lo miró. El guerrero se limpió la boca con el dorso de la mano y siguió caminando.

Exploradora Lobo se acercó a Faith al atardecer.

El paso está a un día. Pausa. La voz de alguien que sabe algo que no quiere saber. Si todavía existe.

¿Por qué no existiría?

Porque la última vez que crucé, el Vacío estaba a dos leguas del paso. Si avanzó...

No terminó la frase. No necesitaba terminarla.

El tercer día fue ceniza. Ceniza compactada que crujía bajo las botas. Ceniza que no lucía como ceniza de fuego, sino lo que quedaba de terreno que el Vacío había tocado sin tragarse del todo. Zonas donde la realidad se había debilitado y lo que quedaba era gris, poroso, con una textura que recordaba a hueso molido.

Ilis caminaba más cerca del borde izquierdo que de costumbre. El Vacío era visible desde aquí: una línea oscura en el horizonte que no se trataba de horizonte. Que aquello no era nada. Que era la ausencia de lo que debería haber algo.

Haryes caminó hacia ella. Cuatro pasos. Ilis giró el hombro izquierdo. Seis pasos más lejos. Haryes se detuvo. La miró desde donde estaba. Los músculos de la mandíbula apretados. Las runas en sus brazos pulsaban. Se dio vuelta y volvió a su posición en la fila.

Faith vio todo. No dijo nada.

Al mediodía, la cordillera tenía detalle. Roca oscura, crestas irregulares, nieve en las puntas más altas que no era nieve sino algo

blanco que no se derretía. Los picos subían verticales desde una base que Faith podía calcular: quinientos, seiscientos metros. Más que suficiente para bloquear el Vacío. Más que suficiente para dar paso al otro lado.

Si había paso.

Llegaron a la base de la cordillera tres horas antes de que oscureciera.

No había paso.

Faith lo vio desde cuatrocientos metros. Donde debería haber estado la abertura entre dos picos el paso del este, la ruta que Exploradora Lobo había cruzado cuatro veces, la última hacía una luna había un muro. No de roca. No de hielo. Un muro de nada.

El Vacío se había tragado los primeros doscientos metros de montaña. Había subido desde la base, llenando el espacio entre los dos picos con una masa tridimensional que absorbía la luz. Líquido vertical. Sin superficie visible, sin textura, sin reflejo. Solo una zona donde la cordillera dejaba de existir y empezaba la nada.

El grupo se detuvo.

Leonardo sintió el Vacío antes de verlo del todo. La ausencia de frecuencia. Un vacío acústico que le produjo náusea. El Voynich se enfrió contra su pecho. Las páginas dejaron de pulsar.

Exploradora Lobo caminó veinte metros más que el resto. Se quedó mirando. Cuando volvió tenía la cara del color de la ceniza que pisaban.

Esto no estaba así hace una luna.

Guerrero Dragón número uno clavó la lanza en el suelo.

El paso murió.

Faith lo miró. Miraba el muro de nada con los ojos entrecerrados. Tenía la pipa en la mano. No intentó encenderla.

Las montañas son viejas, contestó, y su voz sonó más cansada de lo que Faith le había escuchado nunca. El Vacío es nuevo. Pero la paciencia del Vacío es infinita.

Faith miró al norte. Vacío. Miró al este. Muro de nada. Miró al sur, por donde habían venido.

Diez personas paradas al borde de lo que debería haber sido un camino.

Ningún camino.

En el Plano Medio, el sótano olía a humedad y a ratón muerto.

Sol llevaba seis horas entre cajas. Cuarenta y ocho horas le quedaban de las setenta y dos que Columbo le había dado. Setenta y dos horas para documentar la red fantasma de identidades muertas que alguien estaba usando para mover dinero, propiedades y personas a través de un sistema que las daba por inexistentes.

Las cajas eran de cartón marrón, apiladas contra la pared norte del sótano, sin etiquetas. Sol las había abierto una por una con las manos porque no había traído guantes y la caja de guantes de látex que había pedido a García no había llegado. García tenía otros problemas. Todo el mundo tenía otros problemas. Sol abrió las cajas con las uñas y con la punta de un bolígrafo que dejó de funcionar a la segunda caja porque la tinta se espesó con la humedad.

Dentro: escrituras. Contratos de compraventa. Cesiones de derechos. Poderes notariales firmados por gente que llevaba años muerta en los registros del sistema pero que seguía firmando documentos. El papel estaba húmedo en los bordes. Algunos documentos tenían manchas de moho verde claro que hacían

ilegibles las esquinas inferiores. Sol los separó en pilas: legibles a la izquierda, parcialmente legibles al centro, ilegibles a la derecha. A la cuarta hora, la pila de ilegibles era la más alta.

La primera hora fue caos. Documentos sin orden, sin fecha visible, sin patrón aparente. Sol los extendió en el suelo de cemento veintitrés documentos en la primera caja, dieciocho en la segunda, once en la tercera y empezó a buscar repeticiones. El suelo estaba húmedo. Los documentos se mancharon por detrás. Sol no tenía mesa. No tenía luz suficiente la lámpara de mano que había traído generaba un haz estrecho que iluminaba un documento a la vez, dejando el resto en penumbra. Trabajaba rotando: iluminar un documento, leer, anotar, pasar al siguiente. Sistema lento pero funcional.

La encontró a la tercera hora.

Cada identidad muerta había firmado contratos con el mismo notario. No el mismo nombre Sol verificó tres veces. El mismo notario. La misma firma testigo en la esquina inferior derecha de cada documento. Siete identidades distintas, siete personas que en los registros del sistema ya no existían, y las siete habían pasado por la misma oficina notarial.

La firma era pequeña, apretada, inclinada hacia la derecha. Sol la comparó en los once documentos donde aparecía. Idéntica. No similar idéntica. La misma presión. El mismo ángulo. La misma manera de cerrar la S final con un bucle que subía y bajaba.

El sello era parcialmente legible. Tinta azul, bordes gastados por la humedad. Sol lo sostuvo bajo la lámpara de mano.

Un nombre.

Licenciado Barrera.

Sol sacó la libreta del bolsillo trasero. Escribió el nombre. Buscó en los documentos restantes. El sello aparecía en once de los veintitrés de la primera caja. En siete de los dieciocho de la segunda. En la tercera caja no había sello, pero la dirección del despacho aparecía impresa en un membrete que alguien no se había molestado en arrancar: Edificio Constitución, tercer piso, despacho 307.

Sol anotó la dirección. Subrayó dos veces.

Cerró la libreta.

Se quedó un momento en el sótano, con el polvo flotando en el haz de la lámpara y el olor a ratón muerto que venía de algún lugar detrás de las cajas que no tenía intención de investigar, y calculó: cuarenta y dos horas le quedaban. Tiempo de sobra para subir al tercer piso del edificio Constitución y tocar una puerta.

Apagó la lámpara.

La oscuridad del sótano fue completa. Ni una rendija. Ni un led de standby. Negrura que hace que los ojos inventen formas durante los primeros diez segundos antes de rendirse.

Subió las escaleras contando peldaños. Catorce. Los mismos que a la bajada. El peldaño séptimo crujió bajo su peso igual que a la bajada. No se había roto. Todavía.

Afuera, la ciudad seguía funcionando. Las Torres TAAT emitían su pulso regular. Las pulseras de la gente parpadeaban en verde, amarillo, rojo, según su nivel de coherencia. Un niño pasó corriendo con un helado que se le derretía por la muñeca. Una mujer gritó un nombre desde una ventana del segundo piso. Un perro ladró tres veces y se calló.

Sol caminó hacia el edificio Constitución.

Cuarenta y dos horas. # COMBATE [L][F][X][H]

La discusión duró menos de lo que debería.

Habló primero. Sentado contra la roca de la cordillera, con las piernas estiradas y la pipa en la mano sin encender, mirando el muro de Vacío que se había comido el paso del este.

Las montañas son más viejas que el Vacío. La voz ronca. Gastada. Algunas resisten. Si bordeamos al oeste, buscamos un punto donde la roca sea más alta que la nada. Si existe, cruzamos.

Si existe - observó Faith.

Si existe.

Haryes miró sus antebrazos. Las runas no pulsaban. Desde que habían llegado a la base de la cordillera, las marcas en su piel se habían apagado. Ni un temblor. Ni un destello. Lo que había sido brújula ahora era tinta inerte.

La dirección correcta no es esta - dijo Haryes.

¿Y cuál es?

No sé. Las runas no hablan. Haryes se frotó el antebrazo derecho con el pulgar. Nada. Pero si no dicen nada, no es buena señal.

Faith se quedó mirando el muro de Vacío. Después giró la cabeza hacia el norte. Vacío. Hacia el sur, por donde habían venido. Tres días de marcha hasta el Frente, donde el ejército combinado contenía lo que no se podía contener.

Al oeste - dijo Faith.

No fue una orden. Fue la constatación de que no había otra dirección posible.

Nadie discutió. No había con qué discutir.

Desayunaron las raciones frías de rodillas sobre la ceniza. Guerrero Dragón número uno repartió el equipo del guerrero número dos entre las mochilas del grupo sin que nadie le dijera que

lo hiciera. Lo hizo porque la alternativa era dejarlo y dejar equipo era dejar supervivencia. Ilis aceptó dos latas de agua extra sin mirar a quien se las daba. Fue la primera vez en días que aceptaba algo de alguien.

El primer día al oeste fue lento.

Bordeaban la base de la cordillera por su cara sur. Roca a la derecha, subiendo vertical. A la izquierda, el terreno abierto que descendía hacia las cenizas que habían cruzado. Y más allá de las cenizas, invisible a veces y visible otras, el Vacío. Una línea en el horizonte que se movía.

No se movía rápido. No se movía constantemente. Se movía de la manera en que se mueve lo que no tiene prisa porque sabe que el tiempo está de su lado.

Leonardo caminaba con la mano izquierda sobre el Voynich. El libro había recuperado temperatura durante la noche calor bajo, pulso constante, dos largos y tres cortos pero las páginas pulsaban con algo nuevo. Una frecuencia que Leonardo sentía en la clavícula. No dolor. Presión de sonido demasiado grave para escucharse pero no demasiado grave para sentirse.

Anya caminaba al lado de Leonardo, ajustando la correa de la mochila cada quince minutos. La correa le había abierto una rozadura en el hombro derecho que no mencionaba pero que Faith veía por la mancha oscura que se extendía en la tela de su camisa.

Sentella tuvo otro episodio al amanecer del segundo día. Cuatro segundos. Los ojos de Maku. Fibra óptica azul detrás de las pupilas. La boca se abrió y de ella salió un sonido no palabra, sonido que era agudo, metálico, y que desapareció cuando Sentella volvió. Sentella se quedó parada. Se tocó la garganta.

¿Qué? - preguntó el viejo, que caminaba cerca.

Nada - dijo Sentella. Pero se quedó con la mano en la garganta durante los siguientes veinte minutos.

La observó con los ojos entrecerrados. Faith vio que movía los labios sin emitir sonido. Contando algo. Calculando algo. Lo que fuera que calculaba, no lo compartió.

El tercer día marchando al oeste, el Vacío dejó de ser horizonte y se convirtió en presencia.

Faith lo supo antes de verlo. El aire cambió. La temperatura bajó tres grados en diez minutos. La luz se comportó mal: sombras que apuntaban en dirección equivocada, la fuente de luz desplazada sin haberse movido.

Exploradora Lobo se detuvo. Levantó la mano. El grupo paró.

Se movió añadió.

Faith miró. A la izquierda, donde debería haber habido ceniza y terreno abierto, el Vacío estaba más cerca. Mucho más cerca. No en el horizonte a cien metros. Tal vez ochenta. Una masa vertical de oscuridad que subía sin techo visible, que no reflejaba luz, que no producía sonido, que no olía a nada.

Pero se movía.

No como frente meteorológico. No como ola. Se movía de la manera en que se mueve algo que busca. Algo que huele. La masa principal se mantuvo donde estaba, pero de ella descendieron extensiones: tentáculos tridimensionales de nada que bajaban del cuerpo central y tanteaban el terreno. Negros. Semi-translúcidos en los bordes, donde la transición entre algo y nada producía un efecto visual que lastimaba los ojos si se miraba demasiado tiempo. Grosor de torso humano. Inmóviles.

Mierda - dijo Guerrero Dragón número uno. Fue la primera palabra que Faith le escuchó en tres días.

El primer tentáculo tocó el suelo a sesenta metros del grupo. Donde tocó, la roca desapareció. No se rompió. No se disolvió. Dejó de estar. Un agujero circular del tamaño de un plato donde antes había habido roca volcánica y ahora no había nada.

Segundo tentáculo. Más cerca. Cuarenta metros.

Armas - dijo Faith.

No tenían muchas. Las espadas de los Guerreros Dragón. La lanza de número uno. Los cuchillos que Orochi había dado. Faith tenía un cuchillo corto que no iba a servir contra lo que no tenía cuerpo.

Pero lo que pasó fue distinto.

El Voynich pulsó.

Le llegó al pecho, a las costillas del lado izquierdo, como un golpe desde dentro. Fuerte. Urgente. El libro emitió una frecuencia que era audible una frecuencia baja, constante, que subió de volumen durante dos segundos y se estabilizó.

432 Hz.

Leonardo no sabía el número. Pero el sonido tenía color: azul oscuro, casi negro, con bordes plateados que se movían. Lo veía con los ojos abiertos, superpuesto al paisaje real. Una esfera de color que rodeaba su cuerpo a un radio de dos metros.

El tentáculo más cercano se acercó a cinco metros de Leonardo. Cuatro. Tres.

A dos metros, se desvió.

No se detuvo se desvió. Rodeó la zona donde Leonardo estaba parado y siguió adelante. La frecuencia del Voynich creaba un

espacio donde los tentáculos no entraban. Un radio de dos metros, limpio, alrededor de Leonardo.

Cerca de él. No gritó. No podía gritar. La voz le salía gastada, rota. Todos. Cerca de Leonardo.

El grupo se comprimió alrededor de Leonardo. Diez personas en un radio de dos metros. Cuerpos apretados. Codos contra costillas. El olor de una semana de marcha sin lavarse. Anya contra el lado derecho de Leonardo, sujetándolo del brazo. Faith al otro lado. El viejo detrás, respirando en la nuca de Haryes.

Los tentáculos rodearon el grupo. Siete. Ocho. Nueve extensiones de nada que tanteaban el borde del espacio protegido y no entraban. El sonido del Voynich era constante. 432 Hz en los huesos, en la base del cráneo, en las puntas de los dedos. Azul oscuro con bordes plateados.

No puede durar - dijo Faith.

No.

Duró diecisiete minutos. Faith los contó.

Al minuto diecisiete, los tentáculos cambiaron de estrategia. Dejaron de rodear y empezaron a presionar. No contra el espacio protegido contra los flancos. Cortando la ruta al oeste. Cortando la ruta al este. Empujando al grupo hacia la pared de la cordillera.

Guerrero Dragón número uno salió del radio protegido.

¡No! - gritó Faith.

Tarde. El guerrero clavó la lanza en el tentáculo más cercano. La lanza lo atravesó. No hubo resistencia. No hubo sonido de impacto. La punta de la lanza salió por el otro lado del tentáculo y el tentáculo siguió moviéndose. El agujero que la lanza había dejado se cerró.

El guerrero retrocedió. Estaba fuera del radio. Un tentáculo se acercó por la izquierda. El guerrero lo cortó con la espada. El corte funcionó mejor que la lanza la extensión se partió. La parte cortada cayó al suelo y se evaporó. Humo negro que olía a ozono quemado y que desapareció en tres segundos.

Pero donde cortó uno, vinieron dos.

¡Dentro! - gritó Faith. ¡Vuelve dentro!

El guerrero retrocedió hacia el grupo. Pero el combate había cambiado algo. Los tentáculos se movían más rápido. Más agresivos. El espacio protegido seguía intacto pero el mundo fuera de él se estrechaba.

Guerrero Dragón número dos tosió. Sangre negra en la mano. El brazo gris, el brazo que ya había sido tocado meses atrás, colgaba más que de costumbre. Los dedos de esa mano no se cerraban del todo.

Un tentáculo rozó al guerrero número dos en el brazo enfermo.

El contacto duró menos de un segundo.

Pero fue suficiente.

La piel del brazo se volvió translúcida. Los huesos debajo, translúcidos. El músculo, translúcido. Guerrero Dragón número dos miró su propio brazo desaparecer. No gritó. Abrió la boca pero no salió nada. La translucidez subió del brazo al hombro. Del hombro al cuello.

Fue rápido después de eso.

Tres segundos. Todo translúcido. Después: nada. Donde había habido un hombre con armadura negra y detalles en jade había un espacio vacío y una lanza que cayó al suelo.

Silencio.

Ni un sonido. Ni un grito. Ni siquiera el impacto del cuerpo porque no hubo cuerpo que impactara.

Guerrero Dragón número uno miró el espacio donde había estado su compañero. No dijo nada. Recogió la lanza que había caído. Ahora tenía dos.

Exploradora Lobo fue la siguiente en pagar. Un tentáculo le rozó el antebrazo derecho. No la tragó entera solo el roce. Pero donde tocó, la piel se volvió granulada, gris, con textura de ceniza compactada. Exploradora Lobo retrocedió hacia el grupo sujetándose el brazo. Apretó los dientes. No gritó.

El viejo hizo algo que Faith no entendió.

Se separó un paso del grupo, abrió la boca, y emitió un sonido. No palabra. Frecuencia. Un tono sostenido que salió de su garganta y que Faith lo registró en el esternón. El tentáculo que estaba más cerca de Don Humo se detuvo. No se desvió se detuvo. La frecuencia de la voz de Don Humo la mantuvo en su sitio durante cuatro segundos. Cinco. Seis.

Al séptimo segundo, dejó de emitir. Se dobló. Las manos en las rodillas. La pipa cayó del bolsillo y rebotó en la roca. Respiración corta, rápida, irregular. El esfuerzo le había costado lo que no tenía de sobra.

Faith lo agarró del brazo y lo metió de vuelta en el radio protegido.

No vuelvas a hacer eso observó.

No respondió. Estaba ocupado respirando.

Los tentáculos se retiraron veinte minutos después. No todos. La masa principal seguía visible a la izquierda. Pero las extensiones se

replegaron, subieron hacia el cuerpo central, y el espacio alrededor del grupo se abrió.

Exploradora Lobo conocía estas rocas. Hay una cueva. Señaló hacia una abertura en la base de la cordillera, doscientos metros al norte. Roca vieja. Pre-Vacío. Las cosas antiguas no las toca.

El grupo corrió. Caminar rápido con las piernas que les quedaban después de tres días de marcha y un combate que no se podía ganar.

La cueva era pequeña. Seis metros de profundidad, tres de ancho, techo bajo que obligaba a agacharse en el fondo. Roca oscura con vetas de algo mineral que brillaba cuando la luz le daba. Fría. Húmeda. Segura.

Los tentáculos los siguieron hasta la entrada. Rodearon la abertura. Tanteaban los bordes de la roca.

No entraron.

Exploradora Lobo tenía razón. La roca vieja resistía. Lo que el Vacío no había podido tragarse en milenios no iba a tragarse ahora.

Se dejó caer contra la pared del fondo. Espalda contra la roca. Respiración corta. La pipa que Faith le había recogido entre las manos. Temblaba. Las manos del viejo. Temblaban. Faith no le había visto las manos temblar nunca.

Las montañas resisten dijo. Cada palabra le costaba aire. Pero no por mucho.

Nueve. Eran nueve ahora. Faith no necesitaba contarlos. Los sentía. El espacio que faltaba donde antes había habido un hombre que tosía sangre negra.

Exploradora Lobo se sentó contra la pared y se examinó el brazo. La zona de contacto con el tentáculo era un rectángulo de diez centímetros por cinco. Piel granulada. Gris. Cuando la tocaba con el

dedo índice de la otra mano, no sentía nada. Ni dolor. Ni presión. De golpe, ni frío. Antes de que pudiera reaccionar, ni calor. Nada. Como tocar lo que ya no es parte de uno.

¿Se extiende? - preguntó Faith.

Exploradora Lobo marcó los bordes de la zona gris con la uña del pulgar. Cuatro rayas en la piel sana que delimitaban el daño.

Lo sabremos mañana dijo.

Guerrero Dragón número uno se sentó en la entrada de la cueva. Puso las dos lanzas cruzadas sobre las rodillas. La suya y la del compañero que ya no existía. Miró hacia afuera. Los tentáculos rodeaban la entrada. Formas oscuras que se movían lentamente, tanteando la roca, retirándose, volviendo. El guerrero las miró sin expresión. Guardia. Sin que nadie lo pidiera. Porque la alternativa era sentarse a pensar en lo que había pasado y eso no era alternativa.

Leonardo se sentó contra la pared opuesta. El Voynich pulsaba débil. Dos largos, tres cortos. Pero más suave que antes. El combate o lo que fuera que el Voynich había hecho para crear el radio protegido le había costado algo al libro también. Las páginas estaban frías cuando Leonardo las tocó.

Anya se sentó al lado de Leonardo sin hablar. Se quitó las botas. Los pies hinchados, rojos, con ampollas en los talones que se habían reventado y secado y vuelto a reventar. Se examinó los pies con la atención práctica de quien sabe que los pies son transporte y que el transporte hay que mantenerlo. Sacó vendas de la mochila. Se vendó los talones. Se puso las botas otra vez. Todo en tres minutos.

Ilis se sentó en la entrada de la cueva. Mirando hacia afuera. Hacia los tentáculos que rodeaban la abertura sin entrar.

Mirándolos como se mira lo que se conoce.

En el Plano Medio, el edificio Constitución tenía siete pisos y un ascensor que no funcionaba desde hacía meses según el cartel escrito a mano pegado con cinta adhesiva en la puerta del ascensor. La cinta se despegaba por la esquina superior izquierda. Alguien había intentado repegar la esquina con más cinta. La segunda cinta también se despegaba.

Sol subió por la escalera. Cada piso tenía un pasillo con cuatro despachos a cada lado. Puertas de madera con números de bronce. La mayoría cerradas. Algunas abiertas, con gente adentro haciendo cosas que parecían trabajo. Luz de tubo fluorescente que parpadeaba en el segundo piso un parpadeo constante, rítmico, que convertía el pasillo en una secuencia de fotogramas estroboscópicos. Olor a café viejo y a papel archivado y a Sol empezó a notar en el segundo piso y que se intensificó en el tercero.

Tercer piso.

Sol caminó por el pasillo. Linóleo beige con manchas que podrían ser de café o de algo peor. Despacho 301. 302. 303. Las puertas cerradas tenían placas con nombres: Lic. Fuentes, Lic. Durán, Lic. Mendieta. Gente que hacía cosas legales en espacios pequeños.

305.306.

306.

La puerta del despacho 307 estaba cerrada. La placa decía: LIC. BARRERA NOTARÍA PÚBLICA.

Sol se detuvo.

Había manchas en el linóleo frente a la puerta. Oscuras. No de café. Del tipo de manchas que no salen con fregado porque no son manchas sino evidencia de lo que se filtró por debajo de una puerta

cerrada y se secó antes de que alguien las limpiara. Si alguien las había intentado limpiar.

Sol se agachó. Pasó el dedo por el borde inferior de la puerta. Húmedo. No mojado húmedo. La madera hinchada.

Y el olor.

Sol conocía ese olor. Dulce. Demasiado dulce. Orgánico. Olor que el cuerpo reconoce antes que la mente porque la evolución lo programó para reconocerlo: algo se pudre. Algo grande se pudre detrás de esa puerta.

Se irguió. Miró el pasillo. Vacío. Eran las seis de la tarde. Los otros despachos habían cerrado a las cinco.

Sacó el teléfono. Marcó. Tres tonos.

Columbo. Ven al Constitución. Tercer piso. Despacho 307. Pausa. Trae bolsas.

Colgó.

Se quedó parada frente a la puerta. El olor. Las manchas. La madera hinchada. Un insecto salió por debajo de la puerta pequeño, oscuro, con alas que no usó y se quedó en el linóleo un segundo antes de volver a entrar. Sol lo vio entrar. Lo vio desaparecer en la rendija entre la puerta y el suelo.

El pasillo estaba vacío. Los otros despachos, cerrados. Las luces fluorescentes del tercer piso no parpadeaban funcionaban. Una diferencia que Sol notó: el segundo piso parpadeaba, el tercero no. Alguien mantenía el tercer piso. O alguien lo había mantenido hasta hacía poco.

Cuarenta y una horas le quedaban.

Se sentó en el suelo del pasillo, espalda contra la pared opuesta a la puerta 307, y esperó a Columbo. No intentó abrir la puerta. No

porque no pudiera. Porque lo que estaba del otro lado no iba a irse a ningún lado y abrir esa puerta sola no tenía sentido operativo. Sacó la libreta. Repasó las notas. Siete identidades. Mismo notario. Misma firma. Despacho 307.

El olor le llegaba por oleadas. Dulce. Denso. Orgánico.

Sol cerró la libreta y esperó. # CONCIERTO [P][H]

Nico llegó cuando el escenario todavía estaba a oscuras.

La nave industrial del Sector 9 era más grande que el último lugar que había visitado. Techos de seis metros. Pilares de acero con óxido que bajaba en líneas anaranjadas hasta el suelo de cemento. Ventanas selladas con planchas de metal desde fuera. Tres salidas. Nico las contó al entrar porque contar cosas era lo que hacía cuando los nervios le subían por los tobillos y le apretaban la garganta.

La gente llenaba el espacio. Cientos. Tal vez mil. Nico no era bueno calculando multitudes pero sabía que era más gente de la que había visto junta desde la protesta del Sector 7 y esa vez habían muerto catorce.

Las pulseras de la gente parpadeaban en distintos colores: verde, amarillo, algún rojo suelto que nadie miraba porque mirar el rojo de otro era admitir que sabías y saber era obligación de reportar. Nico tenía la suya en amarillo. Siempre en amarillo. Nunca verde del todo.

El oso Dember estaba en la mochila. Caliente. Más caliente de lo normal. Nico lo sentía contra la espalda baja, un peso tibio que pulsaba con un ritmo que no tenía que ver con la temperatura ambiente. Llevaba caliente desde el Frente. Desde que las grietas empezaron a aparecer en el cielo y nadie más las veía.

El escenario ocupaba el fondo de la nave. Plataforma de madera contrachapada sobre cajones de plástico. Cables que cruzaban el

suelo como venas. Amplificadores modificados cajas rectangulares con rejillas soldadas a mano y circuitos visibles en los laterales. No eran amplificadores normales. Nico no sabía qué los hacía distintos pero veía que los cables que entraban no parecían del mismo grosor que los que salían. Algo pasaba adentro.

Al fondo del escenario, una máquina.

No instrumento. Máquina. Una estructura de metal y cables que medía un metro de alto y que estaba conectada a tres amplificadores por cables gruesos, del grosor de un pulgar. Sin teclado. Sin cuerdas. Sin boquilla. Sin ninguna interfaz visible que indicara cómo un ser humano podría tocarla. DJ432. Nico había oído el nombre pero no lo había visto. La máquina no tenía cuerdas vocales. No tenía forma de producir sonido de la manera en que un instrumento produce sonido. Lo que hacía DJ432 era emitir. Frecuencias. Patrones. Algo que los amplificadores modificados convertían en algo que el cuerpo humano podía recibir.

Y entonces subieron Los Pollos.

Eran seis.

Subieron por el costado izquierdo del escenario en fila. Lo primero que Nico vio fueron las armaduras. Armaduras de pollo. Metal trabajado, plumas soldadas a placas de pecho, cascos con crestas de mohawk que subían veinte centímetros, visores que cubrían las caras por completo. Cada armadura era distinta. Una plateada con marcas de soldadura en los hombros. Una roja oscura con plumas más largas en los antebrazos. Una negra mate sin brillo. Una verde con partes oxidadas. Una que había sido blanca y ahora era gris por el uso.

Y una dorada.

La dorada iba al frente. Desgastada en las articulaciones codos, rodillas, cuello. El metal gastado mostraba capas debajo: oro sobre plata sobre hierro sobre algo más antiguo. Pelo azul eléctrico asomaba por debajo del casco, por la parte de atrás, mechones que caían hasta los hombros de la armadura. Manos sin guantes. Manos viejas. Más viejas que el cuerpo que las sostenía. Tendones visibles, nudillos grandes, uñas amarillentas y gruesas.

Edi Edi.

La multitud gritó el nombre. POLLOS. POLLOS. POLLOS. Las paredes de la nave temblaron. El pulso le llegó a Nico al esternón.

Edi Edi se detuvo al frente del escenario. Levantó la mano derecha, la mano vieja, los tendones, las uñas. La multitud se calló. De golpe. Mil personas quietas en medio segundo. Edi Edi tenía eso. Lo que fuera que era, Edi Edi lo tenía.

Y entonces se quitó la máscara.

Un segundo. Tal vez menos. El visor subió. La cara debajo era imposible. Nico la vio desde quince metros y la distancia no importó. Las arrugas eran arrugas de siglos. Pliegues que se superponían a pliegues que se superponían a pliegues, capas de piel que se habían renovado tantas veces que ya no sabían cómo ser lisas. Ojos hundidos en cavidades que eran demasiado profundas para una cara humana. Boca que se curvaba hacia abajo no por expresión sino por peso. Ochocientos setenta años comprimidos en un rostro que correspondía a un cuerpo de veinticinco.

La máscara volvió. El visor bajó.

Edi Edi agarró el micrófono.

La música empezó.

No fue música.

Fue algo anterior a la música.

DJ432 emitió primero. Un tono que no se escuchaba con los oídos sino que se sentía en la base de la columna vertebral. Grave. Constante. Sin variación. El tono base sobre el que todo lo demás se construía. Los amplificadores modificados lo recibieron y lo transformaron no lo amplificaron, lo tradujeron. Lo que salía de los amplificadores era algo que los huesos reconocían antes que el cerebro. Algo que los dientes sentían, las articulaciones de los dedos registraban como presión interna.

Los músicos entraron. El de la armadura plateada: bajo eléctrico modificado con cuerdas extra que vibraban en rangos que un bajo normal no alcanza. La roja oscura: guitarras dos, una en cada mano, conectadas al mismo amplificador. La negra mate: percusión. Pero no batería. Superficies de metal afinadas que golpeaba con las manos desnudas. La verde: teclado que no producía notas sino capas de armónicos. La blanca-gris: algo que Nico no pudo identificar. Un instrumento que producía frecuencias subarmónicas que se sentían en los órganos internos.

Y Edi Edi cantó.

La voz salía distorsionada por la máscara, por el visor, por los ochocientos setenta años que cargaba. No se trataba de bella. No intentaba serlo. Era una voz que había cantado tantas veces la misma canción que la canción se había incrustado en las cuerdas vocales y lo que salía no se trataba de interpretación sino registro. Registro de lo que llevaba siglos necesitando ser dicho.

963 Hz.

Nico no sabía el número. No tenía cómo saberlo. Pero supo cuándo la frecuencia golpeó porque todo cambió.

La nave industrial cambió. No físicamente perceptualmente. La claridad fue brutal. Cada detalle amplificado. Las gotas de sudor en la frente del tipo que tenía al lado. Las grietas en el cemento del suelo, visibles a tres metros de distancia. La textura del óxido en los pilares de acero. Todo más real. Todo más verdadero de lo que había sido un segundo antes.

Las Torres TAAT más cercanas a dos manzanas, tres manzanas, Nico no sabía reaccionaron. Los cristales de las torres eran visibles desde las ventanas selladas de la nave porque sus crestas sobresalían sobre los techos del sector. Y Nico vio a través de las rendijas entre las planchas de metal que sellaban las ventanas que los cristales se quebraron. No explotaron. Se quebraron. Grietas que subían por la estructura cristalina. Invisibles a esta distancia. Pero visibles. 963 Hz rompía lo que el sistema usaba para mantener todo en su sitio.

Las pulseras de la gente vibraron. Todas al mismo tiempo. Un parpadeo colectivo que duró dos segundos y que convirtió cada muñeca en la nave en un punto de luz verde-amarillo-rojo que pulsaba fuera de patrón.

Nico miró hacia arriba.

El cielo. A través de las rendijas del techo. A través de los huecos donde las planchas de metal no cerraban del todo.

Grietas de luz.

Donde debería haber nubes, o smog, o la cúpula gris que cubría la ciudad, había grietas. Líneas de luz blanca que cortaban el cielo en fragmentos. No permanentes aparecían y desaparecían. Medio segundo. Un segundo. Medio. Como un código que parpadeara.

Nadie más las veía.

Nico miró a la gente de alrededor. Ojos cerrados. Manos arriba. Bocas abiertas. Perdidos en la frecuencia. Ninguno miraba al cielo. Ninguno veía las grietas.

El oso Dember ardía contra su espalda. No tibio. Caliente. Caliente de verdad. Nico se quitó la mochila y la abrió. El oso estaba ahí. Los ojos de botón miraban hacia arriba. El pelaje irradiaba calor. Nico lo tocó y la frecuencia subió por su dedo, por su mano, por su brazo, hasta el centro del pecho. 963 Hz en los huesos.

Locke estaba en un edificio a media manzana del concierto.

Tercer piso. Ventana abierta. A su lado, Sánchez. Los dos frente a un equipo de transmisión que habían montado durante la tarde: antena, modulador, cables conectados a una fuente de energía que Locke había comprado en el mercado negro con la tarjeta sin registro.

La señal pirata. 102.1 FM.

Locke tenía un auricular en el oído izquierdo que captaba la frecuencia del concierto. La aguja del modulador oscilaba. Estaba esperando.

¿Cuándo? - preguntó Sánchez.

Cuando sea perfecto.

La aguja subía. 940. 950. 958. Oscilaciones. El 963 Nada de eso era constante subía y bajaba según la intensidad de lo que DJ432 emitía y lo que los músicos modulaban. Locke necesitaba 963 sostenido. Perfecto. Sin variación. Tres segundos mínimo.

Sánchez tenía un maletín en las piernas. Dentro: ciento veinte páginas. Todo lo que habían descubierto. Nombres. Conexiones. Los niños. Los laboratorios. El suero. La conexión con la Arquitectura. Lo

que el sistema no quería que nadie supiera, comprimido en datos que cabían en una transmisión de cuarenta y cinco segundos.

La aguja llegó a 963 y se quedó.

Estable. Limpia. Sin oscilación.

¡Ahora! - gritó Locke.

Sánchez activó la transmisión.

En el concierto, Edi Edi se llevó la mano a la oreja. Debajo de la máscara, el auricular interno que lo conectaba con Locke le dijo lo que necesitaba saber. Edi Edi giró hacia la multitud.

¡Sintonicen 102.1 FM! La voz amplificada. Distorsionada por la máscara y por los amplificadores. Pero el mensaje claro. Una instrucción dentro de la música. Una orden dentro del espectáculo. ¡102.1! ¡AHORA!

La música no se detuvo. Siguió. 963 Hz sostenido. DJ432 emitiendo. Los músicos modulando. Pero entre las frecuencias entre los acordes, entre los armónicos, entre lo que el cuerpo sentía y el cerebro no procesaba datos. La transmisión de Sánchez cabalgando la frecuencia de Pollos Gelatina. Nombres. Números. Direcciones. Conexiones.

Tiny Almanacs se activó.

Las pantallas. No las pantallas del concierto las pantallas de la gente. Los dispositivos. Las pulseras. Cualquier superficie receptora dentro del radio de transmisión de la señal pirata. La señal 102.1 FM sobreescribió lo que estuvieran mostrando y proyectó algo que tenía la forma de un programa infantil.

Edi Edi en la pantalla. No el Edi Edi del escenario una versión grabada. Sin armadura. Sin máscara. La cara vieja, los ochocientos setenta años, pero con un sombrero de colores que no combinaba

con nada y una sonrisa que Aquello nada de eso era sonrisa sino la curvatura de una boca que había dicho demasiadas cosas demasiadas veces. Y junto a Edi Edi en la transmisión: Cobain.

El pollo negro. Ojos rojos que brillaban con una luz propia que no venía de ninguna fuente externa. Cresta mohawk que subía diez centímetros sobre la cabeza. Plumas que no fueron plumas demasiado oscuras, demasiado lisas, con un brillo que cambiaba según el ángulo.

Cobain no constituía parte de la banda. Nico lo supo en el momento en que lo vio en la pantalla de la pulsera del tipo que tenía al lado. Cobain era algo de antes. De mucho antes. Algo que existía independientemente de Pollos Gelatina, independientemente de Edi Edi, independientemente de cualquier cosa que hubiera sucedido en los últimos ochocientos setenta años o en los ochocientos setenta anteriores.

Cobain picoteó.

Pic. Pic. Pic.

Números. Cayendo de las plumas con cada picotazo. Pequeños, dorados, que se desprendían del plumaje negro y flotaban en la pantalla antes de desaparecer. Tres dígitos. Nico los vio un segundo. Después se fueron.

Nico no supo qué significaban. Pero el oso Dember pulsó en su mochila y las grietas del cielo se abrieron un centímetro más.

Edi Edi habló desde la transmisión. La voz distinta a la del escenario. Más profunda. Más seria. Ochocientos setenta años asomando por debajo del formato infantil, por debajo de los colores del sombrero y la estructura del programa para niños.

El sistema cuenta todo. Pausa. Cobain picoteó. Los mismos tres dígitos cayeron de las plumas. Pero hay cosas entre los números.

La multitud reaccionó.

No de la manera en que reacciona una multitud a un concierto. De la manera en que reacciona una multitud a una verdad que llevaba años pudriéndose debajo de lo que le habían dicho que era real. Gritos. Llantos. Gente que se agarraba la cabeza. Gente que miraba las pantallas de sus pulseras con la boca abierta y los ojos húmedos. Gente que no podía creerlo y gente que siempre lo había sabido y ahora veía la confirmación en números, en nombres, en direcciones.

Pero la música siguió.

963 Hz sostenido. Perfecto. DJ432 emitiendo sin parar. Los músicos amplificando. Edi Edi cantando en el escenario mientras su otra versión hablaba en las pantallas. Dos Edi Edi. El del presente y el del mensaje. Los dos diciendo lo mismo de maneras distintas.

Nico miró al cielo.

Las grietas eran más grandes. Más anchas. La luz que salía de ellas era blanca, limpia, y entre la luz Nico pudo ver un segundo, medio segundo, un destello algo del otro lado. No formas concretas. Movimiento. Presencias. Algo que estaba del otro lado de las grietas y que empujaba.

Nadie más lo vio.

La información fluía entre los planos.

En la cueva, Llegó antes del sonido.

No antes de escucharlo antes de que existiera sonido. Una vibración que empezó en la base de la columna y subió vértebra por vértebra. Cada vértebra una nota. Cada nota un color que se

encendía en su campo de visión: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, violeta, y después algo que no era color sino luz pura.

Leonardo se agarró el pecho donde estaba el Voynich. El libro pulsaba. No con su pulso habitual dos largos, tres cortos. Con algo nuevo. Una frecuencia que venía de afuera. De lejos. De otro plano.

¿Qué es eso? - contestó Anya. Estaba a medio metro de él, contra la pared de la cueva, y lo miraba con la expresión de quien ve que algo está mal pero no sabe qué.

Leonardo no dijo porque no podía. Le raspó la columna vertebral como una uña pasando por las cuerdas de un contrabajo. La llegó por los dientes. Los ojos. La punta de los dedos que se le cerraron solos.

963 Hz. Desde lejos. Desde otro plano.

Abrió los ojos.

Estaba contra la pared del fondo de la cueva. No se había movido en tres horas. Respiración corta, superficial, la de alguien que administra energía porque no le queda suficiente para gastarla. Pero abrió los ojos. Y cuando los abrió, estaban enfocados. Más enfocados de lo que habían estado en días.

963 apuntó. No dijo. Dijo. La voz clara. La frecuencia de resonancia. La música que conecta los mundos.

Faith se giró.

¿De dónde viene?

Del otro lado. Cerró los ojos otra vez. Pero la expresión en su cara era la de alguien que escucha. Alguien está tocando.

El Voynich respondió. Le llegó al pecho. El libro pulsó tres veces rápidas y emitió su propia frecuencia 432 Hz, la de siempre, pero ahora modulada. Enganchada a la 963 que venía de fuera. Las dos frecuencias no se sumaron se complementaron. Encajaron. La

manera en que encaja una llave en una cerradura que no sabías que existía.

Habló desde el fondo de la cueva sin abrir los ojos.

Si emitimos todos a la vez, creamos un pasillo donde el Vacío no puede existir. La voz calculando. Midiendo. Un corredor de sonido limpio. Lo suficientemente ancho para pasar. Lo suficientemente estable para mantener.

Faith lo miró.

¿Y si nos escucha algo?

No respondió.

Que era respuesta.

Sentella se irguió. Los ojos de Maku parpadearon fibra óptica azul, un segundo, dos y desaparecieron. Pero algo quedó. Sentella se miró las manos. Pulsaban. 7.83 Hz. La frecuencia de Schumann. La frecuencia de la Tierra. Su cuerpo la emitía sin que ella la generara. Maku la generaba desde algún lugar interno.

Haryes se miró los antebrazos. Las runas habían vuelto a encenderse. 55 Hz. Débil, pero encendidas. Las runas respondían a la 963 Hz que venía del otro plano. Respondían a la 432 del Voynich. Respondían a la 7.83 de Sentella.

Hay que hacerlo ahora. Mientras la frecuencia del otro lado dure. Mientras alguien siga tocando.

Leonardo abrió el Voynich.

Las páginas se desplegaron solas. Diagramas de frecuencia que Leonardo no sabía leer pero que sentía patrones de líneas curvas que vibraban en su campo de visión como cuerdas pulsadas, nodos de color donde las frecuencias se cruzaban, puntos de resonancia marcados en un lenguaje que era más pulso que escritura.

Faith miró a los que quedaban. Nueve personas en una cueva. Don Humo contra la pared, gastado. Sentella pulsando a 7.83 Hz sin saber cómo pararla. Haryes con las runas encendidas y sangre seca en el labio superior. Leonardo con el Voynich abierto contra el pecho. Anya a su lado. Ilis en la entrada, mirando afuera. Guerrero Dragón número uno con dos lanzas y ninguna expresión. Exploradora Lobo con el brazo gris envuelto en vendas.

Hacedlo - admitió Faith.

Se posicionaron.

Voynich contra el pecho de Leonardo. Sentella a tres metros, pulsando. Haryes con las manos en los antebrazos, apretando las runas las venas del cuello hinchadas por el esfuerzo de sostener la emisión. Don Humo se levantó. Se levantó con la lentitud de quien sabe que levantarse es gastar lo último. Se puso de pie. Abrió la boca. Vocalizó.

El sonido que salió del viejo era funcional. Una nota sostenida que unía las frecuencias dispersas la 432 del Voynich, la 7.83 de Sentella, la 55 de Haryes y les daba forma. Les daba dirección. Las apuntó hacia la salida de la cueva, hacia el Vacío que bloqueaba el oeste.

Anya agarró a Leonardo por los hombros. Lo ancló. Las manos firmes, los dedos clavados en la tela de la camisa. Leonardo no se movió. El Voynich cantaba contra su pecho. Cantaba con una voz que Aquello no era voz sino frecuencia pura. 432 Hz modulada con la 963 que venía del otro plano. Las dos juntas producían algo que Leonardo veía: un pasillo de luz azul que salía de la cueva y atravesaba el Vacío. Recto. Limpio. Tres metros de ancho.

El aire cambió.

La temperatura dentro de la cueva subió dos grados. El olor a humedad desapareció. Los tentáculos que rodeaban la entrada se retiraron no se replegaron: huyeron. El Vacío se abrió. Las paredes de nada se partieron donde el corredor sónico las tocaba.

Pasillo limpio. Tres metros de ancho. Dirección: oeste.

El corredor no lo había abierto solo el grupo. No solo la 432 del Voynich ni la 7.83 de Sentella ni la 55 de Haryes ni la voz del viejo. Lo había abierto algo desde el otro plano empujando al mismo tiempo. La 963 Hz que venía de lejos de otro mundo, de otra dimensión, de donde fuera que alguien estuviera tocando empujaba desde su lado. Y las frecuencias del grupo empujaban desde este.

Dos fuerzas. Dos planos. Un corredor.

Faith miró hacia el oeste. El pasillo se extendía en línea recta hasta donde la vista alcanzaba. Paredes de Vacío a cada lado, contenidas por la frecuencia combinada. Suelo que temblaba bajo los pies.

Vamos dijo.

Dio un paso. Dos. El esfuerzo de mantener la vocalización mientras caminaba le costó algo visible: los hombros se le hundieron un centímetro. Los labios, agrietados, sangraban por las comisuras.

Pero caminó.

Y los demás lo siguieron.

Nueve personas entrando en un pasillo de sonido abierto entre dos mundos.

Hacia el oeste.

Hacia lo que hubiera al otro lado. # SINCRONIZACIÓN [L][X][F]
[H]

El corredor tenía una temperatura.

No calor. No frío. Algo entre ambos que no debería existir en el aire dentro del pasillo sónico estaba quieto, mucho más quieto que cualquier aire que Faith hubiera respirado en meses, y esa quietud tenía un peso físico. Presión en los tímpanos. La mandíbula apretada sin querer.

Caminaban en fila. No por decisión sino por geometría el corredor medía tres metros de ancho y las paredes de Vacío a cada lado no se podían tocar. Don Humo iba primero. La boca abierta. La vocalización continua le había convertido los labios en costras resquebrajadas que sangraban por las comisuras y la sangre le manchaba la barbilla y no se limpiaba porque limpiarse requería una mano y las manos las necesitaba abiertas, separadas del cuerpo, en un gesto que Faith no entendía pero que resultaba funcional: los dedos extendidos modificaban algo en la frecuencia. La dirigían. La corregían.

Detrás, Leonardo. El Voynich abierto contra su pecho. Las páginas pulsaban a 432 Hz el libro solo, contra el esternón, y Leonardo lo sostenía pero no lo controlaba. La frecuencia le subía por las clavículas y le cruzaba los hombros. En las cuencas de los ojos. Anya iba pegada a su espalda, las manos en los omóplatos, y la presión de los dedos de Anya era lo único que le decía dónde terminaba su cuerpo y dónde empezaba la frecuencia.

Faith contaba pasos. Llevaba dos mil seiscientos cuando dejó de contar porque la diferencia entre un paso y el siguiente se había vuelto irrelevante. El suelo del corredor vibraba no temblaba: pulsaba, con la precisión de una cuerda pulsada, y la resonancia subía por las suelas de las botas y le llegaba a las rodillas. Después de

la primera hora las rodillas dolían. Después de la segunda, dejaban de doler y eso era peor.

Sentella iba a la derecha, cerca de la pared de Vacío. Su cuerpo pulsaba a 7.83 Hz y la pulsación era visible: la piel le brillaba cada séptimo de segundo con un destello azul que no venía de fuera sino de dentro, de algún lugar debajo de la dermis donde Maku seguía operando. A veces el destello fallaba. Sentella tropezaba medio paso, se detenía, el destello volvía. Maku emergía un instante ojos de fibra óptica, postura diferente, ángulos donde antes había curvas y desaparecía. Cada vez que Maku aparecía, la frecuencia base del corredor se desestabilizaba. Las paredes de Vacío se ondulaban. El viejo corregía con la voz un ajuste mínimo en el tono, un medio tono hacia arriba, un cuarto hacia abajo y las paredes se estabilizaban. Pero la corrección le costaba. Cada corrección le costaba.

Guerrero Dragón número uno caminaba con las dos lanzas cruzadas en la espalda y los ojos fijos en la nuca de quien iba delante. No hablaba. No había hablado desde que entraron al corredor. Exploradora Lobo iba detrás de él con el brazo quemado pegado al costado. La venda se había vuelto gris oscuro y olía a carne cocinada que nadie mencionaba.

Haryes cerraba la formación.

Las runas en sus antebrazos emitían a 55 Hz y la emisión le había costado los capilares de la nariz en la primera hora. La sangre le bajaba por el labio superior, llegaba a la comisura de la boca, entraba. No se la limpiaba. No la escupía. La tragaba con cada respiración y seguía caminando. Los ojos le lagrimeaban no por emoción sino por presión interna, los vasos del ojo izquierdo dilatados hasta que el blanco se volvía rosa y después rojo y después

dejó de importar porque las runas exigían todo y Haryes les daba todo.

Ilis caminaba fuera de la formación.

Cerca de la pared izquierda. Demasiado cerca. Faith la había llamado dos veces. Ilis no respondió. No giró la cabeza. Seguía caminando a su ritmo, medio paso detrás del grupo, con la mano izquierda colgando a quince centímetros de la pared de Vacío. La pared de Vacío era nada nada, ausencia de materia, de luz, de información y debería haber quemado cualquier tejido que se le acercara. En el combate de dos días antes, un roce había convertido el antebrazo de Exploradora Lobo en carne gris. Los tentáculos habían tragado a Guerrero Dragón número dos en tres segundos.

Pero Ilis caminaba a quince centímetros y la pared no reaccionaba.

En la tercera hora, Ilis extendió los dedos.

Faith lo vio. Vio los dedos de Ilis estirarse hacia la pared de nada con la misma lentitud con la que alguien prueba la temperatura del agua. El índice primero. Después el medio. Después los tres juntos.

Ilis.

Nada.

Los dedos de Ilis tocaron la pared de Vacío.

La pared no la quemó. No la absorbió. No reaccionó. Los dedos de Ilis entraron medio centímetro en la superficie de nada y la nada se apartó se apartó como un líquido denso que acepta un cuerpo en lugar de rechazarlo. La piel de Ilis no cambió de color. No se enfrió. No se calentó.

Ilis retiró la mano. Siguió caminando.

Faith no dijo nada. No tenía categoría para lo que acababa de ver. No tenía nombre ni protocolo ni reacción que sirviera. Ilis estaba rota desde la muerte de Iris y las cosas rotas a veces encajan en lugares donde las enteras no pueden. Faith registró el hecho y siguió caminando. Registrar y seguir. No había alternativa dentro de un corredor de tres metros de ancho entre dos paredes de nada.

Cuarta hora.

El corredor no cambiaba. Las paredes de Vacío mantenían su distancia tres metros exactos, la frecuencia combinada las empujaba con precisión constante y el suelo temblaba y el aire pesaba y los tímpanos dolían y nadie hablaba. La monotonía era lo peor. No el miedo ni el cansancio ni la sangre de Haryes ni los labios del viejo. La monotonía. Cada paso igual al anterior. Cada metro de corredor idéntico al metro anterior. Las paredes de nada no tenían marcas, no tenían textura, no tenían puntos de referencia. Faith intentó contar metros. Dejó de intentarlo. No podía distinguir si había avanzado doscientos metros o doscientos pasos o si estaba caminando en un bucle perfecto de tres metros que se repetía sin fin.

Quinta hora. Exploradora Lobo se detuvo. El brazo quemado le colgaba del costado y la venda se había adherido a la piel de abajo y la piel de abajo ya no parecía piel era membrana gris, delgada, que se estiraba cuando Lobo movía el hombro. No dijo nada. Se detuvo tres segundos, respiró, reanudó la marcha. Los tres segundos de pausa obligaron a Guerrero Dragón número uno a detenerse también y la cadena de cuerpos se comprimió como un fuelle y el viejo no se detuvo porque no podía detenerse detener el paso significaba detener la vocalización y detener la vocalización significaba que las paredes

se cerraban y el grupo se estiró un segundo antes de volver a comprimirse.

Tosió.

La tos rompió la vocalización durante cuatro décimas de segundo. Las paredes se ondularon. La izquierda avanzó medio metro. La derecha tembló. Retomó la nota sangre en la tos, sangre en las comisuras, sangre en la barbilla y las paredes volvieron a su posición. Pero el medio metro que la pared izquierda había avanzado no se recuperó. El corredor medía ahora dos metros y medio.

Faith calculó. Dos metros y medio significaba que las paredes estaban a un metro veinticinco de cada lado. Significaba que si el viejo tosía otra vez y perdía otro medio metro, Ilis estaría dentro de la pared izquierda. O la pared estaría dentro de Ilis. La diferencia entre ambas opciones no estaba clara y Faith no quería averiguarla.

Nadie dijo nada.

Porque decir algo significaba que la nota del viejo absorbería la presión de la voz y tendría que compensar y compensar significaba gastar. Así que caminaban, y las frecuencias que no eran quietud la 432 resonando, la 7.83 pulsando, la 55 zumbando, la vocalización como hilo que las cosía juntas y el ausencia dentro de las frecuencias era total. Maquinaria funcionando.

Faith miró al frente. El corredor se extendía en línea recta sin final visible. Lo habían abierto hacia el oeste. No sabían a qué distancia estaba el borde del Vacío hacia el oeste. Podían ser kilómetros. Podían ser días. Podían ser más de lo que el viejo tenía.

Sexta hora.

El eco.

Llegó desde el fondo del corredor no desde adelante ni desde atrás sino desde dentro de las paredes. Seis horas de frecuencias absorbidas por la nada y ahora devueltas. La 432 del Voynich volvió distorsionada. La 7.83 de Sentella volvió con medio tono de diferencia. La 55 de las runas volvió invertida.

Leonardo se detuvo. El Voynich se calentó contra su pecho temperatura real, medible, que le enrojeció la piel debajo de la camisa. Las páginas pulsaron más fuerte. Los diagramas que Leonardo no sabía leer cambiaron de configuración: las líneas curvas se cerraron, los nodos de color se comprimieron, y lo que no fue texto sino patrón apareció en la página abierta. Un aviso que Leonardo no podía leer pero que sentía en el pecho, en el esternón, en los huesos del tórax. Algo venía.

El viejo también. Los ojos cerrados. La vocalización constante. Pero el tono cambió un cuarto de tono hacia arriba que no era corrección sino alerta. El viejo no giraba la cabeza porque girar la cabeza alteraba la dirección de la frecuencia y alterar la dirección abría hueco. Pero levantó la mano derecha. Dos dedos. Señal que Faith reconoció de tres meses de marcha con el Jardinero: peligro adelante. No detenerse. Avanzar más rápido.

El eco se repitió. Más fuerte. Más cercano.

Las paredes de Vacío absorbían el sonido del grupo y lo devolvían modificado, y cada vez que lo devolvían, el sonido que volvía era más complejo. Capas nuevas. Armónicos que el grupo no había emitido. Frecuencias que nadie había generado.

Algo escuchaba.

Algo respondía.

Abrió los ojos. La voz, rota, sin dejar de vocalizar, moduló una palabra entre las notas sostenidas:

Más. Rápido.

Faith aceleró el paso. Los demás aceleraron. El viejo aceleró y el esfuerzo le bajó los hombros otro centímetro y la sangre de los labios le llegó al cuello de la camisa. Haryes aceleró y la sangre de la nariz le goteó en el pecho. Sentella aceleró y Maku emergió un segundo dos tres segundos enteros, el tiempo más largo hasta ahora, la frecuencia de Schumann falló y las paredes se contrajeron, el corredor se redujo a dos metros antes de que Sentella volviera y Maku se hundiera de nuevo.

El eco se acercó.

Respuesta. Algo, dentro del Vacío, había escuchado seis horas de frecuencia sostenida y ahora se movía hacia el origen del sonido. Se movía dentro de las paredes. Se movía en la nada misma. Y cada paso que el grupo daba hacia el oeste generaba más sonido y el sonido atraía más lo que fuera que se movía dentro.

El suelo cambió. Hasta ese momento temblaba con la frecuencia del grupo regular, constante, predecible. Ahora había otra frecuencia debajo. Más lenta. Más profunda. Una frecuencia que no venía de arriba sino de abajo, de las capas internas del Vacío, y subía a través de las suelas de las botas y llegaba a los tobillos y a las rodillas con un ritmo que Faith reconoció antes de poder nombrarlo: era un ritmo biológico. Algo respiraba dentro de las paredes. Algo con masa suficiente para generar infrasonido solo con el movimiento de su cuerpo.

El corredor que los salvaba era el mismo que los delataba.

Faith caminó más rápido. No había alternativa.

Nueve personas en un tubo de sonido de dos metros de ancho caminando hacia el oeste mientras algo, dentro de las paredes, las seguía.

El edificio Constitución tenía tres pisos y un ascensor que no funcionaba desde antes de que Sol empezara a investigar. Las escaleras olían a desinfectante viejo y a humedad nueva. Segundo piso: las luces fluorescentes parpadeaban. Tercer piso: funcionaban. Sol había notado la diferencia dos días antes y la diferencia seguía ahí.

Columbo subió las escaleras con Sánchez detrás. Sánchez llevaba las bolsas. Columbo no llevaba nada excepto la libreta y la expresión que Sol había aprendido a leer en dos meses de trabajo conjunto: la boca cerrada, los ojos achicados, la respiración controlada. Columbo ya sabía lo que iba a encontrar detrás de la puerta 307. No porque lo hubiera visto antes. Porque el olor le decía todo lo que necesitaba saber y el olor no mentía.

¿Cuánto tiempo? - preguntó Columbo.

Dos días parada frente a esa puerta - dijo Sol.

¿Alguien la abrió?

Nadie. Tercer piso vacío. Los otros despachos, cerrados. Ninguno huella.

Columbo miró la puerta 307. Las manchas oscuras en el linóleo frente al umbral. La madera hinchada en la base. El insecto que salió de debajo de la puerta mosca verde, metálica, alas pequeñas y se quedó en el linóleo un segundo antes de volver a entrar.

Fuerza esa puerta.

No tenemos orden - replicó Sol.

Columbo la miró.

Sol no necesitó más. Sacó la herramienta del cinturón barra corta, plana, del ancho de una moneda y la metió entre la puerta y el marco a la altura de la cerradura. La madera hinchada cedió con más facilidad de la que debería. La cerradura saltó.

El olor salió.

Salió como algo con masa. Denso. Dulce. Orgánico. Sánchez se tapó la boca con la manga. Sol se quedó quieta. Columbo no se movió.

La puerta se abrió hacia dentro.

Columbo entró primero. Sol detrás. Sánchez se quedó en el pasillo con las bolsas.

El despacho era pequeño. Escritorio. Silla. Estantería con carpetas. Ventana cerrada con persianas bajadas que no dejaban pasar luz. La luz fluorescente del techo funcionaba, como en el tercer piso.

El Licenciado Barrera estaba sentado en la silla.

Llevaba meses muerto.

La descomposición había hecho lo que la descomposición hace en un espacio cerrado con ventana sellada y calefacción que seguía funcionando: el cuerpo se había hinchado, colapsado, vuelto a hinchar en ciclos que dependían de la temperatura y la humedad y la población de insectos. La piel era cartón mojado. Los ojos no existían. La ropa traje gris, corbata se había fusionado con lo que quedaba del torso en una amalgama que no distinguía tela de tejido.

Las manos del Licenciado Barrera estaban sobre el escritorio. Lo que quedaba de las manos. Los huesos de los dedos, algunos con cartílago adherido, señalaban un punto del escritorio donde había un sobre.

Columbo miró el sobre sin tocarlo. Papel grueso. Color crema. Sin dirección. Sin remitente. Sellado con lo que era resina, clara, casi transparente.

Sol. Guantes.

Sol le pasó los guantes. Columbo se los puso. Abrió el sobre.

Dentro: una hoja. Un solo lado escrito. Caligrafía perfecta trazos que no temblaban, que no se inclinaban, que mantenían un ángulo constante como si la mano que los escribió no tuviera pulso ni prisa ni duda. La tinta era negra y no se había decolorado. Ni una mancha de humedad. Ni una marca de tiempo. Meses en un despacho con un cadáver y la tinta estaba perfecta.

Columbo leyó. Giró la hoja. No había nada detrás.

La volvió a meter en el sobre.

¿Qué dice? - preguntó Sol.

Noctis - admitió Columbo.

No dijo más. Guardó el sobre en la bolsa que Sánchez le pasó desde el pasillo.

Sol quiso preguntar. No preguntó. Columbo tenía la expresión que Sol conocía: la boca más cerrada que antes, los ojos más achicados, la respiración más controlada. La expresión que significaba que lo que había leído no se decía en voz alta en un edificio donde las paredes tenían despachos y los despachos tenían puertas y las puertas tenían cerraduras que una barra plana podía abrir.

Salieron del despacho.

Columbo cerró la puerta.

El olor se quedó. Se quedaría. Los olores así no se van con cerrar puertas.

Bajaron las escaleras. Segundo piso: las luces parpadearon. Primer piso: funcionaban. Planta baja: la puerta del edificio estaba abierta y la calle era una calle normal de una ciudad normal donde pasaban coches y cruzaban personas y el sol de la tarde le daba a la acera un color naranja que no significaba nada.

Treinta y nueve horas le quedaban a Sol.

Columbo guardó la bolsa con el sobre dentro de la chaqueta. Se la abrochó.

Caminó. # TINY ALMANACS [H][F][X]

El eco tenía forma.

No visual. Sónica. Lo que volvía desde las paredes del corredor ya no era reflejo de las frecuencias del grupo, sino otra cosa. Otra estructura. Los armónicos que devolvía eran demasiado complejos para ser rebote pasivo. Había modulación. Había intención en el patrón: las frecuencias del grupo salían a 432 y 7.83 y 55 y volvían transformadas, con capas nuevas, con sub-armónicos que no existían en la emisión original. Faith lo sentía en la mandíbula. Una frecuencia sorda que le recorría el hueso maxilar y bajaba por el cuello y le hacía apretar la mandíbula sin querer.

Cambió el tono de la vocalización.

No hacia arriba ni hacia abajo. Hacia dentro. La nota se volvió hueca el mismo sonido pero con el centro vaciado, y el vacío del centro era defensivo. El viejo estaba construyendo un muro sónico alrededor del grupo mientras caminaba y vocalizaba y sangraba por los labios.

No es el Vacío.

Las palabras salieron entre las notas. Fragmentadas. Cada sílaba insertada en el espacio entre un armónico y el siguiente.

Es. Lo que. Vive. Dentro.

Faith no preguntó qué. No hacía falta. El pulso en la mandíbula se había desplazado al esternón y de ahí al esternón tenía peso un peso que empujaba los pulmones hacia abajo y dificultaba la inhalación. Lo que fuera que vivía dentro del Vacío tenía masa suficiente para alterar la presión del aire a distancia. Tenía masa suficiente para que su movimiento generara infrasonido perceptible a través de dos metros de nada.

La Bestia. El viejo no la nombró. No necesitaba nombrarla. El grupo llevaba meses en territorio donde el Vacío tenía cosas dentro cosas que se movían, que consumían, que no tenían forma fija y la diferencia entre un tentáculo y lo que los seguía ahora era la diferencia entre un dedo y el cuerpo al que pertenece.

El corredor sónico la había atraído. Seis horas de frecuencia sostenida dentro de las paredes de nada eran un faro en la oscuridad total. Cada paso que daban, cada armónico que emitían, cada corrección del viejo y cada pulsación de Sentella y cada pulso del Voynich contra el pecho de Leonardo eran señales que la cosa de dentro seguía.

Pero el faro había empezado antes del corredor.

Leonardo lo sabía. Lo sabía desde que la presión en el pecho empezó a cambiar, desde que el Voynich dejó de señalar hacia el norte y empezó a señalar hacia todos lados, desde que las líneas de conexión se reconfiguraron formando un patrón que se lucía como demasiado a un eco. Lo que había emitido aquella noche en territorio Dragón la frecuencia baja, profunda, que salió del libro cuando presionó el punto muerto buscando a sus hijas no se había disipado.

Las frecuencias no se disipan en el Astral. Se propagan. Y lo que se propaga, algo lo encuentra.

No se lo dijo a nadie.

El Voynich cambió.

Leonardo se detuvo. El grupo se detuvo detrás de él, una cadena de cuerpos en un tubo de dos metros y medio de ancho que no podía funcionar si el centro se detenía. Anya le apretó los hombros.

Leo.

Leonardo no respondió. Miraba el libro.

El Voynich hizo lo que no había hecho antes. Las páginas pulsaban a 432 Hz, eso era normal, llevaban horas así, pero ahora, entre las páginas, en los márgenes de los diagramas, el papel se estaba desprendiendo. Fragmentos. Pequeños. Del tamaño de una estampilla. Cada fragmento se separaba del margen de la página con un crujido mínimo sonido de papel fino rompiéndose y salía del libro flotando.

El primer fragmento flotó hacia la izquierda. Hacia la pared de Vacío.

Faith lo vio. Vio el pedazo de papel del tamaño de un sello postal flotar en línea recta hacia la nada y esperó que la nada lo consumiera y el papel desapareciera. No desapareció. El fragmento tocó la pared de Vacío y se incrustó. Se adhirió a la superficie de nada y la nada lo aceptó, lo absorbió hasta la mitad, dejando la otra mitad visible, con el diagrama impreso todavía legible. Frecuencias. Coordenadas. Puntos marcados con tinta que no se decoloraba.

Un segundo fragmento salió del Voynich. Un tercero. Un cuarto.

Cada fragmento flotaba hacia una pared, izquierda o derecha, y se incrustaba. Cada uno llevaba un diagrama diferente: frecuencias de

emisión, ángulos de resonancia, puntos débiles donde el Vacío era más delgado, coordenadas que Faith no podía leer pero que tenían la precisión de un mapa técnico. Pequeñas páginas de supervivencia. Pequeños mapas incrustados en las paredes de nada.

Vio los fragmentos sin dejar de vocalizar. Los ojos se le abrieron medio milímetro, la reacción más visible que Faith le había visto en seis horas de marcha, y la vocalización subió un cuarto de tono. Reconocimiento.

Los fragmentos siguieron saliendo. Diez. Veinte. Cuarenta. El Voynich perdía páginas, no páginas enteras, sino márgenes, bordes, esquinas donde la información estaba comprimida en diagramas minúsculos. Cada fragmento que salía del libro reducía el grosor del Voynich un milímetro. Cada fragmento que se incrustaba en la pared de Vacío dejaba una marca visible: un punto blanco en la superficie negra, un nodo de información en la nada.

Tiny Almanacs. Almanagues diminutos. Pequeñas guías de supervivencia sembradas en el Vacío para que alguien, algún día, en algún ciclo, las encontrara. El Voynich no estaba perdiendo páginas. Estaba plantando. Cada fragmento que se desprendía del margen de una página era un nodo de información diseñado para sobrevivir dentro de la nada, la tinta que no se decoloraba, el papel que no se descomponía, el diagrama que resistía el contacto con el Vacío mientras todo lo demás era consumido. Semillas.

Faith contó los fragmentos que salían del Voynich. Dejó de contar en sesenta y tres. Los puntos blancos en las paredes del corredor formaban una línea intermitente que se extendía hacia atrás, cada punto a dos o tres metros del anterior, cada uno con su diagrama, cada uno incrustado a media profundidad en la superficie de nada.

Una constelación de información sembrada en el Vacío. Un camino de migas que Aquello no era para ellos.

Entre notas:

No son. Para nosotros. Son. Para el. Siguiendo. Ciclo. El Voynich. Está. Sembrando.

Leonardo miraba los fragmentos salir de las páginas. El Voynich pulsaba contra su pecho con menos intensidad cada vez que un fragmento se desprendía. La 432 Hz era un poco más débil después de cada fragmento. Un poco. Medible. La diferencia entre un fragmento y el siguiente era pequeña. La diferencia entre cuarenta fragmentos y ninguno era grande.

No puede hacer las dos cosas - dijo Anya. Voz baja. Directa. Sin adorno. No puede mantener el corredor y sembrar al mismo tiempo.

Nadie - respondió porque era cierto y porque la verdad no cambiaba nada. El Voynich elegía. El libro elegía. No Leonardo, no Faith, no Don Humo el Voynich decidía qué hacer con su propia energía y lo que decidía era repartirla entre mantener vivos a nueve personas ahora y sembrar información para personas que todavía no existían. Las dos cosas. Al mismo tiempo. Sin que le alcanzara para ambas.

El corredor se estrechó. Dos metros. Un metro ochenta. Los fragmentos seguían saliendo.

El cambio llegó antes que el sonido.

Un tirón en el esternón. El Voynich se calentó de golpe, diez grados en un segundo, y el pulso del libro contra su pecho cambió de patrón. Ya no resultaba 432 Hz pura. Había algo debajo. Una frecuencia más baja, mucho más baja, que no venía del Voynich sino

que llegaba al Voynich desde fuera y el Voynich la amplificaba sin querer.

La frecuencia era nauseabunda.

No metafóricamente. Físicamente. Ocho a doce hercios. Infrasonido. El rango exacto en el que los órganos internos entran en resonancia y el cuerpo responde con náusea, desorientación, pánico. Leonardo no sabía los números pero los efectos: el estómago se le contrajo, la saliva se le espesó, los ojos le temblaron en las cuencas microoscilaciones que difuminaban la visión y convertían el corredor en una mancha borrosa de paredes oscuras y puntos blancos de los fragmentos incrustados.

Haryes vomitó. Rápido. Eficiente. Se limpió la boca con la manga y no se detuvo. Las runas en sus antebrazos pulsaban a 55 Hz pero la emisión era irregular, la frecuencia de abajo interfería, creaba batidos, ondas de diferencia que le sacudían los brazos en espasmos involuntarios. Sentella se tambaleó. Maku emergió tres segundos, cuatro, cinco y la 7.83 Hz osciló entre frecuencia de Schumann y lo que no era frecuencia sino ruido, y el ruido abrió un hueco en la pared derecha de medio metro que se cerró cuando Sentella volvió.

La frecuencia venía de abajo.

De dentro del Vacío. De lo que vivía dentro. Y no se acercaba desde un punto, se acercaba desde todos los puntos. Desde las paredes y desde el suelo y desde arriba. Lo que los seguía no estaba detrás de ellos. Los rodeaba. Había estado ahí desde el principio. Dentro de las paredes. Dentro de la nada que el corredor sónico atravesaba. El corredor no la había atraído desde lejos, la había despertado donde ya estaba.

La Bestia no venía de fuera. La Bestia era el Vacío. O vivía dentro del Vacío con la misma naturalidad con la que un pez vive dentro del agua. Y el corredor de sonido que atravesaba el agua era una frecuencia que el pez no podía ignorar.

El infrasonido se intensificó. Once hercios. Diez. El rango donde el terror no es emoción sino función orgánica el corazón cambia de ritmo, los intestinos se contraen, los ojos pierden enfoque. Faith caminaba y el cuerpo no le obedecía del todo: las piernas iban solas, los brazos colgaban, la mandíbula le temblaba con un ritmo que no era miedo sino frecuencia pura. Exploradora Lobo se apoyó en Guerrero Dragón número uno. El guerrero la sostuvo con un brazo sin dejar de caminar. La otra mano en la lanza. Los dedos blancos de apretar.

Ilis no reaccionaba al infrasonido. Caminaba junto a la pared izquierda con la misma calma con la que había caminado durante las seis horas anteriores. Los fragmentos del Voynich pasaban flotando junto a ella y se incrustaban en la pared a centímetros de su cabeza y ella no se movía, no giraba, no los miraba. La pared de Vacío seguía sin dañarla. Seguía aceptándola. Faith lo veía y no lo entendía y dejó de intentar entenderlo porque el infrasonido le hacía difícil pensar en cualquier cosa que no fuera poner un pie delante del otro.

Cayó a una rodilla. Una rodilla. La vocalización se cortó medio segundo. Las paredes avanzaron treinta centímetros. El viejo se levantó el esfuerzo le blanqueó los nudillos cuando se apoyó en el suelo y retomó la nota. Más débil. La nota era más débil que hacía una hora y las paredes no volvieron a su posición. El corredor medía un metro sesenta.

Los fragmentos del Voynich seguían saliendo. Flotando hacia las paredes. Incrustándose. Sembrando. El libro no se detenía. El libro sembraba aunque el corredor se moría. El libro elegía el futuro sobre el presente y el presente se encogía con cada fragmento.

Un metro cincuenta.

Los fragmentos seguían saliendo del Voynich. Más pequeños ahora. Algunas páginas del libro estaban quedando en blanco. La tinta se concentraba en los fragmentos desprendidos y dejaba el papel original vacío. Leonardo lo sentía: el Voynich se aligeraba contra su pecho. Menos masa. Menos resonancia. Menos 432 Hz con cada fragmento.

Más rápido - apuntó Faith.

Caminaron más rápido. No corrieron. No se podía correr en un tubo de un metro cincuenta de ancho donde cada movimiento brusco alteraba el equilibrio de las frecuencias y cada alteración le costaba lo que ya no tenía. Caminaron rápido. Caminaron con la urgencia de quien sabe que lo que los rodea está despierto y tiene hambre y sabe dónde están.

El infrasonido subió. Los órganos de Faith temblaron. El corredor se estrechó otro centímetro.

Caminó.

Lo que encontraron en el despacho 307 No se trataba de reciente.

El Licenciado Barrera llevaba meses sentado en esa silla. La descomposición había seguido su curso en un espacio cerrado con calefacción funcional y ventana sellada: el cuerpo se había inflado, desinflado, colonizado. La piel era papel húmedo sobre hueso. El traje gris se había integrado al torso. Los ojos eran cavidades donde los insectos habían construido geometrías propias.

Columbo se paró frente al escritorio. No tocó nada. Miró.

El sobre estaba entre lo que quedaban de las manos de Barrera. Papel crema. Sin dirección. Sellado con resina clara. Columbo se puso los guantes que Sol le pasó. Abrió el sobre con dos dedos. Sacó la hoja.

Caligrafía perfecta. Trazos sin temblor, sin inclinación, sin variación. Tinta negra que no se había decolorado ni una fracción de tono en meses junto a un cadáver en un cuarto sellado. La caligrafía de alguien que tenía todo el tiempo del mundo para escribir cada letra y la paciencia para hacerlo sin prisa.

Columbo leyó la hoja. La cara no le cambió. Volvió a meter la hoja en el sobre. Guardó el sobre en la bolsa de evidencias.

Noctis dijo.

Sol abrió la boca. La cerró. Nada de eso era el momento. Noctis era un nombre que había aparecido en tres investigaciones cerradas y en ningún expediente abierto. Un nombre que no correspondía a ningún registro civil, ninguna huella, ninguna foto. Un nombre que aparecía en notas escritas con caligrafía perfecta junto a cadáveres que nadie buscaba. Sol lo conocía de los archivos que Columbo le había mostrado el primer mes de trabajo. Los archivos que Columbo guardaba en un cajón que no tenía llave porque la llave habría llamado la atención.

¿Qué decía? - preguntó Sol cuando estuvieron en el pasillo.

Decía lo que hizo Barrera - dijo Columbo. Los niños. La clínica. El circuito. Todo.

¿Noctis lo mató?

Columbo la miró. La mirada que significaba que la pregunta era incompleta.

Noctis lo castigó - dijo Columbo. Y después lo dejó aquí para que alguien lo encontrara. Con la nota. Con la explicación.

Hace meses.

Hace meses.

Salieron del despacho. Columbo selló la puerta con cinta y anotó hora y fecha en la libreta. Sánchez llamó al equipo de levantamiento. Sol se quedó en el pasillo mirando la cinta sobre la puerta 307 y el olor que salía por debajo de la cinta y la mosca verde que se posó sobre la cinta y caminó sobre ella con la tranquilidad de quien conoce el territorio.

Bajaron las escaleras. Salieron del edificio.

La calle era una calle.

Sol y acera y bancos y personas que no sabían que tres pisos arriba un hombre llevaba meses muerto con una nota de caligrafía perfecta entre los huesos de las manos. Columbo caminó hacia la izquierda. Sánchez hacia el coche. Sol se quedó en la puerta un segundo, respirando aire que no olía a descomposición, y el contraste entre el aire de afuera y el aire de adentro le produjo un mareo breve que se le pasó con dos respiraciones.

Columbo pasó junto a un banco.

En el banco había dos jóvenes. Un muchacho y una chica. El muchacho tenía chaqueta de cuero gastada de verdad, no gastada de moda, los codos brillantes y las costuras reforzadas con hilo que no se trataba de del color original. La chica comía helado. Pistacho. Verde. La temperatura de la ciudad no justificaba helados. Hacía frío. El tipo de frío húmedo que cala la chaqueta y endurece los dedos. Pero la chica comía helado.

Columbo pasó junto a ellos sin mirarlos. Tres pasos. Cuatro.

La chica lamió el helado con método. Borde izquierdo. Centro. Borde derecho. Repetir. El helado no goteaba. No se deformaba. No se derretía. La bola de pistacho mantenía su forma esférica con una precisión que no era natural no en esta temperatura, no con esta humedad, no después del tiempo que llevaban sentados en el banco.

El muchacho tenía un libro pequeño en las manos. Cubierta de cartón. Tamaño de un cuaderno escolar. Lo hojeaba sin leerlo. Pasaba las páginas con el pulgar gesto de quien conoce el contenido de memoria y repasa por costumbre, no por necesidad. Las páginas tenían dibujos. Colores. Formato infantil. Tiny Almanac.

Columbo pasó. No registró nada. No tenía por qué registrar a dos jóvenes en un banco. Llevaba un sobre con una nota de Noctis dentro de la chaqueta y un cadáver de meses en el tercer piso y once niños en expedientes. Dos jóvenes en un banco no competían con eso.

El muchacho levantó la vista.

Miró a Columbo. Dos segundos. La sonrisa que tenía no pertenecía a la cara que la llevaba era más vieja, mucho más vieja, con los bordes cosidos de arrugas que empezaban en los ojos y se extendían hasta las sienes en líneas que ningún rostro de veinticinco años debería tener. Los ojos tampoco correspondían. Eran ojos que habían visto cosas durante ochocientos setenta años y que seguían viéndolas y que habían aprendido a no parpadear cuando algo les interesaba.

Columbo siguió caminando. Dobló la esquina. Desapareció.

El muchacho volvió a mirar el Tiny Almanac. Pasó una página. Otra. Los dibujos de las páginas eran infantiles colores planos, formas simples, números dentro de estrellas pero el muchacho los

miraba con la atención de quien lee un código y no un cuento. La chica lamió el helado. Borde izquierdo. Centro. Borde derecho.

El helado no se derritió.

No se iba a derretir. # EMBOSCADA [F][A][H]

La pared izquierda se abrió.

No se rompió. No se disolvió. Se abrió la nada, separándose en dos mitades verticales, y de entre ellas salió lo que no tenía forma pero sí masa. Masa suficiente para empujar el aire del corredor hacia los lados y crear una onda de presión que golpeó a Faith en el pecho y le sacó medio paso hacia atrás. El aire del corredor, que durante horas había sido quieto y pesado, se movió. Se movió con violencia. El pelo de Faith le tapó la cara medio segundo y cuando se lo apartó, la Bestia ya estaba dentro.

La Bestia no entró al corredor. La Bestia nació dentro de él.

Se formó entre las paredes de Vacío con la misma naturalidad con la que un nudo se forma en una cuerda tensa. Los tentáculos primero tres, cuatro, seis que salieron de la superficie de nada y se extendieron hacia arriba y hacia abajo y hacia los lados ocupando el espacio que el corredor sónico mantenía limpio. Después el cuerpo. Si se le podía llamar cuerpo. Una concentración de materia oscura que no reflejaba la luz ni la absorbía sino que existía en un estado intermedio donde la visión no funcionaba. Los ojos de Faith registraban volumen, masa, movimiento, pero no forma. La Bestia cambiaba. Cada segundo era diferente. Cada ángulo era diferente. Y olía. A ozono quemado. A mineral. A la humedad imposible de un lugar que no tenía agua.

La frecuencia del corredor se distorsionó.

El infrasonido que venía de la Bestia colisionó con la 432 Hz del Voynich y la 7.83 de Sentella y la 55 de las runas de Haryes y la vocalización del viejo. La colisión no fue armónica. Fue destructiva. Ondas que se cancelaban entre sí. Zonas del corredor donde el sonido desaparecía y el Vacío avanzaba y zonas donde el sonido se amplificaba y el Vacío retrocedía. El corredor dejó de ser un tubo uniforme y se convirtió en una sucesión de burbujas espacios limpios conectados por estrechamientos donde las paredes de nada casi se tocaban.

Cada emisor del grupo era un faro. Sentella pulsando a 7.83 Hz: faro. El Voynich pulsando a 432 Hz contra el pecho de Leonardo: faro. Las runas de Haryes a 55 Hz: faro. El viejo vocalizando: faro. La Bestia sabía exactamente dónde estaba cada uno. Cada frecuencia le decía la posición exacta de su fuente. El corredor que los protegía era una jaula de señales que la Bestia leía con la misma facilidad con que una araña lee las frecuencias de su red.

El primer tentáculo fue a por Sentella.

Salió de la pared derecha no del cuerpo central de la Bestia sino de la pared misma toda la superficie de nada era extensión de la criatura. Sentella lo esquivó. La 7.83 Hz falló medio segundo. Las paredes se contrajeron. Sentella retomó la frecuencia y lanzó algo no un golpe sino una onda, una concentración de 7.83 Hz comprimida en un punto que impactó al tentáculo y lo disolvió. El tentáculo se deshizo en partículas de nada que flotaron un segundo antes de ser reabsorbidas por la pared.

Pero la onda que Sentella lanzó le costó volumen. Físicamente. Mediblemente. Sentella era tres centímetros más baja después del impacto. La ropa le quedaba más holgada en los hombros. Las botas,

más grandes. No había adelgazado se había reducido. Toda ella. Proporcionalmente. Como quien el esfuerzo de emitir la onda hubiera consumido una fracción de su masa.

Maku emergió.

Un segundo. Dos. Los ojos de fibra óptica, la postura angular, la voz sin emoción:

No puedo más.

Desapareció. Sentella volvió. Más pequeña. Manos más pequeñas. Cara más delgada. Los huesos más visibles bajo la piel.

El corredor colapsó por secciones.

La primera sección se cerró detrás del grupo las paredes de Vacío se juntaron con un sonido que no se trataba de sonido sino ausencia de sonido, un vacío sónico que los tímpanos de Faith registraron una implosión de presión. El espacio que el grupo había ocupado diez segundos antes dejó de existir. Nada. Los fragmentos del Voynich incrustados en esa sección de pared desaparecieron con ella.

¡Adelante! - gritó Faith.

Corrieron. En un tubo de metro y medio de ancho, correr significaba fila india a toda velocidad con los hombros rozando las paredes de nada a cada lado, los codos pegados al cuerpo y los pies golpeando el suelo temblorosa en una carrera torpe que no parecía carrera sino huida coordinada en un espacio que no permitía huir.

Corría y vocalizaba. La nota era un hilo roto que se mantenía junto con pura voluntad de garganta las cuerdas vocales reventadas, la sangre en la tráquea, el aire que salía de los pulmones mezclado con líquido. Pero la nota se mantenía. Mientras el viejo vocalizara, el corredor existía. Cuando dejara, morían todos.

La Bestia atacó desde arriba.

Tres tentáculos cayeron del techo del corredor no del techo porque el corredor no tenía techo, cayeron de la nada que estaba encima y bajaron hacia el grupo con velocidad de látigo. Guerrero Dragón número uno giró. Las dos lanzas cruzadas se separaron en sus manos una arriba, una al frente y cortó el primer tentáculo a un metro del suelo. El segundo. El tercero.

Los tres tentáculos cortados se disolvieron.

El cuarto le envolvió la pierna izquierda.

Subió. Rápido. Rodilla, muslo, cadera. Guerrero Dragón número uno cortó el tentáculo con la lanza derecha. El tentáculo se regeneró antes de que la lanza terminara el corte. La parte cortada se reconectó y siguió subiendo. Torso. Hombro.

Faith se giró. Corrió hacia él. Tres pasos en metro y medio de ancho. Le agarró la mano. La mano derecha. Los dedos del guerrero se cerraron sobre los dedos de Faith con la fuerza de quien sabe que si suelta no hay segunda oportunidad.

El tentáculo le envolvió el otro hombro. Tiró.

Faith tiró. Los dedos se le resbalaron. El sudor. El temblor del suelo que le hacía temblar las manos. Los dedos del guerrero se aflojaron no por voluntad sino porque el tentáculo le apretaba el torso y la presión le impedía mantener la fuerza en los dedos.

Los dedos se separaron.

Faith registró el momento exacto en que los dedos del guerrero dejaron de apretar los suyos. No fue gradual. Fue un corte. Presión y después nada. Los dedos de Faith cerrándose sobre aire caliente donde un segundo antes había habido una mano.

Guerrero Dragón número uno fue arrastrado hacia la pared de Vacío. No gritó. La lanza derecha seguía en su mano cuando la nada

lo tragó. Un segundo estaba ahí cuerpo, armadura, lanzas, ojos abiertos y al siguiente no estaba. La pared se cerró sobre él y no quedó nada. Ni marca ni hueco ni indicio de que una persona hubiera ocupado ese espacio medio segundo antes.

Faith se quedó con la mano extendida. Los dedos abiertos. El aire donde habían estado los dedos del guerrero ya no tenía temperatura. Faith cerró la mano. Apretó el puño. Los nudillos le crujieron.

¡Faith! Anya.

Faith corrió.

Exploradora Lobo fue la segunda.

No la vieron caer. Faith se giró y Lobo ya no estaba. El espacio donde había caminado Lobo detrás de Haryes, delante de Ilis estaba vacío. El suelo donde habían estado sus botas temblaba igual que el resto del suelo. No había marca. No había sangre. No había grito. Lobo estaba y después no estaba y la transición entre ambos estados había sido tan rápida y tan silenciosa que nadie la vio y nadie la oyó. El brazo quemado, la venda gris, la guía de cordillera que conocía pasos que ya no existían todo desapareció sin residuo.

Ilis caminaba donde Lobo había caminado. Con la misma calma. Con la misma proximidad a la pared izquierda. La pared no la tocaba. La pared la evitaba.

El corredor se reducía. Un metro veinte. Un metro. Los hombros rozaban las paredes. El viejo vocalizaba con la boca abierta al máximo mandíbula dislocada por el esfuerzo, tendones del cuello visibles, venas de la frente dilatadas hasta lo grotesco y la sangre que salía de las comisuras ya tampoco era roja sino oscura, densa, mezclada con lo que venía de más adentro de la garganta. La nota era débil. La nota se moría. Pero no había muerto todavía y mientras no

muriera el corredor existía y mientras el corredor existiera había espacio entre las paredes.

Sentella enfrentó a la Bestia otra vez.

Lanzó onda tras onda de 7.83 Hz concentrada. Cada onda impactaba y disolvía un tentáculo o una sección de masa oscura. Cada onda la reducía. Después de la tercera onda, Sentella era quince centímetros más baja que al inicio del combate. Después de la quinta, veinte. La ropa le arrastraba por el suelo. Las botas le quedaban dos tallas grandes. Las manos eran manos de niña en cuerpos de adulta.

La Bestia no disminuía. Cada tentáculo disuelto se regeneraba. Cada sección de masa destruida era reemplazada por masa nueva que salía de las paredes de Vacío. La Bestia no era un cuerpo era una función del Vacío mismo. Matarla era imposible por la misma razón por la que era imposible matar el océano sacando cubos de agua.

Sentella se detuvo. Respiraba con dificultad. El cuerpo reducido consumía el mismo oxígeno con pulmones más pequeños. Maku no emergió. Maku estaba al fondo, al fondo de lo que fuera que Sentella contenía, y no salía porque salir significaba consumir lo último.

El Voynich se cerró.

Leonardo no lo cerró. No movió las manos. No tocó las páginas. El libro se cerró solo las tapas se juntaron con un sonido seco, final, como un portazo y las páginas se sellaron. Los bordes de las páginas se fusionaron entre sí. La cubierta se endureció. La frecuencia de 432 Hz se detuvo.

Silencio.

Un cuarto de segundo. En ese cuarto de segundo, la contribución del Voynich al corredor sónico desapareció. Las paredes avanzaron.

El metro de ancho se redujo a ochenta centímetros. Los hombros de Leonardo tocaron las paredes de nada a ambos lados y las paredes le quemaron la tela de la camisa humo, olor a fibra carbonizada, dolor inmediato.

Anyá lo empujó al centro. Hacia adelante. Lejos de las paredes.

Compensó. Subió la nota. El esfuerzo le reventó algo en la garganta un vaso, un tejido, lo que produjo un cambio audible en la vocalización: la nota se volvió húmeda, con líquido dentro, con gorgoteos que no fueron parte de la música sino parte del daño.

Pero el corredor se mantuvo. Ochenta centímetros. Sin la 432 del Voynich, sostenido solo por la vocalización y la 7.83 de Sentella y la 55 de Haryes. Tres frecuencias donde antes había cuatro. Menos ancho. Menos margen. El Voynich no se reabrió. Leonardo intentó separar las tapas. No cedieron. Intentó meter la uña entre las páginas. Selladas. La frecuencia de 432 Hz se había extinguido.

El corredor murió tres minutos después.

Cayó de rodillas. La vocalización se cortó. No gradualmente se cortó. La garganta dejó de producir sonido. Los labios seguían moviéndose pero lo que salía era aire con sangre, no nota. Los ojos del viejo estaban abiertos y miraban al frente, no veían nada y las manos estaban en el suelo, los dedos arañaban la roca temblorosa y las rodillas estaban en la tierra y los hombros estaban hundidos hasta un punto que no daba la impresión de ser anatómicamente posible.

Las paredes se cerraron.

Se cerraron rápido. El vacío confluyó desde ambos lados, desde arriba, desde abajo. Sentella emitió una última onda de 7.83 Hz con

todo lo que le quedaba y las paredes se detuvieron un segundo. Dos. Suficiente para que el grupo saliera.

Salieron.

No a un espacio seguro. A un espacio diferente. El corredor terminaba o se había derrumbado, o nunca había llegado hasta aquí y lo que había al otro lado era campo abierto. Roca volcánica. Ceniza que el viento movía a ras de suelo en corrientes lentas que se acumulaban contra las irregularidades del terreno. La cordillera a la derecha, elevándose en una pared vertical de piedra negra con vetas de mineral que brillaban bajo una luz que no tenía fuente visible. El Vacío a la izquierda, extendiéndose en todas direcciones no horizontal sino tridimensional, una masa de nada que ocupaba el espacio desde el suelo hasta donde la vista dejaba de funcionar.

El aire era diferente. Fuera del corredor, el aire tenía temperatura frío, el frío de la altitud y del Vacío cercano y tenía olor a azufre, piedra mojada, la ceniza que sabía a metal en la lengua. Después de horas respirando el aire muerto del corredor, el frío y el olor golpearon a Faith en la cara con la brutalidad de algo real.

Y entre el campo abierto y cualquier dirección que no fuera roca ni nada: la Bestia.

Había salido del corredor con ellos. O los esperaba fuera. O era lo mismo de lo que habían huido durante horas y simplemente estaba donde siempre había estado en todas partes. La masa oscura se extendía en un arco de ciento ochenta grados frente al grupo. Sin forma. Sin ojos. Sin centro visible. Solo volumen y movimiento y una frecuencia infrasonora que le resonaba a Faith en los huesos de la pelvis.

Siete personas en campo abierto entre una montaña que no podían escalar y un vacío que no podían cruzar y una cosa sin forma que bloqueaba todo lo demás.

Leonardo con el Voynich cerrado contra el pecho. Faith con la mano que no había alcanzado al guerrero. Anya detrás de Leonardo. El viejo en el suelo, de rodillas, sin voz. Sentella reducida, respirando con pulmones que le quedaban chicos. Haryes con sangre de la nariz y las runas apagadas. Ilis de pie, mirando a la Bestia con la misma expresión con la que miraba todo desde la muerte de Iris: ninguna.

Levantó la cabeza. Los labios se le movieron. Formaron lo que no fue sonido.

La Bestia avanzó un metro.

Columbo no durmió.

Los expedientes estaban extendidos sobre la mesa de la cocina de Sol once carpetas, cada una con un nombre, cada una con documentos que alguien había archivado con la meticulosidad de quien espera que nadie los lea nunca. Columbo los leyó todos. Sol se quedó despierta con él. Sánchez se fue a las tres de la mañana. Volvió a las seis con café.

Once niños. Edades entre seis y doce años. Todos ingresados por “problemas de conducta” según los formularios de admisión. Todos firmados por Licenciado Barrera como representante legal. Todos trasladados a una clínica sin nombre que aparecía en los documentos solo como una dirección: Calle 14, Número 892, Zona Industrial Norte. Los traslados estaban fechados. Uno por mes. Durante once meses.

Los pagos venían de una cuenta bancaria que se dividía en tres antes de llegar a Barrera. Cuenta principal → primera intermediaria

→ segunda intermediaria → cuenta de Barrera. Cada intermediaria estaba a nombre de una empresa fantasma. Cada empresa fantasma tenía dirección fiscal en otro distrito. Columbo anotó los tres nombres. Las tres direcciones. Los tres montos.

El circuito era limpio. Profesional. Diseñado por alguien que sabía cómo mover dinero sin dejar huellas y que solo había dejado huellas porque estaba muerto en una silla con una nota de Noctis entre los dedos.

Niños entraban por un lado. Salían por otro. Lo que pasaba en medio estaba en los expedientes pero estaba escrito en un lenguaje clínico que no describía procedimientos sino resultados. “Extracción completada.” “Muestra viable.” “Traslado a destino final.”

Sol leyó los tres expedientes donde aparecía la misma palabra. La señaló con el dedo.

¿Qué extraían?

Columbo no levantó la vista de la carpeta que tenía abierta. La carpeta del niño número siete. Ocho años. Ingresado por “trastorno de adaptación.” Traslado a Calle 14. Sin registro de egreso.

La palabra estaba subrayada en tres expedientes diferentes con el mismo bolígrafo azul. La misma mano. La misma presión sobre el papel.

Fluidos - comentó Columbo.

No señaló más. Sol tampoco. La palabra quedó en el aire de la cocina entre las carpetas abiertas y el café frío y la luz del amanecer que entraba por la ventana sin cortinas. Fluidos. La palabra clínica que cubría algo que ninguna palabra clínica podía cubrir.

El café de Sánchez se enfrió sobre la mesa entre las carpetas de los niños.

Treinta y dos horas le quedaban a Sol. # TRAICIÓN [F][H]

La Bestia no atacó.

Se quedó donde estaba, masa oscura extendida en un arco de ciento ochenta grados, tentáculos inmóviles, frecuencia infrasonora constante que le resonaba a Faith en los huesos de las caderas y le dificultaba mantener las piernas firmes. La Bestia no necesitaba atacar. No tenía prisa. El corredor estaba muerto y el campo abierto entre la cordillera y el Vacío no tenía salida y los siete que quedaban no tenían frecuencia con la que defenderse. El Voynich estaba cerrado. El viejo estaba en el suelo. Sentella estaba reducida. Haryes sangraba por ambas fosas nasales y el ojo izquierdo era una mancha roja donde los capilares habían reventado.

La Bestia tomaba su tiempo porque el tiempo era suyo.

El infrasonido era lo peor. No el terror visual de la masa oscura ni los tentáculos congelados a medio extender ni la ausencia de salida. El infrasonido. Ocho hercios constantes que hacían temblar los órganos internos con una frecuencia demasiado baja para oír pero suficiente para sentir en el estómago, en los pulmones, en el hueso temporal. Faith se obligó a respirar despacio. Inhalar cuatro tiempos. Exhalar seis. El cuerpo pedía jadear. El jadeo empeoraba la náusea. Respirar despacio era lo único que podía controlar.

Leonardo estaba de pie con el Voynich cerrado contra el pecho. Las tapas selladas, las páginas fusionadas, el libro convertido en un ladrillo de papel que no pulsaba y no emitía y no respondía. Leonardo lo sostenía con las dos manos porque soltar el Voynich no parecía una opción que su cuerpo aceptara. Los dedos se habían cerrado sobre las tapas con la rigidez del que agarra algo en caída

libre y no puede soltar. Anya estaba detrás de él, las manos en sus hombros, los dedos clavados en la tela. Ancla.

Faith miró el terreno. Roca volcánica a los pies. Ceniza acumulada en las grietas. La cordillera a la derecha, vertical, sin grietas ni salientes por donde trepar pared lisa de basalto negro que subía cien metros sin interrupción. El Vacío a la izquierda, extendiéndose sin borde visible. Y al frente, la Bestia. El espacio que les quedaba era una franja de puede que treinta metros de largo por diez de ancho. Roca dura. Sin cueva. Sin refugio. Sin ningún lugar donde la frecuencia pudiera rebotar y crear una burbuja de protección.

Estaba en el suelo. De rodillas. Las manos abiertas sobre la roca, los dedos extendidos como cuando vocalizaba dentro del corredor, pero ahora sin emitir nada. La postura era la misma sin embargo, el sonido no. Los labios se movían y lo que salía era aire con sangre. Los ojos estaban cerrados. La pipa colgaba del bolsillo de la camisa, apagada, inerte, un tubo de madera oscura que no servía para nada excepto para recordar que hubo un tiempo en que Don Humo era otra persona.

Nadie viene, pensó Faith. Nadie sabe dónde estamos. Nadie va a venir.

Ilis se movió.

No hacia el grupo. No hacia la cordillera. Hacia la Bestia.

Se separó del borde del grupo con un paso lateral tranquilo, medido, con la cadencia de quien sale de una habitación sin despedirse y caminó hacia la masa oscura. Los pies sobre la roca. Los brazos a los lados. La espalda recta. La cabeza levantada. Sin correr. Sin pelear. Caminando.

¡Ilis!

Haryes. La voz le salió rota, la garganta dañada por horas de sostener 55 Hz, las cuerdas vocales inflamadas, el grito era un graznido que rebotó en la pared de la cordillera y volvió distorsionado.

Ilis no giró.

¡ILIS!

Segundo grito. Haryes dio un paso hacia ella. Faith lo agarró del brazo. Los músculos de Haryes se tensaron bajo la mano de Faith, fuerza de alguien que quiere soltarse, fuerza real, las venas del antebrazo hinchadas entre las runas apagadas pero no se soltó. Se quedó quieto. Mirando.

¡ILIS!

Tercer grito. El tercer grito fue diferente a los dos anteriores. No tenía la urgencia del primero ni la desesperación del segundo. Tenía algo peor: la certeza de que no iba a funcionar. Haryes gritó el nombre sabiendo que el nombre no iba a detenerla y lo gritó igual porque no gritarlo era peor.

Ilis caminó.

Diez metros. Los pies sobre la roca volcánica producían un sonido seco, la ceniza crujía bajo las suelas, que era el único sonido en la franja de campo abierto. La Bestia no emitía sonido audible. Solo el infrasonido. Solo la frecuencia que le sacudía las tripas a Faith mientras miraba a Ilis alejarse con la calma de quien va a algún sitio conocido.

Quince metros. Los tentáculos de la Bestia se movieron, no hacia ella sino apartándose, creando un espacio en la masa oscura, un pasillo estrecho dentro de la criatura por el que Ilis caminaba con la misma calma con la que había caminado dentro del corredor sónico

junto a la pared de Vacío durante seis horas. La pared no la había dañado. La Bestia no la dañaba. El Vacío la aceptaba con una familiaridad que Faith no entendía y que no tenía tiempo de entender.

Veinte metros. Ilis estaba a la mitad de la distancia entre el grupo y el borde exterior de la Bestia. La ceniza bajo sus pies cambiaba de color, gris claro a gris oscuro a negro, donde la influencia del Vacío alteraba la composición mineral del suelo. Los pasos de Ilis dejaban huellas en la ceniza negra. Huellas limpias. Precisas. Los pasos de alguien que no dudaba.

Las gemelas serpiente. 55 Hz. Iris e Ilis conectadas por una frecuencia que venía de antes de que nacieran, una frecuencia que compartían cuando dormían juntas y que se manifestaba en los latidos sincronizados que cualquier médico habría notado si alguien hubiera pensado en medir. Iris había muerto. Muerte real. Cuerpo en el suelo. Sangre. Final. La muerte que había roto a Ilis no la había destruido, no la había vaciado, la había roto de la manera en que se rompe un receptor cuando la señal que recibía desaparece: el aparato sigue encendido pero sintoniza estática.

Faith lo entendió cuando Ilis estaba a cinco metros de la masa central de la Bestia. No lo entendió con palabras ni con lógica sino con la rabia sorda de quien ve a alguien elegir y sabe que la elección es irrevocable y que la irrevocabilidad es el punto.

Ilis entró en la Bestia.

La sombra se cerró sobre ella con la suavidad de un líquido espeso que acepta un cuerpo. No la tragó, la recibió. Las piernas primero, la penumbra subió por las pantorrillas, por las rodillas, envolviendo con la lentitud de alguien que sumerge algo valioso en

agua. La cintura. El torso. Los brazos que seguían a los lados, relajados, sin tensión. Los hombros. El cuello. Ilis no se giró. No levantó la mano. No miró atrás. La negrura le cubrió la barbilla y la boca, la nariz y los ojos y la frente, el pelo y donde había estado Ilis quedó nada. Superficie lisa de masa oscura sin marca ni hueco ni ondulación.

Haryes hizo un ruido. No fue grito ni palabra ni nombre. Fue un sonido que salió del pecho sin pasar por la garganta, gutural, animal, el sonido que hace un cuerpo cuando ve desaparecer algo que le pertenece y no puede hacer nada. Faith le apretó el brazo. Los nudillos blancos. Haryes se quedó quieto. Las runas en sus antebrazos estaban apagadas pero la piel alrededor de las runas tenía un color diferente, rojo oscuro, inflamado, la piel quemada por dentro desde horas de emisión forzada. Haryes miraba el punto donde Ilis había desaparecido. Miraba la superficie lisa de la Bestia. Miraba la nada que había sido Ilis un segundo antes.

No se movió. Pero el temblor de los brazos no resultó del frío.

La Bestia se detuvo.

Un segundo entero. La masa oscura dejó de moverse. Los tentáculos se congelaron a medio extender. La frecuencia infrasonora cambió, un salto brusco de diez hercios a catorce, que Faith sintió en los dientes y en las costillas y en algún lugar detrás de los ojos donde el nervio óptico se conecta con el cerebro. La Bestia procesaba. Lo que no esperaba. Algo dentro de Ilis que la confundía, la 55 Hz redirigida, la conexión con Iris, la frecuencia gemela que venía de dentro de la Bestia misma porque Iris estaba dentro del Vacío y ahora Ilis estaba dentro del Vacío y la señal entre ambas se había completado dentro de la criatura.

La Bestia no sabía qué hacer con eso. Un segundo.

Un segundo era todo lo que tenían.

Don Humo abrió los ojos.

Estaba en el suelo. De rodillas. Las manos en la roca. La sangre de la boca le manchaba la barbilla y el cuello y el pecho de la camisa. La pipa se le había caído del bolsillo y estaba en la roca a treinta centímetros de su rodilla derecha, tubo de madera oscura con la boquilla manchada de sangre seca. Los ojos estaban abiertos y miraban a Sentella y en los ojos había algo que Faith reconoció porque lo había visto en personas que toman decisiones terminales: claridad. La claridad sucia de quien sabe lo que hay que hacer y sabe lo que cuesta y decide hacerlo de todas formas porque el costo ya no importa cuando la alternativa es peor.

Se apoyó en las manos. Los brazos le temblaron, no temblor de miedo sino temblor de músculo que ha gastado todo su glucógeno y funciona con las reservas de las reservas. Se levantó a una rodilla. Se levantó a las dos piernas. Se quedó de pie con la postura de un edificio a punto de caer, los hombros inclinados, la cabeza adelantada, el peso sobre los talones.

Ahora. AHORA.

La voz no se trataba de voz. Era raspado de garganta, aire forzado a través de cuerdas vocales que ya no funcionaban, sangre entre las sílabas. Pero la palabra llegó. Las dos veces. Y Sentella la escuchó.

Don Humo miró a Sentella. Sentella le devolvió la mirada.

Sentella estaba de pie a tres metros, reducida veinte centímetros más baja que al inicio de la temporada, la ropa arrastrando por el suelo, las botas dos tallas grandes, las manos pequeñas asomando de mangas que le cubrían los nudillos. El cuerpo era de adulta encogida

pero los ojos no correspondían al cuerpo. Los ojos de Sentella eran mitad fibra óptica azul eléctrico, pulsante, Maku asomándose desde el fondo con la constancia de alguien que ha esperado 7,692 años para este momento y mitad animal. Ojos de alguien que sabe que el cuerpo tiene un último uso y que el último uso es ahora. # Reconocimiento. No verbal. No explicable. Pasó entre los ojos del viejo y los ojos de Sentella en un cuarto de segundo y que contenía más información que cualquier conversación que hubieran tenido en meses de viaje. El viejo sabía lo que Sentella iba a hacer. Sentella lo sabía también. Y los dos sabían que no había alternativa y que la falta de alternativa no daba la impresión de ser excusa sino circunstancia.

Decisión. Algo que siempre iba a pasar.

Sentella se giró hacia Leonardo.

La Bestia se reactivó. El segundo de confusión terminaba. Los tentáculos se movieron. La masa oscura avanzó un metro. La frecuencia infrasonora bajó a ocho hertzios el rango del pánico orgánico.

Sentella se giró hacia Leonardo y los ojos de fibra óptica brillaron con una intensidad que no había tenido desde el inicio de la temporada y Faith supo que lo que iba a pasar no se podía detener y no se debía detener y que lo único que quedaba era estar ahí cuando pasara.

Columbo llamó a Sánchez a las ocho de la mañana.

Sánchez estaba en el coche. Motor encendido, calefacción puesta, la taza de café del turno anterior todavía en el soporte entre los asientos. El parabrisas tenía una capa de humedad que Sánchez no había limpiado porque limpiar el parabrisas significaba salir del coche y salir del coche significaba que alguien podía verlo

estacionado frente a la comisaría central a las ocho de la mañana de un día que no le correspondía trabajar.

Columbo le dictó nombres. Once nombres. Once niños. Once expedientes con fechas de ingreso y sin fechas de egreso. Sánchez los anotó en la libreta de la guantería, la libreta sin registro oficial, la libreta que no existía en ningún inventario de materiales de investigación. La letra de Sánchez era pequeña y comprimida. Los nombres ocupaban media página.

Los niños del año pasado - dijo Sánchez. Los que desaparecieron en zona norte. ¿Coinciden?

Siete de once - replicó Columbo.

El motor del coche de Sánchez zumbando a través del teléfono. Tres segundos. Cuatro.

La red no se cerró cuando Barrera murió - dijo Sánchez.

Barrera era el punto de captación. El que firmaba. El que ponía la cara legal. Murió y alguien lo reemplazó. La clínica sigue operando. Los traslados siguen saliendo. Los pagos siguen llegando a las cuentas intermediarias. Columbo hizo una pausa. La pausa que Sánchez conocía: Columbo ordenando información antes de soltarla. Revisé los movimientos bancarios de la segunda intermediaria. Hubo un depósito hace seis semanas. Seis semanas después de que Barrera llevara meses muerto. Alguien alimentó la cadena de pago con Barrera ya en la silla.

¿Quién lo reemplazó?

No lo sé. Pero alguien que lleva más tiempo que nosotros sabiendo esto. Columbo miró el sobre en la bolsa de evidencias. La caligrafía de Noctis. La tinta que no se decoloraba. La nota que describía con precisión clínica lo que Barrera había hecho nombres,

fechas, cantidades, procedimientos con el detalle de alguien que no había investigado a Barrera sino que lo había vigilado durante meses antes de matarlo. Noctis lleva años en esto, Sánchez. Esto no es la primera nota. Esto no es el primer cadáver.

Sánchez no respondió durante tres segundos.

¿Y nosotros?

Nosotros acabamos de encontrar la puerta - admitió Columbo. Noctis ya recorrió la casa entera. Sabe quiénes son. Sabe dónde operan. Sabe qué extraen. Y no nos lo mencionó. Nos dejó una nota junto a un muerto para que lo descubriéramos solos.

¿Por qué?

Columbo no respondió. La pregunta tenía varias respuestas posibles y ninguna era buena.

Colgó.

Sol estaba sentada en la silla de la cocina con las carpetas todavía abiertas sobre la mesa. Los ojos rojos de no dormir. Las manos sobre la mesa, quietas, con la quietud de quien ha leído once expedientes de niños sin fecha de egreso y necesita un momento antes de poder mover las manos otra vez.

Veintiséis horas le quedaban.

¿Qué hacemos con los niños? - preguntó Sol.

Primero encontramos la clínica - dijo Columbo. Calle 14, número 892, Zona Industrial Norte. Eso es lo que dicen los traslados. Después encontramos a los niños. Si todavía hay niños que encontrar.

Sol no preguntó qué significaba el “sí.” La palabra “fluidos” seguía en el aire de la cocina entre las carpetas abiertas y los nombres de los niños escritos con bolígrafo azul. Seguiría.

El reloj de la cocina marcaba las ocho y cuarto. El sol de la mañana entraba por la ventana y le daba a las carpetas un color naranja que no significaba nada. Sol cerró la carpeta del niño número siete. Ocho años. Sin registro de egreso.

La cerró despacio. # HECHIZO [K][H]

Sentella se levantó.

No con esfuerzo. No con dolor. Se levantó con la precisión de una máquina que activa su última rutina, músculos que obedecen una orden que no viene de la voluntad sino de algo más profundo, de los 7.692 años que Maku llevaba dormida dentro de ese cuerpo y que ahora se activaban todos a la vez. La espalda de Sentella se enderezó. Los hombros se cuadraron dentro de la ropa que le quedaba grande. Las manos salieron de las mangas y los dedos se extendieron, y las puntas de los dedos empezaron a brillar.

No con luz. Con calor.

Las puntas de los diez dedos de Sentella se pusieron rojas. El rojo de metal calentándose primero oscuro, después naranja, después blanco en las uñas. El calor subió por los dedos hacia las palmas y de las palmas a las muñecas y de las muñecas a los antebrazos. Sentella ardía desde dentro. Las fibras ópticas de Maku pulsaban bajo la piel con una frecuencia que no era de 7.83 Hz, sino más alta, mucho más alta, una frecuencia que Faith no podía medir pero que sentía en los tímpanos como una aguja fina.

La Bestia avanzó otro metro. Los tentáculos se extendieron hacia el grupo.

Sentella levantó la mano derecha. El índice trazó un arco en el aire.

Donde el dedo pasó, el aire se quemó. No metafóricamente; el aire se ionizó y produjo una línea de luz que quedó suspendida en el espacio, brillante, definida, con la precisión de un trazo de caligrafía. El trazo tenía forma. Un símbolo. Sentella trazó otro. Y otro. Y otro.

Símbolos náhuatl.

Faith no los reconoció. No podía. Los símbolos no pertenecían a ningún alfabeto que hubiera visto ni de ningún sistema que conociera. Eran formas que pertenecían a un lenguaje anterior al sistema anterior a las torres, anterior a la organización del mundo en planos y dimensiones y ciclos. Magia antigua. Pre-sistema. El mismo tipo que Helios había usado miles de años antes y que había transmitido a sus descendientes en frecuencias que se guardaban en el cuerpo, no en la memoria. Maku lo había heredado. Maku lo había guardado dormido durante 7.692 años dentro de un cuerpo que no era el suyo, esperando el momento exacto en que el costo de usarlo fuera menor que el costo de no usarlo. Y ahora Sentella lo ejecutaba.

Cada símbolo que trazaba costaba masa.

El primer símbolo le costó un centímetro de altura. Faith lo vio. Sentella era un centímetro más baja cuando terminó el primer trazo, la ropa un milímetro más holgada en los hombros. El segundo símbolo le costó otro centímetro y algo de los pómulos, los huesos de la cara más prominentes, la piel más tirante. El tercero le redujo las manos, los dedos más cortos, las palmas más pequeñas, las uñas más delgadas, pero los trazos no perdían precisión. El cuarto. El quinto. Sentella se encogía con cada símbolo como un cirio que se consume desde la llama hacia la base. La ropa le arrastraba por el suelo. Las botas le quedaban tan grandes que los pies se le movían dentro con cada paso. El sexto símbolo le costó algo de las caderas, los huesos de

la pelvis encogidos, el cinturón cayendo sin agarre. El séptimo le costó masa en los muslos. Para el octavo, Sentella caminaba con la dificultad de alguien cuyas piernas ya no tenían la longitud correcta para las botas que llevaba.

Pero los trazos no temblaban. Las líneas de luz en el aire eran perfectas, rectas donde debían ser rectas, curvas donde debían ser curvas, ángulos precisos al grado. La mano de Sentella se encogía, y los trazos se mantenían. Maku controlaba la mano. Maku controlaba la precisión. Sentella proporcionaba la masa. La masa era el combustible.

Sentella trazó el noveno símbolo. El décimo.

Los símbolos formaron un círculo. El círculo flotaba en el aire a la altura de la cintura de Leonardo, un aro de luz de metro y medio de diámetro, con los diez símbolos distribuidos a intervalos iguales en su circunferencia, cada uno brillando con el calor del dedo que lo había trazado. El centro del círculo estaba vacío. No vacío de nada, sino vacío de otra cosa. El aire dentro del círculo temblaba con una frecuencia diferente al aire de fuera. Ondulaba. Se distorsionaba.

Un portal. Pequeño. Inestable. Apenas para dos.

Sentella tembló. El temblor le recorrió todo el cuerpo, no de frío, sino de desgaste estructural, el temblor de una estructura que pierde masa y con la masa pierde capacidad de sostenerse. Las rodillas se le doblaron. Se mantuvo de pie con pura inercia.

La voz que salió de Sentella no era la voz de Sentella.

Era dos voces. Superpuestas. Sentella grave, la voz de mujer adulta, ronca, cansada. Maku agudo, la voz de lo que Aquello no se trataba de humano ni animal ni máquina, sino las tres cosas juntas,

una voz de fibra óptica y circuito biológico y 7.692 años de espera comprimidos en un segundo de emisión.

¡Leonardo! ¡Anyá!

Las dos voces al mismo tiempo. La grave y la aguda. El nombre de Leonardo distorsionado por la superposición de frecuencias.

¡AHORA!

Leonardo no se movió.

Miró el portal. El aire ondulante dentro del círculo de símbolos. Miró a Sentella reducida, temblando, ardiendo desde dentro, el cuerpo de una adolescente donde hacía diez minutos había habido una mujer adulta. Miró a Faith. Los ojos de Faith secos, duros, la mirada de alguien que ha visto morir a tres personas en dos horas y sabe que van a morir más. Miró a Haryes, con la sangre de la nariz seca en la barbilla y las runas apagadas y el ojo izquierdo que ya no veía. Miró al viejo en el suelo de rodillas, la sangre de la boca formando un charco pequeño en la roca entre las manos abiertas. Miró a las personas que iban a quedarse del otro lado del portal con la Bestia y sin Voynich y sin corredor y sin nada que los protegiera.

El Voynich estaba caliente contra su pecho. Cerrado. Sellado. Inerte. Pero caliente. La temperatura del libro subía no con la intensidad del corredor sónico, sino con el calor lento de lo que reacciona a lo que está pasando sin poder intervenir. Leonardo sentía el calor en el esternón y en las costillas, en algún lugar detrás del esternón donde el corazón bombeaba sangre a un ritmo que no daba la impresión de ser normal.

No puedo

Anyá lo agarró.

Los dedos de Anya se cerraron sobre la muñeca de Leonardo con la fuerza de alguien que no pide permiso y no da explicaciones y no acepta negativas. La fuerza de alguien que ha decidido por los dos y que sabe que decidir por los dos es necesario porque Leonardo no iba a decidir solo. Anya tiró. Leonardo resistió un segundo, el cuerpo queriendo quedarse, los pies anclados en la roca, la lealtad o la culpa o la inercia o lo que fuera que le impedía dejar atrás a personas con las que había caminado durante meses y con las que había dormido en cuevas y con las que había compartido agua cuando el agua era poca y comida cuando la comida era menos. Un segundo.

Anya tiró más fuerte. Le torció la muñeca. No con crueldad, sino con eficiencia. El dolor le giró el cuerpo.

Leonardo dio un paso hacia el portal. Dos. El aire dentro del círculo de símbolos le tocó la piel, y la piel reaccionó con escalofríos desde la mano extendida hasta el hombro, los pelos del brazo erizados, una descarga estática que le recorrió la columna y le apretó los dientes.

¡Faith! Leonardo giró la cabeza. Los ojos buscando los ojos de Faith. El Voynich cerrado contra el pecho con la mano que Anya no sujetaba. La voz rota. El nombre de Faith salió con la desesperación de quien grita algo sabiendo que el grito no va a cambiar lo que pasa pero necesita que el grito exista, necesita que el sonido del nombre ocupe el espacio antes de que el espacio desaparezca.

Faith lo miró. No dijo nada. No asintió. En ese instante, no levantó la mano. Detrás, no hizo ningún gesto que significara permiso ni despedida ni perdón ni nada que pudiera interpretarse como cierre emocional. Lo miró con la cara que tenía sucia, seca, tensa, la cara de alguien que lleva demasiadas horas despierto y

demasiadas personas muertas y no tiene energía para gestos que no sean funcionales.

Leonardo entendió. O no entendió. No importaba.

Anya lo arrastró al portal. Los dos cuerpos cruzaron el borde del círculo de símbolos primero Anya, después Leonardo, arrastrado por la muñeca, y el aire ondulante los recibió, los envolvió, y durante un cuarto de segundo Faith los vio dentro del portal: dos siluetas distorsionadas por la ondulación, dos formas humanas que se estiraban y se comprimían, se estiraban de nuevo, y después nada. Las siluetas desaparecieron. El aire ondulante se tragó a dos personas con la eficiencia de algo diseñado para exactamente eso.

El portal se cerró.

No gradualmente. No con un sonido de despedida. Se cerró con la violencia de una implosión, los diez símbolos náhuatl colapsaron hacia el centro del círculo simultáneamente, la luz se comprimió en un punto, el punto emitió una onda de frecuencia que lanzó a Faith tres metros hacia atrás. La espalda de Faith golpeó la roca volcánica. El impacto le sacó el aire, y durante dos segundos no pudo inhalar, y los dos segundos fueron los más largos de la semana.

Donde había estado el portal: ceniza. Un círculo perfecto de ceniza fina en el suelo. Metro y medio de diámetro. Los bordes del círculo estaban quemados, la roca volcánica derretida en los bordes formaba un anillo de vidrio negro.

Donde habían estado Leonardo y Anya: nada.

Ni cuerpo. Ni ropa. Un segundo después, ni rastro. Afuera, ni marca en el suelo. Ni impresión en la ceniza. Nada. El espacio que habían ocupado un segundo antes era espacio vacío con aire frío y olor a ozono. Leonardo y Anya habían estado ahí y después no

estaban, y la transición entre ambos estados era absoluta sin residuo, sin rastro, sin ninguna evidencia física de que dos personas hubieran existido en ese punto del espacio hacía tres segundos.

Faith gritó. No palabras. No nombre. Sonido. Sonido puro que salió de la garganta sin pasar por el cerebro el grito de un animal que ha perdido algo y el cuerpo reacciona antes de que la mente pueda procesar qué. El grito rebotó en la pared de la cordillera y volvió distorsionado y el eco le devolvió su propio sonido y su propio sonido era irreconocible. Faith gritó hasta que se le acabó el aire y después inhaló y no - gritó más. No porque el grito hubiera servido sino porque el aire que inhaló le recordó que seguía viva y que seguir viva requería hacer lo que no fuera gritar.

Haryes estaba de pie. No se había movido durante el portal. No se había movido durante la implosión. Se había quedado de pie mirando el punto donde Ilis había desaparecido, no el punto donde Leonardo y Anya habían desaparecido, porque para Haryes la pérdida que importaba ya había ocurrido y todo lo que vino después era ruido.

Sentella estaba de rodillas. Lo que quedaba de Sentella. El cuerpo era el de una niña, una niña de once o doce años, con la ropa de una mujer adulta colgándole de los hombros y arrastrándose por el suelo y las botas convertidas en contenedores enormes de los que asomaban pies del tamaño de puños. Las manos, las manos que habían trazado diez símbolos perfectos en el aire, temblaban sobre la roca con dedos de niña. Las fibras ópticas de Maku pulsaban débilmente bajo la piel, destellos azules cada vez más espaciados, cada vez más tenues. El calor se le iba. La temperatura del cuerpo bajaba. El cuerpo de niña no tenía la masa suficiente para mantener

la temperatura que el portal había requerido y el calor se disipaba por la piel y por las manos y por las rodillas que tocaban la roca fría.

La Bestia avanzó.

Dos metros. Tres. Los tentáculos se estiraron hacia el grupo hacia lo que quedaba del grupo. Faith, Haryes, Don Humo en el suelo, Sentella reducida. Cuatro personas. Sin frecuencia. Sin portal. Sin nada.

Sentella levantó la cabeza. Los ojos, mitad fibra óptica, mitad animal, miraron a la Bestia con la expresión de quien ha gastado todo excepto una cosa y esa cosa no es fuerza ni energía ni frecuencia sino pura obstinación biológica. Los 7.692 años de Maku condensados en los ojos de una niña que miraba una masa de nada con la tranquilidad de quien ha visto cosas peores y ha sobrevivido a todas y va a sobrevivir a esta aunque el cuerpo que la contiene sea del tamaño de un niño y la masa que le quede sea menos de la mitad de la que tenía esta mañana.

Faith se levantó. La espalda le dolía donde había golpeado la roca. Las costillas protestaron. El hombro izquierdo no rotaba del todo. Se levantó.

Sentella.

Sentella no respondió. Lo que quedaba de Sentella no respondía a nombres. Lo que quedaba operaba en un modo que no incluía lenguaje ni reconocimiento ni nada que no fuera la tarea final que Maku había programado 7.692 años atrás. # MUERTE DE SENTELLA [K][H]

Sentella se puso de pie.

Las piernas de niña no la sostenían del todo; las rodillas temblaban, los tobillos se doblaban dentro de las botas enormes, el

centro de gravedad había cambiado con la pérdida de masa y el cuerpo reducido no sabía dónde equilibrarse. Pero se puso de pie. Las fibras ópticas de Maku bajo la piel emitieron un destello azul, uno solo, largo, sostenido, como el parpadeo de una máquina que activa su última reserva de energía.

La Bestia estaba a seis metros.

Los tentáculos se extendían hacia el grupo con la lentitud de no tener prisa. La masa oscura avanzaba centímetro a centímetro. La frecuencia infrasonora bajó otro hercio siete y Faith sintió los intestinos contraerse y la saliva espesarse y los ojos perder foco. A siete hercios el cuerpo humano entra en zona de pánico automático. Los músculos se preparan para correr. El cerebro deja de razonar y empieza a calcular distancias a la salida más cercana. No había salida.

Sentella dio un paso hacia la Bestia.

Faith la agarró del brazo. El brazo de Sentella era delgado, los huesos perceptibles bajo la tela de la manga enrollada. Faith podía rodear el bíceps de Sentella con una mano. Lo rodeó. Apretó.

Sentella la miró. Los ojos de fibra óptica brillaron.

Suelta.

La voz era doble. Sentella grave. Maku agudo. Las dos superpuestas. Las dos diciendo la misma palabra.

Faith soltó.

No por decisión. Por instinto. La palabra había llegado con una carga que no se trataba de verbalizar una onda de 7.83 Hz concentrada en la voz que le recorrió el brazo desde los dedos hasta el hombro y le aflojó los músculos contra su voluntad. Sentella no le

había pedido que soltara. Le había ordenado al cuerpo de Faith que soltara. Y el cuerpo había obedecido.

Sentella caminó hacia la Bestia.

Faith quiso seguirla. Haryes también. El viejo levantó la mano desde el suelo un gesto débil, la mano a medio extender, los dedos abiertos que significaba detenerse. Faith se detuvo. Haryes se detuvo. Don Humo sabía algo que ellos no sabían. O sospechaba lo que no podía decir porque decirlo requería una voz que ya no tenía.

Sentella caminó cinco metros. Seis. Se detuvo a tres metros de la masa oscura.

Las fibras ópticas bajo su piel se encendieron todas a la vez.

No una por una. No en secuencia. Todas. El cuerpo entero de Sentella se iluminó desde dentro azul eléctrico, brillante, pulsante a 7.83 Hz, la frecuencia de Schumann emitida no desde un punto sino desde toda la superficie del cuerpo. La piel de Sentella se volvió translúcida. Los huesos visibles. Los órganos visibles. Las fibras ópticas visibles una red de filamentos azules que recorría todo el cuerpo desde la cabeza hasta los pies, una red que Maku había construido durante 7,692 años dentro de un huésped que no sabía que la contenía.

La 7.83 Hz golpeó a la Bestia.

No como onda. Como muro. La frecuencia salió del cuerpo de Sentella en todas direcciones simultáneamente y golpeó la masa oscura con la solidez de algo físico. Los tentáculos más cercanos se desintegraron. No se disolvieron como cuando Sentella lanzaba ondas desde el corredor se desintegraron, se convirtieron en partículas de nada que volaron hacia atrás y no se reabsorbieron. La Bestia retrocedió un metro. Dos.

La frecuencia de Schumann. Aquello no era una frecuencia de ataque. Era la frecuencia de la Tierra. La frecuencia base del planeta sobre el que el Vacío existía pero al que no pertenecía. 7.83 hercios: la resonancia electromagnética de la cavidad entre la superficie terrestre y la ionosfera. La frecuencia que existe desde que existe la atmósfera. La frecuencia que estaba ahí antes de que existiera vida compleja. La Bestia no podía procesar 7.83 Hz porque 7.83 Hz era lo opuesto a lo que la Bestia era: materia contra nada, planeta contra vacío, existencia contra ausencia. Era la nota fundamental del mundo y la Bestia No se trataba de del mundo.

Sentella emitió más fuerte.

El costo fue inmediato. El cuerpo de niña se redujo. Los huesos visibles bajo la piel translúcida se encogieron las costillas acercándose, la pelvis estrechándose, los fémures acortándose. Las manos se cerraron en puños de niña, con nudillos que sobresalían bajo piel azulada. La mandíbula se afinó. Los pómulos avanzaron. La cara dejó de ser la cara de Sentella y se convirtió en algo intermedio entre cara humana y otra cosa: estructura ósea que cambiaba de proporción, ángulos que se agudizaban, frente que se estrechaba.

La ropa cayó. Las botas cayeron. La camisa cayó. El cuerpo dentro de la ropa se encogió con cada segundo de emisión. Metro cuarenta. Metro treinta. Metro veinte. El cuerpo ya no se sostenía sobre dos piernas las piernas se doblaron, las rodillas tocaron el suelo, las manos tocaron la roca, y la postura dejó de ser bípeda. Cuatro puntos de apoyo.

La Bestia retrocedió otro metro. Tres. Cuatro. La masa oscura se replegaba como un líquido que encuentra un obstáculo que no puede absorber. Los tentáculos que quedaban se retiraron hacia la masa

central. La frecuencia infrasonora subió de siete hercios a diez, a doce, a quince inestable, oscilando, la emisión perdiendo la constancia que la hacía peligrosa.

Sentella emitió más fuerte.

Metro diez. La ropa estaba en el suelo. El cuerpo dentro de la ropa era una forma pequeña, luminosa, azul, que emitía a 7.83 Hz con la intensidad de una sirena. Los huesos eran visibles como líneas blancas dentro de la luz azul. Los órganos eran sombras dentro de las líneas blancas. Las fibras ópticas eran filamentos brillantes que conectaban todo.

Y entonces el cuerpo dejó de emitir.

No hubo explosión. No hubo luz cegadora. No hubo sonido épico ni gesto final ni última mirada hacia los compañeros. Lo que pasó fue silencioso y pequeño y rápido: el cuerpo luminoso de Sentella, metro de altura, azul, translúcido, parpadeó. La luz azul se fragmentó. Los filamentos de fibra óptica bajo la piel se apagaron uno por uno de las extremidades al centro, de los dedos al torso, del torso al cuello, del cuello a los ojos. La última luz fue en los ojos. Dos puntos azules que miraban a la Bestia con la fijeza de quien ha completado una tarea y no necesita ver el resultado.

Los ojos se apagaron.

El cuerpo cayó. No desplomado, doblado. Las rodillas primero, después las caderas, después los hombros, después la cabeza. Como una estructura que pierde las uniones que la sostienen, pieza por pieza, en orden descendente. El cuerpo tocó la roca volcánica con un sonido pequeño, el sonido que hace algo liviano al caer sobre piedra. No pesaba casi nada. Lo que quedaba de Sentella pesaba lo que pesa

un niño que no ha comido en días y que ha gastado más energía de la que un cuerpo de ese tamaño puede generar.

La 7.83 Hz se detuvo.

Lo que siguió no fue quietud. Era la ausencia de una frecuencia que había estado presente durante horas, el eco negativo de la resonancia de Schumann, el hueco que deja una nota cuando desaparece del aire. Los oídos de Faith zumbaron. Los tímpanos buscando la frecuencia donde ya no estaba.

La Bestia retrocedió.

Cinco metros. Diez. La masa oscura se replegó con la urgencia de algo que ha recibido un impacto cuyo efecto no termina con el impacto. La última emisión de Sentella, la emisión total, la que le costó los filamentos y la masa y la temperatura y los ojos, había golpeado a la Bestia con la fuerza de 7,692 años de frecuencia concentrada en un solo pulso. Los tentáculos se retiraron hacia el Vacío. La frecuencia infrasonora desapareció, no se redujo ni se atenuó: desapareció. La presión en los órganos de Faith cesó de golpe. El estómago se relajó. Los ojos recuperaron foco. Los tímpanos dejaron de doler.

La Bestia se fue.

No lenta. Sin pausa. La masa oscura se hundió en el Vacío con la velocidad de lo que huye y el Vacío la absorbió y donde había estado la Bestia quedó el borde del Vacío, nada, horizontal, sin movimiento. El campo abierto quedó vacío. Viento sobre roca volcánica. Olor a azufre de la cordillera. Olor a ozono del portal que ya no existía.

Faith se acercó al cuerpo.

Un paso. Dos. Se agachó. Las botas de Sentella estaban vacías, enormes, de adulta, con pies de niña que ya no estaban adentro. La

camisa vacía. Los pantalones vacíos. Dentro de la ropa: un cuerpo del tamaño de una niña de siete u ocho años, acurrucado de costado, con los ojos cerrados y la piel gris y las manos cerradas en puños pequeños. Los filamentos de fibra óptica eran líneas oscuras bajo la piel apagados, inertes, como cables cortados dentro de un circuito que ya no recibe corriente.

Faith le tocó la frente. Fría. Le tocó el cuello. Sin pulso.

Donde había estado Sentella: un cuerpo que no respiraba dentro de ropa que le quedaba grande.

Donde habían estado Leonardo y Anya: un círculo de ceniza con bordes de vidrio negro.

Donde habían estado diez personas: tres.

Habló desde el suelo.

Sospechaba.

Dos palabras. Aire forzado a través de garganta rota. Los ojos cerrados. El cuerpo tumbado de lado sobre la roca volcánica con la mejilla contra el suelo y la sangre seca en la barbilla y las manos abiertas junto a la cara.

Sospechaba. Y no había dicho nada. Porque decirlo antes de que pasara habría cambiado algo en la decisión y la decisión no podía ser cambiada.

Haryes se dejó caer al suelo. Las rodillas primero. Después las manos. Se quedó a cuatro patas sobre la roca volcánica con la cabeza colgando y la sangre de la nariz goteando en la ceniza entre sus manos. Las runas en los antebrazos estaban apagadas. No se movió durante un minuto entero. Después se sentó. Se limpió la nariz con la manga. La manga quedó roja. Miró hacia el este, hacia donde Ilis había desaparecido. No indicó nada.

Faith se sentó contra la pared de la cordillera. La espalda contra el basalto negro. Las piernas extendidas. Las botas con ceniza en las suelas.

Tres personas.

Sin frecuencia. Sin portal. Por instinto, sin Sentella. Arriba, sin Leonardo. Sin Anya. Sin Ilis. Sin el Voynich. El viejo inconsciente en el suelo. Haryes mirando al este. El Vacío a un lado. La cordillera al otro. La ceniza entre ambos.

Faith no contó nada. Los números estaban ahí en la periferia, esperando, listos para darle la estructura que siempre le daban. No los usó. Se quedó sentada contra la roca con las manos abiertas y los números en la periferia y la ceniza cayendo. La ropa de Sentella se enfrió sobre la roca. Los puños de la niña muerta se quedaron cerrados. El viento del Vacío les movía el pelo a los tres que quedaban y a la que ya no.

PLANO MEDIO

Nico pintaba a las dos de la mañana.

El departamento estaba oscuro. La única luz venía de la lámpara de escritorio que iluminaba el lienzo de sesenta por cuarenta centímetros, apoyado contra la pared sobre la mesa de la cocina junto a los platos sucios de la cena que Nico no había lavado porque pintar era más urgente que lavar. El Oso Dember estaba en la mochila, en la silla de al lado, y la mochila estaba caliente. Nico lo sentía: el calor del oso le llegaba a la cadera a través de la tela de la mochila y de la tela de la silla. El oso estaba caliente desde el concierto. Tres días. No se enfriaba.

Nico pintaba sin boceto. Sin plan. Sin idea previa de lo que estaba pintando. Las manos se movían con la autonomía de quien ha

aprendido que resistirse al impulso es peor que obedecerlo. Los dedos manchados de azul y de negro y de blanco, los pinceles alternando entre el número dos para las líneas finas y el número seis para las masas, la paleta una tabla de madera con montañas de acrílico mezclado a medio secar. Las manos movían los pinceles y los pinceles ponían color en el lienzo y el color formaba formas y las formas eran un portal de luz.

Azul. El portal era azul. Azul eléctrico en el centro, azul oscuro en los bordes, con símbolos que Nico no conocía distribuidos en la circunferencia. Dentro del portal: dos figuras. Una arrastrando a la otra. La primera figura tenía las manos extendidas hacia atrás, hacia el espectador, hacia dejaba atrás los dedos abiertos, el gesto de quien quiere agarrarse a algo y no puede. La segunda figura tiraba de la primera con determinación visible en la inclinación del cuerpo hombros hacia adelante, caderas giradas, un cuerpo que arrastra a otro hacia la luz sin preguntar si quiere ser arrastrado.

Detrás del portal: lo oscuro. No la oscuridad del fondo negro de un lienzo. Lo oscuro con masa. Negrura con textura. Oscuridad con tentáculos que no se veían pero que estaban ahí en los bordes del cuadro, insinuados en las pinceladas irregulares del fondo, presentes en la acumulación de negro sobre negro que Nico había aplicado con el pincel grueso y después con los dedos y después con la palma de la mano hasta que la pintura tenía espesor táctil.

Nico se detuvo. Miró lo que había pintado. No sabía quiénes eran las figuras. No sabía qué era el portal. No sabía de dónde venían los símbolos que había pintado en la circunferencia símbolos que no reconocía, que no había visto nunca, que su mano había trazado con una confianza que su cerebro no compartía. Le salieron. Le salieron

con la misma naturalidad con la que le salía el aliento cuando dormía sin voluntad, sin control, sin decisión consciente.

El Oso Dember quemaba en la mochila.

La frecuencia del concierto seguía en los huesos de Nico. Tres días después. La frecuencia no se iba. Se había instalado en algún lugar del esqueleto en los huesos largos, en el fémur, en las costillas y vibraba con una constancia que no era molesta sino presente. Nico la sentía cuando estaba quieto. Cuando pintaba. Cuando cerraba los ojos y trataba de dormir y el sueño no venía porque los huesos resonaban. La sentía ahora, mirando el portal y las dos figuras y la tiniebla, y la frecuencia le decía lo que no podía traducir a palabras. Algo sobre planos que se conectan. Algo sobre personas que cruzan de un lado a otro. Algo sobre el costo de cruzar y el costo de quedarse.

Dejó el pincel. Se limpió las manos en el pantalón marcas de azul y negro en la tela del muslo.

Miró el cuadro.

No lo sé - comentó a nadie. A la oscuridad del departamento. Al Oso Dember que quemaba en la mochila. A los platos sucios y al agua turbia del vaso y a las dos de la mañana. Solo sé que es verdad.

El Oso Dember quemaba. Las dos figuras cruzaban la luz. La sombra se quedaba atrás.

Nico apagó la lámpara. Se sentó en la oscuridad del departamento con la mochila caliente contra la cadera. El rectángulo del lienzo brillaba con la poca luz de la ventana pintura fresca, húmeda, viva.

Esperó.

No sabía a qué. Pero esperó.

PLANO MEDIO

Columbo puso las fotos sobre la mesa. Sol las había sacado con el teléfono once expedientes, cada página fotografiada con flash en la cocina de Sol a las cuatro de la mañana, las sombras del flash deformando la tipografía de los formularios de admisión y los sellos de la clínica y las firmas de Barrera. Ciento cuarenta y siete fotos en total. Columbo las revisó en orden. Las separó por niño. Las ordenó por fecha de traslado. Enero a noviembre. Un niño por mes. La regularidad era lo que más molestaba no la crueldad ni la escala sino la regularidad, la cadencia mensual de un niño firmado y trasladado con la puntualidad de una suscripción. Sánchez llegó a las diez de la mañana con carpetas de zona norte.

Los siete nombres que coincidían siete de los once niños de los expedientes de Barrera aparecían en los informes de desaparición de zona norte del año anterior. Las familias habían reportado. La policía local había abierto expedientes. Los expedientes se habían cerrado por “traslado voluntario a institución de acogida.” La institución de acogida no existía. La dirección que figuraba en los cierres era un terreno baldío en zona industrial.

Necesito que esto llegue a manos seguras - dijo Columbo. No policía local. No el fiscal de distrito. Alguien fuera de la cadena. Sol levantó la vista de las fotos. Noctis no es un asesino, Sol. Columbo no la miraba. Miraba las fotos. Miraba las fechas. Miraba los nombres y las edades y los formularios firmados con la letra pulcra de Barrera.

Es un limpiador. Lleva más tiempo cazando esta red que nosotros investigándola. Sabe quiénes son. Sabe qué hacen. Sabe dónde están. Y lleva años ejecutando a los que atrapa. Solo que no nos lo dice. Nos deja las notas para que lo descubramos solos. Las notas con la caligrafía perfecta y la tinta que no se decolora junto a cadáveres que

nadie busca. ¿Y nosotros somos los testigos? Nosotros somos lo que Noctis no puede ser - dijo Columbo. Policía. Registro. Expediente. Proceso. Noctis mata pero no documenta. Nosotros no matamos pero documentamos. Los dos somos necesarios y ninguno es suficiente. Y los dos lo sabemos aunque nunca nos hayamos visto la cara. Columbo recogió las fotos. Las guardó en la bolsa junto al sobre de Noctis.

La bolsa pesaba poco. Papel y fotos y una nota con caligrafía perfecta. Pero el peso que sentía en las manos no resultó peso físico. Sol lo miró irse. La puerta se cerró. El departamento quedó quieto la quietud relativa de un edificio donde las tuberías hacían ruido y los vecinos de arriba arrastraban muebles y el reloj de la cocina marcaba las diez y cuarto con un tic mecánico que Sol nunca había notado antes pero que ahora era lo único que oía. Veinticuatro horas le quedaban. El plazo se terminaba mañana. Y lo que habían encontrado era más grande que cualquier informe. Más grande que cualquier plazo. Sol abrió la carpeta del niño número once. El último. Doce años.

Ingresado en noviembre. Sin registro de egreso. La foto del formulario de admisión mostraba una cara que no sonreía y no lloraba, no expresaba nada excepto la ausencia de todo lo que una cara de doce años debería expresar. Sol cerró la carpeta. La abrió de nuevo. La volvió a cerrar.

PLANO MEDIO

Columbo cerró el expediente Barrera.

Lo cerró con las manos limpias y la cara lavada y la ropa limpia del día siguiente. Se había duchado. Se había afeitado. Se había puesto la camisa blanca que guardaba para los días en que necesitaba

pensar con la cabeza fría y la cabeza fría requería un cuerpo limpio. Manía de policía viejo.

La caja estaba sobre la mesa de su oficina. No la oficial la que tenía en la trastienda del bar que usaba como base, detrás de la cortina de cuentas, donde las paredes tenían manchas de humedad y el único mueble era la mesa y la silla y la bombilla de cuarenta vatios que no llegaba a iluminar las esquinas.

En la caja: el expediente Barrera. Los once nombres. Las fotos. Las direcciones de las empresas fantasma. Los números de las cuentas intermediarias. La dirección de la clínica: Calle 14, Número 892, Zona Industrial Norte. Y la nota de Noctis papel grueso, caligrafía perfecta, tinta que no se decoloraba, las palabras de alguien que había vigilado a Barrera durante meses antes de ejecutarlo.

Y debajo del expediente Barrera, quince años de cartas.

Quince años. Columbo las había ido acumulando. Una carta por año, a veces dos, a veces ninguna durante dos años seguidos y después tres cartas en seis meses. Sobres sin remitente. Papel grueso siempre el mismo papel, siempre el mismo gramaje, siempre la misma textura bajo los dedos. Caligrafía perfecta siempre la misma mano, siempre los mismos trazos, siempre la misma tinta que no se decoloraba con el tiempo. Columbo tenía cartas de quince años atrás que se veían como escritas ayer. La tinta no envejecía. El papel no amarilleaba.

Cada carta junto a un cadáver diferente. Cada cadáver con una historia diferente pero con el mismo denominador: niños. Cada historia conectada a la misma red la red que empezaba con niños que desaparecían y terminaba con “fluidos” y “muestras viables”, “traslado a destino final” y tenía intermediarios, clínicas y cuentas

bancarias que se dividían en tres antes de llegar a alguien que ya no podía gastar el dinero porque estaba muerto en una silla con una nota de caligrafía perfecta sobre el escritorio.

Quince años persiguiendo la misma cosa desde dos lados que nunca se encontraban. Columbo desde la ley. Noctis desde la muerte. Los dos llegaban al mismo sitio por caminos diferentes y los dos sabían que el sitio era más grande que cualquiera de los dos.

Sánchez entró. Se sentó. Miró la caja. Miró las cartas apiladas. Miró el grosor de quince años de correspondencia unilateral entre un asesino y un policía que nunca se habían visto la cara.

¿Qué hacemos?

Esperar - dijo Columbo. Noctis todavía no terminó. Y nosotros tampoco. ¿Esperamos a que Noctis mate a alguien más?

Esperamos a que Noctis nos diga dónde buscar - dijo Columbo. Cada nota es un mapa. Cada cadáver es una coordenada. Noctis no mata por matar. Noctis mata donde la red tiene nodos. Y los nodos que mata nos muestran la forma de la red.

Sánchez no dijo. La lógica era limpia y le daba asco, pero el asco no la hacía incorrecta.

La clínica de Calle 14 - dijo Sánchez.

Es el siguiente nodo - dijo Columbo. Si Noctis no llega antes que nosotros.

Columbo cerró la caja. La puso debajo de la mesa. Apagó la bombilla de cuarenta vatios. Salió.

La cortina de cuentas sonó al cerrarse detrás de él. # DERIVA [L]
[F][X]

Faith caminó primero.

No porque alguien lo decidiera. Porque Don Humo no podía caminar sin ayuda y Haryes no se movía si nadie se movía primero. Faith se levantó de la roca volcánica, se sacudió la ceniza de los pantalones, recogió las botas de Sentella, vacías, de adulta, con pies de niña que ya no estaban adentro, y las dejó junto al cuerpo. No las necesitaban. No servían para nada. Pero dejarlas tiradas en la ceniza tampoco era una opción que Faith pudiera aceptar.

Le puso las botas al lado del cuerpo. Los dedos rozaron la ropa fría. No dijo nada.

Don Humo estaba de pie. Se había levantado solo. Faith no lo vio hacerlo, no escuchó el esfuerzo, solo lo encontró de pie cuando se dio vuelta. Inclinado. La mano en el costado donde la costilla rota llevaba semanas no sanando. Los ojos abiertos pero mirando el suelo con la expresión de quien calcula distancias y no le gustan los números.

¿Norte? - preguntó Faith.

Norte.

La pipa estaba en el bolsillo. No la sacó. Faith entendió eso como dato: el viejo no tenía fuerza para fumar. No tener fuerza para fumar era peor señal que cualquier cosa que pudiera decir con palabras.

Haryes se levantó cuando los otros dos empezaron a caminar. Se levantó mirando al este, mirando la dirección donde Ilis había desaparecido, no la dirección donde iban. Se dio la vuelta. Caminó. Los pies arrastraban la ceniza volcánica. Las runas apagadas en los antebrazos.

Tres personas caminando al norte por un terreno que no conocían, sin mapa, sin frecuencia, sin el Voynich, sin la mitad del grupo que habían tenido esa mañana.

El viento del Vacío les llegaba por la izquierda. Constante. Frío con un frío que aquello no daba la impresión de ser temperatura sino ausencia de algo que debería estar en el aire y no estaba. Faith lo sentía en la garganta, en los pulmones, en la piel cada vez que inhalaba.

No miró atrás.

La ropa de Sentella se quedó sobre la roca volcánica. El viento la movió. Nadie la recogió. Nadie volvió.

Caminaron.

El norte no parecía un lugar. Era la dirección que les quedaba después de descartar las otras tres. Al este, Ilis. Al sur, el campo de batalla con sus muertos. Al oeste, el Vacío. Norte era lo que sobraba.

El terreno cambió después de la primera hora. La ceniza volcánica dio paso a roca lisa, pulida por lo que no era agua ni viento. La superficie reflejaba el código del cielo; los símbolos descendían y sus reflejos ascendían, y el efecto era caminar dentro de un espejo vertical. Leonardo habría percibido los colores de cada reflejo. Habría mapeado las frecuencias. Faith solo veía roca que brillaba y dolía en los ojos.

Le dolían muchas cosas. El hombro izquierdo donde había golpeado la piedra durante la implosión del portal. Las costillas del lado derecho donde la onda de Sentella le había comprimido la caja torácica. Las rodillas por las horas sentada contra el basalto. La mandíbula por apretarla durante demasiado tiempo sin darse cuenta.

El viejo caminaba a su lado. Más lento con cada kilómetro. La respiración se le cortaba en intervalos que Faith cronometraba sin querer: inhalación de dos segundos, pausa de uno, exhalación de

tres. Antes del portal su respiración había sido de cuatro, cero, cuatro. La pausa era nueva. La pausa era la costilla rota decidiendo que ya no iba a cooperar.

Para - dijo Faith.

No.

Tu costilla.

Sé dónde está mi costilla.

Siguieron caminando. Faith ajustó su paso al de él sin decirlo. Haryes ajustó el suyo al de Faith. Tres personas moviéndose a la velocidad del más lento porque la alternativa era separarse y separarse significaba morir solo en un terreno que ninguno conocía.

Después de la segunda hora encontraron un cañón.

Angosto. Paredes de basalto que subían quince metros a cada lado. El fondo del cañón estaba en sombra, la primera sombra real que Faith había visto en horas. La temperatura bajó tres grados al cruzar la entrada. El cambio fue suficiente para que el viejo cerrara los ojos un segundo. Un segundo de alivio que Faith registró como dato: estaba peor de lo que mostraba.

Se sentaron. No porque decidieran descansar. Porque el viejo dejó de caminar y se sentó en una roca plana, y Faith entendió que parar no parecía opcional sino necesario.

Haryes se quedó de pie junto a la entrada del cañón. Mirando al este.

Faith sacó el agua. Un odre con menos de medio litro. Lo ofreció. El viejo bebió un trago. Uno solo. Le devolvió el odre. Faith bebió. Haryes rechazó el agua con un gesto. Faith no insistió.

El viejo cerró los ojos. No dormido. Descansando de la única manera que su cuerpo le permitía: inmóvil, controlando la

respiración, dejando que la costilla encontrara una posición donde doliera menos.

Faith miró las paredes del cañón. Basalto negro con vetas de algo que brillaba en la penumbra. No eran cristales, algo más fino, como hilos metálicos incrustados en la roca. Los hilos pulsaban. Cada tres segundos, un destello breve que recorría la veta de abajo arriba y desaparecía.

No contestó nada. Anotó el patrón. Tres segundos. De abajo arriba. Consistente.

El terreno hablaba. Leonardo habría entendido el idioma. Faith solo registraba los datos.

Se quedaron en el cañón hasta que el viejo abrió los ojos.

Norte dijo.

Faith se levantó. Haryes dejó de mirar al este.

Caminaron.

El cañón se bifurcó después de doscientos metros. Izquierda: más angosto, más profundo, las vetas metálicas más densas. Derecha: abierto, con el código del cielo visible otra vez, la roca dando paso a una planicie gris que se extendía sin accidente hasta un horizonte bajo.

El viejo se detuvo en la bifurcación. Miró a la izquierda. Miró a la derecha. Olió el aire de cada dirección con la concentración de alguien que diagnostica el mundo por las narices.

Izquierda añadió.

No explicó. Faith no preguntó. Haryes ya estaba caminando.

El cañón izquierdo descendió. Las paredes se acercaron hasta que Faith podía tocar ambas con los brazos extendidos. Las vetas metálicas pulsaban cada tres segundos, de abajo arriba, y en la

oscuridad del cañón profundo eran lo único visible: líneas de luz breve que iluminaban las caras de los tres por un instante y los devolvían a la negrura.

El aire cambió. Más húmedo. Más cálido. El olor a ozono se mezcló con algo orgánico: raíces, tierra húmeda, savia. El olor de algo que crecía en un lugar donde nada debería crecer.

El viejo se detuvo. Puso la mano en la pared. La roca estaba tibia.

Hay agua dijo. Subterránea. Cerca.

Tenía los ojos cerrados. La mano en la roca. La otra mano en la costilla. La expresión de alguien que está haciendo cálculos con datos que solo él puede medir.

¿Cuánto más puedes caminar? - preguntó Faith.

No respondió. Abrió los ojos. Siguió caminando.

Faith lo tomó del brazo. No porque él lo pidiera, porque las piernas del viejo se doblaron medio centímetro en el siguiente paso, y medio centímetro era el margen entre caminar y caer. El viejo no la miró. No la rechazó. No dio las gracias. Dejó que el peso se redistribuyera entre su cuerpo y el brazo de Faith y siguió poniendo un pie delante del otro.

Haryes caminaba detrás. Sin hablar. Sin mirar al este. Las manos colgaban a los lados del cuerpo con la quietud de quien ha gastado toda su fuerza en no romper algo y no le queda nada para mover los dedos.

El cañón se abrió.

No a la superficie, a una caverna. Techo bajo. Paredes curvas. El suelo húmedo con musgo que brillaba en un verde pálido que no necesitaba luz para ser visible. En el centro de la caverna, un charco

de agua que reflejaba las vetas metálicas del techo. El agua estaba quieta. Limpia. Fría cuando Faith metió el dedo.

Se sentaron.

No hablaron. El viejo bebió del charco con las manos juntas formando un cuenco. Faith bebió después. Haryes no bebió, se sentó contra la pared y cerró los ojos.

La caverna olía a savia verde.

Faith registró el dato sin interpretarlo. Savia verde. El olor que asociaba con lo que no podía nombrar pero que su cuerpo reconocía como seguro. Las manos dejaron de dolerle. Las rodillas dejaron de pulsar. El hombro izquierdo seguía ahí, pero la urgencia se había ido.

El viejo se acostó en el musgo. Cerró los ojos. Su respiración cambió de los dos segundos cortados a algo más largo, más profundo. La costilla seguía rota, pero la pelea entre el cuerpo y la costilla se había suspendido temporalmente.

Faith se quedó sentada. Mirando el agua. Mirando las vetas metálicas del techo que pulsaban cada tres segundos. Mirando a las dos personas que quedaban del grupo que había salido de Doña Nube hacía semanas.

No pensó en Leonardo. No pensó en Nico. No pensó en Sentella ni en Ilis ni en el portal ni en nada que hubiera pasado en las últimas veinticuatro horas. Pensó en el agua del charco. En el musgo luminoso. En el olor a savia verde que no tenía explicación y que no necesitaba una.

Descansaron.

No sabían cuánto tiempo. El Astral no tenía horas. Solo tenía antes y después.

PLANO MEDIO

Sol cerró la oficina a las cuatro de la mañana.

Los registros de Carandini estaban en tres carpetas sobre su escritorio: la carpeta azul de los horarios nocturnos, la carpeta roja de los expedientes consultados fuera de turno, la carpeta gris de las discrepancias en los informes de flujo de señal del Sector 12. Tres carpetas que juntas no probaban nada y separadas no significaban nada, y que Sol miraba cada noche con la certeza de quien sabe que la forma está ahí aunque los datos todavía no la muestren.

Apagó la lámpara. El precinto quedó a oscuras, salvo por la luz del pasillo que entraba por debajo de la puerta.

Se puso el abrigo. Verificó los bolsillos. Llaves. Credencial. El teléfono con los mensajes de Marple que no había contestado porque contestar requería saber qué decir y Sol todavía no sabía qué decir.

Salió al pasillo.

El pasillo estaba vacío. Las cámaras del sector este seguían averiadas tres semanas sin reparación, sin orden de trabajo, sin que nadie preguntara por qué. Sol caminó por el pasillo vacío con las manos en los bolsillos del abrigo y los pasos contados. Veintitrés pasos hasta la puerta de salida. Los mismos veintitrés de cada noche. En la puerta se detuvo. Miró hacia atrás. El pasillo. La oficina de archivo donde Carandini entraba a las tres de la mañana. La puerta cerrada con llave que no debería estar cerrada con llave porque los archivos del precinto eran de acceso libre para todo el personal.

Cerrada con llave. Sol anotó eso también. Mentalmente. Sin papel. Sin teléfono. En la cabeza donde las anotaciones no podían ser requisadas ni borradas ni accedidas por nadie que no fuera Sol.

Salió a la calle. El aire de Ciudad Control a las cuatro de la mañana olía a ozono y a plástico caliente de las torres TAAT que

nunca dejaban de transmitir. El zumbido de las torres era constante, a una frecuencia baja que la mayoría de la gente había dejado de oír hacía años. Sol la oía. Cada noche. Cada mañana. La frecuencia que estaba ahí antes de que nadie supiera lo que las torres hacían y que seguiría estando después de que alguien lo descubriera.

Caminó hacia el departamento. Veintitrés minutos a pie. Los mismos veintitrés de cada noche.

La paciencia de Locke. La paciencia de quien sabe que el caso no se resuelve empujando sino esperando.

Sol tenía tiempo.

Nico pintó el último mural de la temporada.

No en un lienzo. En la pared. La pared del callejón detrás de la nave industrial donde los Pollos Gelatina habían tocado hacía una semana. La pared estaba sucia de grafitis viejos, posters pegados y medio arrancados, capas de pintura sobre pintura que formaban una costra de colores muertos. Nico pintó encima.

Llegó a las once de la noche con la mochila caliente contra la espalda. El Oso Dember adentro. El calor del oso le atravesaba la lona, la camiseta, la piel, y se le instalaba en la columna como una línea tibia que no se iba. Tres semanas así. El oso no se enfriaba. Nico había dejado de preguntarse por qué.

Las latas de pintura estaban donde las había dejado la noche anterior, escondidas detrás de un contenedor de basura que nadie movía porque la basura de ese callejón no constituía responsabilidad de nadie. Seis latas. Acrílico industrial. Los colores que había podido robar del depósito del taller de Calle 7: blanco, negro, azul, marrón, rojo, amarillo. No tenía verde. Mezclaría.

Puso la mochila en el suelo. El calor del oso irradió hacia arriba. Nico lo sintió en las rodillas cuando se agachó a abrir las latas. El olor del acrílico le llenó la nariz, químico y denso, el olor que más se resultaba a un idioma propio porque era el olor con el que pensaba, con el que sus manos se convertían en algo más que manos.

La pared medía tres metros de alto por cuatro de ancho. Nico no bocetó. No planificó. La primera noche había mirado la pared sucia durante veinte minutos sin moverse, con el pincel número ocho en la mano derecha y la mochila caliente a los pies, esperando a que la pared le dijera qué necesitaba.

La pared le dijo.

El mural creció desde el centro hacia afuera. El Oso Dember primero. Grande, más grande que en cualquier mural anterior. Pelaje marrón con la textura que solo Nico sabía darle: cada pelo un trazo individual, capas de acrílico que creaban profundidad. Ojos de botón que miraban hacia la derecha del mural con la fijeza de un objeto que ve algo que los humanos no pueden ver. Le tomó cuatro horas. Las manos se le acalambraron dos veces. La segunda vez soltó el pincel. Apretó los puños hasta que los nudillos crujieron, los abrió, recogió el pincel. Siguió.

La segunda noche volvió.

Llovía. Lluvia fina que no mojaba del todo pero que hacía brillar la pintura fresca y oscurecía la pintura seca. Nico se quitó la camiseta y la usó para cubrir las latas abiertas. Pintó con el torso desnudo. El agua le corría por la espalda y se mezclaba con las gotas de pintura que le salpicaban los brazos.

A la derecha del oso: dos figuras. Una más alta, otra más baja. Caminaban. Nico no les pintó cara porque no había llegado a eso.

Sabía que caminaban. Sabía que iban hacia algo. No sabía hacia qué. La esquina superior derecha del mural se llenó de claridad difusa que no era sol ni lámpara ni portal sino otra cosa. Las figuras caminaban hacia la claridad.

A la izquierda: tiniebla con forma. Tentáculos apenas sugeridos. Masa insinuada. La ausencia de color donde debería haber color. Nico pintó la oscuridad con negro sobre negro, capas de acrílico que creaban profundidad inversa, un hueco en la pared que el ojo quería evitar.

Las dos figuras dejaban atrás la penumbra. El oso las miraba.

Nico no sabía quiénes eran las figuras. No sabía por qué el oso las miraba. No sabía por qué la negrura tenía tentáculos ni por qué la luz no tenía bordes ni por qué había pintado esto en lugar de cualquier otra cosa. Las manos lo sabían. Nico no.

A las tres de la mañana de la segunda noche, el mural estaba terminado.

Nico dio un paso atrás. Dos. Se apoyó contra la pared del otro lado del callejón a tres metros del mural, la distancia exacta para verlo entero. La lluvia había parado. El farol de la esquina le daba una luz naranja, sucia, que hacía que los colores del mural se vieran diferentes a como los había mezclado. Más cálidos. Más vivos. El oso miraba a las figuras. Las figuras caminaban. La oscuridad se quedaba atrás.

El Oso Dember quemaba en la mochila a sus pies. Caliente contra la lona. Caliente sin explicación.

Nico se puso la camiseta mojada. Se colgó la mochila caliente en la espalda. Recogió los pinceles. Los metió en una bolsa de plástico con agua para que no se secaran.

No firmó el mural. Nunca firmaba.

Se fue.

El callejón quedó vacío. La pintura fresca brillaba bajo la luz del farol. Las dos figuras caminaban hacia la claridad. El oso las miraba con ojos de botón que no parpadeaban.

Tres metros de alto. Cuatro de ancho. En una pared que nadie miraba, en un callejón que nadie visitaba, en una ciudad que no sabía que necesitaba ese mural.

Esperando. # FIN DE LIBRO II DERIVA

GUÍA DE RAYUELA TAGS

Los capítulos de DERIVA están marcados con etiquetas que identifican los temas centrales y personajes protagonistas:

[L] = Leonardo (POV sensorial, sinestesia, degradación, portador del Voynich, decisiones cruciales)

[K] = K-07/K-08/Sentella/Maku (robot/criatura, reparación, transformación, frecuencias bioluminiscentes, plantación/cultivo)

[P] = Penny (investigación, hacking) NOTA: Penny está MUERTA en Libro II. Solo aparece en memoria/escritorio vacío/café frío (presente en capítulo CONCIERTO como recuerdo/trauma)

[F] = Faith (detective, observación táctica, rabia contenida, investigación operacional, combate directo, liderazgo por necesidad)

[X] = Xochipilli/Don Humo (viaje, humo/metáforas confusas, enseñanza, vocalizaciones sónicas, juventud recuperada en batalla)

[A] = ARCHON/Sistema/Dragones (control, corrección, torres, frecuencias, ciudades, diseño de tormentas, observacionismo)

extremo)

[S] = Escolta/Lobos (Sien, Gallo, Polvo, Remache, Nico, Toruk, Amarok, cazadores grupo, tribu, territorio, lealtad)

[H] = Hemacronos/Frecuencias (912 Hz, 0.12 Hz, 432 Hz, 7.83 Hz, 55 Hz, infrasonido, tecnología bioacústica, el Concierto)

[O] = Observacionismo (filosofía de medición, $O=(A \times S)/(R+1)$, cálculo del sistema)

[D] = Darvi (medición, observación, Le Jardin) solo si aparece

[N] = Nexus/Le Jardin/Doña Nube (estructuras vivientes, Noria, astral profundo, cambio de plano)

[J] = Jardineros (precursores, tecnología, elección fundamental)

[R] = Ronin/observación externa (perspectiva ajena al grupo)

Los capítulos frecuentemente combinan múltiples tags para reflejar la densidad narrativa y la interacción de fuerzas en DERIVA.

GLOSARIO

Este glosario contiene información mínima para ciudadanos con coherencia estándar. Entradas completas disponibles en volúmenes posteriores. Las entradas marcadas con [ACTUALIZADO] incluyen datos no disponibles durante los eventos del Libro I.

423 Viven. 424 Mueren. Regla de clasificación del sistema. No se invierte.

819 Número que aparece recurrentemente en el sistema. Asociado con casos de coma infantil, expedientes clasificados y anomalías no explicadas. El número no cambia.

Bestia del Vacío Entidad o fenómeno detectado en la frontera del Vacío. Emite frecuencia infrasonora (~7 Hz). Comportamiento: territorial. Vulnerabilidades: desconocidas oficialmente.

Coherencia Unidad de medición social. Determina acceso a servicios, niveles habitacionales y privilegios. Rango funcional: 0.1 - 10.0. Por debajo de 0.5: inviable.

Doña Nube Embarcación. Casco de madera viva con sistema de raíces integrado. Purificación de agua a través de la estructura. Estado actual: destruida.

Le Jardin Restaurante sin nombre oficial. Ubicación: Sector 7, Nivel —3. Propietario: desconocido.

Noctis Identidad desconocida. Caligrafía que no coincide con nadie registrado en el sistema. [CLASIFICADO]

Outcasts Comunidades fuera del sistema establecido. Ubicación: zonas del Plano Astral no cartografiadas. Recursos: limitados. Relación con el sistema: ninguna oficial.

Plano Astral Tierra ~5674 a.C. (T-1). Realidad de memoria y mito. [ACTUALIZADO] Gravedad: no uniforme. Código visible en el cielo. Presencia del Vacío: en expansión.

Plano Base Tierra 2025 - 2040 (To). Pre-Reset. Aparece como referencia y eco.

Plano Medio Tierra 3025 - 3032 (post-Reset 2985). Plano narrativo principal. Pulsera: obligatoria. Población: bajo vigilancia constante.

Pulsera Dispositivo obligatorio. Mide coherencia, procesa transacciones, rastrea ubicación. Sin pulsera funcional, no existe acceso al sistema.

Sentella [CLASIFICADO]. Frecuencia de emisión: 7.83 Hz.

Sistema La estructura que administra todo. No es una entidad. Es un proceso.

Tiny Almanacs Almanagues diminutos. Guías de supervivencia sembradas en el Vacío. Formato: cuaderno pequeño, cubierta de cartón, dibujos infantiles, contenido codificado. Origen: fragmentos del Voynich.

Torres TAAT Estructuras de transmisión ubicadas en toda Ciudad Control. Función oficial: comunicaciones. Función real: [CLASIFICADO]. [ACTUALIZADO] Distribución urbana: una cada cuatro manzanas. Emisión: zumbido grave constante. Cristales: pulsan en secuencias de verde.

Vacío, El Fenómeno. Ausencia de información, no de materia. En expansión. No confundir con Mafia del Vacío (organización criminal). Contacto: destrucción progresiva. Borde: detectable por cambio de temperatura y olor a ozono.

Voynich Manuscrito antiguo. Contiene información sobre el Nexus. Actualmente en posesión de Leonardo Daedalus. [ACTUALIZADO] Frecuencia base: 432 Hz. Comportamiento: reactivo. Temperatura: variable. Páginas: se desprenden. Los fragmentos desprendidos sobreviven al contacto con el Vacío.

Nota: Este glosario contiene información disponible para ciudadanos con coherencia estándar. Información adicional requiere autorización de nivel superior. ##

APÉNDICE REGISTROS TÉCNICOS

Frecuencias documentadas durante los eventos de este libro:

Frecuencia	Fuente	Observaciones
0,12 Hz	Torres TAAT	Infrasonora. No audible. Emisión constante.

7 Hz	Bestia del Vacío	Infrasonora. Produce malestar físico, desorientación.
------	------------------	---

7,83 Hz Sentella Resonancia Schumann. Efectos sobre el Vacío: documentados.

55 Hz Runas de Haryes Vibración por contacto. Activación: involuntaria.

432 Hz Voynich / DJ432 Frecuencia base. Detectable como vibración física.

963 Hz Transmisión Pollos Frecuencia sostenida Gelatina durante concierto. Efecto sobre superficies receptoras: activación.

Planos narrativos activos en Libro II:

Plano Designación temporal Acceso Plano Medio T+1 (3025 - 3032) Irrestricto con pulsera post-Reset

Plano Astral T-1 (~5674 a.C.) Restringido. Travesía marítima o terrestre.

El Vacío Sin designación No voluntario. Contacto temporal = pérdida.

Distancias aproximadas recorridas (Plano Astral):

Travesía marítima (Doña Nube): duración estimada, varios días. Punto de partida: costa este del Astral. Punto de llegada: territorio Outcast.

Travesía terrestre post-naufragio: a pie. Terreno variable: obsidiana, ceniza volcánica, zonas de gravedad alternante. Orientación: oeste, siguiendo la franja entre cordillera y borde del Vacío.

Personajes activos en Libro II:

Plano Astral: Leonardo Daedalus. Faith. Don Humo. Anya. Haryes. Nico. Maku → Sentella (muerta). Gunwise. Edi Edi.

Plano Medio: Columbo. Sánchez. Sol. Locke. Carandini. Carolina.

Estado al cierre del libro: [CLASIFICADO] ## SOBRE ESTA OBRA

MEDIOEVO: DERIVA es el segundo libro de la saga MEDIOEVO.

SAGA MEDIOEVO 13 LIBROS

Ciclo 3 Ciencia ficción Libro I: MEDIOEVO: DESPERTAR Libro II: MEDIOEVO: DERIVA Libro III: MEDIOEVO: FRAGMENTOS Libro IV: MEDIOEVO: UMBRAL Libro V: MEDIOEVO: BABEL Libro VI: MEDIOEVO: COLAPSO

Ciclo 4 Fantasía Libro VII: MEDIOEVO: RONIN Libro VIII: MEDIOEVO: POST-BABEL

Ciclo 5 Ocultismo Libro IX: MEDIOEVO: NIEBLA Libro X: MEDIOEVO: ASTILLA

Trilogía Final Libro XI: MEDIOEVO: FRONTERA Libro XII: MEDIOEVO: DON HUMO Libro XIII: MEDIOEVO: NEXUS

La historia continúa en MEDIOEVO: FRAGMENTOS. ## DERECHOS DE AUTOR

2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados conforme a las leyes de propiedad intelectual aplicables.

Esta obra está protegida por los derechos de autor que corresponden a su creador por el solo hecho de su creación, sin necesidad de registro previo, conforme a los tratados internacionales de derechos de autor (Convenio de Berna, Tratado de la OMPI sobre Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por

fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción creada íntegramente por un ser humano. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: 2026

MEDIOEVO: DERIVA Libro II

$\chi \cdot e^{\chi} = 1$

FIN DEL LIBRO II